



LA QUIETUD DEL QUE SE QUEDA

ELENA ROMERO MOLINA



Ediciones
Alféizar

LA QUIETUD DEL QUE SE QUEDA

No quería que murieras, pero...

Elena Romero Molina



Ediciones
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alfèizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Revisión: Marisol Ortiz González

Autor cubierta: Enrico Pitton

Teléfono: 34 644 524 524

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

En primer lugar debo agradecer la existencia de este libro a mis dos hermanas. Han sido consejeras, correctoras y ávidas lectoras que me han exigido más material como señal de que la historia les estaba enganchando. Su papel como animadoras también ha sido fundamental, puesto que su opinión es muy importante para mí y me han hecho borrar mucho para que pudiera escribir mucho más.

A mi marido también debo darle las gracias por acompañarme como socio silencioso en esta empresa, estar a su lado me ha ayudado a crecer en muchos aspectos y mi faceta como escritora es uno de ellos.

A mis padres también les debo un gracias por inculcarme el mensaje de que puedo hacer todo lo que me proponga, la educación que me han dado y el respeto con el que me han tratado toda la vida, son el sustrato perfecto para que la confianza en mí misma haya crecido lo suficiente para publicar este libro.

La librería Páginas, en Talavera de la Reina, también tiene un papel importante para mí por ser la fuente de la que ha bebido mi inspiración durante años. Además, sus dueños, Cruci, Nazario y Alba, han escuchado pacientemente mis dudas sobre editoriales, publicaciones y demás temas prácticos. Me han aconsejado y asesorado con la mejor de sus sonrisas dándome el empujoncito que me faltaba.

Por supuesto, mis amigos y amigas saben que también están incluidas e incluidos en esta página de agradecimientos, alguna o alguno se puede ver identificado con un personaje que otro, de manera inconsciente han ido aportando su parte a la gran tormenta de ideas que es un libro.

Muchísimas gracias también a María del Carmen Díaz Fernández por pintar un cuadro que me enamoró desde el primer momento. Tal fue el flechazo, que en cuanto terminé el libro supe que era su portada. Al darme su consentimiento para poder usarlo como guardián de mis palabras, esta maravillosa pintora se ganó un “GRACIAS”, así, en mayúsculas.

A vosotros, lectores y lectoras que habéis decidido compartir vuestro tiempo con Lucía, Jacobo y todos los personajes que viven en estas páginas. Os merecéis una mención especial y espero de corazón que disfrutéis tanto leyendo, como yo lo he hecho escribiendo.

Ediciones Alféizar ocupa las últimas líneas de esta página, pero no por carecer de importancia, al contrario, al darme esta oportunidad y valorar mi trabajo como positivo me han hecho inmensamente feliz.

¡GRACIAS!

Lucía: Enero 2016...

El sonido del despertador parece haberse introducido en mi sueño y tardo un rato en despertarme, cuando lo hago lo primero que hago es mirar al otro lado de la cama y la realidad, como cada mañana, se hace tangible.

Él me mira y sonrío, a pesar de que debe estar cansado de lo mismo día tras día. Yo también finjo una sonrisa, pero estoy ahogando un grito de dolor.

Me queda el consuelo de que al menos ahora puedo ahogarlo y fingir que me estoy recuperando. Martín piensa que estoy mejor y se va tranquilo a trabajar. Los primeros días al levantarme y mirarlo lloraba desconsoladamente, lo que hacía que se quedara a mi lado desatendiendo sus obligaciones y empeoraba notablemente la situación.

Por fin oigo la puerta de casa cerrarse y puedo dar rienda suelta al mar de lágrimas que brota de mis ojos, lágrimas que me hacen sentirme tremendamente culpable porque el motivo de las mismas es que mi marido esté vivo.

Abril 2015

—Hola Ruthi, ¿Qué tal?

—Muy bien hermanita, liada con los niños y demás, pero en nuestra línea. ¿Vosotros?

—Bien.

—No noto mucho entusiasmo en ese bien, ¿pasa algo?

—No, no pasa nada. Creo que ese es el problema.

—¡Pero qué rara estás hoy! ¿todo bien con Martín?

—Pssss, ni bien ni mal. Estable.

—¡Chica qué entusiasmo!

—¿Qué le voy a hacer? Es como me siento.

—¡Uy, uy, uy! ¿Le vas a contar a tu hermana mayor lo que te pasa o vas a esperar a que te vaya interrogando poco a poco?

—La verdad es que no lo sé ni yo, hace unos meses que estoy distinta. No os había dicho nada porque pensaba que se me pasaría, pero no se pasa, va a más.

—Lucía, cariño, me estás asustando. ¿Estás enferma o algo así?

—No, no, no es un tema de salud. Es algo personal, me estoy replanteando muchas cosas de mi vida y me da miedo tomar alguna decisión de la que luego me arrepienta.

—Bueno, sabes que yo te apoyaré cien por cien en lo que sea, pero no hagas nada a la ligera.

—No te preocupes que de momento sólo son sensaciones, pero de todas formas quiero pensar con más claridad y aquí no puedo. ¿Nos acoges unos días?

—¡Yo encantada! Solo dime cuándo y lo organizo todo. ¡Qué ilusión!

—Creo que la semana que viene podemos ir para allá. Me habría gustado ir sola, pero Martín se ha apuntado nada más mencionar el viaje.

—Por nosotros no te preocupes, encantados de que venga tu marido.

—No es por vosotros por quien me preocupó, es por mí. Quería este tiempo sólo para mí, para

hablar con mi hermana y despejarme de todo. Había pensado incluso avisar a Carmen si a ti te parecía bien y juntarnos todas.

—Me parece estupendo. Va a ser difícil que cuadre su agenda, pero si ella puede, yo encantada de tener a mis hermanitas aquí. Desde que nos hemos venido tan lejos os echo mucho de menos.

—Bueno, es algo temporal, no te angusties. Además, en una semanita nos tienes allí dándote la tabarra. Eso sí, dile a Agus que se lleve a éste a cazar o algo, no sé si voy a soportarlo una semana pegado a mis faldas.

—Sí que estás buena, sí. Le diré que lo planifique todo para que nos dejen el mayor tiempo posible solas, si viene Luis será aún más fácil, a ver si Carmen y él pueden.

—¡Muchísimas gracias! Voy a mirar los billetes y te digo cuando llegamos.

—¡Genial! Aviso yo a Carmen, con tus ánimos lo mismo la espantas más que atraerla.

—¡Muchas gracias bruja!

—Para eso están las hermanas. ¡Mua, mua!

Qué razón tiene mi hermana Ruth, si no fuera por mis hermanas... Soy la segunda de las tres niñas que engendraron mis padres, o como se suele decir, la mediana. Eso me ha dado una posición privilegiada entre mis dos hermanas, para estar siempre unida a las dos de manera especial.

Ellas son muy diferentes entre sí, pero cada una tiene algo que las hace imprescindibles en mi vida. Sin cualquiera de ellas estaría ciega y sorda. Y doy las gracias, mentalmente, a mis padres todos los días por el gran regalo que me hicieron.

Sus maridos también son encantadores, y me alegro mucho de que los hayan incorporado a la familia. Agustín el marido de Ruth es un chicarrón del norte que no para ni un momento y que siempre tiene ganas de animarnos a todos. Luis, por el contrario, es mucho más reservado, pero tiene un punto de lealtad, por el que sabes que le partirá la cara a cualquiera que se meta con alguna de las tres.

Martín, es mi marido y llevamos dos años casados. Me casé muy enamorada y muy segura de lo que hacía, pese a que no era santo de devoción de ninguno de los arriba mencionados, ni de mi padre. Pero sí que lo era mío, por lo que me dieron igual los consejos recibidos y el “piénsatelo bien” de mi progenitor, me quería casar y me casé.

El primer año todo fue muy bien, viajes de un sitio a otro, conciertos, la mudanza, la casa nueva... En fin, que me alegraba de mi decisión en todo momento. El segundo año decidimos estar algo más tranquilos, menos viajes, menos actividades y menos de todo.

Pasar más tiempo con él y menos con el resto de la gente empezó a dejarme de gustar. La rutina nos había contaminado y llevábamos un tiempo ínfimo como marido y mujer, y lo peor, es que él no parecía darse cuenta.

Ahora me encuentro en la disyuntiva de buscar una solución e intentar salvar lo que unimos hace un par de años, o hacer caso a mis tripas, romper con todo e irme a vivir al extranjero.

Y para eso corro a los brazos de mis hermanas, para que me arropen y me den consejos, para que me ayuden a tomar una decisión y no me dejen hacer locuras sin sentido, ya que soy muy dada a ello.

Una semana después

—Martín, ¿lo tienes todo en la maleta ya? Voy a cerrarla.

—Solo me falta una cosa, espera.

¿se podía ser más pesado? Hacía una semana que sabía que nos íbamos de viaje, pero él tiene que esperar siempre al último momento para prepararlo todo.

Respira hondo, cálmate y no le bufes.

—Por favor, mañana salimos temprano y tengo sueño. Mete en la maleta lo que sea y vente a dormir.

—¡Ya, ya, ya!

—Vale, gracias. ¿apago ya la luz entonces?

—No Lucía, espera un momento. Hay algo de lo que quiero hablarte.

¿Qué querrá éste ahora?

Me ha cogido de la mano y está serio, muy serio. ¿Me va a dejar? ¿Está mal si me alegro?

—Dime, me tienes intrigada.

—No es nada, sólo es una cosa a la que llevo dando vueltas un tiempo.

—Pues habla de una vez, ¡dilo!

—Esto.... oye, ¿Qué te parece si tenemos un hijo?

¿Cómo?? ¡Este tío estaba loco, pero loco de remate! ¡Un hijo, con 30 años y un hijo! ¡En la flor de mi carrera y un hijo!

—¿Un hijo quiénes? ¿Tú y yo?

—Claro, ¿quién si no?

—Ah, pues no sé, a lo mejor erais tú y la vecina. Porque lo que somos tú y yo... como que no lo veo.

—¿Qué quieres decir?

A ver cómo me las apaño yo ahora para no parecer Cruela de Vil y romperle las ilusiones a mi maridito.

—A ver Martín, que yo no me siento preparada todavía. La empresa me va viento en popa y no puedo hacer un parón así sin más.

—Pero es lo que estamos necesitando, ¿no?

—Creo que no es el momento más adecuado para mantener esta conversación, estoy cansada y mañana nos vamos de viaje. Cuando volvamos dentro de una semana retomamos el tema, ¿vale?

—Como siempre, ¡se hará lo que tú digas y cuando tú digas!

—No te enfades que no tienes motivos, si quieres discutir, llama a otra persona, yo ahora mismo me voy a dormir.

Me mira con cara de mala leche, pero en este momento como nos enzarcemos en el tema que ha sacado se va a liar una buena y necesito los consejos de mi sabio aquelarre antes de tomar la decisión definitivamente. Apago la luz, me doy la vuelta, y como cada noche en los últimos 3 meses, me sitúo en el mismísimo borde de la cama para evitar si quiera rozarme con él.

Día de la partida

Se ha levantado antes que yo, para variar, seguro que es que no ha dormido nada. Yo en cambio lo he hecho como un bebé, 5 horas de sueño profundo dice mi pulsera de actividad. ¡Todo un record!

Me levanto y me voy a la ducha, él ya ha terminado, por lo que entro en el baño y saludo sin mucho entusiasmo. Me contesta de la misma manera, lo que me indica que sigue enfadado. No puedo evitar alegrarme, así no le tendré que dar conversación y me dejará leer todo el trayecto.

¿Estoy siendo mala? Creo que sí, pero ¿qué le voy a hacer?

Sigo con mi rutina matutina y cuando termino de desayunar veo que ya está esperándome en la puerta con todas las bolsas.

—¿Ya está todo?

—Lo está desde hace un rato. Llevo media hora de más.

Pues sí que está rebotado sí.

—Ese es tu problema, yo voy cumpliendo mi horario. Mira, el mensaje del taxi me acaba de llegar en este momento, nos espera abajo.

—Estoy planteándome si ir o quedarme.

—Mira Martín, haz lo que quieras, pero no me des la semana. Voy a ver a mis hermanas y a despejarme, si no vas a estar a gusto quédate y me voy sola, pero cambia de actitud.

Salgo a coger el ascensor y veo que sale detrás de mí, por lo que deduzco que se viene conmigo.

Nos acomodamos en el taxi y comienzo a disfrutar del viaje, por fin voy a ver a mis hermanas y tengo muchas ganas, no me puede aguar la alegría ni el sieso que tengo sentado al lado.

Vamos con tiempo de sobra para tomar un café en Atocha, pero como mi acompañante no está muy dicharachero, decido irme a comprar unas cositas para mis hermanas en las tiendas que hay por allí.

—¿Te vienes conmigo a mirar las tiendas o te quedas cuidando las maletas?

—¿De compras ahora? Me quedo mejor aquí, pero intenta no tardar mucho, embarcamos en breve.

—Tranquilo, agonías que nos va a sobrar tiempo.

¡Qué pesado es con la puntualidad! Bueno, con la puntualidad y con todo... pero más me vale darme prisa porque si perdemos el tren por mi culpa no quiero imaginarme cómo se va a poner y tendría que darle la razón, cosa que no me apetece mucho, la verdad. Así que, visto y no visto, un pañuelo por aquí, un par de juguetes por allá y llego justo a tiempo de la primera llamada, eso sí, él sigue ahí con su cara larga dejándome bien claro lo dolido que está. No voy a darle lo que quiere y a montar un numerito para que pueda hacerse le víctima una vez más, me niego, mejor finjo que no me doy cuenta y pongo la mejor de mis sonrisas falsas.

—¡Mira! Ya estoy de vuelta y con los regalitos comprados.

—Muy bien, ¿podemos pasar el control de seguridad ya?

Me empiezan a doler los músculos de la cara de fingir, pero el show debe continuar ¿no?

—Sí, cuando quieras.

Nos ponemos en marcha y no me dirige la palabra, lo que me permite concentrarme en lo mucho que me gustan las estaciones de tren, en ellas se puede ver una mezcla de sentimientos que contrastan entre sí. La gente que viaja por placer tiene un aura clarísimo de felicidad y excitación, los que lo hacen por trabajo suelen mostrar una clara indiferencia, prisa y en algunos casos tedio por enfrentarse una vez más a su rutina, pero los que más me llaman la atención son quienes se despiden. No hay nada como ver a una pareja de amantes diciéndose adiós en una estación o a alguien despidiendo a un familiar, siempre me da más pena el que se queda que el que se va. Quienes se van están en movimiento, pero los que se quedan permanecen en una quietud forzosa, obligados a seguir con su misma vida y sobreponerse a la falta de su ser querido ausente.

Los enamorados son los peores con diferencia, esos besos interminables que son interrumpidos por un cruel aviso de megafonía y que se quedan con una sensación de que la otra persona al marcharse se ha llevado un trozo de ti, me parten el corazón y reconozco que me dan un poco de envidia.

Hoy sin embargo veo a dos niñas separarse de sus padres, es la primera vez que lo hacen y aunque va a ser por poco tiempo, en sus caritas se ve el miedo y la sensación de abandono.

¡Menos mal que ya nos toca pasar, estaba empezando a contagiármeme el bajón!

El tren es cómodo y me quedo dormida nada más sentarme, está fatal ignorar a mi marido tanto rato, pero cuando he intentado hablar con él ha seguido siendo borde, así que estoy disculpada.

Cuando me despierto quedan aún dos horas para llegar, he pasado tres durmiendo, y, aun así, el rato que me queda se me hace un mundo. Recuerdo un tiempo en el que pasar tiempo con Martín, ya fuera en un coche, en un tren o en cualquier otro sitio, me gustaba tanto que era capaz de cualquier cosa. Ahora, sin embargo, pienso que tengo que darle conversación durante dos horas seguidas, y me dan ganas de hacerme la dormida hasta que lleguemos.

¡Mierda, se ha dado cuenta de que estoy despierta, ya no hay vuelta atrás!

—Vaya, ya te has despertado, empezaba a pensar que tendría que llamar a los del 112 para que te reanimaran...

—¡Buf! Estaba hecha polvo. ¿tú no te has dormido?

—Un rato nada más.

—Ah...

No sé cómo continuar la conversación ¿seguirá mosqueado conmigo? Prefiero no preguntarle por si acaso, como me la monte aquí tiro del freno de emergencia y lo lanzo por la ventana.

—Oye, voy a levantarme a por un café ¿Vienes o te quedas?

—Me quedo aquí, aún estoy un poco atontada. ¿Me traes agua, por favor?

—Sí, ahora mismo vuelvo.

Está frío, pero parece que me habla. Me imagino que haremos como que no ha pasado nada hasta la vuelta, o eso espero. Por si acaso voy a sacar mi libro y así no le doy mucho pie a que me provoque.

—Aquí tienes tu agua.

—Gracias.

—¿Estabas leyendo?

—Sí, he empezado un libro nuevo y tiene buena pinta. Cuando lo termine te lo paso si quieres.

—Ya sabes que a mí solo me gustan los libros que tienen un trasfondo, no esas cosas que lees tú.

—Pues tú te lo pierdes. A mí me entretienen y me evaden, y me parecen de lo más útil para pasar las dos horas que quedan de viaje. Así que voy a seguir si no te parece mal.

—No, no, tú a lo tuyo. Como siempre.

¡Será payaso! Si ya decía yo que era mejor hacerme la dormida. Voy a concentrarme en mis páginas y a ver si se me olvida que se ha venido conmigo.

—¿Has avisado a tu hermana de la hora prevista de llegada?

No me va a dejar leer, ¡como si lo viera!

—Sí, lo sabe desde hace días.

—Es que no me gustaría pasarme una hora esperando como la última vez.

—Está muy liada y se despistó de hora, pero si quieres cogemos un taxi y ya está.

—No, no, si ha quedado en venir a por nosotros que lo haga, pero no estaría de más que se lo recordaras, ya sabes cómo es...

—Precisamente como sé cómo es, no hace falta que se lo recuerde. Por una vez que llegó tarde, no la vamos a crucificar.

Cálmate Lucía... Inspira hondo, espira, otra vez...

—¿y qué vamos a hacer estos días? ¿te vas a pasar el día con tus hermanas e ignorarme como

haces siempre?

¡Ya está!

—Martín, ¿me puedes explicar para qué narices te vienes conmigo al viaje? Si tan ignorado te sientes cuando estoy con mis hermanas, quédate en Madrid.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees? Además, tú me pediste que viniera.

—¿Qué yo qué? Pero si te dije que me venía una semana al Norte y preparaste la maleta.

—¿Es que no querías que viniera?

—Yo no he dicho eso, pero ya sabes el plan que hay cuando vengo aquí. Si vas a estar todo el día con cara de hortaliza, te quedas en Madrid o te vas a ver a tu madre, pero a mí no me amargues el viaje.

—Pues si tanto te molesto, me lo dices claro. No sé lo que te pasa desde hace un tiempo, pero estás insoportable, a ver si con tus hermanas te cambia un poco el humor, porque si no nos van a echar al segundo día.

—¿No te has parado a pensar por un momento que tu actitud pueda ser la causa de mi mal humor?

—Pero ¿de qué actitud me estás hablando?, últimamente hasta que respire a tu lado te molesta.

Tiene razón, puede que sea yo la que ha cambiado y no él, pero no voy a reconocérselo.

—Bueno, creo que no es el momento ni el lugar para discutir. Si no te importa, voy a seguir con mi libro sin fundamento, a ver si me calma la mala leche que me has puesto. Tú haz lo que te dé la gana en este rato.

Vuelvo a centrar la mirada en mi libro y evito mirarlo, a él y al resto del vagón que no nos quita ojo. Menos mal que ya queda poco rato para salir de allí, estoy empezando a sentir claustrofobia.

Llegada

El tren empieza a disminuir su velocidad y los altavoces anuncian que nos aproximamos a la estación de llegada. Pensar que voy a ver a mi hermanita y mis sobrinos me pone de buen humor, lo suficiente para que no me afecte la cara de ajo de mi acompañante.

Nos bajamos del tren y atravesamos la puerta de la zona de llegadas, allí están las dos, solo me esperaba a Ruth, ¡Pero también está Carmen!

Salgo corriendo y las abrazo sin pararme a pensar en nada más, bien podrían haberme robado la maleta, porque la he dejado abandonada por un momento.

—¡Hermanitas! ¡Qué alegría!

Nos agarramos en corro y comenzamos a saltar.

—Pero ¡Qué guapas estáis! ¡Carmen, qué delgada! ¡Ruth, qué corte de pelo más chulo!

—Tú sí que estás guapa perris. ¡Cómo se nota que vives bien!

—¡Se hace lo que se puede, jijiji!

—Oye, pendón, ¿y tu marido?, ¿al final no viene?

—¡Ojalá! Se habrá quedado rezagado, ¡Vámonos, antes de que nos encuentre!

—¡Mira que eres mala! Ahí está míralo, cargando con tu maleta también.

—Pobrecillo, vaya cara trae. ¿Ha pasado algo?

—Que le he puesto las pilas, ya sabes lo cansino que es cuando quiere. Ha empezado a pincharme y he saltado...

—¡Anda que te hace falta a ti mucho!

—No lo defendáis que está muy pesado. Luego os cuento, ahora voy a rescatar mi maleta que cuanto más tiempo se haga cargo de ella, mayor será el reproche después.

Voy hacia él, es verdad que el pobre no tiene muy buena cara.

—Muchas gracias, iba a ir a por ella ahora. Me he emocionado, ya sabes.

—Sí, ya sé, pero te la podían haber robado si hubieran querido.

—Pero no ha sido así, ¿no?

Menos mal que mis queridas hermanas se acercan para rescatarme, no me apetece discutir más ni aguantarlo en el papel de salvador del universo.

—¡Cuñadito! ¿qué tal el viaje? ¿vienes muy cansado?

—Hola chicas, el viaje bien, pero sí, estoy un poco cansado.

—Bueno, ahora te das un bañito en la piscina, que te están esperando Agustín y Luis con un copazo de los que te gustan.

Me está pareciendo verlo sonreír.

—Me vendrá genial, a ver si así se me pasa el mal rollo que traigo.

Mis hermanas hacen como que no han oído esto último, ni visto la miradita que me ha dedicado. Ruth se sonríe y me guiña un ojo, la verdad es que son únicas para levantar el ánimo. Me cogen cada una de un brazo y así llegamos al coche.

Ruthi me vuelve a echar un cable:

—Martín, ¿te sientas delante conmigo para que estas dos cotorras no te vuelvan loco?

—¡Sí claro!

—Le vamos a volver loco igual, ya conoce nuestra terrible tradición de bienvenida.

Mi marido sonríe y asume lo que le toca.

—No os cortéis chicas, Julio os espera.

Como cada vez que nos reencontramos, ponemos la canción de Julio Iglesias en el coche y a voz en grito cantamos “Amo la vida y amo el amor ...soy un truhan, soy un señor...”

¡Como quiero a estas dos locas, hasta el seta de mi esposo parece estar renaciendo!

Tras unos veinte minutos en los que no paramos de hablar y cantar una canción tras otra, llegamos a la casona de mi hermana. Bueno, es de mi cuñado, ha pertenecido a su familia desde siempre, pero hace un año le salió una oportunidad de trabajo irrechazable y se mudaron aquí con los dos niños.

Es una casa enorme con dos plantas, buhardilla y sótano/garaje. Hay 6 dormitorios, salón y cocina. Pero lo mejor de todo son el porche acristalado y la piscina que también está resguardada del frío por una estructura de cristal.

Está escondida en una zona de bosque, pero la playa está a tan solo media hora por un precioso camino, esto la hace para mí el lugar ideal para refugiarme de todo. Me da mucha pena estar tan lejos de mi hermanita, pero adoro su nuevo hogar, y cada vez que tengo ocasión, aquí que me planto.

—¡Tierra llamando a Lucía!

—Estaba admirando tu casa, ¡cómo me gusta!

—Porque solo vienes de vacaciones guapa. ¿tú sabes lo que hay que limpiar ahí?

—Pero si tienes a Dolores, ¡tú no haces ni el huevo!

—Ya, pero hay mucho que limpiar, aunque no lo limpie yo.

Las dos nos reímos de la cara que tiene, porque, aunque es abogado y toda su vida ha trabajado como una mula, siempre se ha escaqueado de las tareas del hogar, cosa por la que la envidio sanamente. Económicamente van muy bien, por lo que se puede permitir el lujo de no poner un pie en la cocina si no le da la gana, además mi cuñado, como buen cántabro, es un hacha con los

fogones, eso le da la excusa perfecta para ni siquiera plantearse cocinar.

Cuando estamos todos juntos es diferente porque la cocina se convierte en la habitación principal, si es invierno, si no lo hace el porche y la cocina abierta que hay junto a la barbacoa. Todos nos arremolinamos cerca de la comida y de la bebida, y así pasa, que siempre volvemos con unos cuantos kilos de más.

Oímos risas y gritos acercándose, eso significa que mis sobrinos se han dado cuenta de que estamos en casa, abandono a mi hermana y corro hacia el origen del barullo para encontrarme con ellos.

—¡Tía Lu!! ¡Tía Lu! ¡Mira lo que nos ha traído la tita Carmen!

Jorge viene con una moto de juguete en la mano y detrás le sigue Carlos casi a trompicones con una pelota.

—¡Mis niños!

Los abrazo fuerte y respiro su aroma a colonia infantil. ¡Huelen tan bien! ¡y son tan monos!

—¡Ya, ya tía que nos aplastas!

—¡Ía plastas! —repite Carlos en su idioma de tengo dos años, pero sé muy bien lo que me digo.

—¡Perdón, perdón! Ya sabéis que me emociono cuando os veo y no me controlo.

—Pues contrólate un poquito más o te voy a tener que aplastar yo a ti.

Me dice Jorge en tono de amenaza cariñosa.

—¿Ah sí? Pues creo que merezco ser aplastada por tus fuertes brazos para aprender la lección.

Me arrodillo para ponerme a su altura y él entre risas me aprieta tan fuerte como puede.

—¡Jorge, me dejas sin respiración —finjo que me está costando respirar—, creo que ya he aprendido, ya he aprendido!

El pequeño que está detrás esperando su turno llama nuestra atención

—¡Yo, yo, yo!

—Carlos, cuidado con tu fuerza que tu hermano ya me ha dejado para pocas.

Se abraza a mí riéndose con el chupete a medio caer y yo vuelvo a fingir que me ahogo hasta que caemos los tres al suelo entre carcajadas.

—Desde luego hermanita, no llevas aquí ni cinco minutos y ya te han tumbado.

Tirada en el camino de entrada a la casa y con las dos criaturas encima, miro a mi hermana mayor que está en un plano superior y le digo lo primero que se me ocurre.

—Ya ves, estos son los únicos hombres que me hacen perder el sentido.

Me doy cuenta inmediatamente de mi metedura de pata, sin poder evitarlo miro hacia donde intuyo que está mi marido y compruebo que, efectivamente me ha oído, porque de mirarme con cara de alhelado mientras jugaba con los niños ha pasado a ese otro gesto que últimamente me es tan familiar, la tristeza.

Me siento fatal por haber sido tan insensible, lo he dicho en broma, pero teniendo en cuenta la crisis por la que estamos pasando, debía cuidar más mis expresiones.

Ruth también se da cuenta, bueno, en realidad todos lo hacen, por lo que se produce un momento raro. Me levanto de un salto y decido seguir como si no hubiera pasado nada.

—¿Quién quiere ver sus regalos?

—¡Yo, Yo! —gritan los dos a la vez.

—¡Pues ayudadme con las maletas que los tengo dentro!

Me cogen de la mano y me llevan corriendo hasta donde hemos dejado el equipaje, aprovecho para dar un beso fugaz a mis cuñados y sigo con los dos fieras y mi maleta en dirección a mi dormitorio.

Tras dejarles entretenidos con unos cuantos juegos que les he traído, me bajo a saludar a los adultos más detenidamente.

—Hola chicos, perdonad por las prisas de antes.

—No pasa nada, pero no puedes dejar que te mangoneen así.

—Anda, si para un rato que estoy con ellos, ¡déjame mal criarlos!

—Ya verás cuando los tengas tú, te los voy a revolucionar cada vez que los vea.

No quiero ni mirar a Martín, porque seguro que también se ha tomado este comentario como algo relacionado con el tema que le tiene contrariado desde anoche.

—Bueno, cuando eso pase harás de tío y dentro de tus labores estará la de mal criarlos y sobornarlos. ¿O cómo te crees que he conseguido que se hagan del Madrid?

—¡Será posible!; Ruth saca las maletas de tu hermana a la calle, ha sobornado a los niños para que sean merengues!

—Cariño, si solo fuera eso...

Mi hermana viene con unas copas en una bandeja y se las da a los chicos.

—Lu, no te he sacado nada porque no sé si prefieres una cerveza o un vinito ¿Te vienes y coges lo que tú quieras?

—Sí claro voy contigo.

Sé que mi hermana sabe lo que traerme exactamente, pero me ha presentado la ocasión para reunirme con ella y con Carmen a solas y empezar la terapia de grupo que tanto estoy necesitando.

Una vez en la cocina y tras cerciorarnos de que nadie nos oye, empieza el interrogatorio.

—¿Pero se puede saber que os pasa a Martín y a ti?

—¿Hoy, o en general?

—En general ya lo sabemos, pero ¿ha pasado algo hoy o estáis ya en este punto?

—Bueno, a ver, anoche discutimos. Bueno, discutí yo y él se enfadó, y aún le dura el cabreo.

—¿Pero, nos vas a decir el por qué?

—Qué sí, qué sí. Bueno Carmen, no sé si tú estás más o menos al tanto de cómo está la cosa.

—Sí, sí —contesta Ruth—, le puse al día para convencerla de que viniera.

—A ver, convencida estaba, pero con este plan no me ha costado nada que Luis diera el ok. Bueno, a lo que vamos ¿Por qué la tuvisteis anoche?

—¡Porque ahora me salta con que quiere tener un hijo!

—Bueno Lu, no es tan raro. Lleváis ya dos años casados, es normal que quiera ser padre.

—Sí, pero yo me estoy planteando dejarle, y él me viene con que quiere tener un hijo.

Las dos se quedan blancas, no se esperaban la noticia así de sopetón. Es verdad que les había ido poniendo al corriente de que las cosas no iban bien, pero no les había comentado la idea que me rondaba por la cabeza.

—¿Tan grave es?

—¡Buf, chicas, no sé!

Me sirvo una copa de vino blanco y me siento alrededor de la isla donde están ellas.

—Lleváis tiempo mal, ¿pero, para dejarlo?

—Pues a eso he venido aquí, a ver si me aclaro, últimamente no le soporto.

—Será una racha ¿no? Todas las pasamos.

—Pues es una racha muy larga, hermana.

—Ya, pero piénsalo bien, hay decisiones que no se deben tomar a la ligera.

Voy a contestarla, pero Carmen intercede por mí.

—Ruth, creo que lo que Lucía necesita oír es que nosotras la apoyaremos decida lo que decida, y aunque a nuestros padres les va a dar un soponcio, solo quieren que sea feliz, igual que nosotras

¿o no?

—Sí, muchas gracias. Es muy importante teneros a mi lado en estos momentos.

Ruth sigue intentando aclarar su desconcierto, en su cabeza no entra eso de que se acabe el amor sin más.

—Pero Lucía ¿te ha hecho algo Martín? ¿hay otra persona?

—¡Qué va! Eso es lo peor, que no me ha hecho nada el pobre. Es el de siempre, pero he empezado a entender por qué a todos os cae tan mal.

Mis hermanas ponen cara de circunstancia.

—A ver, a mí no es que me caiga mal, pero sí que creo que es un poco pedante.

La pobre Carmen, siempre tan diplomática. Ruth es bastante más bestia.

—Pues a mí sí, para que negarlo, me cae fatal. Es un sieso y va de sobrado, aunque es un ignorante. Pero si tú eres feliz con él, yo lo aguanto lo que haga falta, ahora si me dices que ni si quiera le tragas tú...

—¡Qué bruta eres, anda que decirle esas cosas de su marido a tu hermana!

—¡Pero si ya lo sabe! ¿o no?

—Sí, sí, Carmen, tranquila que no me pillas de nuevas lo que piensa esta arpía, me lo dejó muy clarito desde el primer momento.

—No mientas que antes me caía bien ¡pero es que cada día que pasa es más petardo! Fíjate que aburre hasta a Agus, que le caen bien incluso las setas.

—Las setas también me caen bien a mí si nos ponemos...

—¡Por eso te has casado con una!!

Rompemos a reír como tres tontas ante el comentario hiriente que ha hecho mi hermana mayor sobre su cuñado. Sabemos que no está bien comportarnos así, pero no podemos evitarlo, estar las tres juntas es peor que una sobredosis de hachís, la desinhibición y los ataques de risa son la tónica habitual de nuestras reuniones de hermanas.

—Ahora hablando en serio. Ya sabes que en mi vida habitual veo muchos divorcios y sé lo duros que son, si estás muy segura de ello, adelante. Pero si crees que existe alguna alternativa para salvar tu matrimonio, aférrate a ella, porque una vez que tomas la decisión ya no hay vuelta atrás.

—Ya lo sé, por eso no he hecho nada aún.

—Oye —Carmen sigue rumiando algo—, no nos has contestado sobre si hay alguien más, porque eso lo cambiaría todo...

—No, no hay nadie en concreto, y muchos por concretar

Ambas me miran asustadas

—No flipéis que no he hecho nada, o al menos aún.

—Anda, no digas tonterías, eso sí que no.

—Espera Carmen, que no habíamos invitado a Puri y se ha unido en el último momento.

Carmen se ríe y Ruth me mira ofendida.

—Es que no me parece bien que te conviertas en un zorrón y le adornes al pobre Martín la cabeza con una cornamenta que ni Rudolf el Reno. Una cosa es que no me caiga bien, y otra es que no le compadezca.

—¡Qué no le voy a poner los cuernos! O al menos no me gustaría, pero es que desde que he montado la empresa de eventos, me relaciono con cada tiarrón... Mientras que con él no me apetece ni hablar, con los otros me quedaría sin dormir noche tras noche.

—Ya, pero sabes que eso no es el día a día, ¿verdad?

—¡Qué sí!, ¡Qué lo sé! Pero sólo os estoy contando cómo me siento, porque no voy a dejar mi

matrimonio por irme por ahí cada noche con uno, pero cuando mi matrimonio no va, lo otro se me hace una idea de lo más tentadora. ¿No lo entendéis?

—Sí, es totalmente normal. Si tu marido te aburre y te están poniendo en bandeja la tentación a cada momento, tienes que ser muy fuerte para no dejarte llevar.

—Gracias, Carmen, empezaba a pensar que era un bicho raro. Además, está el sentimiento de culpa.

—Pero si no has hecho nada, no te tienes que sentir así.

—Bueno, un poco sí, ¿eh?

—¡Beata María, o te callas o te nominamos! Lucía no ha hecho nada malo, pensar en engañar no es lo mismo que hacerlo. Que tú estés chocha con tu Agus no quiere decir que los demás hombres dejen de existir.

—Bueno, vale, pero es que me parece una falta de respeto. Divórciate y luego haces lo que quieras, pero mientras tanto no, que luego tu defensa va a ser un jaleo.

—¡Tú siempre tan práctica! Si no he dicho que vaya hacerlo, sólo que tengo ganas, que me encanta que me llamen y me inviten a pasar fines de semana en barcos y mansiones. Nunca acepto y nunca voy a nada, pero no dejo de pensar en todo lo que me estoy perdiendo. Y luego llega él y se me acerca, y a mí me recorre un bicho por dentro que son las mariposas que se han convertido en gusano y que hacen que me aparte. Y me siento fatal porque veo la cara de tristeza que se le queda a él. —Las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos—. Y encima no le puedo culpar, porque no ha hecho nada salvo quererme, soy yo la que he cambiado.

—Venga, no te agobies, que tú tampoco tienes la culpa.

Mis hermanas se acercan a mí para arroparme con un abrazo.

—Ya, chicas, pero es que me siento como si hubiera despertado. Se me ha quedado pequeño. Lo que me gustaba de él ahora me aburre, lo que teníamos en común ya no existe, y me da pena, porque no sé si aún le quiero, o simplemente le tengo cariño, pero lo que está claro es que no quiero que sufra. ¡Y lo va a hacer!

—Tómalo con calma y aprovecha estos días para reencontrarte con él o tomar la decisión. Es mejor decírselo de una vez, que alargar la agonía para obtener el mismo final.

—Carmen tiene razón, ahora vete al baño, lávate esa cara y tómate otra copa, estoy oyendo pasitos y creo que vuestros sobrinos han dado con nuestro paradero, con lo que se acabó la tranquilidad.

En efecto así era, mi hermana tiene el radar de madre, los ha oído antes casi de salir de su cuarto de juegos. Voy a retocarme antes de que me intercepten para que no vean como se me ha quedado el rímel después de nuestra charla.

Un poquito de maquillaje aquí y un par de toques con un bastoncillo, y ¡como nueva! ¡Preparada para enfrentarme a las fierecillas! Son unos niños encantadores, algo revoltosos, pero son un cielo. En el fondo los manejo como quiero. Son los únicos niños que me gustan, suena muy mal, pero no soy nada niñera, ellos son especiales y mi relación con ellos también. Es lo único que me da esperanzas de que, si algún día decido ser madre, no se me dará tan mal, pero hoy por hoy, es lo último que se me pasa por la cabeza.

Salgo y compruebo que en la cocina no queda nadie, han debido salir al jardín. Efectivamente, están todos alrededor de la barbacoa. Agus cuenta chistes y los demás se ríen de los mismos. Luis lleva una cerveza de más y se troncha con cualquier tontería, lo que parece hacerle mucha gracia a Martín y los mira divertido.

Yo me quedo un poco escondida observando la escena, sé que en cuanto salga se va a poner tenso, y no puedo culparle. Cuando lo veo sonreír me acuerdo de cuando lo conocí, precisamente

fue su sonrisa lo que me cautivó. Me pareció un chico guapo y la mar de interesante, teníamos bastantes cosas en común y enseguida hubo feeling.

Ambos vivíamos independizados en Madrid, por lo que desde el principio empezamos prácticamente a vivir juntos. No era oficial, pero pasábamos la mitad de la semana en su casa, y la otra mitad en la mía. Como ya he mencionado antes, mis hermanas no lo tragaban mucho, por lo que aguantar a un compañero de piso que no paga alquiler, y encima te cae fatal, se convirtió en un suplicio para ellas. Lo hablamos tranquilamente, y decidimos mudarnos los dos solos. Llevábamos apenas seis meses de relación, pero era eso, o salir a mal con ellas.

Como todo iba bien, nos atrevimos a dar el gran paso, para susto de todos. Mis padres no lo entendían, y mis hermanas me pedían que lo pensara algo más de tiempo, pero a cabezona nadie me gana. Nos casamos al año de habernos conocido, y ahí comenzó el cambio.

Yo en aquél entonces, trabajaba como psicóloga en un centro de reconocimientos médicos. Era un trabajo aburrido y monótono, pero tenía un horario cómodo y me permitía pagar las facturas. Tras organizar mi boda, descubrí cuál era mi vocación. Todo el mundo quedó encantado con el resultado, y varios amigos me preguntaron por la agencia encargada, cuando les dije que lo había hecho yo todo, me sugirieron que me dedicara a ello profesionalmente. De hecho, ya tenía varios clientes antes de montar la empresa.

Martín no se tomó muy bien el cambio, un trabajo como ese suponía un cambio absoluto en nuestra rutina, y él no estaba preparado. Decidí olvidarme del tema y seguir donde estaba, pero cada día se me hacía más cuesta arriba y tomé una decisión unilateral.

Habría sido más bonito contar con el apoyo de mi marido en un momento así, pero no lo tuve, y eso nos hirió gravemente. A partir de entonces los reproches y desplantes se sucedían uno tras otro.

Luego se instauró entre nosotros un periodo de calma, no discutíamos, pero nos ignorábamos bastante y tras una bronca monumental, que se desencadenó por un despiste tonto, en la que salió toda la mierda acumulada y nos escupimos todo lo que pensábamos el uno del otro, empezó la fase en la que estamos ahora. Él haciendo pequeños gestos para arreglarlo, y yo buscando razones para no dejarlo.

Ve como uno de los canijos viene hacia mí, por lo que tengo la certeza de que mi momento de reflexión ha terminado, voy a mimar un poco a mi sobrino, se ha debido caer y se viene señalando la rodilla con cara de pena.

—¡Pero bueno!, ¿qué te ha pasado?

—¡Que Carlos me ha empujado y me he caído! ¡Y encima, mamá me ha regañado a mí!

Miro hacia mi hermana, que tiene al pequeño llorando en brazos, y le hago una seña para que se despreocupe del mayor.

—Vente conmigo, anda, vamos a curarte esa herida. Y no te enfades porque mami te regañe, sabes que tu hermano es un poco llorón y le tienen que hacer caso porque es pequeño. Tú como eres un chico fuerte, tienes que portarte bien y no hacerle caso cuando te chinche.

—¡Ya tía!, pero es que siempre me está metiendo en líos. Se mete conmigo, y luego si yo le digo algo, llora y se chiva a mamá.

—Ya lo sé, mi niño. Pero así son los hermanos pequeños. Hablaré con mamá para que no se crea todo lo que le dice, pero si te vuelve a pasar, me llamas a mí y me lo cuentas, ¿trato hecho?

—¡Trato hecho!

Me lo llevo a curarle la herida de guerra y mientras tanto le pregunto cosas del colegio y del equipo de fútbol, se emociona hablando de ambos temas, tanto que no se queja cuando le limpio el corte y le pongo un apósito.

He conseguido escaquearme un rato más de la mirada inquisidora de mi marido, y, por otro lado, he librado al resto de unos minutos de incomodidad al ver como el aire se corta entre nosotros.

Jacobo:

Enero 2016

—¡Papá ven corre!

¡Otra vez no! ¡Por favor! No puedo soportar ver más como sufren mis hijas y no poder hacer nada. Se me escapa de las manos, la psicóloga dice que con el tiempo se les pasará, que es normal que tengan pesadillas y que se levanten creyendo que su madre está aún en casa. Su consejo es, que cuando les pase, les recuerde un momento bonito que pasaron con ella y me quede durmiendo en su cuarto.

Para lo que me ocurre a mí, no tiene una explicación tan clara. Dice que la mujer inexistente a la que añoro más que a Laura, es una imagen que he creado porque la culpo por irse cuando le estaba dando una segunda oportunidad. Pero no termino de creérmelo, esa mujer es lo opuesto a Laura. No tengo una imagen nítida de ella, ni siquiera recuerdo los sueños en los que aparece noche tras noche tras el accidente.

Sólo sé que me levanto cada mañana sintiendo su presencia en mi corazón y que me siento tremendamente culpable por ser a ella a la que echo de menos, en lugar de a mi esposa muerta.

—Tranquilas, tranquilas, ya está papi aquí.

Me he arrastrado hasta el cuarto de mis niñas como he podido, ni siquiera me he parado a coger la muleta. Ese trasto me tiene amargado, más por lo que representa que por lo que es en sí, pero aún me queda para poder comenzar la rehabilitación y olvidarme de ella para siempre.

—Papi, Marta ha vuelto a tener un sueño, y cuando se ha despertado llamando a mamá y le he dicho que no estaba, se ha puesto a llorar y gritar.

Me acerco a mi pequeña y la abrazo aguantando las lágrimas.

—Tranquila, mi niña, papi ya está aquí.

Parece que se va calmando, pero las lágrimas siguen cayendo de sus grandes ojos y me parten el corazón al suplicarme una explicación que no tengo.

—¿Por qué no está? ¿Por qué tuvisteis que ir a ese viaje?

—Cariño, no te puedo responder a esas preguntas. Solo sé que yo también echo mucho de menos a mamá y que si hubiera sabido lo que nos iba a pasar, nunca habríamos cogido ese tren.

—¿De verdad que no va a volver?

—Marta, ya nos lo ha dicho papi varias veces, mami se ha ido a un sitio del que no puede volver, pero podemos hacer que esté con nosotros recordándola.

Cristina solo tiene 9 años, pero es muy madura, mucho más desde que ha perdido a su madre. Se ha visto obligada a crecer de golpe, mi pobre niña ha tenido que jugar el papel de hermana mayor y de hija fuerte. Solo se permite un respiro delante de sus abuelos y cuando está a solas.

Mi recuperación no está siendo nada fácil, el dolor de la pierna a veces es insoportable, y mi ánimo también está bastante resentido. El sentimiento de culpa es lo que no me deja ni respirar, aunque lo de la mujer misteriosa sólo lo sabe la psicóloga, a veces creo que mi hija mayor se huele algo y me siento fatal por ello.

—Muy bien Cris ¿ayudamos a Martita a recordar a mamá?, creo que ya no se acuerda de los

bizcochos que hacíais juntas.

—¡Sí que me acuerdo! Siempre les echábamos nueces y canela para hacerlos especiales.

—¿Ah sí? ¿Y qué más cosas hacíais?

—Poníamos música y bailábamos con los ingredientes.

Noto como Cristina traga saliva para no romper a llorar y yo hago lo mismo. Laura pudo no ser la mejor esposa, pero era una madre fantástica que adoraba a sus dos princesas.

Año 2005

—Juan tío ¡Que la he conocido!

No puedo evitar abrazar a mi amigo de lo contento que estoy. Él me mira extrañado, y no le culpo, soy bastante reacio al contacto físico, pero no he podido controlarme.

—¿Qué te pasa Jacobo? ¿estás bien? ¿de qué narices me estás hablando?

—¡Pues de eso! ¿De qué te voy a hablar? De lo único ¡Del amor! —me mira levantando una ceja y con cara de absoluto desconcierto—¡Que he conocido a una chica que me tiene loco! ¡La mujer de mi vida!

—¿Otra vez?

—¡Qué no! ¡Esta vez es distinta! No puedo dejar de pensar en ella ¡No puedo ni comer!

Como no puede ser de otra forma, Juan se ríe.

—Eso sí que es raro, Jacobo sin apetito, mira tú.

—¡Deja de meterte conmigo, joder! ¡Que te estoy hablando en serio!

Se pone lo más serio que puede, que no es mucho, y como buen amigo me invita a hablar.

—Vale, si tú lo dices tendré que creerte. Pero cuéntame más de esa chica, a ver si puedo ayudarte.

No tiene que pincharme mucho, porque las palabras se están pegando por salir de mi boca para describirla.

—Pues es guapísima, súper simpática ¡Y tiene un cuerpo que quita el hipo!

—¡Jajaja! ¡Pareces mi abuelo hablando de la guapa del pueblo! ¡Qué quita el hipo, dice el carcamal!

—¿Pero no habías dicho que no te ibas a reír de mí?

—¡Y lo he intentado, pero ha sido superior a mí! ¡Qué quita el hipo! ¡JAJAJAJA! —vuelve a respirar para calmarse—. Ya, ya, ya se me pasa...Perdona, sigue contando, pero procura no usar expresiones del siglo pasado si no, no puedo prometerme que me vaya a portar bien.

—Mira que eres cabrón, pero te lo voy a contar igual, ¡porque estoy que exploto!

—Venga, dale ¿Quién es esa tía tan espectacular?

—Pues se llama Laura, y es mi profesora de spinning.

—¿Desde cuándo vas tú a spinning?

—Desde hace dos semanas, pero ¡eso no es lo importante!

¡Yo lo estampo!

—Vale, vale, me centro. Cuéntame más.

—Pues poco más sé de ella, que me mira mucho y que trabaja de monitora, pero yo creo que hemos conectado.

—¿Eso es toda la información que tienes? ¿Sólo sabes eso de ella y me dices que la tía te tiene loco? Lo que yo creo, es que estás loco por tirártela.

—¡Joder Juan, que no es eso!
Se está riendo de mí el muy cabrón.
—Si no te conociera...
—Bueno, no es SOLO eso.
—Eso está mejor, ante todo sinceridad.
—¡Pero dime qué hago! Seguro que tiene mil moscones alrededor ¿cómo me acerco a ella?
—¡Pareces nuevo Jacobo! ¡Más fácil no puede ser, ojalá hubiera tenido yo las tecnologías que tenéis ahora para ligar!
—¿Quién es el carca ahora? ¡Cualquiera diría que con Alina tuviste una relación epistolar!
—¡Ya payaso, pero no teníamos ni una sola red social! Haz un grupo de Facebook de compañeros de spinning y luego la mandas un privado. ¿Qué es lo peor que puede pasar? si te bloquea, o pasa, te cambias de gimnasio y asunto zanjado.
—Pues no es mala idea...
—¡Claro que no! ¿qué te pensabas? ¡Has consultado con un profesional del ligue!
—Menos flores que el plan hace aguas.
—¿Qué hace aguas? ¡El plan es la leche, el que hace aguas eres tú!
—A ver, mejor que nada es, aunque tienes que reconocer que tampoco es muy original... Pero bueno ¡Lo voy a hacer! esta noche me hago el simpático y pregunto si hay un grupo hecho.
—Pues ya me contarás que no quiero llegar tarde a casa, tengo a Alina mosqueada y me va a tocar hacerle la pelota un rato si quiero cenar...
—¡Pues hala, profesional del ligue, a poner en práctica tus tácticas infalibles!
—Uno ya no es lo que era, pero se hará lo que se pueda.
Me da un abrazo y se marcha, yo me voy a pasar por casa a cambiarme y a darle una vuelta a la idea que me ha dado ¿Es normal que tenga ganas de vomitar?

Con ella delante, el plan ya no me parece aún menos bueno, pero algo tengo que hacer, estoy tan atontado que no me he dado cuenta de que había que levantarse y me he quedado pedaleando sentado, que vergüenza cuando me ha llamado la atención.

Ahora en cuanto terminemos me acerco a decirle algo.

—¡Venga chicos, que nos queda el último minuto! ¡Pedalead como si os fuera la vida en ello!
¿Un minuto nada más? ¡Pues sí que se me ha hecho corta la clase!
Tengo que darme prisa en abordarla, suele salir pitando a cambiarse de ropa y no me da tiempo a decirle nunca nada.
—¡Laura perdona! ¡Quería comentarte una cosa, si no te importa!
—Claro, Jacobo, pero ¿te importa hacerlo mientras caminamos? Tengo otra clase ahora y no quiero enfriarme.
¡Se acuerda de mi nombre, eso es buena señal!
—¿Otra clase ahora? ¿No estás agotada?
—¡Qué va! ¡Tengo energía para mucho más! —¿me acaba de guiñar un ojo al decir eso?—. Bueno, ¿Qué me querías decir?

—Esto..... ¡Ah sí! Que me ha gustado mucho la clase, aunque haya estado distraído. Y... esto... te quería preguntar si tenéis grupo de Facebook hecho, para poder unirme.

Lo solté de golpe, así es más fácil.

—Jacobo, sí que he notado que estabas hoy un poco en las nubes, pero todos tenemos algún día así. En cuanto al grupo, no sé, me imagino que lo habrá, pero si lo que quieres es quedar conmigo pídemelo el número directamente y ya está.

¡Joder qué corte! ¡Y ella partiéndose!

—¡Joder! ¿Tan evidente es?

Después del corte que me ha dado al menos ha tenido la deferencia de parare un momento a hablar.

—Hombre, muy disimulado no es que hayas sido —¡Tierra trágame!—. A ver, ten en cuenta que llevo mucho tiempo ya dando clases en gimnasios y sé cuándo despierto algún interés.

Tenía que haberla buscado y mandarle una solicitud de amistad...

—Ya...

—No te avergüences, me gusta que hayas venido a dar la cara, el Facebook ni lo miro la verdad. Además, yo también me había fijado en ti —¿qué se había fijado en mí? ¡Esto es para flipar!—. De hecho, espero que no me denuncies por sacar tu número de la ficha del gimnasio. Es ilegal, pero si no dabas tú el paso alguien lo habría tenido que dar ¿Verdad?

—Esto... Verdad.

—Bueno guapetón ¿te escribo luego y quedamos para tomar algo?

—Sí, Sí claro. ¡Genial!

Me da un beso en la cara y se va...

¡Está claro que me ha terminado de enamorar!

¡Madre mía qué mujer!

Año 2006

—¡Jacobito, que no me puedo creer que te cases!

—Juan tío ¡No me lo creo ni yo!

—Pensar que hace sólo un año me pedías consejo sobre cómo entrar a Laura.

—¡Ya te digo! ¡Y fue ella quien me entró a mí, pero bien dentro!

—Es que es mucha mujer, tiene las ideas claras.

—Eso es lo que más me gustó de ella. Lo directa que es, que no se anda por las ramas con tonterías. Eso facilita mucho las cosas.

—Pues sí, porque lo de andar adivinando y no acertar nunca es un coñazo. A mí me cae bronca día sí y día también.

—Es que menuda sargenta es tu señora.

—Pues era modosita cuando la conocimos, acuérdate. Así que la tuya que los tiene bien puestos desde el principio.....

—Vaya ánimos das tú también. Todavía salgo por la ventana.

—Tengo el coche con las llaves puestas por si quieres salir corriendo.

—¡Ja, ja, ja! Tentado estoy, pero ya que estoy aquí...

—Ahora en serio, sólo os conocéis desde hace un año, estás seguro de lo que vas a hacer ¿no?

—¡Más seguro no puedo estar! De verdad Juan, que me caso completamente enamorado y feliz. Además, te he de confesar que, aunque no nos casáramos, ya estamos comprometidos de por vida...

Leo el desconcierto en su cara.

—¿Y eso? ¿Habéis firmado una hipoteca juntos?

—¡Qué va! ¡Es mucho más! ¡Vamos a ser padres!

Yo estoy loco de contento, pero mi amigo no me dice nada y eso es raro en él.

—¿Qué pasa tío no te alegras?

—¡Claro! ¿cómo no me voy a alegrar? Lo que pasa es que me has dejado sin habla. Esto..... Enhorabuena.

—Pues no ha sonado muy convincente ese “enhorabuena”, la verdad.

—Perdona, es que me has sorprendido y ya está ¡Ven aquí y dame un abrazo! ¡Si tú estás contento, yo también lo estoy!

—¡Estoy más que contento, estoy feliz! ¡Y me caso en menos de una horaaaaaaaaaa!

Noviembre de 2014

Otra vez tengo que viajar y no me apetece nada, lo que realmente quiero es pasar una temporada con las niñas y Laura. Siento que me estoy alejando mucho de las tres, pero sobre todo de ella.

Sé que es normal discutir y no espero que todo sea de color rosa, pero el poco tiempo que paso en casa, noto que algo no va bien. Es como si prefiriera no tenerme por allí cerca.

No sé con quién hablarlo, a mi hermano no quiero agobiarlo y si le digo algo a Juan, me dirá que la mande a la mierda directamente. Se caen fatal, algo debió pasar entre ellos hace tiempo, pero ninguno suelta prenda. Lo único que he sacado ha sido un "ten cuidado con tu mujer, que eres demasiado bueno" y por parte de ella "deberías dejar de ver a Juan, no le caigo bien y está dispuesto a todo para separarnos". Esto de forma inevitable, ha hecho que se resienta nuestra amistad. Ya no quedamos como antes, ni nos contamos confidencias, pero sé que lo tengo ahí para lo que necesite. En cuanto a Laura, algo tengo que hacer también, no puedo darme por vencido tan pronto, si es preciso dejaré de viajar.

—Laura cariño, me han vuelto a llamar para un proyecto en el extranjero.

Me contesta sin mirarme y sigue con el ordenador.

—¡Genial! ¿no? Te estás haciendo cada vez más famoso y tus trabajos se cotizan mejor cada día ¿Cuándo sería?

—Aún no he dicho que vaya a hacerlo, de hecho, estoy pensando en rechazarlo y quedarme una temporada por aquí.

Por fin levanta la cabeza y me mira para hablar.

—¿Y por qué ibas a hacer eso?

—Pues porque va a ser un proyecto largo y no me apetece separarme tanto tiempo de vosotras.

—Largo ¿cuánto? ¿unos meses?

—Sí, mínimo dos, y con muy pocas posibilidades de venir de visita.

—¡Eso no es tanto! Y te pagarán genial ¿no?

Me estoy empezando a calentar...

—Laura, estoy hablando de no veros ni a ti, ni a mis hijas en más de dos meses.

—Pues eso, que te pagarán un dineral por tanto sacrificio. Por nosotras no te preocupes que ya nos apañaremos, tus padres me ayudan cuando no estás y las niñas ya son mayorcitas, lo entenderán.

—Sí, me pagarían un dineral, pero voy a decir que no.

Se levanta por fin y viene hacia mí, se sienta en mi regazo y pone su voz seductora.

—De ninguna manera ¿no ves que eso tendría consecuencias nefastas para tu carrera? Además, te puedo mandar a las niñas unos días por Navidad si tanto las echas de menos...

Me levanto de golpe y casi se cae al suelo, en este momento no quiero ni que me roce.

—¿A Argelia me vas a mandar a las niñas? ¡Hostias, Laura lo tuyo es muy fuerte!

—¡Pues no sé por qué te pones así! ¡Solo era una sugerencia! No entiendo tu reacción...

—¿Qué no lo entiendes? ¡Mira, déjalo! Me voy a ver qué hacen mis hijas.

—¡Eso, a ver si ellas te aguantan, porque lo que es yo, cada vez lo hago menos!

Tengo que salir del cuarto donde está mi mujer, se me caen las lágrimas y no quiero que me vea así. Me ha dejado clarísimo que mi compañía no le es grata y ahora soy yo el que se muere por irse a Argelia cuanto antes.

Febrero de 2015

Me parece un sueño pisar suelo madrileño ¡Por fin! Es la última vez que salgo de España tanto tiempo. A pesar de los Facetime diarios con mis chicas, las he echado de menos muchísimo. Con Laura casi no he hablado, nunca estaba libre cuando yo llamaba, o las niñas aprovechaban para llamarme desde casa de mis padres.

Me muero por ver las caras de mis pequeñas cuando llegue a casa, no tienen ni idea de que regreso, además llevo un montón de regalos para todos y como parte de la sorpresa voy a pasarme a comprar comida de su restaurante favorito, creo que les encantará.

Mi hermano es mi cómplice y me ha venido a buscar al aeropuerto, me ha dicho que por nada del mundo se pierde la cara de Cristina y Marta, de hecho, allí está. El muy ganso ha preparado una pancarta gigantesca, lo que me indica que se debía aburrir muchísimo en el despacho esta mañana...

—¡Hermanito! ¡Qué ganas tenía de verte!

Nos damos un abrazo de oso con muchos golpes en la espalda que demuestran nuestra gran efusividad.

—¡Yo también a ti! ¡No veía el momento de regresar!

—Bueno ¡Por fin en casa!

—¡Sí! ¡Por fin!

—¿Quieres tomar algo o vamos directamente a por el coche?

—No, no, vámonos ya. Estoy harto de viaje.

—Sí, tienes cara de cansado.

—¡Buf, han sido muchas horas! pero ya hoy de vuelta al hogar.....

Acomodamos las maletas en el coche y nos subimos. Tenemos que aprovechar para ponernos al día, si no luego nos será imposible hablar...

—Bueno ¿qué tal el viaje?

—Mucho curro, si no te importa, paso de hablar, mejor cuéntame tú por aquí qué tal ¿El bufete, Santi, papá y mamá?

—Por aquí todo como siempre, en el bufete sin parar y en casa sin cambios. Santi guapísimo y nuestros padres bien... en su línea.

—¿Qué les pasa?

—Nada, ya les conoces, andan mosqueados con Laura porque siempre está ocupada y dicen que no han visto casi a las niñas....

—¡Pero bueno! ¿Cómo no me han dicho nada? Le habría dado un toque, o al menos lo habría intentado, porque, a decir verdad, no he hablado casi con ella...

—¡Va! Ya sabes cómo son, no querían preocuparte estando fuera. Además, intuyen que las cosas con tu querida esposa no pasan por el mejor momento y no querían echar más leña al fuego.

—Pues hermano, si te digo la verdad se lo agradezco. Laura está en un plan insoportable. Ya te

he dicho que casi no hemos hablado y cuando la llamaba me saludaba fríamente y le pasaba el teléfono a alguna de las niñas como si le quemara.

—¿Así estáis?

—Solo te digo que este viaje no quería hacerlo, pero parecía que le sobraba en casa. Insistió tanto en que me marchara que me fui para perderla de vista y poder recapacitar, creí que un poco de espacio nos vendría bien, pero las cosas no han hecho nada más que empeorar. Está claro que tenemos una conversación pendiente y no sé cómo vamos a acabar...

—¡Lo siento mucho hermano! Me olía una crisis, pero no de tal calibre.

—Si estoy retrasando el momento es por las niñas. Ellas no se merecen sufrir porque su madre y yo seamos unos inmaduros que no sabemos convivir.

—Sí, ellas serán las más perjudicadas, pero si la situación es tal y como la describes, ya lo estarán pasando mal. Tus hijas son muy listas y se habrán dado cuenta de que algo no marcha.

—Si te soy sincero, no sé si ha marchado alguna vez. Me empeñé en que era la mujer de mi vida y no os hice caso a ninguno de los que me aconsejasteis pisar el freno. Mira el pobre Juan, éramos uña y carne y porque a Laura no le cae bien ya no tenemos contacto.

—No te tortures así, los que te queremos seguiremos apoyándote en todo. Piensa en lo que quieres y necesitas, tomes la decisión que tomes, estaré aquí para ayudarte. Y si llega el caso, que ojalá no, para representarte.

—Muchas gracias, de verdad, y perdona por el mal rollo nada más llegar. Con esto de sorprender a las niñas a ella tampoco la he avisado de que llegaba hoy y estoy temiéndome la cara que va a poner cuando me vea...

—Pues no temas más porque se te va a desvelar el misterio. ¿No es esa tu mujercita?

Con la charla no me he dado cuenta de que ya hemos llegado al restaurante donde tengo encargada la comida, miro hacia donde me indica mi hermano y veo a Laura sentada en una mesa. Lo que no me puedo creer, es que está dada de la mano con un hombre.

—¡La madre que me parió! ¡Claro que es Laura! Ese perfil es inconfundible...

Mi hermano sin decirme nada ha sacado el móvil y hecho varias fotos de la escena, lo miro extrañado.

—Perdona mi insensibilidad, pero necesito pruebas ¿esto te lo va a pagar!

—Nada, nada, para eso eres mi representante legal.

—¡Lo primero soy tu hermano y lo siento muchísimo, de verdad! ¡Pero es que es una hija de Puta y sé que lo va a intentar tergiversar!

—Pues saca todas las que puedas que para algo nos servirán.

No sé qué sentir, no siento nada, ni rabia, ni dolor, bastante mala leche y mucha indiferencia. Soy consciente de que me he quedado parado y llevo un rato así, mi hermano no sabe ni lo que hacer.

—Jacobo, no los mires más ¿nos vamos?

—¡Qué va! ¡Esto no ha hecho más que empezar! —decido salir del coche y entrar en el local ¡vamos a divertirnos un rato!—. Tú graba, que estamos a punto de ver una interpretación digna de un Goya.

Me mira perplejo.

—¿De verdad quieres que grabe?

—¡Por supuesto! Luego analizaremos al completo su estrategia.

Mi hermano se esconde y yo me siento en una mesa que está detrás de la suya, pero no pegada, y le indico a la camarera que les lleve un tiramisú de mi parte.

—Señores, aquí tienen su postre.

—Pero... si no hemos pedido nada.

—Es un detalle del caballero de ahí, insiste en que este postre es su favorito y dice que va a la perfección con el momento tan dulce que están teniendo.

Ambos dirigen la mirada hacia mi mesa, él no entiende nada. La cara de ella es un auténtico poema. Da un salto y suelta las manos de su acompañante.

—Laura ¿qué pasa?

Observo cómo le dice entre dientes que estoy allí.

—Mi marido

—¿Qué dices? no te entiendo.

—Es mi marido, el que nos ha mandado el tiramisú.

—¡No jodas!

No le dice nada más, se acerca hacia mí pensando en qué excusa darme. Conozco su cara, y sé que está luchando por buscar algo que parezca convincente.

—¡Jacobito cariño! ¿cuándo has llegado? No te esperábamos.

—Eso está claro. He venido dos días antes para daros una sorpresa, pero mira, me la he llevado yo.

—¿Por qué lo dices? ¿Por Miguel?

Si lo que digo yo, esta mujer iba para actriz.

—No pienses mal churri, estaba consolando al pobre. Ha perdido a su madre y está pasándolo fatal. Es el papá de unas amiguitas de nuestras niñas, Manuela y Carmen, ellas están en un cumpleaños y como no está para fiestas, le he ofrecido venirnos aquí para hablar.

—¡Ahh! Muy noble por tu parte, siempre tan solidaria.

—Ya sabes cómo soy.

—Sí, sí, ya lo sé. Bueno ¿podrías ir a por las niñas y llevarlas a casa? He encargado comida y quiero sorprenderlas.

—Por supuesto, ahora mismo voy a por ellas, pero antes, dame un beso ¿no?, llevamos tiempo sin vernos.

—Laura, no te tomes mal mi rechazo, pero si me da grima beber del vaso de otro, más me da comerme las babas de Miguel, por muy de luto que esté el chico.

La dejo ahí plantada y voy a por mi hermano, que lo ha estado filmando todo escondido detrás de una columna.

—Adiós cuñada, luego nos vemos.

Está en estado de shock, permanece estática.

—Voy a por mis padres y espero ver a las niñas en casa en 20 minutos ¿entendido?

—Sí, sí.

¿Cómo puede ser que en un momento así me haya divertido tanto?

—¡Ha sido la leche! Tu cuñado va a flipar cuando vea el video.

—Santi puede saberlo, pero a papá y mamá ni mu.

—Vale, tranquilo. Pero él tiene que estar informado, te aprecia mucho y extraoficialmente te puede aconsejar sobre cómo proceder.

—Aún no sé lo que voy a hacer, pero, de todas formas, tú eres el abogado, deja a tu marido tranquilo, no lo vayamos a meter en un lío.

—Por muy juez que sea, te considera su hermano y tiene un poco de tirria a Laura, así que no lo prives de ver el careto de “la parejita” cuando te han descubierto.

—Estás disfrutando ¿verdad?

—Un poco, pero no me niegues que tú también.

Qué bien me conoce mi hermano.

—Reconozco que sí, dentro de lo dramático de la situación, me siento algo aliviado. Y hemos tenido el placer de ver a esa harpía descolocada, cosa que no suele suceder.

Presiento que la adrenalina del momento y la falta de sueño están amortiguando mi caída. Ver cómo te engaña tu mujer con otro es muy fuerte por mucho que no sea el mejor momento de nuestra relación, espero no venirme abajo cuando vea a mis padres.

Al llegar a su casa avisamos a mi cuñado para que salga con ellos, es nuestro gancho y solo les ha dicho que se arreglaran para comer fuera. Al verlos aparecer salgo del coche, veo a mi madre hacer aspavientos y salir corriendo hacia mí.

—¡Cuidado Glorita no te caigas y tengamos un disgusto!

—¡Anda, cállate y dale un abrazo a tu madre!

Me fundo en un abrazo con ella y noto cómo flojean mis fuerzas, oírla decir cuánto me quiere y lo que me ha echado de menos me hace flaquear y alguna lagrimita se me escapa.

—Pero Jacobo ¿Qué te pasa?

—Nada mamá, sólo me he emocionado un poco.

—Eso se lo cuentas a otra, que yo te conozco bien. Ya la has tenido con Laura, ¿verdad?

—Que no, mamá, que no me pasa nada.

—¡Gloria, no atosigues al chico! Ya nos contará lo que sea cuando él quiera. ¡Ahora, ven aquí y dale un abrazo a tu padre!

Obediente hago lo que me dice y aunque es menos efusivo que mi madre, también sus brazos me reconfortan.

Me recompongo como puedo y finjo estar contento y feliz.

—¡Venga! ¡Vamos a ver a las niñas, que me muero de ganas!

Montamos los cinco, un poco apretados, en el coche y nos encaminamos a mi casa. No quiero ni ver a la zorra de mi mujer, lo que ha hecho no tiene nombre, pero necesito ver a mis hijas y actuar como menos las perjudique. De momento no voy a tomar ninguna decisión precipitada, Laura y yo nos tendremos que sentar y hacer lo que hace años que no hacemos. Hablar.

Llegamos a mi añorado hogar, es una casa que me tiene enamorado. Más bien es como otra hija más puesto que la he construido yo, desde hacer el diseño hasta poner algunos ladrillos. Recuerdo el momento en que nos dieron las llaves del terreno, me había costado convencer a Laura, que no quería dejar el centro de Madrid ni bien ni mal, pero al final claudicó y me permitió comprar la parcela que quería y elegir la zona.

A cambio, le concedí mantener el apartamento de la Latina, decía que necesitaba su espacio propio, y mientras pudiéramos permitirnoslo ¿Por qué no darle ese capricho?

Me duele pensar que haya estado con otro hombre en mi hogar, en mi creación, en mi obra maestra. He diseñado muchas edificaciones en los años que llevo ejerciendo, pero esta es de la que más orgulloso estoy. De hecho, nos han ofrecido mucho dinero por ella y me he negado a venderla. Cosa que también me costó una fuerte discusión con mi señora.

Siento que las lágrimas vuelven a mis ojos, mi hermano que sabe lo que ocurre se acerca y me dice algo al oído.

—Esta casa es solo tuya ¿Recuerdas? Te convencí para hacer la separación de bienes y está escriturada a tu nombre.

Respiro aliviado, tiene razón. Tasamos las dos propiedades y pusimos cada una a nombre de uno de los dos ¡menos mal que le hice caso a mi abogado por una vez!

—Jacobó cariño ¿seguro que estás bien?

—Sí mamá, solo es que esta vez se me ha hecho más duro estar fuera y me parece mentira estar de vuelta.

—Bueno hijo, estás muy rarito hoy, pero te dejaré tranquilo. Será el "yet las" ese, que te tiene atontado.

—Será.

Espero que Sergio no se vaya de la lengua con mis padres, he visto como le hacía un gesto a mi cuñado para indicarle que le contaría luego y mi padre se ha dado cuenta. Prefiero que no sepan nada hasta que Laura y yo hablemos. No quiero que sufran tontamente.

Entramos todos en tropel y oigo que salen las niñas desconcertadas, al menos Laura no ha estropeado la sorpresa.

—¡Abuelito, abuelita!

Qué mayores están mis niñas, Cris tiene ya 8 años y Martita cumple el mes que viene los 4. Aún no me han visto, estoy escondido para que mis padres disfruten de toda su atención por un momento.

—¿Y a los tíos no les decís nada?

—¡¡¡¡Titos!!! —gritan al unísono.

Sigo observando lo contentas que están, y cuando han cesado los besos y abrazos con mi familia, salgo yo de mi rincón.

—¡Vaya, vaya! Espero que aún quede algún beso para mí en la fábrica.

—¡Papá! ¡Has venido!

—¡Sí! ¡El ratoncito Pérez ha cumplido mi deseo!

Se tiran a mis brazos como locas diciendo lo mucho que me han echado de menos y yo me dejo caer al suelo de forma que rodamos los tres.

Todos nos miran risueños, hasta Laura parece un poco menos de hielo.

—Jacobito hijo, levántate del suelo que vais a coger una pulmonía.

—Vale mamá, ayúdame a levantarme.

La muy ingenua agarra la mano que tiendo hacia ella para cumplir con su propósito, pero en lugar de levantarme, tiro y la cojo antes de que caiga. Casi le da un infarto a mi padre.

—¡Pero Jacobito que la matas!

—¡Que la voy a matar, si con el Yoga que hace esta mujer, tiene más flexibilidad que una gimnasta!

—No exageres hijo, que una ya está mayor.

—La que exageras eres tú, madre. Además, quería tener a mis tres chicas abrazadas, que hace mucho que no las veo.

Todos nos reímos, pero la avispilla de Cristina, que se entera de todo me hace un incómodo apunte:

—Mami también es tu chica y hace mucho que no la ves ¿A ella no la abrazas?

Mi hermano me mira, yo miro a Laura y mi padre nos mira a todos.

—Sí claro, pero a ella le doy un abrazo especial cuando estemos solos.

Les guiño un ojo y ellas corean un "uuuuuooohhh"

Me acerco a Laura y finjo estar encantado de verla dándole con un abrazo que me gustaría que fuera de cobra.

—Luego hablamos—Siseo en su oído.

Se pone muy tensa, pero mi hermano interviene y una vez más salva la situación.

—¡A comer, que esto —levanta la bandeja de la comida— se enfría!

Nos sentamos todos juntos y contesto a todas las preguntas que me hacen sobre el viaje, es

cuando les pregunto yo a las niñas por su día a día sin mí, cuando se me termina de quitar el hambre.

—Papi, te hemos echado mucho de menos, pero tengo que reconocer que nos lo hemos pasado muy bien.

—Me alegro, cariño, una cosa no quita la otra. ¿Tú también te lo has pasado bien Martita?

—Sí, hemos ido al parque de atracciones y al teatro.

—¡Qué suerte!

—Sí, nos han llevado mami y el papá de Manuela y Carmencita.

Miro a mi mujer, que ha empalidecido de repente.

—¿Y quiénes son Manuela y Carmencita?

—¡Pues nuestras nuevas amigas!

—¡Ay, perdón! Como hace tiempo que no os llevo al cole, estoy un poco perdido.

—Es que no son del cole —me explica Cristina con mucha paciencia—. Son hijas de Miguel el nuevo amigo de mamá, es muy majo y viven cerquita, así que hemos jugado con ellas casi todos los días.

—Sí, Manuela es un poco llorica y siempre quiere mi princesa Jasmine, pero mami ha dicho que vamos a comprarle una para que no me quite la mía ¿verdad mami?

Laura no sabe dónde meterse, está a punto de llorar. Yo sin poder aguantar un minuto más, saco de mi cartera 50 euros y se los doy.

—Toma Laura, a la muñeca invito yo, así Manuela deja de llorar y no os distrae a Miguel y a ti mientras jugáis.

Mi pobre niña inocente al ver que su madre no reacciona, coge el billete de encima de la mesa y se lo da a su hermana mayor.

—¡Cris, mira que guay! ¡Manuelita se va a poner súper contenta!

Cristina tampoco se ha dado cuenta de la tensión, o lo disimula muy bien.

—¿Podemos ir a contárselo, porfi?

—¿A su casa?

—¡No papi ¡Por Skype!

¿Ya usan Skype? Voy a poner un filtro en internet mañana mismo.

—Entonces sí, pero cinco minutos y volvéis ¿O no queréis abrir vuestros regalos?

—¡Sí, sí! ¡Cinco minutos!

Laura se levanta en silencio y se pone a recoger la mesa.

—Laura, no es necesario que lo hagas. Si te levantas tú, me obligas a mí a hacerlo, y quiero disfrutar un rato más con los míos.

—No me importa Jacobo, en un momento lo tengo todo recogido.

—He dicho que no, por favor ¡Tengamos la fiesta en paz!

No quiere ni mirarme, ni a mí ni a ninguno de nosotros.

—Pues si no os importa, me voy a echar un rato, no me encuentro nada bien.

Mi madre se levanta para ayudarla, pero yo la corto.

—Mamá, deja que se vaya a descansar, estoy seguro de que ha tenido un día muy largo y necesitará reponer fuerzas.

Sale de la habitación y mi madre, para no perder la costumbre, me echa un buen rapapolvo.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? Sabes que Laura no es santo de mi devoción, pero tratar así a tu mujer el primer día que llegas de un viaje de tres meses... ¡Yo no te he educado así!

Mi padre me mira como respiro para calmarme y hace de abogado del diablo una vez más.

—Gloria, si el niño está así algo gordo habrá hecho ella ¿Aún no conoces a tu Jacobito?

—¡Pero como no habla, tenemos que leerle el pensamiento! ¿qué te costará contarnos lo que te está pasando, hijo?

—No me pasa nada mamá —me levanto y le doy un beso—. Vete a por tus nietas que voy a empezar a repartir regalos.

No está convencida, pero me obedece, mi padre en silencio me toca la cabeza, se va al mini bar y saca una botella de whisky ¡Qué gran hombre!

Lucía: Abril 2015

Llevamos sólo tres días en casa de mi hermana y parezco otra, estas visitas son terapéuticas, hasta Martín está más animado y menos corta rollos.

Carmen y Luis sólo han podido quedarse el fin de semana, nosotros vamos a aprovechar las vacaciones y nos quedaremos un poco más. Voy a echarlos de menos porque nos lo hemos pasado genial, y además eran un gran amortiguador. Con mis dos hermanas y mis sobrinos he tenido excusa de sobra para no estar con Martín y él ha estado entretenido por mis dos cuñados, que lo han emborrachado sin piedad día sí y día también. Así que ahora tengo un poco de miedo por cómo afrontar los días que nos quedan por aquí. Aunque nuestros anfitriones se han liberado de bastante carga laboral al saber que veníamos, ellos no están de vacaciones, lo que nos va a dejar tiempo a solas y ociosos. Estoy por llamar a mi asistente y que finja que hay un evento de última hora, pero seguro que eso desencadena una bronca monumental, como todo lo que tiene que ver con mi trabajo actual. Pero por otro lado ¿qué hago si no?

—Lu, ¿qué te pasa que estás tan pensativa?

—Pues ¿Qué va a ser? Agus y tú tenéis que trabajar algunos días de esta semana y yo estoy planteándome hacerme la muerta para no tener que hablar con Martín...

—No está mal el plan, pero le veo lagunas...

—Pues no sé cuáles, está muy bien atado.

—Por ejemplo, que con lo glotona que eres no podrías comer nada...

—Me hincho antes y así es muerte por indigestión.

—Vale, pero ¿qué vas a hacer cuando te hagas pis?

—¿Se notará si me pongo un pañal de tu hijo?

—No sé si él lo notará, pero tú seguro que sí, porque en el único sitio que te valdrá será en una oreja, y ahí de poco te va a servir, creo yo.

—¡Jo Ruth! ¡No sé qué hacer!

—¡Pero churri, si en Madrid vivís juntos! ¡Y es tu marido!

—¡Ya! Pero en Madrid yo tengo mi trabajo y mis cosas, y él las suyas. Cuando nos vemos es a la hora de dormir y a veces ni eso.

—Pues entonces estáis necesitando estos días, al menos para aclararos.

—¡Joder! ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil?

—Nadie dijo que la vida fuera fácil.

—Ya, pero yo me casé tan enamorada. Y ahora todo lo que me parecía gracioso de él y que lo hacía peculiar me saca de mis casillas.

—Creo que eso se llama crisis. En tu mano está decidir si quieres luchar por vuestra relación, o darla por terminada. Pero decídetelo pronto, Martín está sufriendo mucho y tú no creo que lo estés pasando muy bien tampoco.

—Pues no, sabia hermana, no lo estoy pasando nada bien. Lo tengo casi decidido, pero no me atrevo a dar el paso ¿Y si luego me arrepiento?

—Por eso debes pensarlo bien. Aprovecha estos días para hacer algo divertido que os guste a los dos. Antes ibais a escalar a menudo, llévatelo a hacer una excursión y compruebas si sigue quedando algo entre vosotros.

Me lo pienso un poco, a lo mejor no es mala idea.

—Bueno ¡pero me llamas a media mañana por si no lo aguanto y me tienes que rescatar con una excusa!

—Vale yo te llamo, pero dale una última oportunidad y ve positiva, no boicotees el plan antes de salir, que te conozco...

—Que no, que no, que me voy a portar bien, lo prometo. Muchas gracias por el consejo, voy a contárselo a él a ver qué le parece.

—De nada.

Mi hermana me observa mientras abandono mi refugio y me dirijo a la sala de estar donde está él. No se fia de cómo se lo voy a proponer, la verdad es que yo tampoco lo haría, sé la manera exacta de decirle las cosas a mi marido para que salte la chispa y empecemos a discutir. Pero ahora no es lo que quiero, así que a ver cómo se me da...

—Martín, cariño ¿tienes un momento?

Me mira absolutamente anonadado

—¿Me acabas de decir cariño? ¿Qué mala noticia tienes que darme?

—Anda, no empieces, que no es nada malo.

—Perdona es que, viniendo de ti, y teniendo en cuenta cómo te diriges a mí últimamente, me temo lo peor.

Algo de razón no le falta, pero él también es único para tocarme a mí los ovarios.

—Bueno ¿quieres que hablemos o que discutamos?

—No, no, "cariño", dime lo que venías a decirme.

Miro a mi hermana, que nos observa desde la habitación contigua, me guiña un ojo y me anima a calmarme. Eso me tranquiliza, sé que la tengo de mi parte y que está siendo testigo de cómo me está provocando su cuñado.

—He pensado que podíamos hacer una excursión uno de estos días.

—¿Una excursión?

—Sí, irnos a hacer alguna ruta cortita, hacer algo que nos guste a los dos. Antes lo hacíamos y nos lo pasábamos bien.

—¿Quieres tirarme por un barranco o algo así?

—¡Joé! ¡Que sólo quiero pasar tiempo contigo!

—¿De verdad que no hay truco?

—¡Qué nooo! ¡Que sólo es un plan, de verdad! Pero si no quieres no pasa nada.

Se queda pensativo, creo que no termina de confiar en mis intenciones y se me está hinchando la vena del cuello. Después de unos minutos y cuando ya le voy a mandar a la mierda por imbécil, al final accede.

—Me parece una buena idea ¿has pensado dónde quieres ir?

—Pues no lo sé, se me acaba de ocurrir. Creo que hay una ruta chula por algunos pueblos de aquí cerca, están comunicados por un camino que va por la costa y no necesitamos equipo ¿Lo miramos?

—Mmm, pues no suena mal ¿Has pensado cuándo?

—Eso te iba a preguntar, no nos quedan muchos días así que si te parece nos vamos en cuanto lo terminemos de preparar. No creo que tardemos mucho, ya te he dicho que es una ruta fácil y ni si quiera vamos a pernoctar, así que mañana podemos ir a comprar y hacerla pasado ¿te parece?

—¡Genial! Avisa a tu hermana para que haga sus planes y tú y yo planeamos la excursión.

Veo cómo se le alegra la cara y me enternezco, creo que sus meteduras de pata continuas son debidas a lo mucho que me quiere. He cambiado en estos años y soy consciente de ello, pero

también es verdad que su falta de apoyo ante mi nuevo proyecto laboral ha deteriorado mucho nuestra relación.

—Sí, voy a avisarla para que no cuente con nosotros en un par de días.

—Vale guapa.

¿Guapa? ¡Eso sí que es nuevo!

Mi hermana me sonrío y me guiña un ojo desde su posición, voy hacia ella y reparo en que, sin darme cuenta, yo también estoy sonriendo.

—Bueno nena, no ha ido tan mal la cosa ¿no?

—Mejor de lo que esperaba sin duda.

—¡Pobre! Si es que está coladito por ti. Sólo hay que ver la carita de felicidad que se le iba poniendo según le proponías el plan.

—Me siento un poco culpable por eso.

—¿Por hacer feliz a tu marido?

—Pues un poco sí. Esta excursión es un poco una prueba.

—¿Si no lo hace bien adiós a Martín?

—Qué forma de decirlo, tú también. No es tanto lo que haga o deje de hacer, es como me encuentre con él.

—No me extraña que te sientas culpable, le vas a hacer un examen y él ni siquiera lo sabe.

—¡Joder Ruth! ¿cómo no va a saber que no estamos bien?

—¿Pues porque no lo has hablado con él?

—Ya, pero no hacemos el amor desde hace meses. Hasta me he inventado una enfermedad inflamatoria para no tener que darle más largas.

—Hermana, no sabía que eras tan cobarde.

—Eso no me ayuda.

—Me da igual, soy tu hermana y tengo derecho a decirte las verdades.

—Qué sí sister, pero a veces preferiría que fueras más comprensiva. Si le digo que lo dejamos es para siempre y es una buena persona. Es normal que tenga mis dudas ¿no?

—Sí es normal, perdóname por ser tan dura, pero precisamente porque es una buena persona me da pena que lo trates así. Está más que claro que la decisión está tomada, sólo te estás dando largas y ambos estáis sufriendo.

Lo que dice mi hermana me duele, pero es la verdad.

—Puede que tengas razón... ¡Es que es muy difícil! —mi hermana me mira con unos ojos que dicen que no quiere excusas y le contesto como si se tratara de mi madre, con buena intención, pero también un poco por salir del paso—. Pero no voy a dilatarlo más, haremos la excursión e independientemente de cómo nos vaya en ella hablaré con él del tema.

—Tienes todo mi apoyo, canija, decidas lo que decidas me tienes de tu lado. Aunque a veces te gruñan un poco.

—Son sabios gruñidos, los agradezco.

Muy a mi pesar, pues yo no soy de muestras de afecto, mi hermana mayor me va a dar un gran abrazo. Lo veo en su cara, ahí viene con los brazos abiertos ¡Lo está haciendo!

Reconozco que no es tan malo como otras veces, me siento reconfortada con su achuchón.

—No te has apartado ni protestado ¿eres tú de verdad o un alien ha poseído tu cuerpo?

—Tengo serias dudas, porque hasta me ha gustado un poquito.

—¿Quieres otro?

—¡No, no! Así está bien.

—¿De verdad que no? Desde que soy madre soy una abrazadora fabulosa.

—Se nota, pero ya no más.

¿Qué hace? ¿vuelve a la carga?

Me voy corriendo, este seguro que viene acompañado de besos de abuela y eso sí que no.

En estas estamos cuando entra mi cuñado con los niños.

—¿Se puede saber qué hacéis?

—Tu mujer, que se ha vuelto loca y quiere matarme a abrazos.

—Agus ¿No ves cara a tu cuñada de querer ser abrazada fuertemente?

—Pues ahora que lo dices, un poco sí. ¿Qué decís niños? ¿La tía quiere abrazos de oso?

—¡Sí!

De esta ya sí que no me escapo, será mejor que abandone la resistencia y me deje querer por esta panda de locos.

El abrazo en grupo me hace reír, todos lo estamos haciendo a carcajadas cuando por un hueco entre hombros, brazos y cabezas veo a Martín haciéndonos fotos desde varios ángulos diferentes. No sé por qué me siento con él así, me mira con los ojos llenos de amor y en el fondo eso me parte el alma.

—Niños, el tío Martín está esperando su turno ¡Corramos a por él!

—¡A por tío Martín!

Se le ve encantado, adora a los niños y cuando llegan a su altura los coge en volandas haciendo ruidos y muecas. En este momento somos todos risas y felicidad ¿sería así si tuviéramos un hijo?

Mejor dejo de pensar tonterías, primero solucionamos lo que haya que solucionar y si después de todo seguimos ya pensaremos en los niños.

La excursión

Reconozco que no nos ha venido mal eso de preparar la ruta. No hemos discutido ni se han dado situaciones incómodas, diría que me he divertido buscando información con él y comprando todo lo necesario, hasta el madrugón de hoy parece no importarnos. Ahí está Martín tan feliz llenando las mochilas con las toneladas de comida que mi hermana, como buena madre que es, nos ha preparado.

—Tu hermana se ha pasado un poco de comida ¿no?

—Ya la conoces y desde que vive en el norte se ha vuelto igual de exagerada que ellos con el avituallamiento, pero todo tiene pinta de estar buenísimo.

—Eso sí y con la caminata y el olor a campo seguro que acabamos con todo.

—¡Fijo!

Me da la bolsa menos pesada y él se cuelga la otra, es un cielo, siempre está pendiente de esos detalles...

—Lo llevamos todo ¿no?

Su voz me hace dar un respingo y volver a la tierra.

—Sí ¡En marcha!

Como unos auténticos senderistas caminamos por la ruta trazada y disfrutamos del maravilloso paisaje que rodea la casa de mi hermana. Al principio vamos en absoluto silencio, solo se oye nuestra respiración y los sonidos típicos de la naturaleza. Es maravillosa la sensación de respirar aire puro, pero me siento un poco rara al estar con Martín ahí al lado. Disfrutaría más si fuera sola ¡Que perra soy! Pero es que así me siento como en la obligación de sacar una conversación, no puedo simplemente disfrutar del silencio y, aunque ayer estuvimos muy bien, dudo que tarde

mucho en sacar algún tema embarazoso por el que vamos a acabar discutiendo. Me apuesto el chocolate de una semana a que acabamos armándola y volvemos antes.

Me regaño mentalmente a mí misma por ser tan pesimista e ir con la escopeta cargada, y dos horas más tarde me vuelvo a regañar por darle la razón a mi hermana y haberlo dado todo por perdido antes de empezar, porque contrariamente a lo vaticinado no hemos discutido aún. Al contrario, hemos hablado de lo bien que se está en esa zona y de lo mucho que nos gustaría a ambos tener una casita por allí. Es algo en lo que estamos de acuerdo, así que nos ha dado pie a imaginar un futuro idílico en el que compramos la casa de al lado de la de mi hermana (lo de al lado es un decir, porque no hay nada más a menos de 500 metros de su parcela) y pasamos largas temporadas en ella.

Me parece mentira estar en armonía con él, hasta empiezo a encontrarme cómoda.

—Lu ¿Quieres que paremos a comer algo?

—Según el mapa como a una media hora hay una playa preciosa ¿aguantamos y paramos allí?

—Me parece bien, no tengo tanta hambre.

—Ok

Al final resultan ser 45 minutos, pero no me lo reprocha, la vista merece la pena. Es una playa desierta, no hay ni un alma y está como escondida, así que sin preguntarnos si quiera comenzamos a bajar la pendiente.

—Luego para subir vamos a flipar.

—Bueno, pero el ratito que estemos aquí merecerá la pena. Ya verás.

Desde abajo es aún mejor, la arena está calentita porque da el sol, así que extendemos las esterillas y nos tumbamos un poco a modo de lagartos.

—Parece que no, pero este sol calienta ¿Eh?

—Sí que pica, sí. Me voy a quitar la camiseta, si no te molesta.

—Ya ves, lo malo es que te quemes. Ponte algo de protección solar, ya sabes que eres un poco blanquito y luego.....

No puedo evitar reírme de la cara que me está poniendo.

—Eres un poco cabrona ¿no?

Él también se ríe y yo me hago la inocente.

—¡Encima de que me preocupo por ti!

—Ya, ya, pero tenías que decir lo de blanquito ¡Tú como eres de barro!

—¡Si eres blanco eres blanco, yo no tengo la culpa de tener mejores genes...!

Hacia mucho que no bromeábamos así, antes era nuestra broma particular, siempre me metía con él porque se achicharraba con el sol y él conmigo porque me paraban en los controles de Estados Unidos para preguntar mi procedencia.

—Por si acaso ponte algo de crema tú también, no vaya a ser que te quemes y luego no puedas ni ponerte la mochila.

—Tienes razón ¿ahora cuando termines me pasas el bote? yo no he traído protector solar.

—Claro princesa, lo que tú quieras.

Ya estamos otra vez, qué raro es oírle hablarme en un tono tan cariñoso, pero me gusta.

—Oye, mientras te das me voy a acercar a la orilla a mojarme los pies, ahora después me daré yo.

—Ok, así me dices cómo está el agua.

Le hago un gesto afirmativo con el pulgar hacia arriba y me alejo caminando hacia atrás unos pasos, al hacerlo me doy cuenta de lo cachas que se ha puesto en estos meses, como no paro en casa no sabía ni que iba al gimnasio, pero debe estar yendo, porque esa tableta no se consigue así

como así...

¡Ups! Me ha pillado mirándolo con ojos golosos ¡qué corte! Intento disimular mirando hacia abajo, pero se ha dado cuenta porque sonrío. ¿Por qué me dará tanto palo si es mi marido? ¡Mira que estoy tonta!

Le doy la espalda y acelero el paso hasta el agua, a ver si el frío me baja los colores que se me han puesto...

¡Pero si el agua no está fría!

No está como en el mediterráneo, pero el Cantábrico siempre está como un témpano, y hoy hasta invita al baño a pesar de que estamos en Abril ¡Maldito calentamiento global!

¡Un momento! ¿qué es esta sensación?

Martín se ha acercado hasta donde estoy y me ha abrazado por detrás ¡Qué escalofrío! No me molesta del todo, pero es un gesto tan nuestro de antes, que me parece haber viajado en el tiempo.

—¿Te molesto?

—No, no. Estás bien ahí.

—¿Te apetece un baño? Estamos solos y el agua está genial.

Me lo dice en un susurro y su voz me termina de calentar... ¿Por qué no?

Me doy la vuelta lentamente y a modo de respuesta levanto los brazos para que me quite la camiseta. Lo hace y comienza a besarme por el cuello, lo habitual llegados a este punto es que yo me aparte y le pida perdón por no continuar. Con una sola mirada a mi vulva él sabría que estoy refiriéndome a la terrible inflamación que me tiene desquiciada estos últimos meses y me daría un comprensivo beso en la frente. Pero hoy me pasa algo diferente, su contacto en vez de repelerme me atrae y en lugar de apartarme acerco mi boca a la suya vorazmente, lo beso y él me responde.

Terminamos de desvestimos con urgencia y tiramos la ropa lo más lejos de la orilla que nos es posible, nos adentramos en el agua sin esperar un minuto y sin separar nuestros cuerpos. Hace tiempo que no me siento tan excitada con Martín. Aunque le he sido fiel desde que estamos juntos, mi imaginación ha volado mucho en estos meses y nunca era él el protagonista. Pero hoy sí, ahí estamos como en una de mis fantasías, me coge como si fuera una pluma y yo rodeo con mis piernas su cintura, no notamos ni el cambio de temperatura, nos dejamos llevar y hacemos el amor con una pasión olvidada. Nuestros cuerpos se conocen, pero hacía mucho que no conectaban y al volverlo a hacer nos entra la prisa, las ganas de más, la necesidad de sentirnos el uno al otro, es como dejar en un bufé a alguien que lleva mucho tiempo sin comer, no se puede controlar, todo le parece poco, como a nosotros que no dejamos de demandarnos más y más.

Por un momento vuelvo a pensar, es curioso, porque somos los mismos, pero distintos a los chicos que se casaron dos años atrás. Entonces, este habría sido uno de tantos momentos en los que éramos incapaces de contener la pasión que nos asaltaba y nos devorábamos fuera cual fuera la circunstancia. Hoy es una rarísima excepción que no sé ni cómo me hace sentirme, pero me da igual, ya le daré vueltas luego ¡ahora toca disfrutar y ser disfrutada...!

Lo malo es que ese luego no ha tardado en llegar...

En las películas siempre salen tapados con una sábana después de una escena de sexo y nunca lo he entendido hasta ahora, que echo de menos esa sábana o cualquier cosa que me ayude a tapar mi desnudez.

Sé que es una tontería, pero una vez pasado el calentón vuelvo a ver en Martín al extraño con el que comparto piso, lo que es una putada, porque él está de lo más cariñoso.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

¡Anda, mi mentira sobre la inflamación!

—No, no. No te preocupes, no me duele nada.

—Me alegro, me estaba empezando a preocupar que te durase tanto tiempo, no me parecía muy normal.

—La ginecóloga sabrá, yo voy a mis revisiones y sigo lo que ella me dice.

—Ya, ya. Si te duele o algo me lo dices y adelantamos la vuelta, te he cogido con tantas ganas que a lo mejor he sido un poco bruto. Y encima el agua no ayuda precisamente.

No quiero ser muy borde, pero quiero que deje de hablarme ya.

—No te preocupes más ¿vale? Recuerda que mi cuñado es médico y que aquí conoce gente. Si me encuentro mal le digo que me acerque al hospital.

El pobre no lo hace con mala intención, pero es de un inoportuno...

—Vale, te quiero y no quiero que te pase nada. Aunque a veces no sepa demostrártelo.

¡Ya está, es el momento de soltárselo! ¡llegó la conversación embarazosa!

Allá va:

¿Martín lo tenemos que dejar?

¿Martín ya no te quiero como antes...?

¡Venga va! Uno, dos, a la de tres se lo digo.

Uno, dos... Pensándolo mejor... puede esperar a estar de vuelta, total, volvemos en dos días y no es plan de montarla en casa de mi hermana ¿no?

Al final vuelve a ganar la cobardía, lo arreglo con un "lo sé" y le digo que estoy pasmada y me salgo a secarme.

Me visto a toda prisa y le digo que si no le importa quiero irme a casa porque he cogido frío, por su cara sé que el pobre no entiende nada de lo que acaba de pasar, pero creo que prefiere no preguntar. Me siento fatal ya me estoy arrepintiendo de lo que ha pasado y no hace ni diez minutos ¡Si es que soy única para complicar las cosas!

—¿Qué has hecho qué?

—Que ya lo sé hermana, que es una locura, es que nos dio el punto y estábamos solos y me subió lo que me subió y pasó.

—¡Pues la has liado buena! ¿has visto qué carita de empanao que me trae?

—¡Ya! Pero mira, un polvo de despedida y ya está, me ha quedado clarísimo que ya no siento por él lo que debe sentir una esposa.

—¡Si aquí el único problema es que él no lo sabe!

—No se lo voy a decir estando en vuestra casa ¿no?, tendré que esperar a estar en Madrid para soltarle la noticia.

—¿Qué noticia es esa?

¡Qué susto! Pensaba que era él...

—¡Pues tu cuñada, que se va a separar de Martín y en vez de decírselo, le echa un polvo!

—Bueno, así se va con buen sabor de boca ¿no?

—Agustín, no estamos para bromas. A mí me parece una cabronada.

—Ruth, no seas tan dura con tu hermana. A la vista está que tiene un gran dilema entre manos. No es tan fácil tomar esa decisión, hay sentimientos en medio y, al fin y al cabo, están casados. Lo normal es que hagan el amor.

—Ya, pero mi hermana tiene razón en que esto lo único que hace es confundirlo.

—Cuñadita, no hay más ciego que el que no quiere ver. Si Martín no sabe que algo no encaja entre vosotros es porque es más obtuso de lo que parece. A mí me da que se está dejando llevar y espera que tú tomes la decisión por él.

—Puede ser, con lo mal que nos llevamos, es muy raro que no me saque nunca el tema.

—Porque los hombres somos así de cobardes, las decisiones importantes os las dejamos a vosotras.

—Pues ya está tomada, así que pasado mañana en cuanto llegemos a Madrid se lo planto. Es el momento de coger al toro por los cuernos.

—Venga anda, dúchate y come algo ¡Y alegra esa cara que sólo te queda un día de disfrutar con tus sobrinos!

Pensar en ellos me da la vida. Me voy a duchar rauda y veloz y esta noche duermo con ellos, con la excusa de exprimir al máximo el tiempo que me queda allí, me libro de un segundo asalto esta noche.

¡Cómo se ha pasado este último día! he estado jugando con ellos todo el rato. Estoy agotada, pero feliz.

Cuando hable con Martín me voy a venir a pasar aquí una temporada, puedo gestionar los eventos por internet y con el móvil y si me sale algo importante me cojo el tren y arreglado.

Temo el momento de hablarle de mi decisión, temo el papeleo que tenemos que organizar, temo las gestiones, pero lo que más temo es contárselo a mis padres.

¡Un divorcio en su familia!

No es que les vaya a dar pena dejar de ver a Martín, pero el hecho de que la Iglesia me considere fuera del rebaño es todo un shock para ellos seguro.

Tendré que decírselo con calma y armarme de paciencia, lo que está claro es que así no soy feliz y tengo que hacer algo al respecto.

Me despido de mi cuñado al que no veré mañana y me dice un " mucha suerte" al oído tan bajito que no lo oigo ni yo. Me estrecha entre sus brazos y me siento segura, es un gran tipo y cuento con su apoyo incondicional.

Mis sobrinos no me dejan marcharme así como así, me ruegan que les lea el último cuento y al final me quedo otra vez dormida en la cama del pequeñín. Me encanta sentir su cuerpecito pegado al mío ¡los quiero tanto!

A las 6 de la mañana entra mi hermana sigilosamente y me avisa de la hora. Si no quiero perder el tren tengo que espabilar, así que les doy un beso en sus cabecitas y enfilo hasta la ducha con lágrimas en los ojos. No sé por qué me pongo así, debe ser por el nudo que tengo en el estómago.

Volver a Madrid significa muchas cosas esta vez. Estoy tan nerviosa que casi no puedo ni desayunar. Mi hermana me lo nota.

—Tranquila chiqui, todo va a salir bien. Aquí tienes tu habitación preparada, cuando hables con él me llamas y cuando quieras decírselo a papá y mamá bajamos a apoyarte. Con los niños alrededor no se atreverán a montarte el pollo.

—¡Muchísimas gracias!

Esta vez soy yo la que le doy un fuerte abrazo a la vez que inspiro su olor, es como si quisiera guardármelo en la memoria, me resulta tan tranquilizador.

Salgo llorando de la cocina dejo a mi hermana que se despida de Martín, no puedo estar delante, estoy intentando aguantarme, pero he roto a llorar y no hay quien me pare.

Me pongo las gafas de sol y disimulo como puedo mientras salgo hasta el taxi. Como siempre para evitar escenas de llanto en la estación, nos volvemos en taxi. Soy incapaz de irme si veo a mis sobrinos llorando, así que salgo furtivamente de casa de mi hermana y la dejo a ella con el marrón de consolarlos. Sí, un comportamiento muy poco valiente, en mi tónica habitual.

Llegamos al tren justo a la hora, esta vez no tengo ni tiempo, ni ganas de tiendas. Sigo muy de bajón, por más que Martín intenta animarme, yo no soy capaz de sobreponerme. Nunca me ha

pasado esto, pero esta vez es diferente y tener a mi marido tan pendiente de mí lo hace aún más difícil.

Para colmo los asientos que nos han asignado son de cuatro personas, ha cambiado el modelo de coche con respecto al que había en internet cuando compré los billetes, por lo que me voy a pasar todo el viaje con una persona en frente viendo como lloro ¡Vaya plan!

—Lucía ¿quieres ventanilla como siempre?

—Sí, por favor.

—Pasa, anda, si ya estoy acostumbrado.

—Gracias.

—¿Tienes tu libro y todo lo demás?

—Sí, sí.

—Vale, pues acomódate que yo coloco las maletas.

Como una zombi me siento en mi sitio y ni me fijo en la pareja que tenemos en frente, sé que miran mis ojos hinchados por el llanto, pero me da igual. Me pongo las gafas de sol y me duermo.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero cuando abro los ojos veo a Martín hablando animadamente con la mujer de enfrente. De hecho, diría que están coqueteando ¡No me lo puedo creer!

Me hago la dormida un rato más para observar, oculta tras mis gafas de sol, cómo ella se atusa el pelo y le sonrío con descaro. El marido parece ignorarla por completo, está leyendo "La Catedral del Mar" y le debe fascinar, porque ni siquiera mira el tonteo que se traen estos dos.

Que si spinning por aquí, que si yo ahora hago TRX, pero que fardón que está Martín, no es que me ponga celosa, al contrario, pero me parece una falta de respeto estando el chico este y yo aquí delante.

De repente noto que me mira y cierro los ojos disimulando.

—Cariño, voy a la cafetería con esta chica ¿te traigo algo?

—¿Eh? ¿hemos llegado ya?

—No, no. Que voy a acompañar a esta chica a por un café, que si te traigo algo.

—Ah, no. Tranquilo, que yo sigo durmiendo.

—Vale, pues ahora volvemos.

Según se marchan me yergo en mi asiento, el chico que está en frente levanta los ojos de su libro y se sonrío.

—Muy fuerte ¿verdad?

—¡Joder! ¿Es tu mujer?

—Por poco tiempo, pero sí, aún lo es.

—¿Pero ¿cómo pueden ser tan descarados?

—Yo estoy acostumbrado ¿a ti es la primera vez que te lo hace?

—Pues sí, delante de mí nunca se ha comportado así el muy cabrón.

—Nosotros venimos de un viaje de reconciliación y mira el plan que traemos.

—Vaya, lo siento —no sé por qué me encuentro cómoda hablando con este chico—. Yo voy a dejar a mi marido en cuanto lleguemos, pero él no lo sabe.

Lo he soltado así sin más. Y a un completo desconocido.

—¿Estás segura de que no lo sabe? Yo creo que algo se huele, apuesto lo que sea a que están quedando para otro día.

—La verdad es que me da bastante igual. Entiéndeme, me molesta la falta de respeto hacia nosotros, pero por mí que se casen y tengan mil hijos.

—Pobrecito, no le deseo eso ni a mi mayor enemigo. Tu marido, aunque un poco chulo, no parece mala persona. Ésta se lo come vivo, te lo digo yo.

—No quiero ser indiscreta, pero ¿qué te ha hecho? Muy harto te tiene que tener para que hables de ella así.

—No te preocupes, si he sacado yo el tema ¿no ves que me pesa mucho la cabeza?

Mis ojos hinchados parecen descongestionarse por completo por el asombro.

—¡No me fastidies! ¿y la has perdonado?

—Lo he intentado por mis hijas, pero está visto que no cambia.

—Lo siento por ellas, bueno y por ti.

—Por mí no lo sientas, hace tiempo que no nos iba bien, pero mis niñas lo van a pasar muy mal.

—Yo por suerte no tengo hijos, así que el berrinche me lo pego sola.

—¿Cómo el de hoy?

—¿El qué?

—El berrinche, tus ojos indican una buena llorera.

—Ah, esto es por irme de casa de mi hermana. Tengo dos sobrinos monísimos y los echo mucho de menos cuando me vuelvo a Madrid.

—¡Normal! Yo viajaba mucho y cada vez que dejaba a mis chicas en casa me pasaba horas llorando también. Son lo que más quiero en el mundo ¿Quieres ver una foto?

—¡Sí, claro!

Me enseña una foto de dos niñas preciosas, ahora que las veo caigo en que esta es la pareja a la que despedían las pequeñas en Atocha. Ya decía yo que me sonaban de algo.

—Son muy guapas.

—La verdad es que han salido en eso a su madre, pero espero que en nada más.

La forma de decirlo me hace sonreír.

—Bueno, es que tú tampoco estás nada mal, es una buena mezcla...

¿He dicho yo eso? ¿Estoy haciendo lo mismo que el asqueroso de mi marido?

¡Anda ya si ha empezado él!

—Muchas gracias.

¡Cuando sonrío es guapo a rabiar! Mejor cambio de tema y dejo de tontear...

—Bueno, me he fijado en lo que estás leyendo ¿te está gustando?

—Sí mucho, soy arquitecto y estoy disfrutando con las descripciones.

—Yo lo leí hace tiempo, ya casi no me acuerdo, pero sé que me gustó.

—Pues yo lo tengo comprado desde hace años, pero se me quedó traspapelado y lo encontré el otro día por casa, así que me ha servido para hacer algo por las noches este viaje.

Me guiña un ojo y sé exactamente que me está hablando de la falta de intimidad con su querida esposa, me echo a reír y saco el tocho que tengo yo ahora entre manos, lo que le hace reírse a él.

Llegan nuestros respectivos y nos miran extrañados. No se esperaban que durante su ausencia entre nosotros se generara esa complicidad y permanecen de pie observándonos.

El momento

De repente el tiempo se ralentiza, oigo un pitido dentro de mi cabeza y empiezo a ver volar a personas y objetos.

¿Qué ha pasado?

Martín y la chica han salido disparados y yo noto una sensación de ingravidez muy extraña.

Un impacto, la nada, silencio, oscuridad. Siento frío, alguien me toca, me está tocando una mano. Abro los ojos y sólo hay oscuridad y confusión.

Me aprietan la mano, noto todo frío menos esa parte del cuerpo, ahí noto calor y suavidad. Lo veo, por fin la imagen borrosa se aclara y lo veo sonreírme.

Intento moverme, pero no puedo, mi cuerpo no responde, leo sus labios, me dice que me tranquilice.

Empiezo a oír su voz, está bastante cerca de mí

—Tranquila, no te muevas.

—¿Qué ha pasado?

—El tren ha descarrilado.

¿Cómo?

—No puedo moverme.

—Es normal, ha sido un golpe muy fuerte. Yo tengo una pierna atrapada, tampoco puedo moverme.

—¿Y mi marido y tu mujer?

—No lo sé, estaban de pie, así que me temo lo peor.

Las lágrimas resbalan por mis mejillas, tengo mucho sueño.

—¡No te duermas, quédate conmigo!

Sus ojos verdes son lo último que veo antes de cerrar los míos. Oscuridad, silencio, frío.....

Jacobo: Febrero de 2015

Reconozco que el estar toda la tarde a solas con mi familia me ha venido muy bien, pero ahora no queda más remedio que enfrentarme a ella.

La habitación está en penumbra y se hace la dormida, lo sé porque conozco perfectamente la postura que tiene cuando lo hace y no es en la que está ahora.

Me repatea meterme en la cama en la que ha estado otro tío, lo mismo ni ha cambiado las sábanas ésta, como he venido de sorpresa, no le habrá dado ni tiempo. O simplemente ha pasado del tema ¿cuántas veces no habré dormido en sábanas usadas por otro?

Paso de pensarlo ya no siento ni celos. Me da rabia el engaño, me fastidia que haya aprovechado los viajes en los que yo estoy dejándome los cuernos, y nunca mejor dicho, separado de mis hijas y fuera de casa, para estar con otra gente. Siempre he sido demasiado ingenuo, o quizás demasiado cómodo, el caso es que cuando se me pasó la fiebre hormonal del primer año y la emoción por el nacimiento de Cris me di cuenta de lo poco que teníamos en común Laura y yo, pero me acomodé y simplemente me dejé llevar.

Cuando se lo cuente a Juan no me libro de un “ya te lo dije”, pero se lo debo, tengo que quedar con él y reconocer que él tenía razón y que yo fui un pringado.

En fin, que yo en esa cama no me meto.

—Laura, sé que estás despierta. Me voy al cuarto de invitados.

—Vale, como quieras.

—Una cosa más. Quiero el divorcio.

¡Mira, eso le ha hecho reaccionar!

—Espera Jacobo, por favor.

—¿Que espere qué? ¿Me vas a decir que no es lo que parece y que estoy cometiendo un error?

Ha encendido la lamparita de noche, pero no se atreve ni a mirarme.

—No, es exactamente lo que parece, pero si nos divorciamos las niñas van a sufrir mucho.

—Más van a sufrir si sus padres están todo el día discutiendo.

—No vamos a discutir, lo prometo. Dejaré a Miguel y juro que voy a volcarme de lleno en nosotros.

—¿Has pensado que a lo mejor yo no quiero?

—Sé que por tus hijas harías lo que fuera y también sé que sigues sintiendo algo por mí.

Esta tía es increíble ¿no se levanta de la cama en ropa interior y viene hacia mí insinuándose, cuando sé perfectamente que se ha tirado a otro esta misma mañana?

Me entra la risa

—Laurita, eres un poco patética ¿no crees?

Se muere de vergüenza, su cuerpo nunca la había fallado.

—Mira, no sé aun lo que vamos a hacer, lo que sí sé, es que mañana quiero que cojas la maleta y te marches de aquí. A las niñas les diremos que te vas de viaje. —Pobrecitas, no les va a sentar nada bien que se vaya su madre, pero no soporto tenerla a mi lado—. Búscate la vida, quédate donde te dé la gana, como si es con el Miguel ese, pero no te quiero ver en unos días. Mientras aprovecharé para pensar si esto se puede salvar de alguna manera.

—Vale, me iré con mi hermana unos días. Ya te he dicho que lo de Miguel se ha acabado.

—Me da lo mismo —me giro para salir por la puerta, pero antes de salir me vuelvo—. ¡Ah, una cosa más! si no te veo cuando me levante, mejor.

—No te preocupes, a primera hora no estaré aquí.

¡Qué docilidad! ¡Me siento el amo y señor!

El tener un hermano abogado de familia tiene sus ventajas, sabe que si nos divorciamos voy a ir a por todas con argumentos de peso, así que por eso está tan sumisa, pero de poco le va a servir...

Abril 2015

—Jacobito hijo, hazlo por las niñas. Aguanta un poco más con Laura, si no funciona yo seré la primera en apoyarte.

—No lo sé, mamá, es que es muy fuerte.

—Cariño, soy tu madre y me repatea cómo te trata esa, pero sólo aguanta un par de años, hasta que las niñas sean algo mayores.

—Van a sufrir igual o más.

—Que no, que no es lo mismo que siendo tan pequeñas. Además, lo mismo cambia y se convierte en una maravillosa esposa.

—¿Me río o lloro?

—Mira, no sabemos si os servirá, pero tu padre y yo os hemos pagado un viajecito al norte —La miro con reprobación, sabe que no me gusta que se entrometa—. ¡Pero si solo sólo es una semana! Cariño, piénsalo aprovecháis para hablar y luego si aún quieres dejarlo bien estará, pero al menos no será porque no lo hayas intentado.

Es lo que menos me apetece en el mundo, pero me da tanta pena por las niñas que le digo que sí.

—Vale mamá, pero que conste que lo hago sólo por Marta y Cristina ¡Y que sepas que eres una lianta!

—Lo sé hijo, pero es que si no, no sería tu madre ¿verdad?

—¡Verdad!

Le abrazo y le digo que me hable del viaje, es bonito ver que alguien mantiene aún la esperanza, así que me abstengo de decirle que sé cómo va terminar todo esto y que un viaje poco puede cambiar...

La despedida de mis hijas es lo peor, no quiero irme otra vez, es verdad que no voy a trabajar y que Laura viene conmigo, pero dejar a las niñas cuando hace tan poco que he vuelto se me está haciendo muy difícil. Sus caritas tristes y sus llantos pueden conmigo, siento que les estoy fallando.

Yo no veía ningún problema en llevármelas, pero mis padres insisten en que Laura y yo necesitamos tiempo para arreglar las cosas. Mi padre sabe algo más, a mi madre le hemos maquillado la crisis, por eso ha organizado todo este viaje. Si supiera la verdad se tiraría a su cuello sin pensarlo, pero no he tenido valor para contárselo, no habiendo permitido que Laura volviera a casa.

—¡Papá, mamá casi acaba de llegar y tú nos prometiste que no te volverías a ir en un tiempo largo!

—Ya cariño, pero los abuelos nos lo han regalado y está muy feo rechazar un regalo.

—¡Pues ya podían haber buscado otra cosa!

—Sí que es verdad —y tanto que lo es—, pero te voy a decir un secreto, ven acércate.

Mi hija se acerca a mí y acerca también a su hermana, yo me pongo a su altura y las rodeo con mis brazos.

—Creo que los abuelos y los tíos lo han organizado todo porque tienen muchísimas ganas de estar con vosotras y les molestamos. Me han contado un montón de actividades chulis y la abuela ha llenado los armarios con todas las cosas que no os dejamos comer en casa.

—¿De verdad?

—Sí, sí, donuts, palmeritas, chocolate... ¡De todo!

¡Vaya dos, se están relamiendo!

—Eso sí, me tenéis que chivar si no se portan bien. Si os dejan acostaros tarde, beber refrescos, dormir con Pelo (el perro de mis padres). Saben que está todo prohibido, pero son un poco rebeldes y hacen lo que les da la gana.

Se miran y se sonríen.

—No te lo vamos a decir. Te aguantas por irte ¡Chincha!

—¡Pero bueno!

Las cojo y las abrazo, son lo más bonito que tengo y por ellas estoy dispuesto a aguantar hasta a su madre.

—Os quiero muchísimo, no lo olvidéis.

—Nosotras a ti también, papi.

—Venga, a despedirse de mamá que nos regaña el revisor.

Vuelven a escapárseles algunas lágrimas cuando se despiden de su madre, pero mis padres son unos expertos en consolarlas ¡A ver quién me consuela a mí!

Avanzamos por el tren hasta llegar a nuestros asientos. No hemos dicho una palabra desde que nos despedimos de nuestras hijas y mis padres, a Laura se la ve triste, no sé si es sólo por la despedida o porque tiene que pasar varios días conmigo.

Ahora que lo pienso, me entra la tiritera. Hace años que no estamos los dos solos y no sé ni de qué vamos a hablar, bueno sé de lo que tenemos que hablar, pero no sé cuál será el mejor momento.

—¿Prefieres pasillo o ventana?

Me ha hablado, pero no me he enterado de lo que me ha dicho, empezamos bien.

—¿Cómo?

—¿Qué si quieres sentarte en el pasillo o en la ventana?

—¡Ah! Me da igual, siempre te ha gustado más el pasillo, me siento yo en la ventana.

—Sí, lo prefiero, gracias.

—No hay de qué.

Una vez sentados Laura opta por ver la película que ponen, yo voy a aprovechar para leer. Llevo tanto tiempo sin un minuto para mí, que había olvidado que tenía este libro sin empezar.

—Jacobó, voy al baño ¿le echas un ojo a mi bolso, porfa?

—Sí, claro.

¡Madre mía, si ya estamos llegando! ¡No sé ni las horas que he pasado leyendo, pero no me he enterado de nada!

¡Qué a gusto viajar sin estar pendiente de planos y proyectos! bueno, tengo un par de visitas programadas por si al segundo día ya estamos que nos matamos, pero de momento no le voy a decir nada a ésta no programe alguna cita por Meetic o vete tú a saber...

—¿En qué piensas? Te veo muy ensimismado.

—Sí, es que ya casi hemos llegado y ni me he enterado.
—Normal, te has metido tanto en el libro que parecías Bastian el de La Historia Interminable.
—¡Ojalá, siempre me ha encantado ese libro!
—Lo sé, te regalé una edición especial por nuestro primer aniversario.
—Sí, me hizo muchísima ilusión.
—Ya, me cogiste con tanta fuerza que acabamos los dos en el suelo.
—Lo recuerdo. Lo pasamos bien ese día.
—Lo pasábamos bien muchos días.
—Esto...sí... es verdad. ¡Mira! ¡Ya llegamos!
Me ha salido con demasiado entusiasmo, soy consciente. Hasta los de delante han mirado.

El hotel está genial, mis padres se han portado. Nos han mandado un coche a recogernos de la estación y lo poco que he visto de la recepción tiene buena pinta.

—Buenas tardes señores ¿me dejan los DNI para el registro?

—Sí, por supuesto.

—Tienen habitación con desayuno, lo que no especifican es si quieren dos camas o una cama de matrimonio.

—Dos camas —contesto yo.

—Cama de matrimonio —ha contestado Laura.

La chica nos mira raro, vaya momento.

—Lo que primero le salga —me apresuro a decir.

—Muy bien, pues aquí tienen. Habitación 213.

—Gracias.

No soy muy supersticioso, pero el 13 en la habitación... Bueno, tengo que cambiar el chip, se supone que estoy aquí para reconciliarme con mi mujer, basta ya de pensamientos negativos.

Abrimos la puerta y allí está una bonita cama de matrimonio. Es increíble, cuando estás a bien con tu pareja te cuesta horrores que te den una cama grande en vez de dos camas pegadas de las que luego acabas usando solo una y estando incómodos, y ahora que no quiero que me toque ni con un palo, una bonita cama con dosel.

—Jacobó, si vas a estar incómodo bajo y digo que nos cambien.

Laura me mira suplicante y con los ojos llorosos. Se merece todo lo que le haga, pero sé que lo está pasando mal con mi actitud.

—No, déjalo.

—De verdad, puedo incluso preguntar si les queda alguna habitación libre, tus padres no se tienen por qué enterar...

Sé que se está tirando un farol y tentado estoy de decir que lo haga, aunque sólo sea por ver su cara, pero en lugar de eso le respondo que no y cierro la puerta. Así no podemos continuar por muy dolido que esté y por mucho que se lo quiera hacer pagar, así que no sirve de nada retrasar la conversación que tenemos pendiente ni un minuto más. Me acerco a ella y delicadamente cojo sus manos, debería ser algo natural en un matrimonio, pero en el nuestro no lo es, por lo que no me extraña que me mire como asustada.

Tiro de ella suavemente hacia la cama.

—Ven Laura, vamos a sentarnos un momento.

Me sigue alucinada, es el primer contacto físico que tenemos sin estar las niñas delante desde que volví de Argelia y yo tampoco sé muy bien cómo me siento al respecto, de hecho, estoy bastante perdido en lo que a este viaje se refiere. No sé muy bien por qué he accedido a hacerlo,

pero por mis hijas tenía que intentarlo, lo que no estoy dispuesto es a actuar como si no hubiera pasado nada, por lo que sin más preámbulos le suelto lo que me lleva reconcomiendo desde hace varios meses.

—¿Tú me quieres?

Ahora sí que abre los ojos como platos, se piensa unos segundos la respuesta y me dice con una sonrisa:

—¿Pero qué pregunta es esa, Jacobo? ¡Claro que te quiero!

Aunque lo haya intentado no ha sonado muy convencida, así que vuelvo a la carga.

—¿Seguro? Es más ¿Me has querido alguna vez?

Su cara es un auténtico poema, pero finge estar muy ofendida conmigo para disimular.

—¿Ahora me vienes con esas? ¿Es que acaso no te lo he demostrado durante años? ¿Te olvidas de todo lo que he sacrificado por ti y por tus hijas?

Mejor me callo lo que estoy pensando, porque si alguien se ha sacrificado durante estos años he sido yo, ella decidió dejar de ir a trabajar para irse de compras día sí y día también mientras que yo no paraba para poder mantener la casa, sus caprichos y al personal doméstico, pero si tiro de ese hilo voy a desenredar una madeja que no nos va a llevar a nada bueno, así que me armo de paciencia y suavizo el tono y le contesto lo más amablemente que puedo.

—Eso no es una respuesta Laura—La miro directamente a los ojos cuando me parece que está un poco más relajada continuo hablando—Si queremos que esto se arregle tenemos que saber si hay algo que arreglar, y no estoy nada seguro, así que por favor sé sincera conmigo.

Parece que surte efecto porque por fin se decide a hablar.

—A ver Jacobo... quererte sí que te quiero, y mucho, pero hace muchos años que creo que ya no somos una pareja.

En esto último tiene razón.

—Laura, me jode mucho que hayamos llegado a esto sin hablarlo si quiera y vale, reconozco que hace tiempo que no somos el matrimonio ideal, que muchas veces no te he puesto las cosas fáciles y que puedo mostrarme algo inaccesible cuando se me cruza el cable. Pero ¿tanto miedo te daba hablar conmigo? ¿tanto te habría costado decirme que algo iba mal en vez de jugar al engaño?

—¡Pero no he jugado a nada, es que simplemente surgió! — Parece sincera y sus lágrimas esta vez también. — Jacobo, te prometo que no quería hacerte daño, pero me enamoré de Miguel sin planearlo. Bueno, creí que me había enamorado de él, ahora pienso que simplemente me deslumbró. Mira, tú viajabas mucho, cuando volvías solo estabas pendiente de las niñas, sentí que dejabas de quererme y él se aprovechó de mi soledad, se ganó mi confianza y lo más importante, me hizo sentir viva de nuevo.

Me duele que me eche la culpa de su infidelidad, pero puede que sí que la haya estado poniendo demasiado tiempo en el último lugar de mi lista de prioridades.

—Vale, vale —la abrazo hasta que parece que deja de llorar—. Para mí esto también es muy difícil, pero entiendo que te lo tengo que preguntar. ¿Seguís juntos?

—¡No, no!

Se aparta de mí y se seca las lágrimas.

—Y... ¿Le sigues queriendo?

—¡Que no, Jacobo, de verdad! ¡Tienes que creerme! Cuando me pediste el divorcio lo tuve claro —esta vez es ella la que coge mis dos manos entre las suyas—. No estoy preparada para que lo nuestro termine, te quiero y quiero volver a empezar.

—¿Estás segura?

—Sí, Jacobo, segurísima. Haré lo que sea ¿Podrás perdonarme?

—No sé si seré capaz, intentarlo lo voy a intentar, pero cada vez que pienso que lo metiste en mi casa, en mi cama y que te lo tirabas mientras las niñas jugaban en la habitación de al lado se me revuelve el estómago. Así que Laura, sinceramente no sé si te podré perdonar.

—Tienes toda la razón, estaba cegada y no pensaba de forma racional, pero ya no puedo pedirte más veces perdón y no puedo volver a atrás.

Laura llora desconsoladamente y aunque sé que es un poco teatrera, creo que esta vez no está actuando.

—Bueno, bueno, no llores más —vuelvo a acunarla entre mis brazos—. Voy a intentarlo, aunque va a llevar tiempo. No te puedo prometer nada, pero me voy a esforzar en perdonarte.

—Y yo voy a recuperar tu confianza, ya lo verás. Si quieres podemos ir a terapia, mira, tu madre deslizó esta tarjeta en mi bolso cuando nos despedimos.

Mi madre es la leche, nos ha buscado un terapeuta en la zona ¡Me parto con ella!

—Pues en realidad no me parece mala idea, necesitamos sacar toda la mierda de dentro y un moderador nos vendrá bien. Si quieres pedimos una cita, aunque no nos dé tiempo a mucho, al menos nos dará unas pautas para afrontar este viaje, porque después de tanto tiempo separados estar juntos las 24 horas nos puede saturar...

—Sí, a mí también se me hace un poco raro...

—¡Algo en lo que estamos de acuerdo! ¡Milagro!

Es la primera vez que nos reímos juntos desde hace mucho, por lo que empiezo a albergar un pequeño atisbo de esperanza e incluso pienso que el viaje puede funcionar. Nuestra conversación de hoy creo que es un buen punto de partida, ahora ella se está arreglando para bajar a cenar y yo aprovecho para ver el paisaje que se ve desde la ventana y reflexionar. No soy un iluso y sé que tenemos muchas cosas que tratar, pero como le he prometido a mi madre, lo voy a intentar.

Tras la cena nos vamos directamente a dormir, mañana quiero salir a correr y si nos tomamos una copa nos vamos a enredar, así que, aunque ninguno de los dos tenemos sueño nos metemos en la cama sin apenas hablar, y así pasa, que no me duermo ni a tiros...

Cuando ya no puedo más me decido a salir de la cama, ni siquiera sé si he dormido mucho o no, pero he soñado cosas raras y estoy sudando, así que me levanto me pongo el chándal y las zapatillas y me lanzo a la calle, lo vacía que está me indica que no deben ser ni las 6, lo que es una gozada ya que hay una gran quietud que me permite relajarme y disfrutar. Camino hasta la orilla y respiro el aire fresco de la mañana en esta playa maravillosa, no hace el frío esperado para esta época, pero será mejor que empiece a trotar para calentar. Según avanzo dejando las huellas de mis zapatillas en la arena pienso en todo lo acontecido ayer tarde, tengo mucho que asimilar puesto que ni siquiera sé cómo me siento.

De momento sólo puedo afirmar que estoy en una especie de pacto de no agresión con Laura. Por un lado, estoy contento por haber entablado un diálogo con ella, aunque no termino de confiar en sus palabras. Por otro lado, el hecho de que no sintiera celos al descubrir que estaba con otro hombre me preocupa seriamente porque me hace dudar sobre si sigo mínimamente enamorado de ella.

En realidad, creo que me estoy dejando llevar una vez más por lo más sencillo y lo mejor para las niñas, pero a corto medio plazo esta solución no nos va a valer y habremos perdido un tiempo precioso. Eso sí, nadie me podrá acusar de no haberlo intentado hasta el final y espero que las buenas intenciones declaradas ayer al menos nos sirvan para no estar en una guerra constante mientras estemos juntos. Como ya demostramos anoche, si ambos ponemos de nuestra parte podemos incluso disfrutar. Durante la cena mantuvimos una conversación como personas

civilizadas y me encontré bastante cómodo, como era de esperar, la coparon Cris y Marta porque hablar de ellas nos hace reír y olvidarnos de todo lo demás. Tengo que admitir que hasta me sentí algo excitado cuando nos acostamos en la misma cama (y fue una de las razones de que no pudiera conciliar el sueño) pero aún es pronto para ese grado de intimidad después de lo que ha pasado, por lo que me aguanté las ganas. Me siento un poco avergonzado por no poder controlar las reacciones de mi cuerpo, pero no dejo de ser un hombre y ¡Laura está muy buena!

Sin darme ni cuenta he llegado al hotel, ahí está ella sentada en la terraza leyendo una revista de deportes. Hace tiempo que me dijo que iba a volver a trabajar, no sé yo si meterse otra vez en un gimnasio va a ser muy aconsejable si lo que quiere es que sigamos juntos. En fin, será lo que tenga que ser, voy a darle una ducha y me uno a ella para tomarme una caña. ¡Bienvenido el buen rollito!

Abril 2015, unos días más tarde

—¿Ya han pasado 5 días desde que vinimos?

—Sí, parece mentira, pero pasado mañana nos volvemos.

—¿Qué tal lo has pasado?

—Muy bien

Sorprendentemente es cierto, lo hemos pasado bien y he estado bastante cómodo con Laura.

—¿Te apetece hacer algo esta noche o tienes que trabajar?

—No, podemos hacer algo. El trabajo lo termino en casa.

—¡Genial! ¿Vamos al cine?

—Me parece bien, pero vámonos ahora y así nos da tiempo a cenar luego. ¿Te parece?

—¡En marcha!

¿Hace cuánto no hago un plan solo con Laura? Creo que desde que tuvimos a Martita no volvimos a hacer nada juntos y solos, estos días nos hemos acercado bastante el uno al otro, pero no en el ámbito físico, ahí hemos permanecido en la posición inicial. La terapeuta nos aconsejó ir reconectando emocionalmente antes de pasar a la intimidad, en las pocas sesiones que hemos tenido solo hemos tratado muy por encima el conflicto, de hecho, nos aconsejó comenzar de cero con algún compañero en Madrid, pero trabajar con ella nos ha ayudado aprovechar el viaje para conocernos de nuevo. Aquí sentado compartiendo palomitas con Laura me siento un poco raro, es como si fuera nuestra primera cita, pero sin resultar incómodo. Es un buen comienzo ¿no?

La miro para ver si también está nerviosa, pero parece estar de lo más concentrada en las imágenes ¿cómo es posible con la mierda de película nos estamos tragando? No me puedo creer que le esté gustando ¿qué hago? ¿le pregunto?

—Jacobó, deja de escudriñarme que te estoy viendo.

¡Joder, me ha pillado!

—¿Te gusta la película? Te veo muy concentrada.

—Me encanta ¿a ti no?

¿Se está quedando conmigo?

—Sí, sí, muy interesante.

Mejor me quedo aquí calladito y aguanto el tirón.

¿A quién se le ocurre venir a ver una de zombis a nuestra edad?

¡Qué cabrona, se está riendo de mí!

—Eres una cabrona.

—Y tú un inocentón ¡anda vámonos de aquí antes de que nos coman el cerebro de verdad!

Menudo número estamos montando, estas parejas tan monas que vienen a besuquearse al cine y nosotros que vamos y nos metemos por medio, que desconsiderados. ¡Y encima con un ataque de risa de los que no te dejan casi ni caminar!

—¿Te quieres callar que la estás liando?

—¡Pero si has empezado tú con esa risa contagiosa!

—¡Calla que al final nos sale un zombi a regañar!

Como dos críos, igual, salimos al lateral del cine después de haber montado el número padre con las puertas, incluyendo una amonestación del revisor y aun así sin poder parar de reírnos.

Sin haberme dado cuenta tengo sujeta a Laura por la cintura, estamos tronchados. Caigo en que no me molesta su cercanía, al contrario, me agrada. A ella parece pasarle lo mismo, no se aparta. Se acerca más, nuestras bocas se encuentran.

La pego a la pared y me aprieto contra ella, no sé qué me pasa, esto es lo último que deberíamos estar haciendo según lo hablado en la terapia, solo conseguiremos liar más las cosas, pero no puedo parar, mi cerebro ya ha dejado de funcionar. Mis manos reconocen esos pechos duros y firmes que ha conseguido mantener tras los dos embarazos, el culo que me volvía loco cuando nos conocimos también se amolda a mis huellas a la perfección ¡Estoy a mil y ya no hay vuelta atrás!

Ella debe estar igual, me devora, su lengua, sus dientes atrapan mis labios una y otra vez. Me rodea con una pierna la cintura y pega su cuerpo al mío de forma que noto hasta su calor a través de la ropa, no puedo más... Deslizo mis manos por debajo de su falda y no me pone oposición alguna, al contrario, reacciona a mis caricias estremeciéndose y pidiendo más. El morbo de saber que en cualquier momento puede salir toda la gente del cine solo acrecienta nuestro deseo. Quiero hacérselo allí mismo y ella, a juzgar por la rapidez con la que ha desabrochado mi pantalón, también quiere.

¡Buf! ¡Qué momento! La embisto contra la pared una y otra vez, pero no parece que le haga daño, porque pide más y más fuerte. Se lo doy, en estos momentos agradezco el ejercicio físico diario y compruebo que ella también se mantiene en perfecta forma.

Terminamos justo a tiempo, exhaustos y empapados por el sudor, confundidos y turbados nos recolocamos. La gente empieza a salir en tropel, por suerte no se fijan en nosotros. Para disimular nos unimos al grupo hasta que llegamos donde tengo aparcado el coche de alquiler y en silencio nos montamos.

Estamos parados hasta que se despeje la zona para poder salir sin peligro de atropellar a nadie y ninguno de los dos ha dicho nada desde que nos hemos sentado, lo que resulta bastante violento, así que decido romper el hielo.

—Laura ¿estás bien?

—Sí, sí. Pero ha sido...

—¿Raro?

—Sí, eso, a ver ha estado genial, pero ha sido extraño.

—Te doy toda la razón, nunca habíamos hecho una cosa así.

A juzgar por su cara debería decir que yo nunca había hecho una cosa así, pero no es momento de hurgar en la herida.

—La verdad es que no es muy propio de ti. Solías ser más tradicional.

—Bueno, a lo mejor es tiempo de ir probando cosas nuevas ¿no?

Algo le tengo que decir, pero sigo siendo igual de tradicional, lo de hoy ha sido un calentón en toda regla. No pensaba llegar a eso con Laura en este viaje, pero cuando ha pasado ni siquiera

pensaba, mi lívido ha tomado el control y la parte racional de mi cerebro se ha desconectado. Sin embargo, según parece, ella lo entiende como una nueva provocación.

—¡Ummm suena interesante!

Me toca a través del pantalón, pero ya no tiene el mismo efecto, ahora sí que me resulta incómodo y le aparto la mano.

—Bueno...por hoy creo que ya ha sido bastante...

Ella me mira extrañada, pero la ignoro y me dirijo al hotel. Ni siquiera le doy la opción de parar a cenar, con las palomitas y el resto ya he tenido suficiente y lo siento si resulto ser un egoísta, pero lo único que quiero ahora es ducharme y quitarme la sensación que se me ha quedado. Sé que es mi mujer y que no se merece que ahora me ponga así, pero estoy confuso y cabreado conmigo mismo por no haber sabido controlarme. Si mezclamos el sexo en nuestra reconciliación dejaré de pensar con claridad y, de todas formas, debo tener la mente despejada para saber lo que siento por ella, no por su cuerpo, pero reconozco que debo dejar de rayarme y de portarme como lo estoy haciendo, ha pasado y punto. Además, ha sido cosa de los dos, por lo que no puedo culparla de nada, ahora cuando salga de la ducha le pido perdón por ser un imbécil.

—Laura, yo...

—Jacobo, déjalo, lo vas a empeorar. Mañana si eso lo hablamos ¿vale?

Debería replicarle e intentar aclarar lo que me ha pasado, pero no tengo ganas de hablar de nada y otra vez cojo el camino fácil.

—Vale.

Me concentro en mi libro y dejo que siga viendo la tele.

Misma playa, misma hora, pero yo estoy distinto. No he pegado ojo en toda la noche y Laura creo que no ha dormido mejor. Se levantó pronto para nadar en la climatizada del hotel y yo fingí que dormía.

¿Cómo pude ser tan imbécil y dejarme llevar por el calentón? Eso es lo que menos nos conviene en este momento, sólo añade confusión a la situación. No sé lo que esperará de nosotros ahora, yo aún no estoy preparado para volver a meter las relaciones íntimas en nuestro día a día. De hecho, si para algo ha servido lo de anoche es para darme cuenta de que algo irreparable se ha roto entre nosotros.

No siento amor, complicidad ni nada que se le parezca, solo un cargo de conciencia enorme por haberme aprovechado de la situación. Por otro lado, está la duda sobre si he sido tan tonto como para caer en la manipulación más absoluta por parte de mi mujer.

No sería la primera vez que utiliza ciertas armas para despistarme y llevarme a su terreno, lo ha estado haciendo toda la vida, pero últimamente no tenía el más mínimo efecto en mí. Anoche fue diferente, compartimos risas y momentos y bajé la guardia, me apetecía besarla y lo hice. Lo que vino después también me apeteció en ese momento y no sería ningún problema si se tratara de un rollo cualquiera, no de la madre de mis hijas y la mujer con la que tengo que reconciliarme por su bien.

Llegué otra vez al hotel, ella vuelve a aprovechar el buen tiempo que hace para descansar en la terraza, pero hoy lo hace acompañada de un chico. No sé quién será, algún otro cliente, imagino. Me ve y me saluda con la mano, pero no deja de tontear con su acompañante porque yo esté delante.

Sin duda está molesta por cómo reaccioné después de nuestro momento ¿o es que vuelve a las andadas? Me da exactamente lo mismo, creo que lo que estamos haciendo es una pantomima que continuará por el bien de las niñas un par de años, pero cuando estemos en Madrid le voy a hablar

de una separación bajo el mismo techo. No tiene ningún sentido fingir entre nosotros, me daría lo mismo que se fuera a la habitación con el chico ese que acaba de conocer, así que más claro no puede estar. No la quiero.

La vuelta

¡Por fin de vuelta! Tenemos unas cinco horas de viaje en tren hasta casa, pero no creo que se me haga largo el viaje, al contrario, me encanta viajar en tren. Laura suele enfrascarse en las películas que emiten durante el trayecto y yo aprovecho para hacer eso que tanto me gusta y que tan poco puedo hacer en la vorágine de nuestra vida, leer.

Elijo como siempre la ventanilla, hay mucha mejor luz. Hoy nos han tocado asientos de cuatro, de esos en los que estás separado por una mesa de la persona de enfrente. Me suele resultar bastante incómodo, pero hoy no es así.

Los ocupantes de los asientos opuestos a los nuestros son otra pareja joven, concretamente es la chica quien está sentada justo delante de mí. Es muy guapa, aunque lleva unas gafas de sol que no me permiten verla bien del todo, está bastante triste, no sé qué le habrá pasado, pero me inspira ternura ¡Qué tontería, si no la conozco de nada!

Su marido le habla, se levanta las gafas y veo unos ojos hinchadísimos de llorar, no puedo evitar mirarla con descaro y ella se ha dado cuenta. Se baja las gafas y se esconde.

Hace como que duerme, no sé si es para que no la mire más o para evitar a su marido. Puede ser un poco de ambas cosas así que abro mi libro y desvío la mirada hacia sus páginas, no estoy leyendo, pero así no se sentirá observada y podrá descansar.

Llevamos ya unas dos horas y la chica de enfrente no ha movido un músculo, los que sí lo han hecho han sido su marido y mi mujer, que no han parado de hablar ni un momento. Se han contado la vida entera, tienen bastante más en común que Laura y yo y está claro que se atraen, porque se traen un tonto considerable. Paso de ellos, como con el del hotel, me da igual lo que hagan o dejen de hacer, pero me preocupa la chica de las gafas de sol, duerme plácidamente ajena a lo que ocurre a menos de un palmo. Siento la tentación de despertarla, pero no hace falta, noto un cambio en su postura. Aunque su marido no puede ver sus ojos por el reflejo de los cristales, yo sí los veo y sé que los tiene abiertos, se ha debido dar cuenta de que algo pasa y alucina un poco. Me mira divertida como interrogándome, pero él ni se ha enterado de que le observa porque la mira y ella sigue disimulando. Me río debajo de mi libro, sabe que me estoy riendo y me da la impresión de que se está aguantando ella también. Qué dos caraduras, les falta irse al baño a echar un polvo.

—Jacobó ¿me atiendes un momento?

—¿Eh? Sí, perdona. ¿Decías?

—¡Sí que te ha dado fuerte con ese libro! Bueno, te decía que me voy a tomar un café con Martín —señala al chico, aunque es evidente de quien se trata—. ¿te quedas cuidando las cosas?

—Sí claro, de aquí no me muevo.

Se irán al baño a ... ¡Qué mal pensado! Quedarán en Madrid para otro día.

Él se dirige a su mujer, que también finge no enterarse de lo que pasa, para avisarla de que se ausenta ¡Qué mona, hace como que se despierta y todo!

Ya no están y ella se levanta como un resorte. Entre divertida y asombrada me dice que alucina con el comportamiento de la parejita, le cuento que yo estoy bastante acostumbrado a escenas parecidas y sin saber por qué, le digo que estoy a punto de divorciarme.

No lo he dicho en alto ni una sola vez, de hecho, es algo que se contradice con la decisión que

tomé ayer de la separación bajo el mismo techo, pero se lo he soltado a esta desconocida que me inspira una extraña sensación de confianza.

—Yo voy a dejar a mi marido en cuanto lleguemos, pero él no lo sabe.

Lo ha dicho así como de carrerilla, creo que también es una decisión reciente. Lo que más me alucina es que me he alegrado ¡seré imbécil! No es una alegría por sentirme comprendido no, ha sido un “¡Toma!” en toda regla.

Y aquí seguimos hablando como si tal cosa, le acabo de contar hasta lo de mis cuernos ¿Lo estoy usando como arma de seducción? ¿Pero qué me pasa?

Estoy torpe, la he cagado al aprovechar el comentario que ha hecho para preguntarle el motivo de su llanto. Acabo de hacer evidente que se le nota que ha llorado, pero no se lo toma a mal, al contrario, sonrío y me habla de sus sobrinos. Se nota que tiene pasión por ellos y que no los ve a menudo, de ahí su tristeza.

Y ¿Cómo no? Me he puesto a hablar yo de mis niñas, no debería darle tanta información a esta desconocida, pero me encanta verla sonreír y más aún como se ha turbado cuando me ha hecho un cumplido no intencionado. Ha cambiado de tema rápidamente, no sé si es que no sabe lo guapa que es, pero al elogiarme se ha puesto roja. Eso sí, la salida ha sido muy hábil, el tema de la lectura es neutro y deja ver que tenemos algo en común.

Por ahí vuelven nuestras respectivas parejas, se extrañan de que estemos hablando y tan animados.

¡Jodeos, habéis empezado vosotros!

El momento

¡Joder! ¿Qué ha pasado?

De repente mi pulso se ha acelerado, el aire se ha vuelto denso y me cuesta respirar, mi cuerpo ya no está pegado al asiento, sino que flota en el aire sin una dirección clara.

Un fuerte golpe, seco, sordo. Dolor mucho dolor, calor en la pierna, no puedo moverla. También noto sangre en la cara, en realidad hay sangre por todas partes, pero mucha no es mía.

Los ocupantes del coche somos un amasijo de carne y hierro. No veo a Laura, ha salido despedida ¿Y la chica? ¿Dónde está la chica?

Está muy cerca, si me muevo un poco podré tocarla y ver si está viva.

¡Por favor que siga viva, por favor!

¡AHAHAHAHAHAH! ¡Qué dolor en la pierna, pero tengo que tocarla!

¡He llegado! ¡Está viva, está viva!

Toco su mano muy despacio y ella abre los ojos. Está desconcertada, su cara muestra lo asustada que está, intento reconfortarla.

—Tranquila, no te muevas.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que el tren ha descarrilado.

—No puedo moverme.

—Es normal, ha sido un golpe muy fuerte. Yo tengo una pierna atrapada, tampoco puedo moverme.

—¿Y mi marido y tu mujer?

—No lo sé, estaban de pie, así que me temo lo peor.

Va a volver a perder la consciencia y eso no es bueno.

—¡No te duermas, quédate conmigo!

No se queda, su pulso es débil, pero sigue respirando. La ayuda no tarda en llegar y se la llevan.

Me siento solo y desvalido, sólo puedo pensar en sus ojos marrones y cómo me miraban llenos de miedo. No sé qué le habrá pasado a Laura, pero me he bloqueado y lo único que se repite una y otra vez en mi cabeza es la cara de la chica que acabo de conocer.

Ya están conmigo los sanitarios, dicen que hay que esperar a los bomberos para liberarme la pierna. Espero que no tarden, me duele y tengo mucho miedo de perderla.

Lucía:

Tengo una sensación extraña, como de resaca, la boca pastosa y un dolor de cabeza inmenso. Pero hay algo más, intento moverme y no lo consigo.

Me están hablando, pero no entiendo muy bien lo que me dicen.

¡Qué luz más fuerte! ¿Dónde estoy?

Hay médicos ¡Tengo tubos!

Empiezo a entender lo que dicen, me piden que me tranquilice.

¿Que estoy en un hospital?

Por fin abro los ojos del todo y me centro, un médico muy amable está junto a mi madre y me habla en un tono muy suave.

—Lucía, has sufrido un accidente muy grave y estás en el hospital. Probablemente te cueste moverte y no puedes hablar porque estás intubada, pero ahora mismo solucionamos ese problema ¿de acuerdo?

Muevo la cabeza en señal de afirmación y miro a mi angustiada madre. Me sujeta la mano y me aprieta fuerte, tiene un susto encima de miedo.

Recuerdo estar en el tren y luego unos ojos verdes tranquilizadores, después nada. No sé ni el tiempo que ha pasado ni lo que ha ocurrido, pero intentaré estar tranquila por mis familiares. Para hacerlo pensaré en sus ojos.

Después del desagradable trance de la extubación, el equipo de médicos pasa a contarme lo que ha pasado. Sé que toda mi familia está allí, al enterarse de que había despertado han llamado a los que habían bajado a la cafetería para descansar y todo el elenco al completo está esperando para poder abrazarme.

Los médicos han insistido en ser ellos quienes me den las explicaciones, me hablan de conmoción cerebral, fractura de ambas piernas y una hemorragia interna que no saben aún qué secuelas me dejará. El resto con rehabilitación y reposo irá recuperándose poco a poco.

He pasado 5 días en coma y durante los mismos me han operado varias veces, de ahí todos los vendajes que tengo, pero ya he pasado lo peor y mi vida no corre peligro ¡Es un alivio!

He debido tener un pie en el otro barrio por lo que me dicen, de hecho, sólo hay que ver la cara de mi madre y lo delgada que está mi hermana Carmen, esa no ha probado bocado desde que pasó, seguro.

No paran de llorar, ya los han dejado pasar, pero van por turnos.

Mi padre que simplemente me ha agarrado de las manos y no me ha dicho nada.

Mi madre que me ha dado mil besos en la frente y en la mano que no tengo vendada.

Y ahora están mis dos hermanas, que no pueden ni hablar.

—Tranquilas chicas, que estoy bien.

—Si tú lo dices.

Mi hermana mayor siempre con tanto tacto.

—¡Ruth, mira que eres bestia!

Carmen la regaña como siempre.

—¡Qué no puedo reírme, no empecéis!

Me sonríen al ver que estoy de buen humor.

—Chicas ¿dónde está Martín? Nadie me ha dicho nada de él.

Se miran entre ellas y sus caras lo dicen todo.

—¡No!

—Sí, cariño. Al parecer estaba de pie cuando el tren descarriló y salió despedido. Murió en el acto, no pudieron hacer nada.

¿Pero qué dicen? ¿De pie? ¿Muerto?

Estoy en shock, las lágrimas resbalan por mis mejillas y me cuesta respirar.

—Tranquila, Lucía respira. ¡Agus ven!

Mi cuñado avisa a un médico, pero él está más cerca y es quien comienza a atenderme.

—Lucía, estás sufriendo una crisis de ansiedad. Necesito que te tranquilices y que no intentes hablar. Cierra los ojos e intenta respirar más despacio.

Hago lo que me dice y parece surtir efecto, cuando llega mi médico ya está la situación bajo

control.

—Doctor, le hemos dado la noticia del fallecimiento de su marido y por eso se ha puesto así.

—Lo entiendo, creo que es mejor que la dejen descansar.

¡No, no, no! No quiero quedarme sola.

—¡No por favor, deje que se queden! —ha sido una súplica más que una petición y por el gesto del médico no debería haber usado ese tono, así que disimulo y hablo lo más tranquila que puedo —. De verdad, ya estoy mejor, es que no me esperaba la noticia...

No se fia mucho, pero cede a mi petición.

—Bueno, pero avísenme si se altera otra vez para que la sedemos.

Agus hace un gesto afirmativo con la cabeza y yo simulo estar bien, pero en cuanto sale por la puerta agarro la mano de mi hermana y rompo a llorar.

—¡Iba a dejarle, en cuanto llegara a Madrid iba a dejarle!

Mis hermanas se asustan de mi reacción, no entienden nada de lo que digo y me hacen repetírselo un par de veces. Agus me obliga a recostarme y me amenaza con llamar al médico si no me calmo y hablo más despacio.

—¡Pero es que me siento fatal!

—Lucía, no te tortures, tú no tienes la culpa de nada de lo que ha pasado.

—¡No lo entendéis! ¡Toda la culpa es mía! Yo le incité a este viaje y para colmo estaba de pie con otra chica porque yo no le hablé en todo el rato.

Por cierto ¿y la chica y su marido? ¿qué habría sido de ellos? ¿estará bien el chico de los ojos verdes?

Sólo recordarlo me hace sentir aún peor. ¡Estaba tonteando con alguien cuando ocurrió el accidente! ¡Lo último que vio Martín antes de morir fue a mí hablando con otro hombre!

—¡Soy lo peor y más rastrero!

—Pero Lucía, no digas eso. Tú no has hecho nada malo.

—¡Estaba hablando con otro cuando pasó!

—A ver lucía, tranquilízate. Es normal que tengas una mezcla de emociones, si lo recuerdas por tu carrera, se llama Shock postraumático.

—¡Qué shock ni qué shock! ¡Lo que nuestra hermana tiene es un sentimiento de culpa que no puede con él! ¿Verdad hermanita? —me coge la cara entre sus manos y me obliga a mirarla a los ojos, me sorprende porque me habla con mucho cariño y ternura, como si fuera uno de sus hijos—. No tienes que sentirte así pequeña, tú no querías que le pasara nada a Martín y no le obligaste a nada. Habéis sufrido un terrible accidente y hubieras tomado la decisión que hubieras tomado no cambiaría las cosas.

Por primera vez es mi hermana Ruth la que me da ánimos y entiende la situación.

—Tú misma has dicho que él estaba de pie con otra chica ¿hay algo de malo en eso?

—No

—Pues eso, no te sientas mal. Ha sido una fatalidad y ya está. Te va a costar y te va a doler, eso no cambiaría ni aunque fuerais la pareja más feliz del mundo. Pero lo de sentirte culpable déjalo para el conductor del tren, que fue quien tuvo el fallo.

Lo que me dice tiene sentido, pero yo tengo una gran desazón, siento que quiero salir de allí corriendo y necesito respirar. Como no es posible, acepto de buena gana que me seden.

—Puede que tengáis razón. Ahora necesito descansar ¿Podéis avisar al médico?

—Sí, sí. Ahora mismo lo avisamos.

Mis hermanas me dejan en silencio, aún no me creo lo que está pasando. Dicen que no me sienta culpable, pero es imposible cuando lo único que quiero saber es si el chico de los ojos

verdes ha sobrevivido.

Pasan unos cuantos días más, pero no sé cuántos porque postrada en esta cama pierdo la noción del tiempo. Me han seguido haciendo pruebas y parece que mis heridas corporales progresan adecuadamente.

Los días se me hacen eternos, las curas son horribles y cuando cierro los ojos vuelvo a ver todo lo de mi alrededor volando por los aires. Lo peor ha sido enfrentarme a mis suegros y a mi cuñada, ellos no saben nada de la crisis que estábamos atravesando y se han aferrado a mí en su peor momento.

Me he perdido el entierro de mi propio marido, aún estaba inconsciente cuando terminaron con los trámites y permitieron que se le diera sepultura, así que ha sido su familia quien se ha encargado de todo. Me siento fatal, pero en el fondo lo agradezco, no puedo quitarme la sensación de que estaba haciendo algo malo cuando ocurrió y estar con sus desconsolados parientes aumenta mi sentimiento de culpa.

No he vuelto a saber nada de la otra pareja que estaba sentada con nosotros, espero que ellos hayan corrido mejor suerte. Por lo que me han dicho hubo muchos heridos y nuestro vagón se llevó la peor parte con las víctimas mortales. También culpa mía lo de ir precisamente en ese sitio, tengo la manía de elegir el primer coche en el sentido de la marcha y en un choque como el que hemos sufrido, es el que se lleva el mayor impacto.

Me han aconsejado que deje que me visite la psicóloga que han puesto a nuestra disposición, de momento no quiero ver a nadie. Yo estoy viva y Martín muerto, no tengo derecho a sentirme mejor.

Mayo 2015

Ha pasado ya un mes, parece mentira. Por fin me han permitido levantarme y darme un paseo hasta el baño.

Las piernas me duelen y aún les queda para que pueda empezar con la rehabilitación, pero en breve me dejarán usar una silla de ruedas y podré salir al pasillo e ir a terapia.

Al final me han convencido de que es lo mejor dada mi situación, no quiero pasarme la vida a base de pastillas para dormir y antidepresivos, así que por una vez les haré caso y permitiré que un colega me trate.

Mis hermanas han vuelto a su vida a regañadientes, Carmen al vivir en Madrid me visita todos los días, pero Ruth se ha tenido que marchar con su marido y los niños. Vuelven los fines de semana y vienen directos al hospital, sé que no es el lugar más adecuado para los pequeños, pero me dan la vida.

Mis padres no se mueven de mi lado, se lo agradezco, pero me siento fatal por haber puesto patas arriba su mundo. Mis suegros llaman de vez en cuando y son ellos también los que pasan el mal trago, yo intento evitarlos, solo me pongo cuando me obligan y porque no hay más remedio.

Esta mañana ha venido un abogado que me ha recomendado mi hermana Ruth y lo he pasado fatal. Sé que hay muchísimas cosas que arreglar, pero ni tengo cabeza ni fuerzas para ello. Además, está lo del seguro, nos van a dar una gran indemnización por el accidente, así que encima de que me libro de mi marido me pagan por ello ¡Es todo tan injusto!

Junio 2015

¡Por fin me han dado autonomía con esta silla de ruedas!

Cuesta manejarla y me duelen los brazos, pero hoy me he podido dar un paseo sola por la planta. Como aguanto en ella bastante bien voy a empezar con la terapia también. No tengo muchas esperanzas, pero al menos podré contarle a alguien que no me juzgue cómo me siento de verdad y que la sonrisa que les presento a mis seres queridos es sólo una máscara que oculta que en realidad siento que la que debería estar muerta soy yo.

Estoy asustada y excitada a la vez, ver a una persona distinta a las que me rodean todos los días es una novedad para mí, además, aunque yo he impartido terapia es mi primera vez como receptora. Es un poco raro y espero no ser muy puñetera como paciente. Aún recuerdo que los profesores hablaban con frecuencia de los malos pacientes que son los psicólogos. En mi caso es la necesidad de desahogarme con alguien lo que me lleva con tanta premura a hacer esta visita. De hecho, pese a las reticencias a la misma que tenía al principio, al final he sido yo quien la ha adelantado.

Mis médicos no están seguros de que aguante tanto rato sentada, cuando me canse me vuelvo y solucionado. Al menos así me aereo, solo llegar hasta aquí ya ha sido toda una aventura, el ajetreo del hospital y poder ver a la gente de aquí para allá me pone un poco nerviosa, aunque me gusta. Mi madre insistía en acompañarme, al final he conseguido que deje a la celadora hacerlo. No quiero que venga a recogerme tampoco, de hecho, les he pedido por favor que se marchen, aún me cuesta ir sola al baño, pero necesito un poco de espacio.

La puerta se abre y aparece una chica más o menos de mi edad, me sonrío y me pregunta si necesito ayuda para entrar en el despacho.

—No tranquila, es mi primer día con este trasto y aún no tengo agujetas. Mañana no podré con los brazos, pero hoy estoy eufórica.

—Me alegra oír eso, de todas formas, al ser el primer día lo tomaremos como una mera presentación para irnos conociendo ¿te parece?

—Sí, como tú digas. Aunque no tengo ninguna gana de volver a ese cuarto, te puedes entretener todo lo que quieras.

Mi verborrea delata lo nerviosa que estoy, sé que me está estudiando y que intuye que mi optimismo no es más que una fachada, pero es demasiado considerada para decírmelo, me sigue el juego.

—Bueno, pues cuéntame un poco de ti. Aunque he leído tu expediente, quiero que me hables tú de lo que quieras.

—Pues como es una presentación, comienzo por presentarme. Me llamo Lucía y tengo 30 años, estudié psicología, pero tengo una empresa de eventos. Estoy casada...

Primer momento de angustia, sigue respirando, no llores ¡sigue respirando joder!

—Tranquila Lucía, es normal. Ten, bebe un poco de agua y cuando estés lista continúa. Si no te atreves a decirlo de momento óbvialo y sigue con otra cosa. Más adelante lo dirás.

Me calmo, tengo que ser capaz de decirlo, al fin y al cabo, es mi nueva situación.

—Estaba casada con Martín, ahora él ya no está...

Noto como las lágrimas resbalan por mi cara y entran en mi boca. La psicóloga me da un pañuelo de papel y yo prosigo.

—Ahora soy viuda.

—Muy bien, has sido muy fuerte al decirlo en voz alta. Ha sido la primera vez ¿no?

—Sí, la verdad es que aún no me lo creo.

—Tardarás en acostumbrarte, cuando se pierde a un ser querido de forma tan trágica hay un

proceso por el que todo el mundo pasa ¿lo recuerdas de la carrera?

—Sí, el proceso del duelo.

—Efectivamente, no sirve intentar pasarlo cuanto antes, cada uno tiene su manera de afrontar las cosas. En vuestro caso, una pareja tan joven y con tantos planes de futuro, es aún más difícil hacerse a la idea de la pérdida.

—Beatriz, ¿se llama así, verdad? —le hago la pregunta señalando los diplomas que hay por toda la consulta, lo corrobora con la cabeza y me deja seguir hablando—. No niego que esté pasando por un proceso de duelo, no me malinterpretes, pero lo que peor llevo de todo es que en cuanto llegara a Madrid pensaba dejar a mi marido.

La confesión la ha pillado por sorpresa.

—Vaya, entiendo ¿Hay otra persona?

—No y sí.

—¿Quieres explicarme esa contradicción?

—No le he sido infiel. Llevábamos mucho tiempo mal y reconozco que he tenido que resistir a la tentación muchas veces, pero no he estado con nadie desde que lo conocí varios años atrás.

—¿Entonces por qué me ha dicho que sí que existe otra persona?

—Porque desde que ocurrió el accidente no he podido dejar de pensar en el chico con el que iba hablando en el tren.

—¿Ese chico te gustaba?

—Al principio no me fijé mucho, pero cuando observé como Martín tonteaba descaradamente con su mujer empecé una conversación con él y sentí una especie de conexión.

—¿Tu marido solía coquetear con otras chicas delante de ti?

—No, nunca lo había hecho, pero ese día no le dejé otra opción. Me porté muy mal con él, yo estaba decidida a dejarle y me sentía tan violenta que evitaba hasta dirigirle la palabra. Así que conoció a una chica simpática y se puso a hablar con ella.

—¿Estaban hablando o coqueteando?

—Eso qué más da ya, fuera como fuere se levantaron a tomar un café y yo aproveché para explayarme con un desconocido.

—Según tú, no hay nada malo en que él coqueteara con otra chica y se fuera a tomar café con ella, pero sí lo hay en que tú hablaras con tu compañero de asiento durante su ausencia ¿no?

—Sí, porque eso fue lo último que Martín vio.

—¿Y por eso tienes un gran sentimiento de culpa que no te deja respirar?

—¡Por eso y porque le iba a dejar!

—¿Alguna cosa horrible más que te atribuyas?

No soy consciente hasta ahora de que no he parado de llorar ni un solo momento, Beatriz es paciente y sé que esta última pregunta iba con segundas, pero aun así la contesto. Es el momento de confesar lo que me está martirizando.

—Sí, cuando me desperté me preocupé más por el chico de los ojos verdes que por mi marido.

Espera en silencio a que asimile mi última contestación, la verdad es que me siento aliviada y tengo algo de peso menos sobre mis hombros, pero la culpa sigue ahí. Incluso más acentuada porque lo he expresado en voz alta.

—Lucía, en algunas ocasiones es más fácil sentir culpa que dolor por la pérdida de un ser querido. No dudo que sea un sentimiento real, pero de nada de lo que me has dicho tienes la culpa en realidad.

¿Esta mujer no ha escuchado nada de lo que le he dicho o qué?

—Es frecuente en casos como el tuyo, en el que la persona se enfrenta a un dilema moral en el

momento del accidente, que el sentimiento de culpa se haga fuerte y anule cualquier otra reacción de la mente ante la pérdida. Si te has dado cuenta no te has permitido sentir pena por la muerte de tu marido ni tomar conciencia de su falta ¿Acaso lo odiabas y te alegras de su muerte? Si fuera así no pasaría nada, pero ¿es el caso?

—¡No, no, por Dios!

—Pues tu brillante mente te está jugando una mala pasada aferrándose al sentimiento equivocado por miedo a enfrentarse a otros más profundos y aterradores.

—¿Y el chico de los ojos verdes?

—Estabas con él cuando el tren se chocó, habías sentido una profunda conexión antes, pero compartir una experiencia traumática hace que dos desconocidos se aproximen. No te atormentes por ello, es normal que después de un accidente como el que has sufrido todo se mezcle en tu cabeza.

—¿Y ya está?

—No, no está. Por hoy te vas a ir a descansar, vas a pensar en todo lo que hemos hablado y me vas a seguir viniendo a ver. Tenemos que ir desenredando poco a poco toda esa madeja de sentimientos y enfrentándonos a ellos de forma pausada. Por supuesto no es una imposición, haremos lo que tú quieras hacer.

—No sé si estoy preparada.

—Voy a acompañarte en todo momento, ocultar la tristeza y la pena por la pérdida de un familiar no hace que se supere antes, al contrario, dificulta mucho el proceso de curación.

—Entonces ¿vengo también mañana?

—Puedes venir cuando tú necesites. No te voy a marcar una nueva visita, quiero que seas tú la que cuando asimiles mis palabras me pidas una cita.

—Vale, vale.

—Una cosa más. Hay un grupo de apoyo para todas las víctimas del accidente y sus familiares, creo que sería muy positivo que fueras a alguna reunión.

—Por supuesto —lo que sea con tal de dejar de sentirme así—, haré lo que me dices.

—Entonces, hasta pronto Lucía. Este es mi número, llámame para lo que necesites.

—Gracias ¿Puedes llamar a la celadora, por favor?

De repente estoy agotada, tanto que no tengo fuerzas ni para empujar la silla. Beatriz me ayuda a salir de la consulta y entonces lo veo, está sentado en una silla similar a la mía y está mucho más delgado, pero sus ojos son inconfundibles. Me mira extrañado, pero no dice nada, la celadora me pregunta qué tal y yo la contesto por inercia.

Nuestros ojos están clavados los unos en los del otro, sostenemos la mirada hasta que perdemos el contacto visual.

¡Está vivo!

La alegría que me invade por un minuto se desvanece cuando recuerdo que Martín está muerto y que no debería sentirme feliz por nada en esos momentos.

Han pasado dos días y no he podido dejar de pensar en él, todo lo que ha pasado a mi alrededor parece estar como en una nebulosa, de hecho, no recuerdo muy bien ni las visitas que he tenido. Es bastante extraño, estoy inquieta y sueño con cosas raras, lo único que tengo claro es la imagen de sus ojos fijos en los míos.

Tengo miedo de ir a terapia y contárselo a la psicóloga, lo mismo me dan alguna medicación. No puede ser normal que, tras estar casada varios años con un chico, cuando éste muere en lugar de estar llorándolo a él me obsesione por un desconocido que me ha sonreído una vez. Además, sé que ella también es su terapeuta, lo vi entrar en la consulta. Si le pregunto si su mujer vive

descubrirá lo ruin que soy, porque en el fondo, aunque me odie por ello, quiero que esté en mi misma situación.

¿Me habrá afectado el golpe a la parte del cerebro que me hacía ser buena persona?

Yo antes no era así, jamás le he deseado la muerte a nadie. Y en cuanto a Martín, hemos vivido muchas cosas juntos ¿las he borrado todas de un plumazo?

Creo que voy a hacer caso a los profesionales y a acudir a los grupos de apoyo. Al haber sido un accidente tan grave acude mucha gente y según me han dicho me puede ayudar, pregunto a la enfermera y hace unas llamadas para informarme sobre el horario del próximo. Es una chica muy maja y me anima a no dejar pasar más tiempo, en una hora me tiene preparada y lista para que venga el celador a por mí.

¡Pues sí que ha venido gente! Somos diez en total, lo normal según me comenta la persona que tengo al lado es que los grupos no pasen de cinco. El psicólogo que nos acompaña abre la sesión.

—Buenos días a todos y bienvenidos a los nuevos. Nos alegra ver que las secuelas físicas van remitiendo y os han permitido asistir.

—Perdona Ángel ¿vamos a empezar sin Jacobo?

—Bueno, sabéis que no paso lista. Si no está aquí es porque a lo mejor no quiere acompañarnos.

—No, no, va a venir, pero hoy ha decidido que no usa más la silla de ruedas y el chico va a tardar un poco más con las muletas.

—En ese caso le esperaremos ¿Sirvo mientras tanto un descafeinado a alguien?

Qué dinámica más curiosa, pensaba que esto sería como cuando vemos las reuniones de alcohólicos anónimos en la tele, cada uno va llegando y se incorpora al grupo, pero esto es más como una clase y al amigo de ese tal Jacobo no le ha hecho ninguna gracia que el profe empezara sin él.

Por otro lado, me parece un buen gesto que le esperemos, si el chico está haciendo el esfuerzo de dejar la silla, se merece nuestro respeto. Yo no sé cuándo podré dejar este chisme, pero con la que tengo liada en las piernas, según me han dicho, no va a ser fácil.

¿Qué ha pasado ahora? Estoy tan en mi mundo que no me entero de nada.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué sale Ángel corriendo?

—¿No has oído ese golpe? Creo que Jacobo se ha caído o algo.

—Pobre, estaba pensando en mis cosas y no me he enterado. De todas formas, poco puedo hacer yo para ayudarle.

—La verdad es que ninguno de los que estamos hoy aquí estamos muy allá, es un grupo especial del accidente, así que supongo que tú también estabas allí.

—Sí, pero no recuerdo mucho.

Los ojos verdes aparecen en una imagen clara en mi cabeza.

—Mejor, yo no perdí la consciencia y fue horrible. Voy teniendo menos, pero sigo con pesadillas cada vez que cierro los ojos.

—Yo sólo recuerdo fragmentos del momento, me desperté ya en la cama del hospital escayolada y hecha polvo.

—¿Para cuánto tienes?

—¡Uff! No lo sé, mínimo para un mes más, todo depende de cómo suelden mis huesos y de una medicación especial que me están dando. Lo demás creo que ha ido bien y aunque cuando salga tengo que estar en reposo, no tendré que estar en el hospital.

—¡Yo espero irme antes! aunque seguiré viniendo a este grupo, me siento comprendida.

Y de repente el mundo deja de existir. Ayudado por el terapeuta y un enfermero, Jacobo entra

en la habitación. Por fin puedo ponerle nombre al dueño de esa mirada.

La chica sentada a mi lado continúa hablando y yo hago como que la escucho disimulando para no quedarme lela mirando al recién llegado. Me siento una intrusa allí, como si estuviera acosándolo.

Se sienta con esfuerzo y se disculpa por la tardanza, también va con un elegante pijama de hospital, pero para mí parece vestido de Armani.

—Disculpad chicos, necesitaba deshacerme del trasto ese. Lo entendéis, ¿no?

—Sí, no te preocupes. Tú que puedes mándalo lejos.

—Esto.... Perdonad si he ofendido a alguien.

Se le ve apurado, algunos de los presentes tendrán esa compañía de por vida. El psicólogo intercede por él.

—No te disculpes, nos alegramos por los logros de todos. Además, sabemos que tu alta depende de tu independencia, y estás como loco por estar con tus niñas.

¡Otro flash! Su sonrisa enseñándome fotos del móvil.

—Sí, vienen un rato todos los días, pero las pobres lo están pasando fatal. Echan muchísimo de menos a su madre.

¡Mierda! ¡He hecho un ruido en alto!

Solo ha sido como una exclamación o algo, no sé, pero me ha mirado.

Me sigue mirando, esos ojos fijos en mí me cortan la respiración. Ahora todos me miran ¡qué corte!

—Para Jacobo y todos los demás, nuestra nueva incorporación es Lucía. Como vosotros estaba en el tren y en uno de los vagones más afectados. Perdió a su marido en el accidente y como veis también está pasando lo suyo ¿verdad Lucía?

¡Quiero desaparecer, quiero desaparecer!

—Sí, hace muy poco que puedo levantarme de la cama y mi única suerte es que no me acuerdo del momento exacto en el que todo pasó. Sólo tengo algún detalle grabado en mi memoria, pero eso me deja dormir por las noches.

Parece ser que he abierto el debate de las pesadillas nocturnas y uno por uno van pidiendo la palabra para describir los horrores que reviven cuando intentan descansar. Jacobo en cambio no aparta la mirada de mí, eso me está viniendo bien para no escuchar todo lo que están contando. No quiero recordar lo ocurrido, mi mente lo ha borrado por una buena razón, pero aquí siguen ellos como cotorras.

Por fin terminan, la chica que habló conmigo al principio me invita a acompañarlos otro día y le digo que volveré, pero no le estoy haciendo mucho caso, solo pienso en poder hablar con él e intentar llegar a la mesita de los cafés.

—Me acuerdo de ti.

Es su voz, está muy cerca de mí.

—¿Cómo?

—Que no sabía tu nombre, pero me acuerdo de ti. Eres la chica que viajaba en frente de mí.

No sé qué decir.

—¿Tú no te acuerdas?

—Sí, sí, perdona. Recuerdo que eras muy simpático y que me animaste en un día gris.

—Que luego se volvió negro.

—Sí, negrísimo...aún no me creo que nos pasara eso.

—Es imposible hacerse a la idea.

—Siento mucho lo de tu mujer ¿cómo lo estás llevando todo?

—Lo que atañe a mi físico no muy mal, es duro pero soportable. Lo peor es ver a mis niñas llorar por su madre, me parte el alma.

—No me extraña, debe ser durísimo.

—Lo es. Tu marido también murió ¿no?

—Sí, al estar los dos de pie....

Se me saltan las lágrimas, en mi cabeza veo su cara de estupefacción al sorprenderme riéndome con Jacobo y me siento fatal por volver a hablar con él ahora.

—Lo siento Jacobo, tengo que volver a mi habitación, la celadora está esperándome.

—¿Volverás por aquí?

—Sólo si estás tú.

Me ha salido solo, sin pensar. Las palabras han salido rebeldes de mi boca y ahora me divido entre una amonestación mental por ser tan descarada y poco sensible y una sensación de angustia por conocer su reacción a las mismas.

—Estaré.

Respiro de alivio, su intensa mirada sostiene la mía y una sonrisa involuntaria se dibuja en mi cara, pero ¿qué estoy haciendo? ¿cómo puedo si quiera pensar en hablar con este chico con la tragedia que acabamos de sufrir? ¿Es que no tengo corazón? Gracias a la celadora no me da tiempo a meter la pata más, ésta viene hacia nosotros y me pregunta si estoy lista para volver a la habitación. No lo estoy, por mí me quedaría con Jacobo por tiempo ilimitado, pero le sigo que sí y me despido de él. Me dice adiós con la mano y me cita a la misma hora mañana, pero le doy plantón. Y lo hago porque tanto me gustó volver a verlo que me he sentido tremendamente culpable desde entonces y no me he atrevido a volver. Ya han pasado dos días, con sus minutos y sus horas y han sido una verdadera tortura.

La psicóloga me ha regañado por ello, me dice que no estoy haciendo nada malo y que es la forma que tiene mi subconsciente para afrontar el trauma vivido, pero no sé ni lo que pensar.

Le voy a hacer caso y mañana sí que voy a ir, me cayeron bien mis compañeros y es verdad que oyéndolos hablar me sentí menos sola. Por mucho que mi familia se empeñe en animarme, una sombra gris planea constantemente a mi alrededor, estoy la mayor parte del tiempo como en una nube y no tengo ganas de hacer nada. Solo me tranquilizo cuando pienso en sus ojos y su sonrisa, pero al momento me parece oír la voz de Martín y me siento morir.

El intento de ir al grupo tendrá que esperar un poco más, me han cambiado la medicación para el dolor y estoy durmiendo tanto que ha pasado otro día más en el que apenas he sido consciente de lo que he hecho. Le he dicho a la enfermera que me bajen la dosis, quiero estar más despierta, aunque signifique sufrir algo de dolor. Consultaré con el médico para ver si es posible, el tratamiento no depende ni de mí ni de ella, pero le he pedido que insista porque quiero ir al grupo esta tarde y no luchar porque mis ojos permanezcan abiertos.

—Hola Lucía, soy el doctor Ramos, ahora me estoy ocupando yo de tu caso. Me ha dicho la enfermera que tienes algún problema con tu medicación ¿es así?

—Bueno doctor, es que me deja muy atontada. Pierdo la noción del tiempo y no tengo ganas de hacer otra cosa nada más que dormir.

—Es normal con lo que te estamos poniendo, tus lesiones son muy graves y te causarían mucho dolor si no estuvieras medicada.

—Ya lo sé, pero el otro día hasta pude ir con la silla de ruedas a la terapia y quiero volver a ir.

—¿No te acuerdas de lo que pasó después?

—No ¿volví a la habitación y vi a mis padres?

—Lucía, cuando volviste a la habitación es cierto que estaban tus padres, de hecho, fueron ellos quienes nos avisaron de tu crisis.

—¿Crisis?

—Al moverte demasiado pronto a la silla de ruedas se abrieron los puntos de una de tus heridas internas y sufriste una hemorragia, tuvimos que operarte inmediatamente. Nos diste un buen susto, has estado semiinconsciente desde entonces.

—Pero, ¿cuándo ha pasado todo esto? ¿Por qué yo no recuerdo nada?

—Ha sido hace dos semanas, por eso cambiamos su medicación y le pusimos una sedación más fuerte.

—Pero es imposible, yo hablé ayer con la psicóloga.

—No, Lucía. Eso forma parte de los efectos secundarios de la medicación, sólo ha ido a consulta una vez y otra al grupo de terapia, al volver fue cuando pasó lo que ya le he contado.

—¿Todo ha estado en mi imaginación?

—Parte de lo que recuerda sí, pero ya le digo que es normal.

¿Qué me está contando este señor? ¿Me estoy volviendo loca?

—¿Entonces no puedo volver a terapia?

—Me temo que de momento no debe desplazarse, sus piernas van recuperándose poco a poco y acompañada por dos celadores puede ir a dar un paseo por el pasillo, pero no debe hacerlo sola y nunca distancias largas.

—¿Y no me van a sedar más?

—Vamos a bajar la dosis y a ver cómo responde, si vemos que sufre mucho dolor o que está agitada, nos veremos obligados a volvérsela a subir. Es por su propio bien.

—Como usted diga.

—Pero no se desanime, es algo temporal. En general va recuperándose muy bien.

—¿Cómo está mi familia?

—Están bien, les ha tenido muy preocupados, pero se alegrarán hoy cuando la vean despierta.

No quiero entretener más al Dr. Ramos y no le pregunto por la naturaleza de la hemorragia. Tampoco me sirve de mucho saberlo, lo que me ha quedado claro es que no voy a volver a ver a Jacobo por un largo tiempo, a saber qué pensará.

Mis padres los pobres no saben ni cómo tratarme, intentan parecer animados en mi presencia, pero se les ve derrotados. Mis hermanas también se están pegando una buena paliza para venir a verme a menudo. —Ruth, vuelve con tu marido y tus hijos. Yo estoy bien ¿no lo ves?

—Eso dijiste hace unos días y mira el telele que te dio.

—Pero ya no me van a dar más, no te preocupes que me lo ha dicho el doctor Ramos.

—Sólo si te estás quietecita y eso va a ser difícil sabiendo cómo eres.

—Voy a intentar no moverme mucho, a ver si no me sedan más.

—¿Tienes muchos dolores?

—¿Qué va! Es un poco raro porque me dijo que sí, que podía sufrirlos, pero de momento estoy bien en ese sentido.

—¿Y en cuál no lo estás?

Intento no venirme abajo cuando estoy con gente para no preocuparles, pero no puedo reprimirme y rompo a llorar.

—¿Lucía! ¿Llamo a alguien? ¿Estás bien?

—Sí, sí, perdona. No llames a nadie.

—¿Seguro? ¿Qué te duele?

—No me duele nada hermana ¡pero es que creo que me estoy volviendo loca!

—Tranquilízate y dime lo que te pasa.

—El doctor dice que es por la medicación, pero a mí me parece que hay algo más. Estoy teniendo alucinaciones, pierdo la noción del tiempo, tengo periodos en blanco de los que no recuerdo nada.

—¿Qué clase de alucinaciones?

—Pues oigo hablar a Martín. Su voz es clara y me dice que me quiere y que todo va a salir bien ¡No lo soporto!

—¡Cariño! ¡Con todo lo que has sufrido es normal!

—¡Pero si hasta he tenido una sesión con la psicóloga en mi cabeza!

—Has estado dormida mucho tiempo y has tenido sueños. No te preocupes más, pero si te quedas más tranquila hablaré con la psicóloga yo a ver si puede venir a verte ¿vale?

—Sí, eso me gustaría.

No sé por qué me obsesiona tanto ver a la psicóloga, sospecho que es porque puede tener información sobre el chico de los ojos verdes que me tiene trastornada. Eso no se lo he contado a mi hermana, pero es lo que más me preocupa, ese pensamiento recurrente que hace que, me pase lo que me pase, lo único que me importe sea que no voy a volver a verlo o que piense que le he dado plantón por no volver al grupo.

—Chiqui ¿hay algo más?

Me dan ganas de gritarle que sí, que soy una mala persona y que, aunque mi marido ha muerto hace muy poco, a quién echo de menos es a un desconocido al que he visto dos veces en mi vida.

—No, de verdad. Es que todo esto es muy fuerte y no quiero preocuparos más.

—Sé que te estás guardando algo, pero te dejaré en paz. La que debe dejar de pensar en los demás eres tú, nosotros estamos bien y felices de poder estar contigo.

Llaman a la puerta y veo asomar a mis padres con Carmen, reunión familiar.

—¡Hola enfermita! ¿cómo estás?

—Muy bien, disculpad que no me levante...

—Si haces bromas es que estás mejor, me alegro.

—Sí, no tiene nada que ver con los días de atrás, aunque se te ve algo tristona.

Mi hermana Ruth sale en mi defensa.

—¿Cómo va a estar, mamá, dando saltos de alegría?

—Ay, hija, qué desagradable te pones a veces.

—Es que creo que vais a agobiarla todos aquí, me voy a hacer un recado y luego vuelvo. Carmen, vigila a tus padres para que no se pongan intensos.

Me guiña un ojo y se va. Eso me arranca la primera sonrisa del día, que viendo el dúo cómico que forman mis padres, me parece que no va a ser la última.

Mi hermana Carmen sabe qué preguntar para que me entere de alguna de las tuyas. Me cuentan que todo el mundo quiere venir a verme pero que se lo han prohibido, que mi empresa la llevan entre mi asistente y mi padre.

—¿Que está ayudando papá?

—Sí, sí hija. Se me da mucho mejor de lo que pensaba, tengo un talento especial para organizar saraos, aunque esté mal que yo lo diga.

—Si con lo que te gustan a ti las fiestas no me extraña, de alguien lo tenía que haber heredado ¿no?

Mi madre también quiere su trocito del pastel y me cuenta cómo lo animó al principio para que no se viniera todo abajo.

—¡Si es que hacéis un gran equipo!

Carmen disfruta tanto como yo del espectáculo, se ha sentado a mi lado y tiene mi mano cogida. A pesar de lo poco que me gusta el contacto físico con los miembros de mi familia, es muy agradable notar su calor en mis frías manos ¿Por qué las notaré tan frías?

Jacobo:

—Entonces ¿qué es lo último que recuerda?

—Ya se lo he dicho a los otros doctores, estar pasando por el control de seguridad de la estación de tren. ¿Me puede explicar alguien lo que está pasando?

—El tren en el que viajaban su mujer y usted descarriló, ha sufrido daños importantes en la pierna derecha y múltiples hemorragias que reparamos con cirugía.

—¿Y Laura?

—Señor Sanz, su esposa murió en el acto.

—¿Cómo? ¡Es imposible!

—Ella estaba de pie cuando pasó y salió despedida sufriendo un fuerte impacto en la cabeza.

—¿Y cómo puede ser que yo no me acuerde de nada? ¿También me golpeé la cabeza?

—Puede ser, pero no parece que haya ningún daño físico. Llegó consciente al hospital y al despertar de la anestesia es cuando se mostró confuso y desorientado. Creemos que es debido al shock, los escáneres no muestran nada.

—¿De verdad que mi esposa está muerta?

—Lo lamento muchísimo.

—Esto es muy fuerte

El hombre me mira con cara de pena, no envidio para nada su papel en este momento.

—Una cosa más ¿sabe si mis hijas lo saben ya?

—Se ha ido informando a todos los familiares, pero no sé si al ser tan pequeñas les habrán dicho algo. Sus padres están esperando fuera, ellos le dirán ¿Les aviso ya, o prefiere asimilar la noticia a solas?

—Si no le importa avíselos, no quiero hacerlos esperar más. Y de nuevo, muchas gracias.

—De nada, ahora mismo les digo que pasen.

¡Laura ha muerto! ¡No me lo puedo creer!

—¡Papá, mamá!

Lloro.

—¿Cómo están Cristina y Marta?

—¡Hijo mío!

Mi madre se abraza llorando a mí, se la ve demacrada y hundida. Intento recomponerme para no asustarla más.

—Tranquila, mamá, estoy bien.

—¡Creíamos que te perdíamos a ti también!

—Venga Gloria, el chico está bien, no lo agobies.

Mi padre discretamente me coge de la mano y me la aprieta, está a punto de llorar también, pero se contiene.

—Las niñas, pobrecitas, no les hemos querido decir nada hasta saber cómo estabas tú. No sabíamos qué hacer, pero hemos pensado que es mejor que se enteren por ti. No sé si hemos actuado bien ¿prefieres que se lo digamos nosotros, hijo?

—No, no, yo se lo diré. Habéis hecho lo correcto. Lo que no sé es si podrán venir a verme aquí, si no es así tendréis que decírselo porque no quiero que se les oculte por más tiempo. Son muy listas y van a saber que algo no va bien enseguida.

—Piensan que seguís de viaje y están muy enfadadas. Les hemos dicho que os habéis quedado un poco más, pero como tú dices, son muy listas y saben que algo no cuadra.

Mi madre se va a preguntarle al médico si aunque sean pequeñas pueden hacer una excepción con mis hijas y que pasen un ratito. Viene diciendo que sí con la cabeza, lo que significa que vendrán mañana.

Rompo a llorar como un bebé, no sólo por mi mujer muerta, sobre todo lloro por el impacto que esto va a tener en la vida de mis hijas.

—Tranquilo, hijo, estamos contigo.

—¡Es que no sé cómo decírselo a mis niñas, no quiero que crezcan tan deprisa!

—Sabes que cuentas con nuestro apoyo al cien por cien, estamos aquí para ti, aunque es un pobre consuelo.

—¡Qué va papá! ¡Ahora más que nunca me reconforta saber que os tenemos cerca!

No les quiero hacer llorar más, pero les tengo que pedir un favor para las niñas.

—Posiblemente esta sea la última noche realmente feliz que tengan nuestras pequeñas, así que por favor lleváoslas a cenar, al cine, que coman chucherías o que se las lleve su tío a un musical. Lo que sea, pero que sea una noche maravillosa. Que se acuesten tarde y duerman donde quieran.

—Lo que tú quieras hijo, hoy haremos de tripas corazón y sacaremos todos nuestra mejor sonrisa.

—Mañana cuando se lo diga nada será igual, necesito saber que al menos esta noche la disfrutan.

—¡Pero no te vamos a dejar aquí solo!

—No os preocupéis que yo estoy bien, si faltáis alguno se van a dar cuenta de que algo no marcha bien, así que marchaos ya y disfrutad haciéndolas felices.

Me abrazan llorando y así es como me quedo yo.

No he dormido casi nada en toda la noche, pero cuando lo he hecho, en mi cabeza se alternaban imágenes del accidente, de Laura con las niñas, los últimos momentos con ella antes de subir al tren y de una mujer que no conozco y apenas recuerdo ahora que estoy despierto.

Estoy aterrado por darles la noticia a mis hijas, me las imagino riendo y cantando con su tío y sus abuelos, y tiemblo al pensar en el tiempo que tardaré en volver a escuchar el sonido de sus risas tras hablar con ellas.

Es lo que más me duele de todo, ni los golpes, ni los huesos rotos son nada comparado con lo que siento al pensar en esas pobres criaturas y en cómo les ha cambiado la vida. No es que no sienta pena por la pérdida de mi mujer, que lo hago, pero desde que he recuperado la conciencia mi único pensamiento son ellas. De hecho, me parece estar oyéndolas en este mismo momento.

—¡Papi! ¡Mami! ¡Nos han dejado venir a veros!

Son ellas, ya están aquí.

—Venga abuela ¡ve más deprisa!

—¡Tranquilas chicas! En un hospital no se puede correr.

—Pero es que tenemos ganas de ver a mamá y papá.

Oigo cómo mi madre ahoga un sollozo y se para delante de la puerta. Asoma la cabeza por el hueco de la misma y le hago una señal para que pasen.

Las dos niñas entran como un torbellino, pero cuando sólo ven una cama se quedan paradas.

—¿Y mami?

Mi hija mayor ejerciendo una vez más su papel, le da una explicación muy lógica a su hermana:

—Está en otra habitación ¿no ves que en los hospitales separan a los chicos y a las chicas?
¿Verdad papi?

Mi madre está detrás y veo como caen las lágrimas por sus mejillas.

Evito mentir y salgo del apuro alabando lo lista que es.

—¡Qué lista es mi mujercita! ¡Ven aquí y dale un abrazo a tu padre! ¡Y tú chiquitina también, aquí hay sitio para los tres!

Mi madre les ayuda a subirse a la cama, yo con tantos tubos no puedo.

—¿Podemos tocarte aunque tengas tantos cables?

—Sí cariño, pero con cuidadito.

Se me abrazan y por un momento me encuentro mucho mejor, aunque dura poco.

—¿Qué te ha pasado papi? ¿Te has caído?

—Algo parecido.

—¿Te duele mucho?

—Un poquito, pero ahora que estáis aquí me duele mucho menos.

—Podemos quedarnos a cuidarte, la abuela ha dicho que mañana no vamos a ir al cole, así que podemos estar contigo.

—Eso me encantaría, no hay enfermeras tan guapas como vosotras en este hospital.

—Pero también tendremos que estar un ratito con mami para que se ponga buena ella también.
Abu ¿nos llevas a ver a mami un ratito y luego volvemos, porfi?

Mi madre me mira con cara de angustia.

—¿Ya os queréis marchar? ¿no me contáis qué habéis hecho estos días?

Cristina duda entre insistir con lo de su madre y contarme lo que han hecho en nuestra ausencia, pero Martita comienza a relatar lo que han debido ser unos días maravillosos para una niña de su edad. Eso hace que la mayor se decida, no puede evitar corregir a su hermana y aclarar lo que a ella le cuesta explicarme.

—¡Y lo de anoche fue lo mejor!

—¿Ah sí? ¿Qué pasó anoche?

—¡Fuimos a ver el Rey León!

—¡Ay Marta! ¡No se lo cuentes así que le quitas misterio!

—Cris, no le hables así a tu hermana, ella tiene derecho a contarlo como quiera, ahora me lo cuentas tú más detallado.

—Eso, no me hables así. —La canija reforzada por la reprimenda a su hermana se cruza de brazos—. Yo también tengo derecho.

Miro a mi madre y sonrío, me gustaría guardarme el secreto para siempre.

—Vaale ¿pero ya puedo contarlo yo?

—Marta ¿Dejamos que lo cuente la hermana a su manera?

Hace un gesto afirmativo y la otra coge carrerilla.

—Pues primero nos pusimos a hacer los deberes, pero apareció el tío y nos cogió en volandas. Dijo que ya no se trabajaba más porque se le había ocurrido un plan mejor. Nos llevó donde estaba tío Santi que nos puso guapas y ¡nos dejó maquillarnos!

—¿Qué os dejó maquillaros tío Santi?

—Sí, pero flojito. Bueno, sigo ¿no?

—Sí, sí, continúa.

—Pues después nos taparon los ojos y nos llevaron así hasta la puerta de un sitio donde había

un cartel muy grande con El Rey León. ¡Nos hemos colocado casi en primera fila! ¡Y nos han comprado palomitas y chuches!

—Pero qué suerte ¿no?

—¡Sí, sí, aremás, luego la abuela nos ha dado picxa y nos ha dejado dormir en su habita!

—¡Jolín papi! ¡Luego me regañas, pero es que estropea todas las historias!

—Bueno, bueno, haya paz. Lo importante es que os lo pasasteis muy bien ¿verdad?

—¡Sííí!

Contestan a la vez.

—Ahora papi, me voy a ver a mami. Ya hemos estado contigo mucho tiempo y ella se va a poner triste.

Es el momento, no puedo retrasarlo más. Respiro hondo y noto la mano de mi madre en el hombro, se ha acercado para hacer más presente su apoyo, cosa que agradezco.

—Niñas, tengo que deciros algo muy importante.

—¿Y no puede esperar hasta que volvamos de ver a mami?

—Es que de eso se trata, no podéis ir a verla.

Cristina insiste:

—¿Es que no está en este hospital?

—Cariño, las heridas de mami fueron mucho más graves que las mías y no está en ningún hospital.

Sus ojos se van abriendo cada vez más de forma interrogante. Es muy lista y va entendiendo lo que la intento decir, pero no quiere creérselo.

—¿Entonces dónde está?

—Cristina, Marta, mami está en el cielo.

El silencio es sepulcral. Martita me mira sin entender nada, mientras que su hermana, que lo acaba de comprender, permanece callada unos instantes que se me hacen horas. Luego rompe a llorar y se aparta de mi lado.

—¡Es mentira!

—No, cariño, ojalá lo fuera, pero es verdad. Mami no va a volver.

—¿Y tú por qué estás aquí? ¡Tú eres el que nunca está en casa! ¿Por qué la que no vuelve es ella?

—No lo sé, yo también preferiría que hubiera vuelto ella.

Mi madre intenta intervenir, permanece a mi lado acunando a Marta que está asustada por la escena.

—Cristina, papi está tan triste como vosotras. No te pongas así con él.

—Déjala mamá, que lo suelte todo.

—¡Todo esto es culpa suya por irse de viaje y llevarse a mami! ¡Quiero que vuelva mami! ¡Quiero ver a mi mamá!

Se ha tirado al suelo y yo quiero hacer lo mismo, pero mi padre entra corriendo y la recoge. Ha permanecido en la puerta todo el rato sin atreverse a entrar hasta ahora.

Cada uno de mis progenitores tiene a una de mis hijas en sus brazos y yo no sé qué hacer con los míos. Lloro desconsoladamente al igual que ellos, Martita se desprende de su abuela y se abraza a mí. La agarro con tanta fuerza que tengo miedo de romperla, pero la niña no se queja. Me mira y me dice:

—Tranquilo papi, yo te quiero mucho.

—Yo también a vosotras Marta. Aunque Cris ahora esté muy enfadada conmigo yo la quiero igual. Sois toda mi vida y daría lo que fuera por evitaros este dolor. Pero papi no puede hacer

nada.

La mayor me mira de reojo y se abraza más fuerte a su abuelo.

—Lleváoslas, por favor, y decidle a la enfermera que necesito hablar con ella cuando salgáis.

—Hijo, te queremos mucho ¿Lo sabes no?

—Por supuesto papá, yo a vosotros también.

Se van con las niñas en brazos y al poco entran la enfermera y un médico.

—Jacobó ¿necesita algo?

—Sí, doctor, quería pedirle que me pongan en contacto con la psicóloga del centro si es posible. Acabo de darles la noticia a mis hijas y necesito saber cómo actuar con ellas.

Me vengo abajo, me da igual quien esté delante. Rompo a llorar como un niño.

—Tranquilo, Jacobo, tranquilo. Hablaremos con el equipo que han designado para los afectados por el accidente. De momento a usted le vamos a dar un calmante para que pueda descansar ¿Le parece?

—Lo que usted diga. Gracias.

Oigo cómo le da una orden a la enfermera y la misma inyecta algo en el suero. Se van y una dulce somnolencia se va apoderando de mí.

Lucía:

Por fin me ha dicho el médico que puedo moverme en la silla por el hospital, eso significa que puedo volver a asistir al grupo de terapia. Beatriz ha venido a verme algunas veces, pero no me he atrevido a preguntar por Jacobo, así que estoy aterrada tanto por verle, como por no hacerlo.

El psicólogo es el mismo de la otra vez, pero hay menos gente. Se nota que han ido dando el alta a unos y a otros, pero a mí todavía me queda algún tiempo entre estas paredes.

Miro a mi alrededor disimulando para que nadie se dé cuenta de que busco a una persona concreta, pero el psicólogo es un lince.

—Lucía ¿te pasa algo?

—No, buscaba caras conocidas de la otra vez.

—Es otro grupo, a Berta y Marcelo sí los conoces —me señala a dos personas que me suenan ligeramente—, pero el resto son desconocidos para ti. Al irse marchando la gente se ha reorganizado todo, ya sabes.

Mi decepción debe ser palpable, tengo que hacer un gran esfuerzo para no llorar.

—Normal —digo con un hilo de voz.

—¿Tenías algún amigo del otro grupo?

—No, no, pero es que me cuesta empezar de nuevas otra vez.

—No te preocupes, aquí todos estáis pasando por lo mismo. De hecho, me viene bien eso que has dicho de empezar de nuevas para preguntaros si alguien tiene miedo de salir del hospital.

Todos hemos levantado la mano, primero mis compañeros que lo han hecho como resortes y luego yo, que he tenido que reconocerme que también estoy aterrada por eso.

La hora se ha pasado volando, he añorado la presencia de Jacobo, pero en general me encuentro un poquito mejor después de compartir miedos y preocupaciones con unos extraños.

Ahora estoy agotada, debe ser normal teniendo en cuenta que era mi primer día con un poco más de autonomía, voy a encender un poco la tele, pero no creo que aguante con los ojos abiertos ni cinco minutos.

Efectivamente no tardé nada en dormirme, lo malo es que me he despertado otra vez con una

sensación muy extraña, hay algo que no me cuadra del todo. Ahora le preguntaré a la enfermera si me han vuelto a cambiar el calmante.

—Hola Lucía ¿Cómo te encuentras esta mañana?

—Muy bien, Gracias. Oye Marga ¿te puedo hacer una pregunta sobre mi medicación?

—¡Uy chiqui! Está llegando el doctor y luego me regaña. Le puedes preguntar a él todo lo que quieras, yo no quiero buscarme un lío por hablar más de la cuenta.

¿Y a ésta que mosca le habrá picado? Con lo que pega la hebra siempre, hoy no hay forma de sacarle prenda.

—Vale, vale, ya le pregunto a él, no quiero que te metas en un lío.

—Ahí le tienes guapa, te dejo con él que creo que hoy trae buenas noticias.

—Hola Doctor Ramos.

—Hola Lucía ¿ya te ha contado Margarita?

—No, no ha soltado prenda. La tiene usted atemorizada.

—¡Qué exagerada es! ¡Ni que yo fuera un ogro!

—No se lo tome en cuenta, ya sabemos que es un poco teatrera.

—Tienes razón, pero sí que le había advertido que no te dijera nada hasta que estuviéramos seguros.

—¿Nada de qué? Me está asustando.

—¡No mujer! Todo lo contrario, si he venido a darle el alta.

—¿El alta ya?

—¿Se le ha hecho corto el tiempo en esta habitación?

—No, pero hace muy poco que me dejan desplazarme en la silla.

—Lucía, comprendo tus temores, pero llevas ya un mes con plena autonomía, salvo para ducharte, y los resultado de tus pruebas son muy buenos. Estás lista para irte a casa y en pocos días vienes a que te quitemos las escayolas.

¿Un mes con plena autonomía? ¡Pero si fue ayer cuando me dejaron volver al grupo! Otra vez esa sensación extraña de no saber lo que he hecho.

—Doctor Ramos, una pregunta: ¿Me ha dado también el alta el neurólogo?

—Sí, por supuesto. Pensé que te lo habrían dicho, no hay rastro de la lesión ni del hematoma, es un milagro que no te hayan quedado secuelas. En las piernas espero que con la rehabilitación también te recuperes totalmente.

Sin secuelas ¡Ja! Pues si esto de no acordarme de lo que he hecho en un mes no es una secuela...

—¿Alguna duda más?

—No, no, muchas gracias ¿Están avisados mis padres?

—Sí, estarán al llegar. Si necesitas ayuda para irte vistiendo te mando a Marga, seguro que no le importa venir.

—No, puedo sola. Gracias.

Es verdad que puedo moverme con más agilidad, he bajado una pierna sin problema, la otra molesta un poco más, pero también lo consigo. Me voy a poner de pie a ver si puedo... Pues sí, sujetándome con la cama, pero estoy erguida.

—Hermanita ¿ya estás otra vez de pie? ¡No te creas que porque te hayan dado el alta puedes salir corriendo!

—Tranquila, que no voy a ir a ningún sitio.

—¡Para fiarnos de ti estamos! El otro día nos chivó tu enfermera que te levantaste a cambiar la tele porque el mando no tenía pilas, aunque sólo sea para un momento, espéranos. Si te caes y

empeoras imagínate ¡Otro mes aquí encerrada!

No tengo ni idea de lo que está contando mi hermana, pero le digo que sí con la cabeza.

—A todo esto Ruth ¿Qué coño haces aquí, que no estás cuidando de tu familia?

—Churri, tú también eres mi familia. Además, hemos venido todos a pasar el fin de semana, el Doctor Ramos nos había dicho que era posible que salieras hoy, pero que era mejor que no supieras nada.

Aunque me lo hubieran dicho, no me acordaría.

—¿Y papá y mamá?

—Han ido a recoger las muletas y la silla que te deja la aseguradora.

—¿No las tenemos que comprar?

—¡Encima! Aún no ha salido el juicio, pero creo que vas a ser rica hermanita.

—Ruth, lo daría todo porque esto no hubiera pasado.

—¡Toma y yo! Pero ya que ha pasado, que te forren el riñón no viene nada mal ¿o me lo vas a negar?

No puedo evitar reírme, mi hermana es un poco bruta, pero lo dice todo con una gracia que levanta el ánimo.

—Mira, ya estás menos mustia por lo menos.

—Anda, ayúdame a vestirme que quiero largarme de aquí ya.

Me pongo un vestido fresquito, estamos en Julio y fuera debe hacer un calor insoportable. Después de tres meses aquí metida creo que me voy a desintegrar con la luz del sol, como los vampiros.

Por fin llegan mis padres con los chismes ortopédicos y nos vamos, estoy muy contenta, pero algo preocupada por los lapsus y asustada porque no sé lo que me espera ahora.

Montarme en el coche es la primera gran odisea a la que nos enfrentamos, pero salimos del embrollo más o menos bien y solo me ha visto las bragas el vigilante del parking, así que en el fondo ha sido un éxito. Entrar en casa de mis padres va a ser otro cantar, diez escalones comunican el suelo con la puerta, a ver quién es el guapo que me ayuda a subirlos...

Pues ha resultado ser mi cuñado Agus, me ha cogido en volandas como si fuera una pluma y me ha colocado en la silla.

—Gracias cuñado ¡Te debo una!

—Tranquila, si la vas a pagar con creces cuando te cojan tus sobrinos. Están como locos por ver a su tía.

—¿Pero dónde están que no han venido a saludarme?

—¡¡Estamos aquí!!

Al mirar hacia ellos veo a un montón de amigos y familiares agazapados esperando el momento de salir a sorprenderme. Ha venido hasta mi cuñada, la hermana de Martín.

Su presencia me turba, la veo muy desmejorada y sé que se alegra de verme, pero sufre porque no es la fiesta de su hermano.

—Lucía ¡qué alegría verte!

—Carme ¡Muchas gracias por venir!

—Es lo menos que podía hacer, lamento no haber ido al hospital y mis padres te piden disculpas...

Rompe a llorar y le aprieto la mano, el resto de los invitados aguantan el tirón como pueden. Muchos son amigos míos, otros de Martín también, por lo que sienten una mezcla de emociones igual que yo.

—Sssshhhh, no te preocupes. Yo tampoco he tenido fuerzas para hablar con ellos. En cuanto

pueda desplazarme iré a Salamanca a veros a todos.

—Les gustará mucho, están destrozados. Todos lo estamos.

—Sí, todo esto es horrible.

Mi hermana Ruth interviene dirigiéndose a todos los presentes, tan sensible como siempre.

—Lo sentimos mucho todos, pero hoy estamos celebrando que Lucía está viva y que vuelve a casa.

La miro atemorizada por la posible reacción que esas palabras puedan tener en mi cuñada, pero ésta hace un esfuerzo y sorprendentemente levanta una copa de vino para brindar.

—Tienes razón, perdona. ¡Por Lucía!

Los demás la siguen.

—¡Por Lucía!

—¡Por la tía!

Mis sobrinos corren por fin a abrazarme y me hundo en ellos y en su olor familiar.

Me despierta un sonido que no reconozco, abro los ojos y compruebo que estoy en mi habitación en casa de mis padres y que lo que suena es el despertador de mi móvil.

Mi madre entra despacio para ver si estoy despierta.

—Lucía, despierta cariño.

—Ya estoy despierta mamá ¿Qué hora es?

—Son las nueve.

—¿Y para qué voy a despertarme tan pronto?

—¿No te acuerdas de que hoy tienes rehabilitación?

¿Cómo?

Descubro mis piernas y veo que ya están libres de las escayolas ¿cuándo ha pasado? ¿Por qué no me acuerdo?

—¿Era hoy ya?

—¡Claro! Ayer el médico rehabilitador te marcó la pauta y dijo que convenía empezar ya mismo.

—Sí, no me hagas caso que estoy todavía dormida.

—¿Necesitas ayuda para vestirte?

Miro a mi lado derecho y veo ropa perfectamente doblada y unos zapatos al lado.

—Tengo todo lo que necesito. Gracias mami.

Se acerca y me da un beso.

—Tu hermana te va a acompañar y yo me quedo con los niños. Les he prometido que te íbamos a hacer algo especial de comida. Se lo están pasando genial, menos mal que tu hermana les ha dejado quedarse las vacaciones aquí con nosotros.

—¡Son geniales!

—¡Y tanto! Con lo que les gusta el mar, han preferido quedarse cuidando a su tía.

No recuerdo nada de los días anteriores, pero me imagino que mi hermana y mis sobrinos le pondrían cara de pena a Agus para que les dejara quedarse en casa de los abuelos el verano.

—Bueno, aquí con la pisci tampoco están tan mal ¿no?

—¡No me compares hija! ¡Aquella zona con este secarral! Pero ellos se lo pasan bien en todas partes, además, les necesitabas y lo sabían.

—Es verdad ¡son la mejor medicina!

—Sí, pero no la única ¡vístete que ya vas a llegar tarde el primer día!

Compruebo con asombro que he ganado bastante movilidad, pero las piernas aún no me

responden para andar, están muy débiles y delgadas, y las cicatrices que me han quedado les dan un aspecto horrible.

Lloro, no puedo evitar llorar. Cada paso que doy se me hace más duro que el anterior, no le he contado a nadie mis ausencias temporales, me da miedo que se preocupen más después de lo que ya les he hecho sufrir, pero tengo que consultarlo con un médico cuanto antes.

Tardo lo menos que puedo, dadas las circunstancias, pero vamos un poco justas de tiempo.

—Ruth, venga vámonos ya que al final voy a llegar tarde.

—¿No desayunas? Los niños te lo han preparado todo con mucho cariño.

—¡Ya! Pero tardo muchísimo en hacer hasta lo más mínimo y me desespero.

Sin darme cuenta estoy a punto de llorar.

—Bueno, cógete ese sándwich y te lo vas comiendo en el coche.

—¿En el coche?

Pregunta mi sobrino incrédulo.

—Sí, la tía hoy puede comer en el coche. ¡Pero solo hoy! ¿Eh?

—Sí, sí

Respondo por la cuenta que me tiene.

Me ayudan entre mi hermana y mi padre a acomodarme y guardan la silla detrás. Lo próximo que me compre va a ser un todoterreno, da gusto ir así, en mi mini no me cabe casi nada. A Martín no le gustan nada, bueno, le gustaban nada. Aún se me hace difícil pensar en que ya no está, mi cerebro lo ha procesado más como un divorcio que como lo que es, pero cuando soy consciente de la realidad me da un bajón tremendo. Hoy tengo el día torcido, y no es muy buena forma de empezar con algo tan duro como la rehabilitación.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa hoy?

La brusquedad de mi hermana me saca de mi ensimismamiento.

—¿Qué?

—Que te llevo hablando diez minutos y no me has hecho ni caso.

—Perdona, perdona, estoy en mis cosas.

—Sí, ya veo ¿Y me las vas a contar? Tienes una cara que te llega hasta el suelo, así que no te veo jugando a las adivinanzas.

No le puedo ocultar nada, me lo va a sacar tarde o temprano, así que allá voy.

—Estoy muy preocupada Ruth, tengo crisis de ausencia. Hay periodos enteros de los que no me acuerdo de nada.

—¡Ya estamos otra vez!

—¿No es la primera vez que te lo cuento?

—El neurólogo y la psicóloga nos han explicado que pasaría esto, pero es un poco como “el día de la marmota”

—¿Me ha visto ya el neurólogo?

Para el coche en un sitio en el que no molesta mucho y me mira.

—Lucía, te han hecho todo tipo de pruebas y está todo bien. Por lo visto es algún tipo de shock post-traumático.

—¿Pero cómo puede ser que todo esté bien? ¡Me estoy volviendo loca!

Estoy llorando, esta vez no puedo hacerme la fuerte.

—¡Cariño! ¡No te estás volviendo loca! Tu cerebro está procesando todo lo que has vivido.

—Pero olvidó momentos y cosas que han pasado. Ni siquiera me acuerdo de haber hablado con los médicos.

—Debes buscar tu diario en el cajón de la mesilla, ahí todos los días haces una crónica de lo

que has hecho y con quién has hablado.

—¿Me pasa muy a menudo?

—Cada vez menos, pero sí que es verdad que olvidas periodos de tiempo muy grandes.

—Lo tengo todo anotado ¿no?

—Sí, eres muy concienzuda, ya lo sabes. Luego lo lees en casa tranquilamente y ya verás como pronto te recuperas.

Es un alivio saber que todo lo llevo apuntado y que no tengo nada físicamente dañado. No lo es tanto el no saber cuánto pueden durar estas pérdidas de memoria.

—¿Estás mejor?

—Sí, muchas gracias. Y perdona por ser tan pesada.

—No tengo nada que perdonarte, no seas tonta. Tú no tienes la culpa de lo que está pasando. Perdóname tú por ser tan bestia.

—Me gusta que seas así, si me trataras de otra forma me asustaría de verdad.

—Pues entonces cambia esa cara que no te van a querer ni dar los buenos días los fisioterapeutas.

Por fin sonrío y ella arranca el coche de nuevo ¡Tengo muchísima suerte de tener la familia que tengo!

Llegamos justo a la hora de la cita. El edificio donde se realiza la rehabilitación es un anexo al hospital donde he estado ingresada. Nos pilla un poco retirado de casa de mis padres, pero prefiero seguir aquí que es donde están los médicos que me han tratado todo este tiempo, aunque yo no me acuerde de la mitad...

Un par de celadores me ayudan a bajar.

—¿De verdad que no quieres que me quede?

—No, no. Vete un rato de compras o lo que quieras, con que una de las dos lo pase mal es suficiente.

—Me cambiaría por ti sin pensarlo.

—Lo sé, pero doy gracias por que haya sido a mí y no a ti.

Me abraza y se va con lágrimas en los ojos. En el fondo es tan sensible como yo, aunque se esfuerce en parecer fuerte.

Los chicos nos miran enternecidos, debo tener una pinta patética para inspirar esa mirada...

—Anda ¡llevadme a la sala de tortura, que al final terminamos todos llorando!

—No es para tanto, ya lo verás. Después de lo que llevas pasado esto ya está chupado.

Miro al chico que intenta consolarme y le sonrío.

—Muchas gracias, mañana te lo cuento. Pero si no es verdad, ahí te quiero ver con un pañuelo para limpiarme el sudor en la próxima sesión.

—¡Trato hecho! O mejor, te invito a una cena para compensarte.

—Entonces a lo mejor me merece la pena sufrir un poquito ¿no?

—Espero que no lo hagas, a la cena te invito de todas formas.

¡Pero bueno! ¡No debo de tener tan mal aspecto al fin y al cabo!

—Muchas gracias —lo miro a la cara y me fijo en que tiene una sonrisa franca y bonita—. Ahora no estoy en mi mejor momento, pero cuando todo esto acabe volvemos a hablar.

—No se me va a olvidar, que lo sepas. Te voy a ver por aquí a menudo por lo que parece, así que más te vale no engañarme que yo no le empujo la silla a cualquiera.

—¡Ay perdona! Si podía haber venido yo sola, ya me manejo bastante bien.

—¡Es broma! En realidad son las normas del hospital, pero no siempre tengo la oportunidad de hacer sonreír a una chica guapa.

Me he sonrojado seguro.

—Por lo que leo en tu identificador te llamas Alfonso ¿no?

Él asiente con la cabeza.

—Pues Alfonso, me has alegrado la mañana, que lo sepas. Ha sido un placer conocerte. Por cierto, si otro día no te saludo no te lo tomes a mal, mi cabeza no funciona del todo bien después del accidente y se me olvidan algunos momentos y personas.

—Esa información no la compartas con mucha gente, se me ocurren un par de maneras de usarla en mi beneficio...

—Uff, pues no me gustaría estar en tu pellejo si mi hermana se enterase.

—Es la de ahí fuera ¿no?

—Sí.

—Pues no me arriesgo, tiene pinta de darlas como panes.

—Doy fe.

Ambos nos reímos.

—Lucía, no voy a estar aquí cuando salgas de tu sesión, pero si mañana vienes a la misma hora te veré. Si no te acuerdas de mí insistiré en lo de la cena a ver si tengo más suerte —me guiña un ojo con simpatía—. Voy a dejarle tu ficha al doctor y él te irá explicando con qué fisio vas a trabajar ¿vale?

—Muchísimas gracias, Alfonso. Un placer.

Llama a la puerta y tras hacer lo que me ha dicho me ayuda a pasar a mí. Me da un ligero apretón cariñoso en el hombro para despedirse sin que el médico rehabilitador sospeche de nuestra complicidad y me deja sola con él.

—Bueno Lucía, soy el doctor Peñalver y voy a seguir tu tratamiento de rehabilitación. Por lo que veo en el informe, has recuperado movilidad y fuerza, pero aún no te vales por ti misma ¿Es cierto?

—Sí, me falta fuerza en las piernas y no me atrevo.

—No te preocupes. Me consta en el informe que has hecho algunos ejercicios suaves en la piscina de manera particular. Eso ha contribuido a la pronta recuperación, pero ahora que ya han cicatrizado tus heridas del todo, es cuando vamos a hacer que esas piernas vuelvan a funcionar.

—Cuanto antes, porque no veo la hora de deshacerme de ese trasto.

—Poco a poco, está claro que depende de ti y de tu aguante, pero hay unos límites muy claros y no los traspasamos bajo ningún concepto.

—Lo entiendo.

—Bueno, pues voy a avisar a Javier, tu fisioterapeuta, y vamos a valorar hasta dónde podemos llegar.

Javier es un chico fuerte y más o menos de mi edad, tiene pinta de ser amable, al menos su sonrisa es tranquilizadora. No sé muy bien qué pensar, están moviendo distintas partes de mi cuerpo y comentan cosas entre ellos. Me van avisando de lo que puede resultarme doloroso o más desagradable, pero noto el dolor como amortiguado.

—Doctor, la verdad es que dolerme no me duele mucho ¿Es normal?

—En principio todo está correcto teniendo en cuenta las lesiones que ha sufrido. No debe preocuparse.

—¿Y es normal que se me queden las manos frías continuamente?

Se acerca y me coge una mano.

—¿Ahora mismo las notas frías?

—Sí, heladas

—Lucía, las tienes a una temperatura normal.

Javier está un poco más atrás leyendo mi expediente e interviene.

—Carlos, aquí pone que la paciente ya se quejaba de eso en ocasiones anteriores y le han hecho pruebas de todo tipo. Al parecer está todo dentro de la normalidad, lo diagnostican como psicósomático.

—Lucía ¿Entiendes lo que ha dicho Javier?

Claro que lo entendía, otra cosa más que atribuyen al shock postraumático, estoy empezando a pensar que dicen eso de todo lo que no saben lo que es.

—Sí, perdonadme. No sé si lo pone en mi expediente también, pero sufro pérdidas de memoria selectiva, al parecer también de origen psicológico, supongo que ya me habían dado una explicación para lo de las manos y lo he olvidado.

—No te preocupes, todas las dudas que tengas, dolores raros o sensaciones extrañas coméntanolas. No quiero que se nos pase nada por alto.

—Muchas gracias, lo haré.

Terminada la exploración Javier me acompaña por una puerta lateral directamente al gimnasio. En él hay varias camillas con gente trabajando, barras de ejercicios, pelotas y otros muchos artilugios que deben servir para rehabilitar los diferentes grupos musculares, pero que a primera vista parecen utensilios de tortura.

—Mira Lucía, esta va a ser tu camilla cuando vengas aquí. Dejaremos una sábana con tu etiqueta en este armario y desde que te deje el celador en la puerta debes venir hasta aquí y preparar tus cosas. No pienses que se trata de haceros trabajar en balde, todo en esta sala tiene un porqué e irás encontrándole sentido poco a poco.

—Estoy en vuestras manos Javier, no entiendo nada de esto, así que confío en que tú sepas lo que haces y por qué lo haces. Estoy dispuesta a todo lo que me ayude a mejorar.

—¡Esa es la actitud!

Le sonrío y asiento.

—Bueno, vas a empezar tumbándote en la camilla para hacer unos ejercicios suaves de calentamiento. El objetivo es que acabes en pocos meses en esas barras—me señala unas barras paralelas sobre las que está trabajando un chico—y después tú solita. Parece complicado, pero se puede conseguir ¿Verdad Jacobo?

Entonces el chico de las barras gira la cabeza y lo veo.

¡No me puedo creer que sea él!

—Esto... —parece haberme reconocido también porque se ha quedado como paralizado—. ¡Sí claro! Todo es cuestión de tiempo.

Sonrío como una tonta.

—Gracias, ya te iré contando.

No sé si nos hemos visto en todo este tiempo, debo ponerme un recordatorio para no olvidarme de coger mi diario todas las mañanas para ponerme al día y no meter la pata. Parece tan sorprendido de verme como yo a él, así que a lo mejor es la primera vez que nos vemos desde el día del grupo de terapia.

Hago por inercia lo que me va indicando Javier y no siento dolor, lo que me permite avanzar bastante bien. El cansancio sí que se va apoderando de mí, pero sobre todo son los nervios los que dominan mi cabeza y mi cuerpo. Cual colegiala me dedico a lanzar miraditas y comprobar si él hace lo mismo. Creo que sí, porque he oído a su fisioterapeuta llamarle la atención varias veces por estar descentrado.

Por fin termina mi sesión, Jacobo ha terminado un rato antes y se ha marchado, pero creo que

mañana vendrá a la misma hora. Espero tener ocasión de hablar con él y disculparme por el plantón que le di.

—Lucía, puedes pasar al vestuario si quieres a cambiarte o a lo que necesites. Avisa a una celadora y que te ayude si necesitas ayuda.

—Muchas gracias, pero viene mi hermana a recogerme directamente y ya me ducho en casa. Con ella hay confianza, y no estoy para hacer muchos equilibrios...

—No, si lo decía por si los querías usar, no era ninguna indirecta.

Me río de su azoramiento.

—No te preocupes, si huelo mal es por tú culpa por hacerme pasarlas canutas.

—¿Tan mal lo has pasado?

—No, me lo esperaba mucho peor.

—Bueno, es normal si tienes dolores, calambres o agujetas esta noche. Tómate un antiinflamatorio si te pasa y mañana me cuentas ¿vale?

—De acuerdo. Muchas gracias Javier.

Me despido del resto y empujo con esfuerzo mi propia silla con las manos, en este tiempo he ganado masa muscular en los brazos, pero aun así me cuesta.

Veo a mi hermana de lejos y la saludo con la mano, pero oigo una voz detrás de mí que me resulta familiar.

—¡Por fin sales! Creí que Javier te había secuestrado.

Creo que mi corazón debe estar asomando ahora mismo por la boca.

—¡Jacobó! Pensé que ya te habrías ido.

—Estaba esperándote. No te había vuelto a ver y estaba preocupado, encontrarte hoy y tan bien ha sido toda una alegría.

Vale, por lo que ha dicho no nos hemos visto en todo este tiempo.

—Sí, yo también me alegro mucho de verte. Siento no haber vuelto al grupo aquel día, me habría gustado poder avisarte pero ni tenía forma ni habría podido hacerlo. Es una larga historia.

—Ya me dijeron que sufriste una recaída, luego a mí me dieron el alta y no me atreví a subir a verte a tu habitación.

Nos quedamos callados mirándonos. Sus ojos siguen teniendo un efecto hipnótico sobre mí, me he perdido en el recuerdo varias veces en este tiempo y ahora que los tengo delante no puedo apartar la mirada.

Un molesto carraspeo hace que se rompa el hechizo. Por supuesto es mi hermana Ruth.

—Ruth perdona que te haya hecho esperar, es que me he encontrado con Jacobo y hace tiempo que no lo veía.

—Hola Jacobo, soy la hermana de Lucía. Ruth.

—Hola Ruth, ya te devuelvo a tu hermana. Perdona el retraso, ha sido culpa mía.

—No te disculpes Jacobo, yo tampoco me he dado cuenta.

—Bueno chicos, estáis disculpados los dos, pero Carmen nos espera en el coche y tiene ganas de verte.

—¿Te llevamos a algún sitio?

—No es necesario, gracias. Mi hermano también me hace de taxista, está en la cafetería dando cuenta de un buen desayuno tardío.

—Bueno, pues ¿hasta mañana?

—Hasta mañana, Lucía. Encantado, Ruth.

—Lo mismo digo.

Mi hermana va empujando la silla en dirección a la salida y yo noto como he perdido la fuerza

de repente, pero una gran sonrisa debe estar en mi cara, porque Ruth me mira raro.

No dice nada hasta que llegamos al coche, allí apoyada está Carmen con cara de aburrimiento.

—¡Pero cuánto habéis tardado!

—¡Perdón, perdón, perdón!

Pongo cara de niña buena y alzo los brazos para que vea que tengo ganas de darle un achuchón.

—¡Qué contenta sales tú para llevar sufriendo hora y pico! ¿No?

—¡Ay sufriendo! ¡Ligando que ha estado!

—¿Ligando????

—¡Qué exagerada Ruth!

—¿Exagerada? ¿Entonces qué ha sido lo que he visto yo ahí dentro? ¡Cuenta, cuéntale a Carmen el motivo de tu retraso!

—Ahora se lo contamos, ayudadme a subir al coche que ahí dentro no tienen ninguna barita mágica y estoy igual que cuando vine.

—¡Encima con exigencias!

—¡Porfi! ¡Quiero llegar a casa y darme una ducha!

—¡Bueno! ¡Todo sea por librar al mundo de tu olor a sobaquera! Pero me tienes que contar lo del retraso.

—¿Huelo a sobaquera? ¡No me digas!

Mis hermanas se parten porque sin darme cuenta me estoy oliendo a mí misma sin ningún disimulo.

—¡Qué no tonta! ¡Si tú no sudas!

—Eso era antes de toda la mierda que me han metido en el cuerpo.

—¡Que no hueles! ¡Déjalo ya!

Por fin entre las tres conseguimos colocarme en el coche, se acomodan también mis hermanas y prosiguen con el cachondeo.

—Bueno, me tenéis intrigada ¡Contadme ya!

—Pues es que aquí tu hermanita estaba tonteando con cierta persona.

¿Qué saben exactamente ellas de Jacobo?

—No lo cuentes así que parece que estaba a la puerta del instituto enseñando pierna.

—Pues poco te ha faltado, porque vaya dos ¡Qué babeo!

—¡Como exageras tú también!

—¿PERO, ME LO QUERÉIS CONTAR DE UNA VEZ?

Ups, Carmen ha gritado.

—Carmen, es que me he encontrado con un chico que iba en el tren conmigo cuando tuvimos el accidente.

—¿CON JACOBO?

—¿Os he hablado de él?

Las dos se empiezan a reír.

—Te costó muchísimo, de hecho al principio solo llorabas y te sentías fatal y no sabíamos por qué. Pero te tiramos de la lengua y nos hablaste de sus maravillosos ojos verdes y de las ganas que tenías de volver a verlo, a pesar de lo culpable que te hacía sentir.

—Y ahora que lo he visto, hermanita, no me extraña que te quedaras prendada de él.

—No es que esté prendada, es que siento una gran conexión con él. La sentí antes del accidente, también cuando era mi punto de anclaje con el mundo antes de perder la consciencia, y después cada vez que lo he vuelto a ver.

—¿De eso sí que te acuerdas no “jodía”? Ruth, me parece a mí que nuestra hermana borra lo

que quiere de esa cabecita suya.

—Mira que eres mala Carmen, eso no le me lo esperaba de ti. Del cardo de Ruth todavía, pero de ti nunca.

—¡Anda la otra! ¿Porque te digo las cosas claras soy un cardo ahora? ¡Vaya una desagradecida, te va a sacar del coche tu abuela! ¡ya puedes darte maña si no quieres dormir aquí! ¡Y sí, embaucadora finges no acordarte de las cosas, pero del buenorro de los ojos no te olvidas!

—¡Estáis imposibles! —casi no puedo aguantar la risa—, meteros así con una pobre enfermita amnésica. Ya podéis rezar para que me olvide de esto o me las vais a pagar.

—Carmen, no le des su regalo entonces, lo va a usar en nuestra contra.

—¿Qué regalo?

—Uno que no sabemos si te mereces por vengativa.

—¡Pero si no me voy a acordar de nada cansinas!

No me creo ni yo que nos estemos tomando a broma el tema de mis lagunas de memoria, pero con mis chicas y sus bromas todo es más fácil.

—Bueno, al fin y al cabo a nosotras no nos sirve el trasto de nada ¿Se lo doy?

—Sí, cuéntaselo antes de que lo vean vuestros sobrinos y lo hagan trizas.

—Me tenéis intrigada.

—No es para menos, te hemos comprado la solución para tus idas de olla.

—¿Cómo? ¿Hay algo para eso?

—Bueno, no es que te vayamos a curar, pero te hemos comprado una grabadora de última tecnología en la que puedes grabar tu día a día y luego consultar para no hacerte un caca. Se van ordenando los archivos por fechas para que puedas consultarlos uno por uno e incluso puedes grabar algún vídeo si quieres recordar algo más específico.

—Hermanis ¡Sois las mejores!

—Es que nos tienes muy hartas con eso del diario y que te contemos lo que has hecho y lo que no, ha sido por nuestro bien más que por el tuyo.

—Aun así ¡muchas gracias! Voy a estrenarla:

“Tengo las mejores hermanas del mundo, no olvidar nunca”

Se miran entre ellas y sonríen, saben que han acertado de pleno con el regalo, pero no saben hasta qué punto me hacía falta algo así. De hecho, en cuanto llegamos a casa y tras bromear un rato más con Ruth, que insiste en cumplir su amenaza de dejarme tirada en el coche, me meto en mi habitación y relato todo lo acontecido en el centro de rehabilitación.

De repente me siento rara y muy cansada, noto como una mano en mi hombro y la voz de mi madre como amortiguada. No hay nadie en mi habitación, pero noto su presencia. Martín está cerca, huelo a su perfume y siento sus manos. Salgo empujando la silla más rápido que nunca para huir del fantasma de mi marido y contestar a mi madre que no hace más que llamarme para que me despierte.

—¡Mamá que no estoy dormida! ¡Ahora voy!

Lo digo gritando porque creo que mi madre me llama desde la cocina.

—Cariño, no te estaba llamando. ¿Estás bien?

Jacobo:

—No te preocupes más por esos sentimientos, Jacobo, tienes mucha presión y tu subconsciente

está jugando contigo. No debes sentirte culpable por estar vivo, tú no lo has elegido.

—Ya, Beatriz, pero es que desde el primer día que vine aquí a terapia tengo una sensación extraña. Primero empecé a soñar con ella, pero es que el otro día en rehabilitación la sentí.

—La muerte de Laura es muy reciente y es normal que creas que percibes su presencia.

—Pero es que ya te he dicho que creo que no es Laura. No sé quién es, pero cuando lo noto estoy como más feliz.

—¿No será que simplemente estás cada vez mejor y te sientes culpable por ello? Cuando se está viviendo el proceso de duelo el sentimiento de culpa por estar vivo es tan poderoso que puede hacer que se vea como algo malo o impropio el tener momentos de felicidad.

—¿Y no será que me estoy volviendo loco?

La psicóloga me sonrío.

—Jacobo, he visto muchas clases de locos en mi vida y puedo decirte que tú sólo estás loco por tus hijas. Lo mal que lo están pasando y el hecho de haber sobrevivido tú en vez de hacerlo tu mujer es lo que te está martirizando. Si la felicidad se te presenta en forma de mujer no la apartes, límitate a disfrutar de ella sin más. Recuerda que la muerte de tu esposa no fue por tu culpa, que el que estuvierais pasando una mala racha tampoco lo es y que si hubieras sido tú el fallecido tus hijas lo estarían pasando igual de mal que ahora.

—Intentaré seguir tu consejo, no estoy del todo convencido de la explicación que me das, pero tú eres la profesional.

—¿Quieres que te haga un informe para que tu médico te recete algo que te ayude a sobrellevarlo?

—No, no, de momento voy a intentarlo sin ayuda química.

—Bueno, pero vuelve a los grupos de apoyo.

—Es que no tengo tiempo, con la rehabilitación y las niñas se me va el día.

Es una burda excusa, no voy a ir porque me siento solo acudiendo.

Lucía:

“Son las 8.15 de la mañana. Día 6 de marzo de 2016”

¿Qué suena?

“Última grabación realizada el 5 de marzo de 2016, pulse cualquier tecla si quiere escucharla”

¡Pero sí es mi grabadora! Recuerdo que me la dieron mis hermanas, pero no sé qué día fue. Solo hay archivos grabados de ayer, lo primero es lo que grabé al llegar a casa, hasta ahí me acuerdo. El segundo es de unas horas más tarde, al parecer sufrí una pequeña crisis de pánico porque me pareció oír la voz de Martín, mi madre me dio una tila y me calmé. Debe pasarme a menudo porque según explico ella ya está acostumbrada. Es extraño, a penas lo añoro, pero debo haberlo enterrado y mi cerebro me lo recuerda de esa forma. Según palabras de mi madre es perfectamente normal, así que tras un rato de charla insustancial para que se me pasara el canguelo me ayudaron a meterme en la piscina para hacer los ejercicios de agua que hago todos los días. No señalo nada más importante, el resto del día lo pasé con mis sobrinos y mis hermanas y a las 22horas me vine a hacer la crónica y a dormir.

¡Uff! ¡Menos mal! ¡Pensaba que habría tenido algún encuentro más con Jacobo y que lo habría borrado!

¡Qué gran regalo me han hecho mis hermanas! Ahora me siento más segura. No es que no me preocupe lo de mis ausencias temporales, que me preocupa mucho, pero sabiendo la información

de mi propia voz al menos puedo hacerme una idea de lo que se me ha borrado.

También puedo ojear el diario para ver lo que pone de días anteriores, es raro que me acuerde de que lo tengo, la verdad es que es muy raro todo ¿Por qué me olvido de unas cosas sí y de otras no? ¿De verdad es psicosomático o tengo alguna lesión que nadie encuentra?

No me sirve de nada darle vueltas, confiaré en que se irá curando por sí solo... Ahora voy a vestirme y me voy a rehabilitación, sólo pensar que Jacobo puede estar ya allí me pone contenta. Y me hace darme cuenta de que hacía años que no me encontraba así con Martín, qué injusto para él, después de varios años de relación tras su falta el único sentimiento que me queda es de angustia cada vez que me parece oír su voz. Según pongo en el diario eso me genera la mayoría de las crisis de ausencia, debe ser muy real, hasta percibo su olor y su tacto ¿Tan grande es mi sentimiento de culpa?

Jacobo:

—¡Jacobo concéntrate! ¡No sé qué te pasa hoy que no das una a derechas! ¿Quieres que te espacie las sesiones?

—¡No, no! Perdona ¡Necesito librarme cuanto antes de la muleta!

—Bueno, pero me preocupa que tengamos una sobrecarga y a la larga sea peor.

—De verdad que no, que puedo seguir. Bueno, tú eres el fisio y sabes lo que es mejor, pero si puede ser, prefiero seguir viniendo a diario.

—Vale, pero descansa cinco minutos, bebe algo y continuamos.

—Ok.

¡Qué vergüenza! Me ha tenido que llamar la atención varias veces hoy y es que tiene razón, no me centro. No hago nada más que mirar a la puerta como si esperara a alguien...

Lucía:

¡Menos mal que hoy me ha traído mi padre! Ya he tenido bastante cachondeo por parte de Ruth mientras me ayudaba a vestirme como para que hubiera continuado en el coche igual. Con mi padre hablo de temas banales y se me pasan un poco los nervios. Sigue llevando el peso de la empresa, con mi memoria de pez puedo liarla con los clientes y no nos conviene nada, así que por lo que me dice, me pide ideas y consejos y los pone en práctica con ayuda de mi asistente, voy a tener que ascenderlos cuando recupere el control de mí misma.

Ya estamos llegando, veo a Alfonso esperando en la zona de recepción. Con el encuentro con Jacobo se me había olvidado el tonteo que nos trajimos ayer, pero esta vez no puedo echarle la culpa a las crisis, más bien a que mi cabeza la ocupa otra cosa, o mejor dicho, otra persona.

Le saludo con la mano y se alegra al darse cuenta de que soy yo, no había reconocido el coche y parece sorprenderse un poco.

—Hola Lucía, voy a sacar la silla de detrás y te ayudo a bajar.

—Buenos días, mi padre puede sacar la silla, no te preocupes.

—No, prefiero que me ayude a sacarte a ti, hoy estoy solo y entre dos lo haremos mejor.

—Pero si puedo moverme, me duele un poco todo de la sesión de ayer, pero cada día tengo más movilidad.

—Tengo órdenes de no dejarte ponerte de pie sola, aún tienes que ganar fuerza en los músculos

para no hacerte daño.

—Bueno, bueno, como queráis.

Al final entre los dos me sujetan casi en volandas y me vuelven a sentar en mi fiel compañera. Tengo ganas de perderla de vista pronto, pero si no fuera por ella no tendría independencia en absoluto.

Alfonso sigue con su tonto descarado, pero a mí hoy me hace menos gracia, me siento incluso un poco violenta por si sale Jacobo y piensa lo que no es. Además, que me guste él vale, pero no he enviudado hace tanto tiempo como para poderme permitir ir ligando por ahí como cuando estaba soltera. Al menos le debo eso al pobre Martín ¿no?

—Hemos llegado señorita ¿o eres señora?

—Buena pregunta... No sé qué trato se me debe dar ahora...

—Esto...¿Estás casada?

A Alfonso se le ve azorado en este momento, parece darse cuenta de que ha podido meter la pata por la reacción que he tenido.

—Pues...lo he estado, pero ya no. Mi marido falleció en el accidente de tren.

El pobre ha perdido todo el color de la cara.

—Perdona, siento mucho mi indiscreción y mi comportamiento de ayer y hoy. No volverá a pasar.

—No te disculpes, estoy bastante bien dadas las circunstancias. Además, me haces sonreír, cosa que me viene muy bien.

—Bueno, pues mañana te cuento chistes, pero nada de acoso, lo prometo.

—No me he sentido acosada, no te preocupes. Ahora vete a trabajar que se te va a formar cola en recepción.

—Sí, sí, suerte en la sesión.

Veo cómo se aleja y respiro un par de veces antes de entrar en el gimnasio ¡Parezco una niña de lo nerviosa que estoy!

Lo veo al final de la sala, parece ausente. Su fisioterapeuta lo está regañando por algo, él mira hacia la puerta y no me ve ¡Qué raro! Lo saludo con la mano y sigue sin hacerme caso. Todos parecen estar a lo suyo y nadie se percata de mi presencia.

Me mareo, todo se nubla y oigo otra vez esas voces familiares. Me sobrepongo, no voy a entrar en pánico, todo está en mi cabeza. Cierro los ojos y respiro hondo para tranquilizarme. Espero que cuando los abra no hayan pasado tres días.

¡Por favor que siga en rehabilitación!

¡Uff sigo aquí!

—¡Lucía! ¿Qué haces ahí parada? ¿En qué quedamos ayer?

Anda y yo aquí haciendo el tonto, Javier no me hacía caso porque se supone que tengo que ir hasta mi sitio y colocar la sabanita. Van a pensar que me estoy haciendo la remolona ¡Qué corte!

—¡Perdona! ¡Perdona!

Hago los ejercicios que me va diciendo y de vez en cuando miro de reojo a Jacobo que bromea y se ríe con su terapeuta. Intenta disimular, pero él también me mira a mí, lo que me hace poner más energía en los ejercicios y provoca un halago por parte del mío.

—¡Madre mía! ¿Qué has desayunado hoy? A este paso vas a dejar la silla en dos días.

—Ojalá, tengo ganas de tener más autonomía.

—Bueno, pues sigue así, pero con cuidado. No me gustaría que por ir más deprisa de la cuenta te lesionaras y fuéramos para atrás.

—No, no. Yo hago lo que tú me digas.

Desde el otro lado de la sala Jacobo no puede evitar meterse en la conversación.

—Lucía, haz caso a Javier que tiene fama de ser un sargento.

—¡Tendrás tú queja!

—Antes era mi fisio, pero me dejó por imposible.

—No le hagas caso, cada uno tenemos una parte del proceso de recuperación asignado. Jacobo también pasó por tu fase, pero mira ahora como se mueve.

—¿Tú también estuviste como yo?

Me va a contestar, pero Javier no le deja.

—Algo parecido, sus lesiones en las piernas se parecían a las tuyas, pero que te lo cuente él tomando un café ¡Este no es sitio para flirtear!

¡Ay qué vergüenza! ¡Me estoy poniendo roja!

—Pero si te has sonrojado y todo —me dice Javier en bajito—, perdona si te he ofendido, sólo quería poner un poco de humor al tema.

—No pasa nada, es que últimamente me cuesta un poco controlar mis emociones.

—Es normal, con todo lo que estáis pasando no me extraña. Jacobo también lo está pasando fatal, pero se le ve más alegre desde ayer. No sé quién tendrá la culpa de ese cambio...

Me guiña un ojo y le sonrío, miramos a Jacobo y al darse cuenta sonrío francamente. Ha conseguido dar algunos pasos con la pierna mala sin apoyarse en la barra y tiene un aire triunfal.

Hoy también termina antes que yo, rezo para que me espere como ayer y se ve que alguien ha oído mis súplicas porque cuando atravieso la puerta lo veo sentado esperándome.

—¿Qué tal ha ido? ¿Estás muy cansada?

—Un poco, pero es normal. A mis músculos les cuesta volver a la normalidad.

—Te entiendo.

—¿No ha venido aún tu hermano?

—No, le he mandado un mensaje al ver que venías para que me recogiera un poco más tarde ¿te apetece ese café del que hablaba el bocazas de Javier?

—Pues me apetece mucho, pero no sé si alguien me estará esperando a mí.

En ese momento veo aparecer a mi padre por la puerta.

—¡Vaya! Ahí está mi padre. Me da mucho apuro dejarte aquí después de que has dicho que te recogieran más tarde.

—No pasa nada, ahora aviso a mi hermano. Vive muy cerca y no tarda ni cinco minutos.

—¿Quedamos mañana cuando salgamos? Aviso yo también para que vengan después y así no te doy plantón ¿Te parece?

—Perfecto Lucía. Esperaré impaciente.

Se va para los vestuarios, me imagino que para evitar otra presentación embarazosa, mi padre lo observa y me mira a mí según se va acercando.

—¿Y ese chico?

—Es Jacobo, también estuvo en el accidente.

—Ahh

Se queda pensativo, pero no me dice nada más. Creo que prefiere no indagar mucho.

—¿Qué tal te ha ido?

—Bastante bien, me ha dicho que voy mejor de lo que esperaban. La natación en casa me está sentando bien.

—Me alegro princesa.

Ya en el coche lo noto muy callado.

—¿Ha pasado algo papá?

—Bueno, cariño, es que ha llamado tu suegra.

—¿Mi suegra?

—Sí, está preocupada por ti. Hace tiempo que no la llamas y dice que quiere venir a verte.

—¿Cómo?

¡No puedo ver a mi suegra! No estoy preparada para sus interrogatorios y su pena.

—Papá, no quiero verla.

—Lo sé, pero no es justo para ellos. Te quieren.

—Ya, pero también me culpan. Y sobre todo quiero evitar que me vean así.

—¿Así cómo?

—Así de bien ¿No te has dado cuenta de que no me comporto como una mujer que acaba de perder a su marido?

—¿Y cómo se supone que te tienes que comportar?

—Debería estar afligida y llorando por las esquinas, no riéndome con desconocidos.

Mi padre conduce y me mira de vez en cuando. Por fin se desvía y para el coche cerca de un parque.

—Lucía, que no llores continuamente no quiere decir que no sientas la muerte de Martín. Tienes derecho a ser feliz y a rehacer tu vida y si bien te aconsejo que te tomes tu tiempo para las cosas importantes, no puedes paralizarte por el sentimiento de culpa.

—¡Pero es que no lo añoro! ¡Papá, parece que se ha ido de viaje y no lo echo de menos! ¡Soy una mala persona que no tiene sentimientos!

—No te exijas tanto pequeña, cada uno afronta las cosas como puede. En tu caso aunque no lo creas, los sentimientos irán saliendo poco a poco ¿Por qué crees que sufres esas pérdidas de memoria?

—La psicóloga dice que es por el shock postraumático ¿no?

—Sí, por eso y porque tu mente está bloqueando los sentimientos negativos. Cuando tienes una crisis sólo repites el nombre de Martín, dices hasta escuchar su voz y sentir sus manos, pero luego no recuerdas nada ¿no te parece que cuadra con lo que te digo?

—¿Y qué puedo hacer?

—No lo sé, mi niña. De momento habla con tu suegra y pasa el mal trago y si hay algo que te haga feliz ve a por ello sin importarte lo que se supone que tengas que sentir. En realidad no hay un libro de instrucciones para afrontar la vida, cada uno lo hacemos lo mejor que podemos.

—Muchas gracias, papá. Me ha ayudado esta conversación.

—Me alegro. Ahora límpiame esa cara que tu madre se va a asustar cuando te vea así.

Le hago caso y pongo la radio, ambos permanecemos en silencio hasta que llegamos a casa.

“Son las 8.15 de la mañana. Día 7 de marzo de 2016”

La grabadora comienza su relato del día anterior, pero esta vez recuerdo todo lo que mi voz va contando, lo dejaré hasta el final por si hay algo que haya borrado, mientras voy vistiéndome para ganar algo de tiempo y llegar un poco antes a la sesión. Con suerte me dejan pasar y no hago esperar a Jacobo a la salida.

Ruth parece ir con más calma hoy que tengo yo prisa, así que voy a intentar coger yo la ropa del armario, no puede ser tan difícil ¿no?

Respiro hondo y utilizo la mesa como si fuera la barra, distribuyo el peso entre piernas y brazos, la silla se mueve y ¡batacazo!

¡Vaya golpe! Y para colmo el resumen de ayer ha llegado al momento en el que hablo con mi suegra y cuento como me siento después, es demasiado para mí. Me siento desfallecer y vuelvo a

notar como si alguien masajeara mis piernas y mis brazos ¡No quiero perder el control! ¡Quiero levantarme! ¡Martín déjame en paz de una vez yo no tengo la culpa de que hayas muerto, Joder!

Se abre la puerta de golpe y veo entrar a mi hermana como una exhalación.

—¿Pero qué has hecho Lucía?

—Ya ves sister, que me apetecía probar el suelo.

—¡Pero mira que estás tonta! ¿Estás llorando? ¿te duele algo?

—No te preocupes, sólo es rabia. No me he hecho daño.

Me ayuda a levantarme.

—Tienes la cara morada.

—¡No me digas!

No quiero que Jacobo me vea así.

—¡Pues ya puedes pasarme el maquillaje!

—Pero ¿de verdad que estás bien? ¿te has dado un golpe tremendo y lo único que te importa es que no se note?

—Pues sí, pero es porque no quiero que mamá y los niños se preocupen.

—Ya claro, no tiene nada que ver con que hoy hayas quedado con Jacobo ¿no?

—Para nada, además, no hemos quedado. Sólo coincidimos.

—Sí, sí ¿y lo de llegar más pronto y terminar más tarde no tiene nada que ver con él?

—¡Ains que pesada! Bueno, hemos dicho de hablar un rato después de la sesión y lo de llegar antes veo que va a ser imposible a este paso.

—Lucía, no tienes que ocultar que te gusta ese chico. De verdad que no hay nada de malo en ello.

—Entiende que tampoco me apetece ir gritándolo a los cuatro vientos dadas las circunstancias.

—Y no lo haces, pero somos tu familia y entre hermanas nunca nos hemos ocultado nada. Nos sirve para ayudarnos las unas a las otras.

—Vale, pues estoy impaciente por verlo, así que cógeme ese top de ahí que me queda mejor que esta cutre camiseta y bájame el maquillaje del estante que no llevo.

—Ok ¿algo más?

—Sí, gracias.

—De nada, tonti.

—Por cierto, no se te ocurra chivarte de que me he levantado yo sola. Esto me lo he hecho al caerme de la cama ¿entendido?

Hace un gesto como de cerrar la boca con una cremallera y me ayuda a vestirme a toda prisa.

¿Cómo puede ser que con el hematoma que tengo en la cara no me duela?

Da igual, una vez puesto el maquillaje se disimula un poco y parece menos dramático. Aun así mis padres y sobrinos se asustan al verme y en rehabilitación pasa igual.

—¿Pero con quién te has pegado esta noche chiquilla?

—Con el suelo, Javier, con el suelo.

—No habrás intentado andar sola ¿no?

—¡Nooo!

Miento como una bellaca.

—Ha sido mientras dormía, tenía una pesadilla y me he caído de la cama.

—¿Van a tener que ponerte barreras como a los niños?

—A este paso me van a tener que atar como a los locos, más bien.

—¡Anda! ¿Estás bien para trabajar?

—Sí, sí ¡Vamos a ello!

Nos ponemos con la tabla y veo a Jacobo aparecer tras la consulta que ha tenido con el rehabilitador. Le pregunto por señas si va todo bien y levanta el pulgar como signo afirmativo, de repente se da cuenta de mi cara también se asusta. Por gestos le indico que no se preocupe.

—¿Pero queréis dejar de hablar por señas? Jacobo, Lucía está bien, solo se ha caído esta noche de la cama.

—¡Si es que no hay quien te entienda Javi! Ayer nos regañas por hablar y hoy por no hacerlo. ¿Podrías aclararte por favor?

—¡Pero bueno! El golpe te ha puesto de mala leche ¿no?

—Un poco sí ¡Pero más lo haces tú! Estoy empezando a entender lo de sargento.

Todos en la sala se ríen de nuestra riña ficticia.

—¡Uy! Si lo sé no digo nada y os dejo a los dos hacer el tonto.

—Javier, no te enfades con Lucía, es que es nueva y no sabe lo chinche que eres.

—Otro que tal baila. No, si desde luego ¡Dios los crea y ellos se juntan! Bueno ¡basta de cháchara! Cada uno a lo suyo, que por aquí íbamos muy bien hasta que ha venido Jacobo a perturbarlos.

Continuamos otra media hora divertidos entre comentarios de unos y de otros. Por lo que veo, Jacobo va a recibir el alta pronto, lo que me alegra y me entristece a la vez.

Terminamos más o menos al tiempo y paso por el vestuario a refrescarme y ponerme una camiseta limpia. Me gustaría ducharme y cambiarme entera, pero después de la experiencia de esta mañana va a ser que no.

—¿Hoy sí que te puedes quedar a ese café?

—Sí, tenemos toda una hora para nosotros.

—Vamos a la cafetería ¿no?

—¿Te apetece dar una vuelta por los jardines? El olor a la comida de aquí me recuerda a los primeros días...

—Te entiendo, voy a por unas bebidas y nos quedamos fuera ¿te parece?

Él las saca de la máquina y yo las acomodo en mi silla. Salimos despacio y nos quedamos cerca del primer banco que encontramos, aunque él parece moverse muy bien no tiene sentido ir muy lejos.

—¿De verdad que te has caído de la cama?

—No, he mentado para que no me regañara el sargento. Me pegué un trompazo cuando intentaba coger ropa del armario.

—¿No lo has adaptado todo para llegar?

—Sí, pero en la barra inferior la ropa era muy fea, hoy tenía ganas de algo más colorido y mira donde he ido a poner el color.

—Vaya, vaya, así que eres una presumida...

—Hacía mucho que no me apetecía arreglarme, pero esta mañana me ha dado por ahí.

—Ha merecido la pena, el morado te sienta muy bien.

Me río de su broma y le doy un pequeño golpe en el hombro a modo de amonestación por reírse de mí. Al bajar mi mano roza la suya y siento un escalofrío. De repente me veo en el tren tirada en el suelo y agarrada de su mano.

Jacobo:

Salgo de rehabilitación contento porque me van a dar pronto el alta, mi hermano me espera sentado en un banco al sol. Me acerco todo lo deprisa que puedo y me tiende una lata de refresco que agradezco enormemente. Me siento en silencio a su lado y de repente lo noto, un flash de memoria viene a mi cabeza pero no sé reconocer lo que es. Lo que sé es lo que me hace sentir. Noto algo en la mano, pero miro y compruebo que mi hermano ni siquiera me ha tocado.

¿Qué ha sido eso? ¿Por qué me siento tan triste de repente?

Lucía:

No puedo dejar de mirarlo, cuando sonrío se le hacen los ojos más pequeñitos, pero no dejan de ser igual de sugerentes que cuando se sorprende o finge que se asombra de alguna broma que le hago. Me siento tan cómoda con él como la primera vez que lo vi y le conté lo mal que iba mi matrimonio. Parece que ha pasado un siglo desde aquello y es que aún me parece mentira cómo nos ha cambiado la vida a ambos desde entonces.

—¿Y no has vuelto a trabajar todavía?

—¡Qué va! Tengo alguna secuela más a parte de las físicas que no me han dejado reincorporarme a la vida laboral.

—¿Puedo preguntarte qué es lo que te pasa?

—Pues me da un poco de apuro contarte esto pero, por si algún día ves que me comporto de un modo extraño, prefiero que lo sepas. Tengo lapsus de memoria o crisis de ausencia o amnesia parcial, elige el término que prefieras, el caso es que pierdo periodos de tiempo y me despierto sin recordar cosas que he dicho o hecho.

—¡Vaya! ¿Y saben a qué se debe? ¿Esto... te habrán hecho pruebas no se les haya pasado algo y estés en peligro?

Me conmueve cómo se preocupa.

—Sí, todo tipo de pruebas y no se ve nada. La explicación más plausible es que sea algo psicossomático. Es decir, que me estoy volviendo loca.

—No digas eso, yo te veo muy cuerda.

—Son tus ojos.

—¿Cómo?

—¡Que es porque tú me miras con buenos ojos!

—¡Ah! ¡Jajá! Sea como sea ¿cómo lo estás llevando?

—Pues lo mejor que puedo, mi familia me apoya muchísimo y procuro no hacer mucha vida social para no quedar como una idiota. No es algo fácil de explicar, sólo me siento a gusto con mis familiares y bueno, extrañamente, contigo.

Me mira un poco sorprendido por mi franqueza, pero parece agradarle lo que he dicho.

—Me alegra que te sientas cómoda conmigo. Yo también lo hago contigo, de hecho, diría que es porque haber pasado por este trauma juntos, nos ha unido en cierta manera, pero yo noté algo antes del golpe. Ahora puedes llamarme loco tú a mí.

Baja la mirada con timidez y tengo unas ganas tremendas de besarle, pero es muy pronto y yo

aún me siento como si estuviera traicionando a Martín.

—¿Somos unas malas personas?

Su pregunta me sorprende porque es a lo que yo no dejo de darle vueltas.

—Eso es algo que yo también me pregunto continuamente ¿tenemos derecho a estar aquí cómodos y disfrutando el uno de la compañía del otro cuando nuestras parejas ya no están?

—Yo creo que tú no puedes ser mala ni aunque lo intentes, pero me reconforta que entiendas como me siento.

—¿Qué habría sido de nosotros si no hubiera pasado lo que pasó?

—Eso es algo que nunca sabremos, lo que tengo claro es que si ha salido algo bueno de todo esto, ha sido encontrarte a ti.

Sin darme cuenta nuestras manos se están rozando y noto su calor sobre mi piel fría, de repente un claxon me hace dar un respingo.

—¡Anda! ¡Mi hermana ya está aquí! ¡Pero si le dije que viniera una hora más tarde!

Miro mi reloj y veo que ha pasado más de la hora.

—¿Se me ha ido la cabeza otra vez o el tiempo se ha pasado volando?

—Espero que lo segundo, no uses tu locura como excusa para hacerte la despistada mañana cuando nos veamos...

—Ahora mismo me voy a contárselo todo a mi grabadora para que no se me pierda ni un detalle.

Ante la cara de extrañeza que pone le digo:

—Mañana te cuento lo de la grabadora ¿Misma hora mismo sitio?

—¡Como un clavo!

Se agacha y me da un beso en la mejilla. Saluda a mi hermana con la mano mientras ésta se acerca para acompañarme al coche, pero antes de que pueda entablar conversación con él enfila su tortuoso camino hasta donde le espera el que imagino que será su hermano.

Ruth está sonriendo y yo no puedo evitar hacer lo mismo.

—Me alegro de que estés feliz, hermanita.

—Sí, su presencia me sienta bien, aunque no puedo disfrutar del todo lo que me está pasando.

—Lo entiendo, pero hay que seguir adelante pequeña.

—Sí, la primera tú. Tienes a tu marido abandonado.

—¿Agus? Si está la mar de contento disfrutando de la casa para él solo.

—Ya... hazme caso y márchate con los niños a tu casa. Aquí nos las apañaremos.

—Ya sé que os las apañaréis, pero hasta que dejes de tener ausencias no me quedaré tranquila.

—Pues eso puede durar años, así que no seas terca y aprovecha el tiempo con tu marido. Nunca se sabe cuándo pueden cambiar las cosas...

—¡Bueno lo pensaré, pero no te prometo nada!

—Yo no te lo voy a repetir más veces.

—¡Pues eso!

—¡Pues vale!

Nos partimos de risa de lo tontas que somos.

—Oye Lu ¿lo de ir al piso sigue en pie?

—Sí, tengo que intentarlo.

Ayer le dije a mi hermana que quería pasarme por mi piso a ver cómo estaba. Mis padres y ella van de vez en cuando a abrir las ventanas y comprobar que todo está bien, pero yo necesito verlo con mis propios ojos, otra vez.

—¿No estás asustada?

—Mucho, no recuerdo nada de las otras veces.

—Luis y Carmen van a estar allí por si te vuelve a pasar.

—Mejor, si esta vez no lo consigo lo dejamos hasta que esté bien ¿Vale?

—Sí claro.

—Ahora te tengo que pedir un favor.

—Dime.

—¿Me dejas a solas 5 minutos cuando aparquemos para grabar todo lo que ha pasado con Jacobo? Si pierdo el día de hoy, al menos que sepa de mi propia voz lo que pasó.

A mi hermana se le saltan las lágrimas pero disimula.

—No le digas guarradas a ese trasto no lo vaya a coger tu madre y la liemos.

—¡Vaya idea me has dado! Así podré comprobar si preserváis mi intimidad o sois un atajo de cotillas.

—Mitad y mitad, así que cuidadín con lo que dices...

Se baja del coche y veo que se dirige hacia donde nos esperan mi otra hermana y mi cuñado. Tengo que darme prisa antes de que se les ocurra venir a molestarme, las dos juntas son capaces de todo.

Una vez finalizada mi crónica (una crónica pastelosa que me dará vergüenza escuchar mañana) hago ademán de bajarme del coche, pero los tres vienen corriendo y protestando por lo bruta que soy.

—¡Que ya, que ya! Dejadme intentarlo sola que me voy a acostumbrar a tantas atenciones.

—Sí, como esta mañana ¿no?

—¿Ya se lo has contado Ruth? ¡Vaya boquita!

—¡Y menos mal, porque vaya morado llevas en la cara!

—No es para tanto, con lo que llevo ya, esto en una nimiedad.

—Tienes razón, eres una campeona.

Mi hermana Carmen aprovecha y me da un beso cariñoso en la cabeza como se hace con los niños pequeños.

—¡Oye, oye! ¡No te aproveches de una pobre inválida que no puede defenderse para darle besos no autorizados!

Entonces se miran entre las dos y sé lo que toca ¡besos y más besos, por hablar!

—¡Ya, ya, ya! ¡Que estamos dando el espectáculo!

La gente sí que nos ha mirado un poco, pero en realidad me da igual, me gusta que hagan eso aunque les digo que me molesta mucho para chincarlas.

Nos vamos acercando al portal y me va entrando un hormigueo por el estómago ¡Todo es tan familiar y a la vez tan lejano!

No sabía lo que echaba de menos mi casa y mi salir y entrar de ella, el portal es lo que representa para mí, todas las veces que he atravesado esa puerta sin darle la mayor importancia y ahora se me hace todo un mundo.

—¿Estás bien?

—Sí, de momento sí.

—¿Subimos?

—Vamos.

Cuando el ascensor llega a mi piso estoy muy nerviosa, veo mi felpudo, nuestro felpudo, saco la llave y al abrir la puerta el olor a hogar inunda mis fosas nasales y llega hasta mi cerebro que se traslada mentalmente a otro momento y otro lugar. Me cuesta pero recorro el pasillo, es del ancho justo de la silla, así que no me tienen que ayudar a hacerlo. Mis cosas están allí como si no

me hubiera ido, sus cosas también. Paso cerca de su silla de trabajo y su olor es el detonante para mi inminente crisis.

—Chicos me va a dar, no os asustéis.

Esta vez la preveo, pero no puedo hacer nada por evitarla. Oigo su voz diciéndome que vuelva con él, su llanto desesperado muestra lo mucho que me echa de menos, el tacto de su piel estrechando mi mano me hace pensar que su presencia es real, me siento rara, mis hermanas se difuminan y llega la oscuridad.

Jacobo:

—¿Cómo están mis chicas hoy?

—Pues hijo ¿cómo van a estar? Hacen lo que pueden las pobres, pero les cuesta sonreír.

—Tengo que buscar alguna actividad para hacer con ellas y que se evadan un rato.

—Es una buena idea, si te podemos ayudar sólo dínoslo.

—Muchas gracias mamá, demasiado estáis haciendo ya.

—Si pudiéramos hacer algo más...

—Anda, no llores que lo hago yo también.

—Bueno, bueno ¿Qué tal en rehabilitación?

—Bien, bueno, hoy un poco descentrado. No sé qué me pasaba, pero me han dicho que me van a dar el alta pronto.

—Eso es que vas muy bien, cariño, me alegro.

Mi madre me abraza y mi hermano entra en la cocina exigiendo su ración de mimos maternos.

—¡Anda si tengo brazos para los dos!

Como puede nos abraza y nos reímos de la escena que debemos estar montando.

Una vez recobrada la compostura mi hermano se dirige a mí:

—Jacobo, han llamado de la compañía aseguradora, van a empezar con las reuniones para informar de las indemnizaciones en breve. Te recomiendo que recopiles todos los informes y pruebas médicas tuyas, así como el peritaje psicológico de las niñas. Van a intentar daros lo mínimo, pero los vamos a freír.

—Ordenaré todos los papeles cuando tenga un hueco, pero me da horror pensar en revivirlo todo de nuevo. Aún hay cosas que no recuerdo y será porque mi cerebro me está protegiendo, no quiero abrir una caja que luego no pueda cerrar.

—Ya, pero sabiendo que Laura iba de pie como se ha demostrado, van a querer aferrarse a eso para rebajar la indemnización y no sé tú, pero yo pienso pelear por el daño que esto les ha causado a esas niñas.

Señala a mis dos hijas que ven la tele en el salón.

—Por supuesto, vamos a por todas. Te lo doy todo cuando lo tenga.

Dejo la cocina y me siento entre mis dos princesas sin decirles nada. No hacen falta palabras, se acurrucan cada una a un lado y así permanecemos un tiempo indeterminado.

Lucía:

Esta vez ha sido distinto, me acuerdo vagamente de lo que ha pasado. Sé que perdí el conocimiento en el piso donde vivía con Martín y desde entonces he estado en una especie de

pesadilla, un duermevela del que no era capaz de salir y en el que notaba cómo todo el mundo estaba pendiente de mí aunque yo no les pudiera decir nada, me han hecho pruebas y los doctores no han parado de pulular a mi alrededor, pero lo peor de todo era notar que Martín estaba a mi lado. Me preocupa estar volviéndome loca, o que su alma se haya quedado ligada a mí y no pueda avanzar porque esté sufriendo.

Nunca he creído en esas cosas, cada vez cobra más fuerza esa teoría para mí, incluso mis desmayos y pérdidas de memoria pueden tener algo que ver con ello. Siempre que me ocurre el desencadenante es algo relacionado con él.

Por supuesto, esto no se lo he contado a mis hermanas porque me encerrarían directamente. Seguiré haciendo averiguaciones por mi cuenta, pero tengo que ser consciente de que también puede ser que se me ha ido la cabeza por completo y eso me asusta aún más que me ronde mi marido muerto.

En el móvil veo varios mensajes de un número desconocido, los abro y descubro que Jacobo ha sobornado a Javier para que le diera mi número porque estaba preocupado por mí.

Respondo:

“No te preocupes, estoy bien. Aunque no me dejan volver aún a rehabilitación”.

No tarda ni dos segundos en contestar.

“Me alegro de lo primero, lo segundo es un fastidio ¿Puedo ir a verte?”

Me ha pillado desprevenida esa petición, tengo un aspecto deplorable, pero me siento tan a gusto con él...

“Vale ¿cuándo?”

“¿Ahora?”

¡Joder! ¿cómo voy a explicar esto a mis padre?

“Dame una hora”

“Hecho, dime tu dirección que eso no se lo he preguntado a Javier”.

“Menos mal...”

Le doy mi dirección y llamo a mi hermana para que venga a ayudarme.

—Ruth, necesito arreglarme en un tiempo record.

—Joder hermanita, pues no me he traído mi barita mágica...

—¡Qué tonta...! En serio, Jacobo viene a verme y necesito estar presentable.

—¿Qué viene? ¿dónde?

—¡Pues aquí!

—¿Y cuándo?

—¡En una hora, así que date prisa joderrr!!

—Vale, vale

Nos damos toda la prisa que podemos y el resultado no queda mal del todo, es un avance que no tenga que verme en chándal. Además, en mi casa me permito caminar un poco sin silla, poquitos pasos y siempre por el jardín que está blandito.

Cuando bajamos mi madre está haciendo cosas en la cocina, al verme se queda bastante sorprendida.

—Lucía cariño, estás preciosa, pero ¿no es un poco pronto para levantarte?

—No te preocupes mami, el doctor dijo que no había problema si me encontraba bien y es como me encuentro. Además, espero una visita.

—¿Una visita?

—Sí, un amigo de rehabilitación va a venir a verme dentro de un rato.

¿De qué se ríe mi madre? No he dicho nada con gracia...La explicación la tengo detrás, mi

hermana está haciendo gestos de corazones y aspavientos detrás de mí.

—Ruth ¡Deja de hacer el tonto! Lo que tengo mal son las piernas, el cuello me funciona a la perfección y puedo girarme ¿recuerdas?

—¡Pero si no estoy haciendo nada!

—Ruth ¡No chinces a tu hermana! —me coge de la barbilla y me mira a los ojos, cosa que me hace sentirme un poco violenta a pesar de que sea mi madre quien lo haga—. Lucía, pásalo bien con ese chico y olvídate de tu hermana. Ahora saco al jardín unos zumos y algo de picar, tú ve saliendo si quieres que cuando llegue yo le abro la puerta.

—Vale, pero no dejes que esta se acerque, siempre le pone caras raras.

—¿Así andamos a estas alturas?

Mi hermana y yo nos reímos porque nuestra madre tiene toda la razón, parecemos dos crías de 15 años

—Anda gruñona, te ayudo a salir si quieres para que no tengas que dar toda la vuelta.

Hemos improvisado una rampa del salón al jardín, pero se tarda menos en llegar por la cocina, el problema es que ese acceso no está habilitado para mi actual situación y necesito que me sujeten para no estrellarme.

Hace muy buen día y la piscina hoy sólo está parcialmente cubierta, lo que invita aún más a darse un baño, pero ahora no tengo tiempo de eso, voy a intentar caminar un poquito en el circuito que me ha preparado mi padre y así hago tiempo ocupada hasta que llegue. Estoy tan nerviosa que ahora mismo no puedo ni leer.

Un pie y luego el otro, son órdenes sencillas que lleva mi cerebro dando toda mi vida de manera inconsciente a mis músculos, pero ahora desde que lo pienso hasta que se materializa el paso transcurren unos segundos y me hace falta fuerza de voluntad. Voy recuperando fuerza y tono muscular pero es costoso y me exige concentración, por eso no soy consciente de que hay alguien observándome ni de que ese alguien se acerca a mí.

—Vaya, veo que este entorno te favorece más que el gimnasio de la clínica.

Me sobresalto y desequilibro, Jacobo suelta su muleta y me agarra.

—¡Perdona, no pretendía asustarte!

—Perdona tú, estaba tan concentrada que no te había oído. Casi te caes por mi culpa.

—Y tú por la mía, así que estamos empatados.

Le miro a los ojos y siento un pequeño mareo, pero esta vez no tiene nada que ver con las anteriores, es un mareo de otro tipo.

—Si quieres vamos a la mesa, mi madre ha dejado preparado algo y estaremos más cómodos.

—Eres la anfitriona, así que tú mandas.

Intenta ayudarme a ir hasta la silla, pero él también camina con su muleta, aunque se le ve mucho mejor que las últimas veces, diría que la lleva por precaución.

—Lo tienes todo muy bien montado aquí ¿no?

—Sí, mi familia se ha volcado conmigo y entre mis cuñados y mi padre me han organizado toda esta serie de rampas para que pueda desplazarme con la silla. Por el césped cuesta más, así que unas cuantas tablitas y ya no tengo excusa para no tomar el sol.

—Y la piscina ¿La usas mucho?

—Intento nadar un poco todos los días, eso me ayuda bastante. Estos días no he podido, pero en cuanto me dejen, chapuzón al canto.

—He estado preocupado por ti. No han sabido decirme que te ha pasado, por eso he venido a verte, necesitaba ver que estás bien.

—Como ves no tienes nada por lo que preocuparte.

Intento sonar lo más despreocupada posible, pero no está dispuesto a dejarlo estar.

—Lucía, puedes contarme lo que sea, no voy a juzgarte. Si me ocultas cosas le daré más vueltas y será peor.

—Es que no lo sé ni yo, nadie puede explicar lo que me está pasando. Lo arreglan todo con el maldito estrés postraumático, pero yo sé que hay algo más y en mi cabeza han empezado a formarse las ideas más descabelladas.

No sé por qué le estoy contando todo esto a él, es la persona de la que más me importa su opinión acerca de mí y yo no hago nada más que soltar locuras por la boca. A este paso va a ser él quién aconseje a mis padres que me encierren y además está el hecho de que apenas nos conocemos.

—Vamos a hacer una cosa ¿quieres? —me coge la mano y me la aprieta con cariño. Ya estamos los dos sentados, por lo que más o menos estamos a la misma altura—, me vas a contar exactamente lo que te ha pasado y las teorías que se te ocurren y entre los dos las vamos a ir analizando ¿te parece?

—Jacobó, pero ¿y si piensas que estoy loca?

—Te prometo que no te voy a juzgar y que te diré la verdad de lo que pienso, pero no tienes que tener miedo, no le voy a decir a nadie lo que me cuentes.

—No sé por qué te cuento todas estas cosas si sólo nos conocemos desde hace unos meses, no tienes por qué cargar con una amiga tarada.

Me mira y sonríe.

—¿De verdad sientes que sólo nos conocemos desde hace unos meses? Para mí es como si te conociera de toda la vida, sólo que aún no te habías cruzado en mi camino.

¡Buuuuffff! Creo que voy a desmayarme, pero de emoción.

—Y menuda forma de cruzarnos ¿verdad? Ya podíamos haber coincidido en Yoga...

Se ríe y me río, me siento tan bien con él que comienzo a contarle con todo detalle lo que me pasa, sé que parte lo sabía por nuestra conversación a la salida de rehabilitación, pero mi nueva teoría de que me ronda el espíritu de Martín es totalmente nueva para él.

Según avanzo en mi relato veo cómo me mira sin ningún atisbo de duda o burla, eso me tranquiliza y continúo contándole cómo me siento y lo poco que recuerdo de las crisis. Le confieso que he puesto una cámara en mi cuarto y que no lo sabe nadie, espero alguna expresión de asombro por su parte, pero parece comprenderme a la perfección.

—Di algo por favor, entendería que salieras por esa puerta y no quisieras saber nada más de mí...

—¿Por qué voy a marcharme? ¿Tú quieres que me vaya?

—No, no, para nada. Pero después de lo que te he contado no me extrañaría que pensaras que estoy completamente loca.

—No lo pienso, creo que para ti lo que estás viviendo es real. A mí en muchas ocasiones también me parece escuchar y sentir a Laura, no sé si ambos se han quedado atrapados aquí para amargarnos la vida, o el trauma que hemos sufrido es lo que nos causa esa sensación. En ningún caso tengo ganas de huir, al contrario, creo que el haber pasado por esta horrible experiencia juntos ha unido nuestros caminos irremediabilmente y sin vuelta atrás.

—¿De verdad piensas eso?

—Estoy convencido. Sé que no es la situación ideal y que todo el mundo se nos puede echar encima por lo recientes que son las muertes de nuestras respectivas parejas, pero me apetece seguir conociéndote y creo que nos podemos ayudar mutuamente.

—Es un alivio oírte hablar así, no tengo confianza con nadie para hablarle de lo que estoy

viviendo. Contigo es diferente, me salen las palabras solas antes de que me dé tiempo a filtrarlas, ya me pasó cuando nos conocimos ¿Te acuerdas? te conté cosas que no había dicho nunca en voz alta.

—¡A mí también me pasó! Fue como si te conociera desde siempre, de hecho esa es la misma sensación que tengo ahora, siento que estamos conectados de una manera especial. Ahora el que habla como un loco soy yo...

¡No me puedo creer que sienta lo mismo que yo!

—Entonces somos dos locos —no puedo contener el impulso y le acaricio la mejilla, pero inmediatamente me arrepiento y miro a mi alrededor a ver si alguien de mi familia me ha visto—, pero locos de remate...

Mi tono de voz ahora no es muy positivo, siento que somos una pareja de amantes que no se cortan en demostrarse afecto sin importarles las consecuencias que esto pueda tener en los demás.

—¿Te estoy agobiando?

—No, para eso me basto y me sobro yo solita. Es que si mis padres ven lo que acabo de hacer... No sé si esto es una buena idea Jacobo, hace nada que han muerto, no está bien sentirse feliz.

—Pero Lucía, no nos sentimos felices porque hayan muerto. De hecho, ambos lo estamos pasando fatal con lo ocurrido, pero no por eso vamos a perder la oportunidad de pasar tiempo juntos y ayudarnos mutuamente. Si no hubiéramos tenido el accidente habría buscado la forma de volver a verte, estoy seguro. Esto trasciende a nuestra voluntad ¿aún no te has dado cuenta?

—Sí, he intentado no pensar en ti porque no puedo evitar sentirme mal.

—Pues yo pienso que no estamos haciendo nada malo ni traicionando a nadie. Además, de momento nada más que somos amigos...

—Ahora el que se engaña eres tú —levanto la mirada y fijo mis ojos en los suyos a pesar de lo que eso me perturba—, sabes que no es una simple amistad, al menos no por mi parte...

Me agarra de la mano y noto su calor.

—No me engaño, sólo estaba diciendo lo que pensaba que querías oír, pero iremos muy despacio y aunque pasemos tiempo juntos nadie nos podrá acusar de nada.

—La verdad es que me preocupan mucho tus hijas, me aterra cómo pueden reaccionar a mi presencia.

—Ya lo iremos viendo, no te preocupes... —ahora es él quien me acaricia la mejilla a mí—. Oye, volviendo a lo de antes ¿has puesto una cámara?

—Sí, pero no me he atrevido a ver las imágenes....

Mi madre se acerca por detrás haciendo ruido para que nos demos cuenta de que viene, ha llegado la hora de la comida y quiere invitar a Jacobo a que se quede.

Martín:

Abril de 2015

¿Cómo de hartos y de enamorados se puede estar de una mujer a la vez? Creo que nadie tiene la respuesta a esa pregunta, pero según mi experiencia mucho de ambas cosas. No hay otra explicación para aguantar sus desplantes.

Aquí estoy acompañándola de vuelta a Madrid y no se digna ni a mirarme. Está claro que no quería que viniera a este viaje, pero me lo podía haber dicho. Uno no sabe cómo acertar, me pregunta que si me apetece cogerme una semana de vacaciones para irme con ella de visita a casa

de su hermana, no sé si es que esperaba que le dijera que no para irse ella sola, pero la verdad es que no me quería separar de ella tanto tiempo en un momento tan vulnerable.

Siento que la estoy perdiendo, se me escapa de las manos y no sé cómo actuar. El nuevo trabajo la ha cambiado tanto... Es como si fuera otra Lucía, más dinámica y proactiva, con ganas de hacer mil cosas menos de estar conmigo. Encima se me ocurre preguntarle lo del bebé, se me debió ir la olla por completo ¿un bebé ahora? La verdad es que fue lo primero que me vino a la cabeza para conservarla a mi lado para siempre, con un bebé siempre estaríamos juntos de una manera u otra, además la obligaría a frenar el ritmo. No se puede ser más imbécil ¿qué reacción me esperaba? ¿Qué diera saltos de alegría? Pero tampoco la que tuvo ¡Joder soy su marido, no sería tan raro que tuviéramos un hijo!

El caso es que estando aquí rodeada de sus hermanas parece que se calmó, estaba más agradable y verla jugar con sus sobrinos me llenó de esperanza. Creo que lo del niño no es un “no” rotundo, solo es un “no” por ahora, estoy seguro de que nos lo plantearemos dentro de un tiempo.

Debo pensar una estrategia para acercarme a ella sin agobiarla, el polvo de la excursión fue fantástico. La noté tan entregada como hacía años, bueno, también es que parecía que habían pasado años desde la última vez que habíamos hecho el amor, entre lo de su inflamación y que estaba siempre tan ocupada con unos eventos y otros que cuando llegaba a casa y dejaba el ordenador no aguantaba ni 10 minutos despierta, parecía que habíamos hecho un voto de castidad. Pero en la playa todo fue diferente, se relajó y se aferró a mí como en los viejos tiempos...

A lo mejor si contratamos a alguien para que se ocupe de las tareas de la casa y planeo alguna que otra escapada romántica vuelve a saltar la chispa entre nosotros... o lo más probable es que no.

Está muy rara desde ayer, dice que es por separarse de los niños y de su hermana, pero no ha dejado de llorar en toda la mañana. Intenta disimularlo con las gafas de sol, pero soy su marido y la conozco. Sé que hay algo más, al fin y al cabo vuelve a casa, a su sitio, no es normal que se ponga así sólo porque los va a echar de menos. Cuando lleguemos a Madrid vamos a tener que tener una conversación importante, por mucho miedo que tenga de lo que pueda resultar de la misma debo saber si me sigue queriendo.

No puedo evitar tocarla para ver si sigue aquí a mi lado, busco una excusa para dirigirme a ella y llamo su atención acariciándole el brazo mientras caminamos por el pasillo del vagón hasta nuestros asientos.

—Lucía ¿quieres ventanilla como siempre?

El contacto de mi mano sobre su piel le hace dar un respingo y apartarse, cualquiera diría que estoy electricado.

—Sí, por favor —me contesta con toda normalidad, como si no se hubiera retirado de mí con ese leve contacto. Me resigno ¿qué hacer si no?

—Pasa, anda, si ya estoy acostumbrado.

—Gracias.

—¿Tienes tu libro y todo lo demás?

—Sí, sí.

—Vale, pues acomódate que yo coloco las maletas.

No me ha mirado a los ojos ni un momento, ahora se sentará en su ventanilla y cerrará los suyos o los dedicará a esa novela que tanto parece gustarle. Esperemos que pongan una buena película, si no se me va a hacer larguísimo el viaje...

Bueno, “Jungla de Cristal” no sé ni por qué número van ya, pero me servirá para entretenerme

un rato... La chica de enfrente está igual que yo, su marido no la hace ni caso, y eso que está buena que te cagas. Coge los auriculares y me mira como pidiéndome que la salve de tragarse ese películón, me hace sonreír.

—No te apetece nada ver la peli ¿no?

—¡Qué va! Pero es que este pelmazo de marido que tengo no es muy buena compañía para los viajes.

—Pues no te digo nada de la bella durmiente.

—Eso es que le habrás dado mucha caña esta noche y la tienes rendidita...

La chica me sonrío maliciosamente.

—¡Ojalá! Si yo te contara...

—Pues más tonta es ella, yo no me lo pensaría...

¡Joder! ¡Qué descarada! ¡Me encanta! ¡Y su marido ahí pasando de todo, Dios le da pan al que no tiene dientes!

Miro a Lucía de reojo para ver si está atenta a la conversación, pero duerme como un tronco, así que si le sigo el juego a este bellezón no creo que pase nada... ¡Me acaba de alegrar el día!

—Es complicado.

—El matrimonio siempre lo es, por eso hay que buscar alicientes fuera de él ¿no crees?

—Bueno, a mí no me ha supuesto mucha complicación hasta hace poco.

—Lleváis poco tiempo casados ¿no? Ahora es cuando empieza la rutina y el tedio —mira a su pareja que no sé si es que no se entera o si se la suda—, por eso hay que buscar actividades alternativas.

—He empezado a hacer mucho deporte y eso me ayuda.

—¿Ah sí? Yo era monitora de spinning y aún ahora lo sigo practicando mucho ¿Tú qué haces?

—Pues un poco de todo, pero sobre todo sala y TRX.

—Oye pues un día te puedes venir conmigo a spinning y verás lo que es quemar energía...

Se me ocurren mil formas de quemar energía con esta tía que no implican montarse en una bici...

¡Joder Lucía se ha movido! ¿Me estará oyendo?

La chica de enfrente, Laura creo que me ha dicho que se llama, me hace una seña para que me acerque a ella.

—¿Te apetece tomar un café? La cafetería no está lejos y de camino hay un baño....

¿Me está proponiendo lo que creo? ¿Así sin más? ¿sin complicaciones ni medias tintas?

No debo hacerlo, sé que debería permanecer aquí sentado junto a mi esposa, pero una oportunidad como esta no aparece dos veces en la vida, me da muchísimo morbo....

Se levanta ella primero y yo le pregunto a Lucía si quiere algo de la cafetería, lo hago por disimular, soy un canalla.

Sigo a Laura por el pasillo mirando su culo terso y duro por el spinning, no me molesto en ocultarlo, sé que le gusta sentirse observada, me lo hace notar.

Llegamos al coche cafetería, pero pasa de largo y me hace una señal para que la siga. Como un tonto lo hago, la sigo cuando cruza la puerta que da al siguiente vagón y cuando sin esperar si quiera a entrar en el baño que hay justo a la salida de la misma me empuja contra la pared y comienza a besarme con fuerza y violencia. Mi cuerpo responde al instante y mi mente ya no funciona con claridad, en este momento me importa una mierda que su marido y mi mujer estén a pocos metros, agarro el maravilloso culo que me ha tentado minutos antes y la aprieto contra mí para que sea consciente de cómo me tiene, me mira picarona y se ríe, acto seguido me guía hasta dentro del baño y cierra el pestillo. Soy como un envase a presión, estoy a punto de explotar,

nunca he estado en una situación parecida y me encanta la sensación. Antes de que me dé cuenta se ha deshecho de sus bragas y ha desabrochado mi pantalón, me muerde, me araña, no puedo controlar este subidón y en tres embestidas hemos terminado. Me da un poco de vergüenza, pero ella parece encantada.

—¡Madre mía qué calentón!

Miro a mi alrededor y no puedo hacer otra cosa que darle la razón.

—¡Y qué lo digas!

Nos reímos, nos besamos y nos recomponemos.

—Me debes un bis, así que el siguiente en Madrid.

Muevo la cabeza afirmativamente como un tonto.

—¿Tienes aquí el móvil?

—Acabas de registrarme entera, así que sabes que no...

—¡Es verdad, qué imbécil! Bueno, ahora cuando llegemos a nuestro sitio te paso mi número, yo tampoco tengo el mío como ya sabes...

—Vale ¿pero querrás volver a hacer esto?

Nos señala a los dos y como respuesta la atraigo hacia mí y la doy un beso largo y profundo.

—No lo dudes, donde y cuando quieras.

Tras esa declaración de intenciones nos arreglamos y salimos. Me sonrío, la sonrío y enfilamos el camino de vuelta sin olvidarme del agua para Lucía, es lo menos ¿no?

Debería sentirme culpable, pero no lo hago, estoy eufórico y aún algo excitado y sigo teniendo el culo de Laura delante de mí que me hace recordar los instantes que lo he tenido entre mis manos... Bebo un poco de agua para calmarme antes de entrar en nuestro vagón, ahora empiezo a dudar de si voy a ser capaz de mirar a mi mujer a la cara.

¿Pero qué coño? Si la misma persona que no podía abrir los ojos de lo cansada que estaba ahora está charlando animadamente con el tío de enfrente. La madre que los parió, si en el fondo se merecen lo que acabamos de hacerles ¡que les den por culo!

Miro a Laura que observa la escena con la misma cara que yo y los miramos a ellos que por primera vez parecen percatarse de nuestra presencia. Se la ve tan contenta y relajada hablando con ese desconocido que el polvo que acabo de echar con esta tía parece una nimiedad comparado con la mirada que tenían ambos hace un momento.

De repente mis pies han perdido el contacto con el suelo ¿Qué está pasando?

Lucía:

¡Qué bien me siento cuando estoy con Jacobo!

Tengo miedo de que él también me tilde como loca, pero me inspira tanta confianza y veo tanta ternura en sus ojos cuando me mira que mi boca actúa por sí sola y le cuenta todo lo que me inquieta sin que mi cerebro procese lo que se debe y no se debe contar.

De momento sigue llamándome y escribiéndome a pesar de haberle enseñado la grabación y comprobado que la única persona que había en la habitación era yo inconsciente e inmóvil. Le preocupa mucho, a mí también ¿a quién quiero engañar? yo estoy muerta de miedo. En el video se ve cómo pierdo el conocimiento y luego vuelvo a despertar como si nada. Insiste en que vaya a ver a un amigo suyo neurólogo y creo que le voy a hacer caso, estoy harta de que me digan que es psicósomático y que poco a poco irá desapareciendo.

Tengo que reconocer que un poco de razón pueden tener, porque desde que estuvo en casa hace

tres días no me ha vuelto a pasar, su presencia me calma y me hace sentirme muy bien. Sigo con la sensación de estar engañando a Martín, pero cada vez es menor, van ganándole terreno las ganas de verle cada día en rehabilitación.

—¡Lucía vamos que vas a llegar tarde a ver a tu amorcito! ¡Deja ya de maquillarte!

—Carmencita, todo se pega ¿no? Si no supiera que Ruth se ha marchado a su casa pensaría que la que me está hablando es ella.

—A veces es tan divertido interpretar su papel ¡Jijiji!

—¡Pues cuando yo soy el blanco de la burla no me hace tanta gracia!

—¡Ay por Dios! ¡Qué sensible! Como sigas así te van a salir unas arrugas...

—¡Y como sigas tú, te van a salir unos moratones...!

—¡Serías capaz!

—¿Acaso has olvidado ya el molinillo puñetazo?

—Sigo siendo más fuerte que tú.

—Ya, pero yo estoy medio inválida. Solo con un gritito seguro que viene mamá y te atiza con la zapatilla.

—¡Sí, claro, con la de los hoteles!

No puedo evitar el ataque de risa al recordar cómo mi madre amenazaba a Carmen con una zapatilla sin suela ni nada, similar a las que dan de cortesía en los hoteles, cuando ésta era pequeña y liaba alguna. Alguien debería haberle explicado a la pobre que el misterio de la zapatilla era hacer más daño que con la mano, pero nos reñía tan poco que simulábamos que nos inspiraba miedo.

—¡Lucía, para ya que me voy a hacer pis encima!

—¡Pero si eres tú!

—¡Chicaaaas no sé qué estáis liando, pero como salga con la zapatilla!!

¡Lo que faltaba! Carmen no aguanta más y se dobla sobre sí misma, yo agradezco por primera vez estar sentada en mi silla porque si no estaría ya en el suelo desternillada.

—¿Pero se puede saber qué os pasa? Lucía, Jacobo y su hermano están abajo esperándote.

—¡Joder! ¡Se me había olvidado!

El coscorrón de mi madre no me lo quita nadie.

—¡Esa lengua señorita!

—¡Ay mamá!

—¡No protestes que te doy otro!

Hay cosas que nunca cambiarán y que me encanta que no cambien, al salir mi madre le da también a mi hermana.

—¡Por reírte de tu hermana!

—¡Yo me voy no vaya a seguir repartiendo!

—¡Diviértete!

—¡Mamáááá que voy a rehabilitación!

—Ya, pero hoy tienes chófer especial.

Me guiña un ojo y desaparece hacia la cocina. Mi hermana me lanza un beso y yo salgo todo lo rápido que puedo a la calle disculpándome por mi demora.

—No te preocupes, sólo han sido 5 minutos.

—Ya, pero encima de que venís a por mí...

—Anda tonta, así me das ánimos en mi primer trayecto como conductor.

—¿Pero no has venido conduciendo tú?

—No, quería compartir este momento contigo. Es muy importante para mí.

—Muchas gracias, lo vas a hacer muy bien

Le daría un beso en este momento para darle ánimos, pero como yo estoy en la silla y el de pie apoyado en la muleta me es imposible. Me limito a apretarle la mano con cariño, pero él parece leerme el pensamiento y se agacha un poco para darme un beso en la mejilla.

—Aún no te había saludado como es debido.

Mi estómago se encoje y mi corazón se pone a mil ¡Por favor que no sea un ataque, ahora no!

—¿Estás bien? Perdona si te he molestado.

—No, no, al contrario. Me he puesto un poco nerviosa y he pensado que me iba a dar una de mis crisis. Pero sigo aquí ¿no?

—Sí, tranquila. Estás aquí.

Me lo dice tan bajito y con una calma que mi miedo desaparece. Un carraspeo rompe el momento.

—Chicos disculpadme, pero tenemos que irnos.

Damos un respingo.

—Esto... ¡perdónanos tú a nosotros!

—Sí, Lucía ya conoces a mi hermano ¿no?

—Bueno, no nos conocíamos formalmente, pero le he visto contigo.

—Ha venido para echarnos una mano con tu silla y controlar que no he olvidado cómo se conduce.

—Me quedo más tranquila, no me fio mucho de ti después de tanto tiempo sin conducir...

—¡La duda ofende! Pero reconozco que yo también me encuentro más tranquilo llevándolo de copiloto. Además, para tu tranquilidad te digo que el coche se lo hemos alquilado a un amigo de una autoescuela, así que él también lleva el control por si la pierna no me responde como yo quiero.

—No era necesario, pero Jacobo ha insistido en que si ibas de pasajera tenía que ser así. Yo creo que si le han dado permiso los médicos será porque puede conducir, pero a cabezota no le gana nadie.

Nos subimos en el coche, al que han quitado todos los identificativos de la autoescuela para evitar problemas, y yo me acomodo detrás.

No me puedo creer que se haya tomado tantas molestias para venir a recogerme. Este chico es un amor.

Estamos todos en silencio, se palpa la tensión en el ambiente. Jacobo pisa el embrague, mete la primera y pisa muy despacio el acelerador. Observo sus ojos en el retrovisor, está muy concentrado por cómo frunce el ceño, el coche empieza a moverse y da un par de tirones.

—¡Joder!

Debe estar siendo muy difícil para él, no quiero ni pensar en cuando me toque a mí pasar por lo mismo, aunque, por desgracia, eso aún queda muy lejos.

Su hermano en un gesto muy tierno le toca la mano que tiene en la palanca con suavidad y le invita a que continúe, me mira por el espejo y le sonrío. El coche va cada vez más suave y noto cómo sus hombros descienden unos centímetros, su rictus también está más relajado y aunque continuamos en silencio, estamos cómodos y seguros.

La llegada a la clínica es todo un espectáculo, sabían lo que iba a pasar y han salido a recibirnos. El conductor está realmente azorado por la atención y aunque se esfuerza por sonreír se nota que no le está gustando nada la sorpresa.

—¡Cabrón!

—Sigue sonriendo hermanito, te debes a tu público.

—Venga Jacobo, que lo estás haciendo muy bien. Déjalos a todos impresionados.

—Eso, eso, pero no los impresiones en plan os atropello y os rompo todos los huesos ¿eh?

—Fíjate Jacobo que vas a tener razón y tu hermano sí que es un poquito cabrón.

El aludido me mira sorprendido por mi atrevimiento, pero a Jacobo le ha gustado mi comentario, porque suelta una carcajada.

—¡Toma, eso por hablar!

—No es justo, ella estaría de tu parte aunque te pillara con un cuchillo en la mano y a mí sangrando.

—¿Perdona? ¿Acaso dudas de mi integridad como testigo?

—No tengo ninguna duda de que salvarías a Jacobo fuese cual fuese la situación. Preciosa, se ve a la legua que estás coladita.

—Jacobo perdona, no tenías razón, tu hermano es muuuy cabrón.

Con nuestra pequeña disputa a Jacobo se le han ido los nervios, su hermano me mira y me guiña un ojo en un gesto de complicidad. Sabía que desviando la atención hacia mí se le olvidaría todo lo demás y yo no puedo evitar reírme a pesar de haberme sentido tan expuesta. Él sí que salvaría a Jacobo de cualquier situación y a la vista está, por suerte mis hermanas harían lo mismo por mí.

—Venga espabilado, ayúdame a bajar de aquí que yo sola no puedo. Dejemos a la estrella que se las apañe con sus seguidores.

—Vaya dos que estáis hechos ¡Menudos apoyos!

—Te quejarás, no hemos dicho ni “pío” cuando casi nos haces un esguince cervical con los tirones, hemos seguido al pie del cañón sin rechistar ¿Eso da puntos no?

—Lucía ¿tú también?

Nos mira con cara suplicante mientras chocamos nuestras manos.

—¡Anda que no aguantas ni una broma! ¡Bájate del coche y saluda a estos que nos tenemos que poner en marcha!

—¡Joder con tu amiguita, nos ha salido mandona!

—Eso parece, hazle caso que no sé cómo es cuando se enfada...

Por fin bajan del coche y me ayudan a bajar a mí. Entre una cosa y otra la sesión de hoy se me hace muy corta, veo a Jacobo entrar en el despacho del doctor y salir sonriendo con unos papeles en la mano, me los enseña a lo lejos y me dice gesticulando que me espera fuera. Me impaciento y quiero terminar cuanto antes, así que pongo todo mi esfuerzo en los ejercicios que me quedan y me despido a toda prisa de mis compañeros y terapeutas.

—¡Que me dan el alta!

Me alegro por él, pero eso significa que dejaremos de coincidir en la terapia. Con su mano izquierda Jacobo había pedido que le pusieran la terapia a la misma hora que a mí. Eso nos permitía pasar ese mal trago juntos y luego recompensarnos con la mutua compañía al salir, ahora voy a tener que ir a hacer esos horribles ejercicios yo sola y sin más aliciente que el de abandonar de una vez por todas la silla de ruedas.

—¡Qué bien Jacobo! ¡No sabes cuánto me alegro!

Su rostro por un momento se ensombrece.

—¿Tantas ganas tienes de perderme de vista?

¡Ups! Porque no notara mi decepción he puesto demasiado entusiasmo en la exclamación, ahora me toca confesar...

—Si te digo la verdad... es todo lo contrario. Pero no me mal interpretes, me alegro por ti, eso es cierto, lo que me entristece es perder estos ratos que compartimos. Me he pasado con la

interpretación de felicidad ¿no?

—Un poco sí, parecía que te acababa de tocar la lotería. Pero ya te voy conociendo... —se sienta en uno de las sillas del pasillo en el que nos encontramos y coge suavemente mi mano—, si lo que te preocupa es que no vayamos a vernos, olvídalo, voy a sacar hueco de donde sea para ti.

—No es solo eso, que sí que me preocupa...pero da igual, son tonterías mías.

—Nada de eso señorita, tus tonterías son mis tonterías. Cuéntamelo, por favor, me gusta saber que confías en mí.

—Claro que confío en ti. Sabes cosas que no sabe nadie más y aún no has hecho que me encierren en un psiquiátrico, pero es que me da vergüenza, porque parece que quiero que sigas en tratamiento, y no es así.

—Lucía, sé perfectamente que no quieres que siga en tratamiento, pero también imagino que debe ser duro ver cómo yo me voy y tú tienes que seguir aquí. Desde que llegaste ha sido todo esto mucho más llevadero para mí, no tiene color. Así que si fuera al revés yo también estaría triste por tu marcha —tengo la cabeza agachada porque me da corte que vea mis ojos llorosos, pero me sujeta la cara por la barbilla hasta que quedan frente a los suyos—. Vendré a recogerte todos los días ¿Te parece?

Es maravilloso conmigo, no me puedo creer la suerte que he tenido al conocerlo. Las circunstancias no han sido las más agradables, pero doy gracias porque esté en mi vida ahora.

Por mucho que las he querido controlar al final unas finas lágrimas han escapado de mis ojos, que este chico que apenas me conoce sea capaz de adelantarse a mis pensamientos y proponerme una solución a mis preocupaciones sin que yo haya dicho una palabra me emociona. Me limpia las mejillas con sus dedos pulgares y acerca su cara a la mía ¿no puedo creer que vaya a besarme!

¡Me mareo!

¡No por favor, ahora no!

—Lucía ¿qué te pasa?

—Ahora no, Martín, no quiero oír su voz. ¡Jacobó ayúdame! ¡Haz que se vaya!

—Respira hondo Lucía, quédate conmigo. Eso es, respira a la vez que lo hago yo...

Parece que surte efecto, la voz de Martín reclamando mi presencia se va diluyendo, es la de Jacobo la que prevalece.

Sigo respirando con él, al mismo compás. Mis pulsaciones van bajando y me encuentro mejor.

—¿Sigo aquí?

—Sí mi niña, estás conmigo.

Se le ve aliviado.

—¿Cuánto tiempo me he perdido?

—No has llegado a irte ¡Lucía, te he retenido! ¡Te has quedado conmigo!

—¡Gracias!

Me abraza y rompo a llorar, si he podido pararlo gracias a la presencia de Jacobo es que sí que puede ser psicósomático ¡Menudo alivio!

Jacobo:

¡Por fin me dan el alta! ¡No me lo puedo creer!

Me parece mentira estar libre de las muletas, tengo que seguir utilizando el bastón para estar más seguro pero sólo es un apoyo. Además, después del momento místico de ayer en el coche, puedo también conducir.

Poco a poco las cosas van volviendo a su cauce y mis niñas también parecen estar algo mejor. Mi familia está siendo un grandísimo pilar en estos momentos, no sé qué haría sin mis padres o sin mi hermano y mi cuñado. Cristina y Marta los adoran y aunque también pasan bastante tiempo con sus otros abuelos, siempre es como una pequeña fiesta cuando sus tíos o mis padres vienen a recogerlas. El trabajo también va cada vez mejor, al tener más autonomía voy estando más seguro cada día. Aún me cuesta un poco centrarme, porque cuando estoy imaginando un nuevo diseño o simplemente me pongo a dibujar a ver qué me sale, pienso en ella.

No lo comento con nadie, ni siquiera a mi hermano le digo que ella ocupa todos mis pensamientos en blanco, temo que me juzguen porque es demasiado pronto o que les parezca una locura, así que guardo el secreto para mí y ansío los ratos en los que la siento cerca.

Lucía:

Fiel a su palabra Jacobo viene a recogerme cada día. Le he dicho mil veces que ahora que ha vuelto al trabajo no puede hipotecarse conmigo, pero insiste en que es nuestro único momento juntos y en que no piensa renunciar a él. Yo estoy encantada, por supuesto, el estómago se me encoje como cuando tenía 15 años y me doy más prisa en terminar los ejercicios de la tabla para arañar unos minutos más con él.

—¡Tan guapa como siempre, princesa!

—¿Seguro que el accidente no te dañó la vista? Todos los días me ves en chándal y te aseguro que con esta pinta me siento de todo menos guapa.

—Eso es lo que tú piensas y te rectifico, no vas en chándal, vas en mallas —una sonrisa picarona se dibuja en su cara—, que es muy diferente.

—Lo que tú digas, tengo ganas de que me veas un día arreglada.

—Pues accede de una vez a cenar conmigo y tendrás ocasión de arreglarte para mí.

—¿Otra vez con lo mismo? sabes que para mí también es muy difícil, pero creo que debes pasar las noches con tus hijas. Sospecharían si sales a esas horas y no quiero que les hagamos daño.

—¡Pero algún día tendrán que conocerte!

—Es muy pronto Jacobo, aún no están preparadas para verte con nadie que no sea su madre, aunque sólo seamos amigos.

—Como ya me dejaste claro un día, tú y yo no sólo somos amigos, no ha pasado nada entre nosotros porque sabes lo que me mantiene físicamente alejado de ti.

Esa forma de decirlo hace que sienta cosquillas en el estómago, pero también hace que me sienta un poco mal por no poder avanzar en ese terreno.

—Cuando sea capaz de caminar sin muletas me sentiré más segura, de verdad...

—No son las malditas muletas lo que me impide secuestrarte y besarte hasta que me duelan los labios, lo sabes ¿verdad?

—Lo sé y espero que eso también se solucione pronto. Las dos últimas veces has conseguido que me quedara contigo y no he tenido lapsus de memoria desde hace bastante tiempo, pero en cuanto te acercas un poco más y mi corazón se acelera, noto que la realidad empieza a diluirse.

Me siento tan mal por lo que me pasa, me muero por rozar sus labios con los míos y sentir su calor, cada vez que ha intentado besarme he estado a punto de una de mis crisis. La voz de Martín cada vez suena más alto y aunque consigo quedarme con Jacobo, la sensación de que algo no va bien me acompaña durante varios días después.

—Lucía, nuestra conexión va más allá de lo físico. Verte cada día es suficiente para mí y si de momento sólo podemos darnos de la mano como los colegiales ¡mejor me sabrá tu boca cuando por fin la pruebe!

—Si sigues diciendo esas cosas te voy a saltar encima y con mi mala movilidad puede quedar bastante ridículo. Pero si además lo hago mientras conduces podemos acabar otra vez en el hospital y no queremos eso ¿verdad?

Me mira de soslayo sin apartar prácticamente la vista de la carretera, es evidente que el ambiente está caldeado y que nos tenemos muchas ganas, el hecho de no poder casi tocarnos aumenta nuestro deseo y yo empiezo a sentir el mareo inconfundible, pero disimulo para que no lo note. Me concentro en respirar y en un punto fijo.

De repente para el coche y me mira:

—¿Estás bien?

Sorprendentemente sí que lo estoy y el vacío en el estómago ha desaparecido.

—Sí, sí.

—Te he traído a un sitio especial, pero no sé si te hará gracia.

—¿Por eso has parado?

—Sí claro, hemos llegado ¿qué pensabas, que te estaba secuestrando?

—¡Ojalá! Sería un caso de síndrome de Estocolmo de libro.

¡No se ha dado cuenta! ¡Lo voy controlando!

—Anda, espera que te ayudo a bajar. No quiero que te hagas daño.

—¡Pero que voy en chándal! ¿Dónde pretendes que vaya con esta pinta?

—Vas perfecta para donde vamos, no seas tan presumida.

Rodea el coche con su leve cojera y me sujeta mientras bajo, me agarro a su cuerpo mientras recupera mis muletas, en realidad puedo mantener el equilibrio, pero me aprovecho para tocar sus hombros y sentir sus músculos bajo la camiseta. Me mira divertido porque se ha dado perfecta cuenta del examen que le estoy realizando con mis manos, pero una voz a lo lejos interrumpe su respuesta.

—¡Jacobó venga que te están esperando!

—Salvada por la campana señorita...

Me río y le sigo a través de una puerta de acceso a una preciosa casa unifamiliar en medio de la nada.

—Esta es la casa de mi amigo Juan, hemos retomado el contacto a raíz del accidente y me llamó ayer para que me pasara a por un regalo para las niñas, te lo voy a presentar.

—Espera Jacobo ¿estás seguro? Cuanta más gente me conozca más posibilidades hay de que metan la pata con las niñas y se enteren de mi existencia de la forma menos adecuada.

—¡Joder Lucía! ¿Tanto miedo te dan mis hijas? No estamos haciendo nada malo, si ni si quiera te he tocado un pelo.

—No es eso, es que ¿y si me da uno de mis ataques delante de alguien de tu entorno? —sin poder evitarlo estoy llorando—. No sé lo que hago o digo cuando me da una crisis, no quiero que me tomen por loca. Sé que te estoy poniendo las cosas muy difíciles y entendería que no quisieras verme hasta que no me cure...

No me deja terminar de hablar, me pone un dedo sobre los labios.

—Eso no lo digas ni en broma, eres algo bueno dentro de esta tortura que estamos viviendo y no tienes la culpa de nada. Si no quieres que te presente a nadie hasta que te encuentres mejor, así lo haré —me limpia las lágrimas y me da un casto beso en la frente—. Espérame aquí ¿vale?, procuraré no entretenerme.

Sonríó y me acomodó en un murete de piedra, pero Jacobo cumple su promesa y no tarda mucho, lo que veo es que no viene solo, trae consigo dos pequeñísimos cachorros.

—¿Pero y estos quiénes son?

—Son Canela y Tizón ¿te gustan?

—¡Son adorables! ¡Y caben en un bolsillo!

—Sí, son muy chiquitines. Es que apenas tienen un mes, además son de esta raza tan pequeñita... Caniche Toy.

—Son dos monadas.

—Se parecen a nosotros ¿te das cuenta? Tizón enseguida ha venido a jugar conmigo, pero Canela ha empezado a caminar hacia la puerta como si te hubiera presentado, así que he deducido que lo que quería era estar contigo.

La perrita me está lamiendo la cara y yo, que nunca he sido de perros, curiosamente lo estoy disfrutando.

—¿No habrás sido capaz de cogerla para mí?

—Ya no hay vuelta a atrás, sería como devolver un bebé ¿lo sabes no?

—¡Estás loco! ¿Qué voy a hacer yo con un perro? Ni si quiera vivo en mi propia casa.

—Así te animas a independizarte tonta ¿no lo harías por esta monada?

No sé muy bien si se refiere a él mismo o al cachorro, pero ciertamente me he enamorado de ambos, así que sonríó.

—¡Anda, súbelos al coche antes de que me arrepienta!

—¡Pequeños, vámonos a casa!

—¿Cómo que a casa? Ahora mismo vamos a una clínica a ponerles todas las vacunas y el chip y todo lo demás. Si lo hacemos, lo hacemos bien.

—Ya habéis oído a vuestra madre, al médico...

Me hace gracia oír cómo los habla, si es así con dos perritos, con sus hijas debe ser un padrazo.

Me deja en la puerta de casa de mis padres dos horas después y cargada de chismes de perro. El veterinario les ha hecho una revisión y todo lo que corresponde a su tiempo, así que me he quedado más tranquila. Ha sido al llegar a casa y pensar en mi madre y su reacción lo que me ha vuelto a hacer temblar.

—¿Estás nerviosa por algo?

—¿Tan transparente soy?

—Cristalina ¿qué te pasa?

—Que a mi madre le va a dar algo cuando vea a Canela.

—¿No le gustan los perros?

—No demasiado, quizás me he precipitado al adoptarla.

—Lucía, debes empezar a vivir tu vida como adulta que eres, lo de antes de volver a vivir sola no era una broma ¿No te apetece un poco?

—Me apetece mucho, cada vez soy más autónoma y me cuesta más aguantar ciertas normas de casa de mis padres, pero está lo otro.

—No puedes estar atemorizada por ello toda la vida, haz lo que tú quieras, pero si decides independizarte yo estaré contigo. No te dejaré sola, te haré visitas periódicas para comprobar que estás bien.

—¿Harías eso por mí?

—¿Crees que para mí es un sacrificio pasar tiempo contigo? Vigilar tu estado de salud me servirá de excusa para merodear por tu casa, además, Canela me avisará si hay algún problema.

—¡Ja, Ja, Ja! Deja a Canela tranquila, pobrecita.

—¿Te lo pensarás?

Le digo que sí con la cabeza y una sonrisa y se despide de mí con un beso en la mejilla. Curiosamente esos gestos no me crean malestar, sólo es cuando la cosa se pone más intensa y se me acelera el pulso.

Llamo al timbre y espero con Canela en brazos y todas sus cosas apiladas en el suelo, no he dejado que Jacobo asistiera al espectáculo de voces de mi señora madre.

Jacobo:

Abro la puerta sigilosamente para darles una sorpresa a las pequeñas, están entretenidas dibujando en la habitación de juegos y no ven entrara a Tizón.

Martita es la primera en darse cuenta y se queda como paralizada al ver la bolita de pelo negra entrar con miedo en la estancia, cuca en el brazo a su hermana.

—Espera Marti que termino una cosa.

—Mira, Cris, mira.

—¡Espera porfi!

Sin moverse de su sitio insiste la chiquitina.

—¡Criiis, mira!

Con resignación la mayor levanta la cabeza y ve el cachorro.

—¡Un perrito! ¡Un perrito!

Tizón se asusta y vuelve hacia mí.

—¡Papi, papi! ¡Un perrito!

—Sí, Cris, pero no grites que es muy pequeño y está aterrado.

Siento como tiritita en mi mano e intento calmarlo.

Marta se acerca muy despacio y lo acaricia suavemente.

—¿Puedo cogerlo? ¡Porfi, porfi!

—Ahora, cuando te calmes y se calme él ¿Ves tu hermana con qué cuidado lo trata? —arruga la nariz con un mohín heredado de su madre—. Ven, acarícialo tú también despacito para que se vaya acostumbrando.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, se calma y viene a acariciar al perro como le he dicho. Cuando veo que el animal ya no tiene miedo lo suelto en el suelo y las dejo jugar con él.

—Nenas, tenéis que tener mucho cuidado con él porque no es un juguete, es muy frágil y no puede estar todo el rato en brazos, además está muy cansadito hoy porque lo hemos separado de sus hermanitos y hermanitas.

—¿Y por qué no te los has traído a todos?

Si supieran con las ganas que me he quedado de traerme también a Canela...

—Porque no podemos hacernos cargo de ninguno más, los perritos crecen y tienen que estar muy bien cuidados, de momento a ver qué tal nos va con éste y ya veremos si le decimos al tío Juan que cuando vuelva a tener cachorros su perrita nos tenga en cuenta para la adopción ¿De acuerdo?

—¡Sííí! —contestan al unísono.

Sin fiarme mucho de la puerta abierta del cuarto, voy a ver a mi madre y a contarle la nueva incorporación a la familia. Me abraza y me dice que estoy loco.

—Hijo, si no puedes ni con tu cuerpo ¿Un perro ahora?

—Si es que es una monada, mamá, además se lo ha regalado Juan a las niñas ¿cómo iba a decirle que no?

—La verdad es que es un detalle, escucha ¿no es maravilloso ese sonido?

Se refiere a sus risas, por primera vez en meses las oímos reírse con ganas, son un poquito más ellas.

Me abrazo a mi madre y lloro como no lo he hecho en todo este tiempo, es una mezcla entre cansancio, alegría y profunda pena. En silencio me dejo acunar y me desahogo, me permito sólo unos minutos y cuando me separo me siento culpable por lamentar que los brazos sean los de mi madre y no los de ella. Va a decirme algo en su tono tranquilo que seguro me va a hacer sentir mejor, pero una vocecilla nos interrumpe.

—¡Papi! ¡Tizón se me ha hecho pis encima!

Cristina parece muy apenada con su pijama nuevo manchado con un circulito de orín.

Martita en cambio se lo está pasando en grande al ver la desgracia de su hermana, está desternillada en el suelo y de repente veo que hay un círculo mayor debajo de ella.

—¡Pero Martita! ¿Eso también lo ha hecho Tizón?

—¡Qué va papi, me he hecho piz de la riza!

Mi madre, mi hija mayor y yo rompemos a reír también a carcajadas, lo ha dicho tan tranquila, como si fuera lo más natural del mundo. Así, como es nuestra pequeña Marta. Las abrazo a las tres y me ocupo del perro mientras mi madre lo hace de las niñas.

Ya están metidas por fin en la cama, han insistido en que tizón se instalara también en su cuarto y aunque al principio me he negado he oído a Cris decirle a Marta que mamá les había hecho caso y me había convencido de que les dejara tener un perrito, así que ya no tenían que estar tristes porque un poco de mamá estaba en Tizón, no he podido negarme y hemos buscado un hueco para su cestita. Seguro que mañana aparece en la cama de alguna, pero si con eso duermen bien...

Lucía:

Es mi hermana Carmen quien abre la puerta, no me mira a mí, sólo tiene ojos para la bolita peluda que sujeto entre mis brazos.

—¡Carmen, venga, deja de alucinar y coge a Canela, con las muletas y todos los trastos voy a acabar en el suelo!

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —coge con sumo cuidado al cachorro—. ¿A quién tenemos aquí? ¿Canela te llamas tú preciosa? ¿Y de dónde has salido? —sigue hablando como si se dirigiera a un bebé—. ¿Eh? Hermanita ¿De dónde ha salido esta monada?

—¡Me la ha regalado Jacobo y no he podido resistirme!

—¡Pero si no te gustan los perros!

—¡Calla! ¡Te va a oír! —me mira divertida—. Y los perros en general no me gustan, sólo Canela y Tizón.

—¿Tizón?

—Sí, su hermanito, lo ha adoptado Jacobo.

—Anda, así que ya estáis en la fase de adopciones en pareja ¡Pues sí que corréis!

—Sí ¡menuda velocidad!

—¿Es sarcasmo eso que noto?

—Por supuesto, vamos como los caracoles...

—Es normal, con lo que habéis pasado no podéis precipitaros ninguno de los dos.

—Es muy complicado Carmen, cuando tenga fuerzas para ello te lo contaré. Ahora voy a aguantar el chaparrón de tu madre y sus gritos cuando se entere de que quiero volver a mi piso.

—¿Qué quieres volver a dónde?

Resulta que Ruth está otra vez por Madrid y yo no lo sabía, tiene el don de aparecer en los momentos más inoportunos y enterarse de todo así como por casualidad.

—¡SHHHH! ¡No quiero que mamá se entere así!

—Anda Ruth, cógele algo a Lucía para que pueda pasar de la puerta y ahora nos lo cuenta todo. Entro en casa y Carmen se adelanta para ver si hay alguien en el acceso al jardín.

—Están todos en la pisci, vamos a la parte de adelante mejor, como los niños vean a Canela la liamos.

A hurtadillas conseguimos llegar a una zona del jardín que no es visible desde la piscina, soltamos a Canela en el suelo en su cestita y mis hermanas me ayudan a sentarme en los silloncitos que hay ahí.

—Bueno, ahora cuéntanos esa tontería de que te quieres ir de casa.

—Ruth, no me quiero ir de casa, quiero volver a mi casa.

—¡Pero tu casa es esta!

Me armo de paciencia y tomo aire, Carmen me coge la mano a modo de apoyo.

—Yo te entiendo Lucía, si es lo que has decidido te ayudaré en lo que necesites.

—¿Pero tú estás tonta, o qué? ¡Encima la alientas!

—Ruth, esta decisión es única y exclusivamente de Lucía y como hermanas tenemos que estar a su lado sin cuestionar la idoneidad de la misma, además ¿quién ha dicho que sea una mala idea?

—Pues todo el mundo, papá, mamá y el médico si se lo preguntamos.

—Ruth, me encanta vivir aquí, pero necesito mi independencia. Cada vez tengo más movilidad y me manejo bien sola, además, Carmen vive a un paso y si necesito algo la puedo llamar.

—Ya, pero en ese piso vivías con Martín ¿es que no recuerdas lo que te pasó la última vez que estuvimos allí?

—Sí eso sí que es algo que me preocupa, lo reconozco, cada vez tengo menos crisis y las últimas las he podido controlar, pero lo que pasó en el piso sí que me tiene un poco asustada.

—Bueno, si quieres vamos nosotras y empaquetamos todo lo que era de tu marido en cajas, así no tendrás tantos recuerdos suyos ¿Te parece?

Oír la palabra marido ha hecho que me remueva por dentro, se me había olvidado por un momento que estaba casada y que él no era mi ex, sino que seguiría siendo mi marido para siempre aunque ya no estuviera.

—Si llamo a una empresa de mudanzas y hago que me vacíen el piso y lo lleven todo a un guardamuebles ¿estaría muy mal?

—¿Quieres mi opinión sinceramente?

—No Ruth, quiere oír que sería una idea fantástica y que la ayudaremos a renovar todo el mobiliario en un abrir y cerrar de ojos.

Carmen se ha puesto seria y Ruth claudica.

—¿Y quién ha dicho que no era esa mi opinión?

Ambas me abrazan

—¡Sois las mejores, chicas!

De repente oímos algo que no nos gusta:

—¡Abu, Abu! ¡Un perrito!

—¿Un puerro? ¿En mi jardín?

¡Mierda! ¡Canela se ha escapado!

—¡Corred que yo ahora os alcanzo! ¡Salvad a mi perra de Torquemada!

Me hacen caso y van corriendo a explicar la aparición de la pequeña bola de pelo en casa de mis padres. Los niños están como locos de contentos y mi madre como loca, a secas.

—Venga mamá, no me digas que no te gusta. Si te mira con unos ojillos... Y tiene el mismo color de pelo que tus mechas...

—Encima no me calientes lianta, que por muy coja que estés si te tengo que dar una azotaina te la doy —me tapo la boca sorprendida por la barbaridad que acaba de decir mi madre, pero me entra la risa enseguida y ella me sigue—. Siempre he dicho que no quiero perros en casa, ya lo sabéis.

—Ya, pero es que esta perrita es especial, además me va a hacer compañía en el piso cuando me vuelva.

—¡Pues le da tiempo a criar a la pobre!

Este es el momento de soltarlo, si no lo hago ahora no sé si luego me atreveré.

—No mami, he tomado una decisión, voy a irme a vivir sola.

—¿Pero se puede saber qué estás diciendo? Si pasaste de vivir con nosotros a hacerlo con Martín y en tu estado nos necesitas todavía.

Se le han saltado las lágrimas a la pobre y en vez de contestarle como una metralleta, me da pena y opto por tocarle la fibra sensible.

—¡Venga mamá, no te pongas así! Sabes de sobra que os voy a necesitar siempre y que no tengo palabras para agradeceros lo que habéis hecho por mí. Me habéis cuidado, vestido, lavado y muchas cosas más, pero sin duda lo que más necesitaba era el apoyo moral que también me habéis dado sin protestar. Ahora que estoy mejor no es que me quiera largar y olvidarme de que existís, pero necesito avanzar y superar mis miedos, siento que si sigo aquí me voy a acomodar y no voy a volver a ser independiente nunca más.

Sin darse ni cuenta tiene a canela sobre su regazo, la miro con cariño y sintiéndome culpable por el disgusto que le estoy dando. Ella me mira a mí y mira a la perra.

—¿Has visto la que has liado bola de pelo? Mi hija ahora te quiere a ti más que a mí.

—¡Será posible! ¿Chantaje emocional a estas alturas?

—Era la última bala, cariño, tenía que intentarlo ¿ha funcionado?

La abrazo desde la silla donde estoy sentada

—No, ya sabes que cuando tomo una decisión no la cambio.

—Ya lo sé, pero esta siempre será tu casa y si no te encuentras bien en ese piso tuyo, o te hartas de quitar pelos de perro te puedes volver aquí.

—Muchas gracias, no lo dudaba. A ver si te crees que os vais a librar de mí tan fácilmente. Pienso dejar aquí la mitad de mis cosas para tener excusas...

¿Estaré haciendo bien en volver al piso? He tomado la decisión hace dos minutos y se la he contado a mis padres para no poder echarme atrás, pero ¿seré capaz de conseguirlo?

Jacobo:

—Entonces ¿Las niñas están contentas con tizón?

—No lo sabes bien, muchísimas gracias. Tengo que reñirlas para que no lo metan en la cama, pero la verdad es que cuando Martita duerme con él no se levanta sobre saltada, así que me estoy haciendo un poco el loco.

—Me alegro de verdad, amigo.

—Te he echado de menos estos años ¿Sabes?

—Y yo a ti, pero no se debe hablar mal de los muertos, así que no voy a decir una palabra sobre tu ... sobre Laura.

Le agradezco que haya omitido la palabra mujer, me sigue sonando raro.

—Ya...

—Oye, sabes que no me alegro de lo que le ha pasado ¿verdad?

—¡Hombre, lo imagino!

—Es que como no me llevaba bien con ella, a lo mejor piensas que me alegro y quería aclararte que no es así para nada.

—Ya lo sé tío, te entiendo, no te preocupes. A mí me pasa un poco lo mismo, cuando pasó lo del tren estaba decidido a divorciarme de ella.

—¡No jodas! No sabía nada.

—Sólo lo sabe mi hermano, y porque estaba conmigo cuando la pillamos infraganti enrollándose con un pavo el día que regresé de Argelia.

—¿Pero no estabais de viaje juntos después de que tú volvieras?

—Sí, mi madre insistió en que estábamos raros y que un viaje nos ayudaría a reconciliarnos, pero el último día tomé una decisión.

—Y no era la de estar juntos ¿no?

—Ya ves, el destino decidió por mí y aun así me siento culpable.

—Es normal, creo, me imagino que no te alegras de que haya muerto, pero tampoco lo sientes tanto como deberías ¿verdad?

—Lo has clavado, a pesar de los años ¡qué bien me conoces! Lo siento realmente por mis hijas, que han tenido que vivir esta horrible experiencia siendo unas niñas.

—Poco a poco irán mejorando, están rodeada de gente que las quiere. Cuando veas que están preparadas os venís un fin de semana a la casa de campo, mi mujer estará encantada y mis fieras también, los niños y los perros.

—Pues me parece una buena idea y me apetece un montón, una noche para nosotros, como en los viejos tiempos.

Sonríe y me da un abrazo, ve algo por encima de mi hombro y da un respingo:

—Lo que está pasando ahora sí que es como en los viejos tiempos —parece un niño a punto de abrir un regalo, eso significa que ha visto alguna chica interesante—, la rubia despampanante de aquella mesa no te quita ojo ¿le invitamos a una copa?

Miro hacia donde me dice y veo una chica muy guapa o como dice Juan despampanante, pero no siento nada. No es ella.

—No me parece buena idea, aún no estoy para rubias.

Me mira extrañado, aunque le es fiel a su mujer le pierden las faldas y no comprende mi reacción, como no le puedo hablar de ella aún, fingiré que es por mi reciente estado de viudedad.

—¿Pero la has visto?

—Juan, lo que menos me apetece ahora es complicarme la vida enrollándome con una tía que conozco en un bar. No tengo ni la cabeza ni el cuerpo para tonterías.

Le he tenido que contestar serio, si no, no parará hasta que hable con la chica.

—Bueno, no te mosquees, que lo hago por tu bien, ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé, por eso no te lo tomo en cuenta, pero aún no estoy preparado. Cuando lo esté serás el encargado de llevarme de copas por donde quieras.

—Te tomo la palabra, aunque yo no pueda hacer nada, me conformo con mirar...

—Estás enfermo ¿lo sabes, no?

—Amigo, estoy felizmente casado...

Lucía:

Mis padres por fin se han hecho a la idea de que me mudo mañana a mi casa, desde que se lo dije han pasado unos 20 días, pero creo que no se lo terminaban de creer.

Me está costando mucho mantenerme firme en mi decisión y ha sido muy desagradable llamar a mi suegra para decirle que voy a guardar las cosas de su hijo en un trastero. Me grito y me llamó insensible, pero al final fue papá quien le cantó las cuarenta a ella por no tener en cuenta lo difícil que estaba siendo esto para mí. Le dijo que le mandarían algunas cosas por correo y que si quería algo más viniera a Madrid a por ello cuando se encontrara más calmada.

Mi madre le pidió varias veces el teléfono para intentar suavizar las cosas, pero con un gesto le indicó que se ocupara de consolarme y le dejara hacer a él. Conseguí evitar la crisis una vez más y Jacobo vino a verme en cuanto le mandé un mensaje diciéndole lo que había pasado.

Se está portando fenomenal conmigo y ayudándome muchísimo con la redecoración, no le he dejado subir al piso aún, pero me lleva y me trae donde me hace falta y me ayuda cuando estoy indecisa con algo.

Paseamos todos los días a Canela y Tizón y en fisioterapia me han dado por fin el alta, me han aconsejado que siga usando una muleta como apoyo hasta que me sienta segura del todo y aunque lo que más me apetece es mandarlas a hacer puñetas, aún me tambaleo cuando intento dar unos pasos sin ellas.

Con Jacobo en el terreno “carnal” hay pocos avances, me sigo poniendo nerviosa y me da miedo estropearlo ahora que voy tan bien con mis crisis, me asegura que no le importa, e insiste en que yo pongo el ritmo, pero se nos está haciendo muy difícil.

Jacobo:

—Venga tío, perdóname por insistirte con la rubia del otro día, sabes que soy un poco bruto a veces y no me doy cuenta de que aún no estás para esas fiestas.

Pobre Juan, sigue pensando que me molestó que me pinchara para hablar con la chica rubia del bar. Tengo que admitir que un poco sí que lo hizo, pero no por la razón que él cree, no tengo ningún sentimiento de traición hacia Laura, pero no le puedo contar el verdadero motivo. No, aún no.

—Juan, que no te preocupes, que eso ya está olvidado. De verdad.

—Es que ha parecido que me evitabas estos últimos días.

—Joder ¿te estás oyendo? ¡Pareces una novia paranoica!

Me encanta bacilar a mi amigo cuando se pone en plan sensible, es su punto débil y se pica enseguida...

—Como te pasas ¿no? Te recuerdo que hace años empezamos así y no sé cuánto tiempo estuvimos sin vernos...

—Ya pasó, ya pasó, ea, ea... —me río de él sin contemplaciones y noto como sube su enfado a través del teléfono—. Venga, ya sin bromas. No te estaba evitando, he estado más liado que de costumbre. He tenido alguna reunión con los de la aseguradora por el tema del accidente. Aún no está claro quién es el que tiene que pagar ni qué cantidad, pero al tipo que se le fue la mano con la

velocidad se le va a caer el pelo...

—Normal, todos podemos cometer errores, pero algunos se pagan muy caros...

—Y que lo digas —miro una foto de mis niñas con Laura y se me saltan las lágrimas—. ¡Bueno, cambiemos de tema que es muy pronto para deprimirse hoy!

—¡Hecho! Os venís el fin de semana a casa ¿o qué?

—Sí, sí, prepara la habitación para mí y las niñas. Y lo que sea para Tizón, se han hecho inseparables y cualquiera lo deja en casa...

Lucía:

La sensación al entrar en el piso hoy ha sido diferente, no hay casi nada que me recuerde mi vida anterior. Poco a poco iré devolviendo algunas cosas a su lugar, pero hoy prefiero que se queden en la habitación del fondo del pasillo, a ver si logro que el fantasma permanezca allí encerrado también.

Estoy nerviosa, muy nerviosa, he estado toda la tarde colocando ropa y adaptándome a la nueva distribución. Luego ha tocado elegir el modelito y prepararme para su visita.

Sí, he invitado a Jacobo a cenar. No podía esperar ni un solo día, necesito tenerlo cerca en un momento tan importante como este, además, ya llevamos medio saliendo bastante, entre unas cosas y otras...

¡Suena el timbre del portero automático! ¡Ya está aquí!

Miro la pantalla y se ve su imagen un poco distorsionada, pero es inconfundible, creo que también está un poco nervioso por los paseos que da de un lado a otro, no lo voy a torturar más...

—¡Hola! ¡Empuja fuerte que cuesta un poco abrir la puerta!

—Vale ¡Ya está!

Aprovecho los segundos que me da el ascensor para retocarme el vestido corto que he elegido y comprobar que está todo en su sitio. Me habría gustado ponerme un tacón más alto, como lo que solía llevar antes, pero con la muleta no me ha parecido lo más adecuado. Un zapato cómodo de una altura moderada tendrá que bastar, en comparación con la ropa que suelo llevar cuando me ve, hoy voy hecha un pincel, así que no puedo quejarme.

Sale del ascensor y mira hacia el lado opuesto a donde estoy.

—Si quieres puedes llamar a esa puerta, a mi vecina la cotilla le alegrarías la noche...

Se da la vuelta sobresaltado y cuando me ve sus ojos se abren como si hubiera visto una aparición.

—¿Te he asustado? ¡Perdona!

—No, no, no ha sido susto, ha sido impresión ¡Estás preciosa!

—Vaya gracias, sé que últimamente no me arreglo mucho, pero lo dices como si me hubiera hecho la cirugía...

Bromeo para romper el hielo, sé que me ha hecho un cumplido, pero me encanta ponerlo nervioso.

—¡Anda tonta! Siempre estás guapa, pero lo de hoy es espectacular.

—Gracias.

Le doy un beso en la mejilla y le digo que pase, trae una botella de vino y un ramo de flores (es un cielo) así que lo guío hasta la cocina para dejar ambas cosas.

—¡Muchas gracias! No tenías que haberte molestado.

—Ya ves, si mi chica me prepara la cena lo mínimo que puedo hacer yo es llevar el vino ¿no?

¿Ha dicho mi chica? ¿Ha dicho mi chica!

—Bueno, lo de preparar... Al final he decidido encargar algo, espero que no te importe. Aún me molesta las piernas si estoy mucho rato de pie.

—Sé a lo que te refieres...no te preocupes para nada, estar contigo aquí me basta, aunque tengamos que cenar sobrecitos de Ketchup.

—¡Ja, Ja, Ja! No te pases, que no soy tan rata. He encargado algo al restaurante indio que hay aquí debajo, pero les he dicho que cosas suaves, que no quiero dolores de estómago a mitad de la noche.

—Ummm, veo que has pensado en todo...

Joder, no me he dado cuenta y así le he soltado que espero que se quede a pasar la noche conmigo, o ha debido sonar así por la cara que ha puesto y cómo se está acercando hacia mí.

—Chica prevenida, ya sabes...

—Me gusta eso de ti —se ha acercado aún más, yo estoy apoyada en la isla de la cocina y ahora mismo lo tengo pegado a mí ¡me va a dar algo!—. Pero sabes que no es lo único ¿verdad?

Me tiene sujeta con todo su cuerpo y con las manos sostiene mi cara muy suavemente. Me gusta esa sensación.

No puedo articular palabra, asiento con un leve movimiento de cabeza.

—También me gustan tus ojos —me da un beso en cada uno de ellos—, me gusta tu cuello —otro beso, más sensual aún que el anterior—, y me vuelven loco tus labios. Lucía, voy a besarte en los labios y vas a quedarte conmigo ¿me has entendido?

Asiento otra vez con la cabeza, ese tono firme y seguro me hace sentirme segura a mí, además, es que no aguanto más sin besarlo. Me muero por hacerlo desde hace meses y hoy me voy a arriesgar.

Sus labios se posan suavemente sobre los míos, de momento voy controlando, sensación de vértigo pero no de mareo... La intensidad del beso va subiendo, soy yo la que pide más, no puedo creerme lo que estoy sintiendo. Con Martín nunca fue así, siempre fue más calmado, menos pasional, no sentí esta hambre que siento ahora.

Su cuerpo se pega al mío y sus manos abandonan mi cuello para quedarse en mis caderas, se separa un momento para asegurarse de que estoy bien, pero tiro de él hacia mí y vuelvo a succionar su boca casi con violencia. Sus manos bajan hasta mis nalgas y me sube a la encimera sobre la que estaba apoyada, el vestido se recoge y mis piernas parecen haber recobrado sus fuerzas, porque lo rodean sin ninguna dificultad. Me sobra la ropa, le sobra la ropa, empezamos a despojarnos de ella sin dejar de besarnos, pero en cuanto la piel de su torso roza mi cuerpo empiezo a notar la sensación.

—¡Me mareo Jacobo! ¡Te pierdo!

—¡Lucía estoy aquí!

Es como caer en un profundo agujero negro.

—¡Jacobooooo!

—¡Lucía! ¡Cariño abre los ojos! ¡Estoy aquí!

Hago caso y con dificultad los abro. La luz es muy intensa y está todo borroso, no parece mi cocina, ha debido llevarme al salón mientras estaba inconsciente. Rezo por no haber perdido muchos recuerdos esta vez.

Las manos de Jacobo vuelven a sujetarme la cara, pero ahora de un modo distinto, lo hace más fuerte, como queriendo despertarme.

—Jacobo, ya, no te preocupes, ya ha pasado.

Mi vista por fin se acostumbra y veo la cara de quién tengo delante, no es la de Jacobo ¡Es la

de Martín!

Jacobo:

—¡NOOO!

Juan viene corriendo alertado por mi grito, me he incorporado en la cama de un salto y estoy empapado en sudor.

—¿Qué te pasa tío? ¿estás bien?

Estoy llorando sin darme cuenta

—Juan ¡ha desaparecido, ya no está!

—¡Joder, sí que estás afectado aún! Jacobo, el accidente fue hace meses, Laura hace tiempo que nos dejó ¿Lo has revivido en sueños, amigo?

—No, no es Laura de quien hablo ¡Laura me da igual! ¡es ELLA, ella ha desaparecido!

—¿Pero quién es ella? Me tienes perdido.

—Joder —sigo llorando como un niño pequeño, el peso de su ausencia es tan grande, tan rotundo, sé que se ha ido para siempre, lo percibo igual que he percibido su presencia todo este tiempo—. La chica de mis sueños, se ha desvanecido y no va a volver...

Alina, la mujer de Juan entra en la habitación con un vaso de agua y me lo da, se sienta a mi lado y me rodea los hombros con su brazo.

—Jacobo tranquilo, respira hondo. Ahora despacio nos vas a contar desde el principio por qué estás así, qué estabas soñando y quién es esa chica de la que hablas.

Pregunto por las niñas y me dicen que no se han enterado de nada, siguen durmiendo en el salón junto a sus hijos y los perros, que hable sin problemas y no me preocupe porque están allí para escucharme y no para juzgarme. Entonces comienzo a contarles que desde hace unos meses mi verdadera felicidad empieza cuando me duermo, que hay una chica con la que sueño cada noche y me tiene completamente loco, que al principio sólo era un sueño recurrente, pero empezó a ser algo más. Que los sueños eran como una película en la que manteníamos una relación e incluso había notado su presencia en ciertos momentos decisivos durante el día.

—Algunos días me levantaba con su olor aún en la nariz, suave y dulce, cargado de feromonas. No sé cómo explicarlo, sin parecer un loco, pero sí sé que hoy me ha dejado, se ha desvanecido. Se ha marchado igual que llegó, dejándome en la más absoluta y profunda soledad.

Juan alucina, lo sé por su cara, pero Alina parece entenderme.

—Jacobo ¿era alguien conocida?

—La había visto, pero no sé dónde. En los sueños parecía que también había estado en el accidente, pero tengo algunas cosas un poco confusas...

—Juan, vete a la cama, voy a hablar con Jacobo y no quiero que empieces con tus sarcasmos y tus historias.

—Joder Alina, no le metas ideas raras a nuestro amigo en la cabeza, lo que tiene que hacer es ir a hablar con un profesional, está claro que sufre estrés postraumático o algo parecido.

—¡Largo! —mira severamente a Juan y este sale sin volver a rechistar—. Jacobo, el mundo que conocemos sólo es una mínima parte del que en realidad existe, normalmente estamos cerrados a percibir cualquier señal que se salga de la norma, pero hay momentos o sucesos que cambian algo en nuestro interior y nos hacen más receptivos ante estas señales ¿me entiendes? de los espíritus es un mundo complicado, al hablar de espíritus no solo te hablo de fantasmas, también te hablo de almas de personas vivas ¿me entiendes?

No sé muy bien donde quiere ir a parar mi amiga, nunca he creído en estas cosas, pero su voz me tranquiliza y estoy dispuesto a escuchar cualquier teoría que me haga recuperar lo que he perdido.

—Sigue Alina, te escucho.

—Juan se enfada cuando hablo de estos temas porque dice que me van a tomar por loca, pero hay cosas que solo se pueden explicar si entendemos que todos somos energía envasada en unos recipientes a los que llamamos cuerpos. Lo normal es que esa energía pase de unos recipientes a otros sin perderse por el camino, pero hay veces que ocurre algo y se queda flotando en el ambiente. En tu caso, el accidente ha podido ocasionar que estés más receptivo a ciertas sensaciones, y la chica de la que hablas, bien ha podido morir en el accidente y su energía quedarse anclada a ti de alguna manera hasta que se ha ido, o ha estado viviendo lo mismo que tú y cuando su cuerpo descansaba su energía viajaba hasta dar con la tuya en un plano superior.

—¿Pero cómo puede ser eso?

—Meterme en esa explicación podría llevarme horas, son solo teorías y no hay nada probado, hay corrientes que hablan de que la energía va pasando de unos cuerpos a otros, pero que siempre se relaciona con las mismas energías, por lo que si en esta vida por lo que sea vuestros recipientes no estaban juntos, las energías han visto la manera de reunirse ¿Nunca has sentido que conocías a alguien de toda la vida y la veías por primera vez en ese momento?

Me estoy quedando a cuadros con la explicación, pero después de lo que he sentido, me vale cualquier cosa. Además, no recuerdo la ocasión, pero sí la sensación que me describe.

—¿Y cómo hago para recuperarla?

—Cariño, eso es más complicado. Si no te acuerdas del nombre ni su cara con nitidez... Puedes intentar hacer una regresión hipnótica, si dices que también estaba en el accidente, a lo mejor está en esos recuerdos que has borrado porque te dolían. Pero puedes encontrarte con que sea una de las víctimas que han fallecido, no quiero engañarte. Si es así, es que ha cruzado y en esta vida ya no podrás hacer nada más.

—¿Y si está viva?

—Entonces es posible que os volváis a encontrar por casualidad, puede que esté pasando por lo mismo que tú y esté igual de perdida.

—Quiero intentarlo.

—¿El qué?

—La regresión esa, házmela.

Mi amiga se ríe de mis palabras, pero no con malicia...

—¡Yo no puedo hacerlo! ¡Y menos aquí y ahora!

—¿Pero sabes quién pude ayudarme verdad?

—Sí, sí, no te preocupes. Eso sí, a Juan ni palabra de todo esto. Finge que te he convencido de que es todo un sueño y cuando localice a mi amigo te doy un toque, él nos podrá ayudar seguro.

—Mil gracias, Alina, menos mal que estabas aquí.

—Anda duerme un poco, aún quedan unas cuantas horas de sueño.

Me apaga la luz y yo intento dormirme, pero no puedo, al cerrar los ojos se me hace más presente su ausencia. Así que bajo al salón donde están todos los niños y me siento a observarlos, son tan tiernos... Tizón viene hacia mí y se acomoda en mi regazo, por fin parece que el sueño me va venciendo, pero es un sueño triste, gris y sin sentido, porque ella no está...

Martín:

El accidente

¡No me lo puedo creer! ¡Joder hemos chocado o algo!

¿Dónde está Lucía? ¡No la veo!

—¡Lucíííííaaaa!

No responde, sólo veo cuerpos, sangre y oigo llantos y quejidos, pero no puedo pararme a ayudar a nadie ¡tengo que encontrar a mi mujer!

¡Madre mía, creo que esa de ahí es Laura!

Tengo que acercarme a ver cómo está

—Laura, Laura ¿cómo estás?

Giro su cabeza y veo mucha sangre. No responde ¡Joder está muerta! ¡Está muerta! Me da mucha pena, pero no puedo parar de buscar.

¿Dónde está mi mujer? No veo nada con las lágrimas, no puedo respirar y me duele la cabeza.

Oigo las sirenas a lo lejos, no han tardado mucho en llegar. A ver si alguien me puede ayudar a encontrar a Lucía.

Lucía:

—¡NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO!

Médicos por todas partes, enfermeras, me hacen un examen neurológico o algo porque apuntan a mis ojos con molestas linternas, cables, pitidos...

Por fin alguien se digna a explicarme algo:

—Lucía tranquila, has sufrido un accidente y has estado mucho tiempo en coma. Te estamos haciendo unas pruebas para ver que todo está correcto ¿lo entiendes?

Mi voz sale pastosa y lenta.

—Sí ¿Y Jacobo?

La doctora se da la vuelta y le dice a mi acompañante:

—Jacobo, pregunta por usted.

—Soy Martín, su marido.

—Perdón, debo haberla escuchado mal.

No me ha escuchado mal, pregunto por Jacobo, Martín está muerto ¿es que no lo entienden?

Pero Martín aparece a mi lado tan vivo y real como antes del accidente, más delgado y demacrado, pero real.

—Cariño Lucía, por fin has despertado, creí que te perdía.

Se agarra a mi mano y comienza a llorar sobre mi cama. La doctora le concede un momento porque entiende que está pasando por algo muy duro, pero yo quiero que se vaya, quiero volver a cerrar los ojos y aparecer en mi cocina junto a mi verdadero amor, Jacobo.

Martín:

Días después del accidente

Un descarrilamiento, un error humano que ha llevado a una muerte prematura a unas 50 personas y ha acabado con la vida tal y como la conocían de otras muchas más. En realidad de

todas las que íbamos en ese tren, porque desde luego habrá un antes y un después tras el horror vivido.

No he conseguido dormir nada desde ese día, no sé si me atormentan más los recuerdos del propio accidente o los inmediatamente previos. En mi cabeza se mezclan las imágenes de lo que ocurrió en el baño con Laura con la de su cuerpo inerte que observé minutos después.

Nunca podré creerme que ambas son reales, me cuesta entender cómo una persona tan llena de vida, con una risa que te invitaba a hacer locuras y llena de una energía tan contagiosa, puede apagarse en una milésima de segundo igual que si hubieran desconectado un interruptor y nunca hubiera existido.

Mi cerebro no puede procesar todos los sucesos, intento borrarlo todo de mi cabeza, pero no me es posible. El cuerpo de mi mujer postrada en una cama rodeada de tubos y cables y con la vida pendiendo de un hilo me recuerda a cada instante a qué estaba dedicando yo los que pueden haber sido nuestros últimos momentos juntos. Nadie sabe la verdad, soy el único testigo vivo de mi traición, pero eso no cambia nada.

¡Joder! ¿Cómo pude ser tan cerdo?

¡La quiero con toda mi alma y la quería ese día también!

¿Cómo se me pudo ocurrir hacerle eso al amor de mi vida?

Mis suegros me han preguntado si estaba con ella cuando perdió el conocimiento y les he dicho que no pude llegar a verla entre la confusión y el caos que reinaba allí, pero lo cierto es que era otro hombre el que sujetaba su mano y le pedía resistiera y no le dejara, mientras yo permanecía acurrucado en un rincón inmovilizado por la vergüenza.

Jacobo:

Siempre me he considerado una persona realista y con los pies bien anclados al suelo. No me he creído ni historias de fantasmas y apariciones, ni de Dioses todopoderosos que controlan nuestra vida. He basado mis creencias en la ciencia y el empirismo, pero desde que Alina me contó su teoría sobre la misteriosa chica de mis sueños no puedo dejar de darle vueltas a si existe la posibilidad de que sea verdad.

La noche que desperté en casa de Juan bañado en sudor y angustiado por el peso de su ausencia, me agarré a esa opción como a un clavo ardiendo, cualquier cosa me valía para dar sentido a lo que estaba sintiendo. Pero según han ido pasando los días mi parte racional grita que no tiene sentido y que los sueños solo eran eso, sueños. Hay otra parte de mí, por el contrario, que rebate ese argumento esgrimiendo que si solo era fruto de mi imaginación ¿cómo puede ser que sienta que he perdido a alguien tan especial?

Al principio, los sueños eran nuestro único lugar de encuentro, pero poco a poco fui notando su presencia en determinados momentos de mi vida cotidiana: en rehabilitación podía percibir como me animaba a continuar con mis ejercicios por duros que fueran, cuando volví a conducir, cuando adopté a Tizón... ¡Eso sí que fue curioso! hasta la perrita llamada Canela me siguió al jardín y comenzó a ladrar como si llamara la atención de alguien más. No paró hasta que vino Juan a buscarla para devolverla con sus hermanos, me dio una pena...

¿Será todo fruto de mi imaginación? O peor aún ¿estará la chica muerta y no tendré nunca la oportunidad de conocerla?

No acepto ninguna de las dos posibilidades, si existe sólo la más mínima probabilidad, por pequeña que sea, de que ella esté en la misma situación que yo y no haya sido solo un sueño

¡Pienso averiguarlo!

Me da igual que me tomen por loco o que nadie entienda lo que hago, pero mis días no son iguales desde que no la siento y mis noches solo hacen que me tire de los pelos cuando me duermo y ella no aparece. Alina es la única que me puede ayudar, así que por primera vez en mi vida, voy a abrir mi mente y a confiar en sus palabras por muy descabelladas que me parezcan...

Martín:

Los médicos aseguraban que estaba bien, que ya había pasado el peligro, que después de las múltiples operaciones y de que bajara la inflamación cerebral no había motivo para que continuara en coma. Pero seguía dormida, prácticamente inerte, no había señales de que siguiera entre nosotros, pero un día sus ojos comenzaron a moverse debajo de sus párpados.

Nos alegramos mucho y el equipo médico incluso se atrevió a desconectar el respirador ¡Respiraba por sí misma! ¡no había daño cerebral!, era cuestión de días que despertara, pero pasaron semanas y luego meses. Sus hermanas se turnaban para darle masajes, lavarla y contarle cotilleos. No me gustaba separarme de ella por si despertaba, pero insistían en que tenía que descansar, asearme y comer.

Volver al piso vacío ha sido una tortura, ver sus fotos en las que rebosaba vida, su ropa aún revuelta por los preparativos del viaje, su móvil silente cuando en otros tiempos no paraba de sonar... Y mis propios pensamientos, esos son los peores. La esquila de Laura que no tuve valor de tirar a la basura cuando la vi en el periódico después del suceso, sigue encima de la mesa e intensifica mi sentimiento de culpa por ser un cerdo y un cabrón. Lucía ha pagado por mis pecados y ha quedado postrada en una cama, o eso creía hasta esta mañana cuando he oído su voz.

No me lo podía creer ¡Lucía despierta! Las enfermeras y los médicos no daban crédito, se ha despertado como si de una siesta larga se tratara, el problema era que repetía sin cesar el nombre de otra persona y les decía una y otra vez a los médicos que la volvieran a dormir, que eso no era real y que no era ese su lugar.

Me han explicado que la desorientación es totalmente normal y que poco a poco se irá centrando, pero cada vez que me acercaba a ella se ponía a gritar y a decir que no tendría que estar allí, que yo ya me había ido y no tenía ningún derecho a volver y arrebatarme su nueva vida.

Ha sido horrible, al final la han tenido que drogar y me han aconsejado que sea otro familiar quien se ocupe de ella mañana, mi presencia parece alterarla mucho y se temen una recaída.

¿Sabrá lo que hice?

Lucía:

Me han atado a la cama, debo haber armado un gran jaleo en mi última crisis, el pobre Jacobo se ha debido comer un buen marrón, para una vez que habíamos avanzado un poco voy y me desmayo. Si no quiere volver a verme lo entenderé a la perfección. El pobre tiene el cielo ganado por soportar tantos meses de castidad por salir con una loca, y estas correas lo confirman...

Entra mi madre ¡joder cómo ha adelgazado en dos días! ¿y ese pelo? ¡Mañana me la llevo a la pelu sí o sí, nunca la he visto tan desarreglada!

¡Oh, Dios Mío! ¿Cuánto habrá durado esta crisis?

—Lucía ¿Puedes oírme, mi vida?

—Sí, mami, te oigo ¿Pasa algo? ¿Por qué lloras?

Se ha abrazado a mí llorando como una desesperada, me da besos sin parar y sólo repite que estoy de vuelta.

—Oye, no te aproveches de que estoy atada para besuquearme que sabes que cobro caro.

—¡Ya estás bromeando! ¡Esta sí que es mi niña!

—¿Se puede saber a qué viene tanto revuelo? ¿Y estas correas? ¿Me las puedes quitar?

—Sí, cielo, voy a por una enfermera para que te suelten.

Oigo que se dirige a alguien en el pasillo y no deben hacerle mucho caso, porque enseguida distingo la voz de mi hermana Ruth diciendo que si mi madre dice que estoy bien es que lo estoy y que como no me suelten ahora mismo va a poner una demanda hasta al que limpia los baños.

La persona aludida entra con muy malas pulgas en la habitación.

—¡Es su responsabilidad! ¡Si les hace daño o se lo hace a sí misma, yo no quiero saber nada! ¡Firme este papel y la suelto como me piden!

Mi madre firma sin dudarle y le dice a mi hermana que pase también ¡Otra que ha adelgazado un montón! ¿Se puede saber qué dieta milagrosa han seguido en dos días?

—¡¡¡Lu!!! ¡Qué susto nos has dado!

—¿Me puede explicar alguien qué pasa y por qué me tenían atada?

—¿No te acuerdas? Ayer si no te sujetan le das una paliza al pobre Martín.

—Dirás a Jacobo ¿Me puse agresiva con él? ¡Qué vergüenza!

—¿Qué dices de Jacobo? A Martín, tu marido.

—Pero si Martín está muerto Ruth, no me vengas con gilipolleces que no son temas para bromear.

—¡Mamá! ¿la estás oyendo? ¡Sigue ida, joder!

—¿Pero cómo que sigo ida? Ruth ¿estás tonta?

—A ver, a ver, parad las dos. Lucía Cariño ¿sabes lo que te ha pasado?

—Pues deduzco que he tenido una crisis, pero debí darme un golpe en la cabeza al caer, porque todo esto está siendo muy raro.

—¿No te acuerdas del accidente?

—¡Claro que me acuerdo, pero de eso ya hace meses!

—¿Y sabes que has estado en coma todos esos meses?

—¿En coma?

—Sí cariño.

—Eso es imposible, he estado yendo a rehabilitación y viviendo con vosotros en casa.

—No, mi amor, has estado seis meses en coma y Martín no se ha separado de tu lado.

—¡Pero que Martín murió en el accidente!

—Mamá, vuelve a estar nerviosa ¿llamo al médico?

—No, no, espera. Lucía ¿Por qué dices que Martín murió?

—Porque lo hizo, recogimos sus cosas en el hospital y cuando me dieron a mí el alta hablé con su madre...

—Lucía, nada de eso era real, mi vida. Martín está vivo y te sigue queriendo igual que antes, no ha salido de aquí en estos meses.

No puede ser verdad, si él está vivo ¿dónde está Jacobo? ¿Y todo lo demás? ¿mi piso renovado? ¿Canela? ¿Todo ha sido mentira?

Veo aparecer su cabeza por el hueco de la puerta, creo que está tanteando cómo está la situación para ver si puede entrar, trae un ramo de flores en la mano y su cara de amabilidad que en estos momentos odio con todas mis fuerzas.

—Dile que se vaya, mamá.

—¡Pero hija, que es tu marido!

—¡Qué se vaya, por favor! ¡Que se vayaaaaaaaaaaaaaa!

Me van a volver a atar, lo sé, pero o lo hacen o volveré a atacar a ese impostor que me ha traído de vuelta a un mundo en el que no quiero estar, un mundo sin Jacobo...

Martín:

Mi suegra me consuela y me dice que todo volverá a ser como antes, pero la cara de odio que he visto en mi mujer será difícil de olvidar. No sabemos muy bien qué le pasa, pero han llamado a un neurólogo para que evalúe el caso, si no da con nada avisarán al psiquiatra para que dé su punto de vista...

Lucía:

Loca, ese es mi diagnóstico, loca de remate. Ellos lo disfrazan diciendo estrés postraumático, pero es solo un bonito nombre para justificar que se me ha ido la cabeza por completo.

El psiquiatra del centro me estuvo haciendo una serie de preguntas sobre lo que recuerdo del tiempo que he estado en coma, le he explicado un poco por encima lo que he sentido y vivido estos meses y me ha dicho que hay casos documentados de personas que viven una realidad alternativa mientras están en estado de inconsciencia, pero que él no se había encontrado con ninguno.

Está muy interesado en saber más, pero yo no estoy por la labor, si accedo a quedarme aquí un tiempo más para que me estudie es por no volver a mi casa con mi marido, no soporto ni su olor ni su voz ni sus ojos azul apagado que jamás podrán compararse con los verdes de Jacobo.

Jacobo:

Los nombres de la lista de pasajeros no me dicen nada, la repaso una y otra vez en busca de algo que me haga recordar, pero sólo recuerdo la sensación de estar a su lado, su olor, su tono de voz, esa risa que le salía desde dentro aunque la situación fuera dura y complicada...

Mis padres me preguntan qué es lo que me pasa que ando como alma en pena de un sitio a otro. Juan va a empezar a pensar que tengo un lío con su mujer, porque no paro de escribirla y de presentarme en su casa con cualquier excusa tonta... Estoy desesperado, pensé que esta absurda sensación desaparecería en unos días, pero no ha sido así.

Las únicas que me hacen desconectar son las niñas y los perros, sí, al final adopté también a Canela, no sé por qué me recordaba a ella, y a las niñas les encanta la idea de tener un perro cada una.... En fin, no me va a quedar más remedio que someterme a la sesión esa que me ha dicho mi amiga ya varias veces, tanto si es real como si no, la clave está en mi cabeza y debo dar con la manera de encontrarla.

Lucía:

Un mes en el hospital me parece tiempo suficiente para concluir que no tengo arreglo. Les he hecho creer a todos que estoy recuperada y convencida de que todo lo ocurrido durante estos meses ha sido sólo un sueño, pero yo sé que hay algo más, no puede ser todo fruto de mi imaginación. Sé que él existe, está en alguna parte de este planeta y confío en que el destino nos vuelva a unir como ha hecho una y otra vez en mi largo sueño.

Con Martín estoy un poco mejor, a duras penas soporto estar en la misma habitación que él, pero debo ser una gran actriz, porque creo que no se ha dado cuenta de ese detalle. Me da mucha pena y hago un esfuerzo cada vez que viene a verme por no ser borde y desagradable. Según me ha contado mi familia, no se ha despegado de mí y me ha cuidado como nadie. Ha aprendido los ejercicios que tenía que hacerme en las piernas y brazos para que no perdiera el tono muscular y no ha fallado ni un día, si soy capaz de caminar y moverme sin problemas después de casi 6 meses encamada es gracias a él. Pero no le quiero, no quiero que sea más mi marido y eso me hace llorar a lágrima viva cada vez que se va.

¿Cómo voy a soportar volver con él a nuestra vida anterior?

El mayor aliciente que tengo para querer salir de aquí es mi familia, pero la de verdad, la sanguínea. Bueno, eso y encontrar a Jacobo, pero eso es otro asunto. Mis padres y mis hermanas son mi gran motivo para continuar despierta y no sucumbir a mi agradable mundo imaginario, ellas y mis sobrinos, por supuesto.

Mi vida real en ese sentido es genial, les tenía a todos preocupadísimos y lo reflejaba su aspecto, caras ojerosas por pasar las noches en vela y Kilos de menos por tener el estómago cerrado, en todos los casos menos en el de Carmen a la que la tripa le ha ido creciendo por momentos. Eso ha sido todo un shock porque está a punto de dar a luz, cuando ocurrió lo de mi accidente acababa de enterarse de que estaba de casi dos meses, con lo que yo no la noté nada y de repente cuando la vi al despertar casi me vuelvo a caer de espaldas.

La pobre casi lo pierde del disgusto que le di, es algo que no me habría perdonado nunca, pero mejor es no pensarlo, la niña está bien y mi hermana también.

Mis sobrinos también se asustaron cuando me vieron como la bella durmiente, por lo visto el más pequeño no paraba de decirle a Martín que me diera besitos para que me despertara, pero alguien debería haberle dicho que el hechizo no se rompería porque se estaba equivocando de príncipe azul...

Martín:

Por fin va siendo ella misma, de vez en cuando puedo ver a la chica con la que me casé. Sigue triste y un poco desubicada pero, según dicen los médicos, es normal.

Ha debido pasar por un infierno estos últimos meses, aunque aseguran que no recuerda mucho del accidente y de los momentos previos, lo que es un alivio, primero porque yo aún sigo teniendo pesadillas con el momento del golpe y todo el caos que se desató después. Y segundo, porque por su reacción inicial al verme pensé que se había enterado de alguna manera de lo que había hecho en ese tren y no soportaba mi presencia, lo que significaría el fin sin remedio de nuestro matrimonio. Ahora sé que eso es imposible, así que estoy feliz porque sólo es cuestión de tiempo que recuperemos nuestra maravillosa vida.

Jacobo:

—Sergio ¿esta es toda la lista de los pasajeros?

—No, Jacobo, ya te expliqué que sólo son los asistentes a la última reunión con los abogados de la aseguradora ¿No ves que Laura no figura?

—¡Joder, pues no me sirve!

—¿Pero para qué te tiene que servir?

—¡Nada, nada déjalo!

—¡Estás de rarito desde hace unos días! ¡Háztelo mirar hermano, porque hasta las niñas se han dado cuenta!

Sí que estoy raro, no me aguanto ni yo y soy consciente, pero no pensaba que lo hubiera proyectado hacia las niñas. Esto tiene que acabar de alguna manera.

—Perdóname Sergio, no sé lo que me pasa, debe ser por tanta dichosa reunión con la aseguradora.

—No te preocupes, debes estar pasando un calvario, todos los días alguna cosa que te impide pasar página y dejar ese maldito accidente atrás.

—Según te han informado ya están cerca de darnos una resolución ¿no?

—Sí, hay una reunión la semana que viene porque una de las víctimas ha despertado de un coma y eso varía un poco la situación, pero no creo que se alargue mucho más, se arriesgan a que les pongamos otra demanda más y ya tienen bastante con lo que tienen.

—¿Me has dicho que una chica ha despertado del coma ahora?

—No sé si es chico o chica, pero sí, llevaba 6 meses en estado vegetativo y de repente despertó. Lo que no sé son las secuelas que han podido quedarle, me imagino que de eso va la reunión.

—¡Joder, pobre gente, 6 meses en el hospital! Para nosotros el tiempo que estuve yo fue una tortura, no me imagino tanto tiempo de incertidumbre y noches en vela...

—Todo eso cuenta a la hora de la indemnización, al menos mi bufete presionaría por ahí, espero que tengan un buen abogado que sepa tocar las teclas adecuadas.

—Esperemos, en una semana lo sabremos ¿no?

—Al menos sabremos algo más.

—Oye, avísame del sitio y la hora, a esta reunión sí quiero asistir.

—Sabes que no es necesario ¿no? Se pasa bastante mal con tantas personas reviviendo el momento.

—A lo mejor eso me ayuda a recordar ¿quién sabe?

—¡Otra vez con lo mismo! Jacobo, no sé por qué te empeñas en intentar recordar un episodio tan traumático ¿no crees que tu cerebro lo ha borrado por algo?

—Las cosas no son así, yo no soy así. Yo no hago como si las cosas no hubieran pasado, las afronto.

—Sí, igual que afrontaste que Laura te pusiera los cuernos e Igual que has afrontado que haya muerto.

—¡Eso es distinto!

—¿Qué es distinto?

—¡Sí, Sergio, es distinto porque los cuernos no es que no los afrontara, es que me daban igual y no quería que mis hijas sufrieran!

—¡Y su muerte también te ha dado igual! ¿no?

—¡No, joder! ¡Su muerte ha sido un alivio y no me perdono sentirme así!

Estoy llorando, es la primera vez que confieso en voz alta que me alegro de la muerte de mi mujer. Sólo lo siento por mis pequeñas, pero Laura era mala conmigo, una mujer manipuladora e interesada a la que sólo le importaba mi dinero, pero no está bien alegrarse de la muerte de nadie ¿en qué me convierte eso?

Mi hermano me atrae hasta su hombro y, aunque tanto contacto físico me incomoda un poco, lloro abrazado a él.

—Tranquilo, ya lo has soltado, desahógate.

—Sergio ¿soy un monstruo?

—No, el monstruo era ella. Yo también me alegro de que ya no esté y mira si soy blando...

La verdad es que mi hermano es un trozo de pan, pero de pan de molde, es compasivo, comprensivo, amable y quiere a todo el mundo (a excepción de algunos personajes con los que trata en su trabajo) si piensa eso de Laura, es que sabe algo más que no me quiere contar.

Yo tampoco le puedo contar todo, es una auténtica locura sin sentido llevar un mes arrastrándome como alma en pena por alguien que ni si quiera es real, por una persona a la que no le puedo poner cara ni nombre, por una sola sensación. Si se lo dijera pensaría que estoy loco, loco de atar, y no quiero que mi hermano piense eso de mí.

Mi hermano me saca de mis pensamientos porque se le ha ocurrido algo.

—¿Te serviría de algo que te consiguiera las cámaras de grabación?

—¿Hay imágenes?

—Sí, los abogados las hemos visto, pero no nos han dado copia. En cada vagón y pasillo hay una cámara y aunque no es nada fácil, si presiono un poco me podrían dar una copia.

—¿Cómo no me lo has dicho antes?

—Pues no sé, pensé que recordarías por ti mismo. Como fuiste a la sesión de hipnosis esa...

—Ya, pero no sirvió de nada.

No me relajé, no pude hacer nada más que revivir ciertos momentos de mis sueños que me dejaron aún con más desasosiego, con más sensación de soledad y abandono, percibí con más nitidez su olor y escuché su risa y su voz, pero de la cara y el nombre nada de nada. Frustración, dolor y vacío, eso es lo que me quedó tras la sesión.

La terapeuta me dijo que si eran sueños debería averiguar el porqué de los mismos. Los había vivido con una intensidad inusual y dudaba que se tratara únicamente del shock post accidente.

Quería seguir indagando y hurgando en mi cabeza en posteriores sesiones, pero estaba tan abatido que me negué a seguir por ahí. Ahora lo que tengo que hacer es olvidar y seguir con mi vida, la real, en la que están mis hijas a las que he dejado de lado por una Quimera.

Lucía:

Hoy me dan el alta y aunque por un lado estoy contenta de salir de este lugar, por otro me dan ganas de fingir una crisis como las de mi sueño y quedarme otro tiempito aquí vigilada.

Mis padres están eufóricos, mi hermana va a parir de la emoción, mis sobrinos corren de un lado a otro como si fueran hiperactivos y Martín ¡Ay Martín! Está como niño con zapatos nuevos.

Me mira, me sonrío, se acerca y me besa, me dice que no me preocupe y que todo va a salir bien, me aprieta la mano ¡Y yo lo que quiero hacer es estampársela contra la cara! ¡Que me deje tranquila que no soy de porcelana!

Me contengo y le sonrío, pero hasta su voz me pone de los nervios. Sé que si expreso estos sentimientos en alto se replantearían el dejarme salir, pero quiero ver a mis amigos y volver a mi trabajo, de hecho hace semanas que en las sesiones con el psicólogo no soy sincera, al fin y al cabo estudié esa carrera y sé lo que quieren escuchar.

Me preparo para la última entrevista con el equipo médico para que me den el alta y las indicaciones a seguir en casa, estoy bastante bien en general, pero debo seguir teniendo algunas precauciones por un tiempo.

—Bueno Lucía ¡Por fin te perdemos de vista!

—Sí, debéis estar hasta el gorro de verme la cara, yo como he estado dormida casi todo el tiempo...

—Era una broma, nos alegra darte el alta porque significa que ya estás bien, aunque como sabes, hay algunas órganos que han quedado algo tocados y con los que debes tener cuidado.

—Sí, algo me dijo Martín del bazo y un riñón ¿no?

—Bueno sí, el bazo lo extirpamos y el riñón conseguimos salvarlo, aunque no debes hacer mucho esfuerzo durante un tiempo. Hay algo más que no le hemos contado tampoco a él.

—Me está asustando doctor.

—A ver, no es algo agradable, eso desde luego, pero tampoco pone en riesgo su vida.

—Dígamelo ya, que me estoy atacando.

—Es tu aparato reproductor Lucía, está dañado. En el golpe uno de los ovarios quedó destrozado, el otro también se dañó, pero algo pudimos salvar, no creo que sufras una menopausia precoz porque algo de función conserva, pero me temo que no vas a poder tener hijos biológicos. Sabes que existen otras opciones, en principio tu útero no está dañado, pero no te puedo asegurar que sea capaz de soportar un embarazo, si estás interesada en ser madre deberán estudiarte y explicarte hasta dónde puedes o no llegar.

No me sale casi la voz, se me ha formado un nudo en la garganta y no puedo ni responder. Es verdad que por ahora no quería niños en mi vida, pero saber que no los voy a tener nunca es algo por lo que no me esperaba tener que pasar. Martín está a mi lado y se ha quedado pálido (bueno, más pálido), debe estar destrozado también pero es quien responde ante mi imposibilidad para hacerlo.

—Muchas gracias por todo, sopesaremos todas las opciones y llegado el momento le consultaremos para que nos oriente sobre a qué profesional dirigirnos.

—Estaré encantado de ayudar y cualquier cosa que necesitéis no dudéis en decírmela.

Lo que necesito es volver a atrás, o mejor, cambiar de realidad ¿en eso el buen doctor me podrá ayudar?

—Venga Lucía, salgamos ya.

Me despido y doy las gracias por inercia.

Mi cara debe reflejar el estado en el que me encuentro, porque mi madre corre hacia mí asustada.

—¿Hija qué te pasa? ¿Te han dicho algo malo?

Martín va a responder, pero le miro mal y le corto. No quiero que sepan nada y se preocupen más.

—No, no, nada mamá, es que aún no me puedo incorporar al trabajo y tenía muchas ganas.

—Soy tu madre y te conozco ¿qué más te pasa?

—Que nada, déjalo.

—Mira Lucía, vamos a hablar clarito antes de salir de aquí ahora que no nos oye nadie. Sé que lo estás pasando mal, sé que te habrán dado una mala noticia y por eso estás así, pero si alguien no tiene la culpa de nada es tu marido. El pobre lo está pasando fatal con tu actitud hacia él, estás fría distante y por momentos eres hasta desagradable con él.

—¡Pero es que no puedo hacer otra cosa, ya había aceptado su muerte! ¿no lo entiendes?

—Lo que entiendo es que está vivo y que tú estás de pie gracias a él, que te ha cuidado, limpiado y mimado como si fueras lo máspreciado de su vida, que no se ha separado de tu lado en 6 meses, Lucía, ¡6 meses consagrados a ti por completo! Así que ya puedes arreglar lo que esté pasando por esa cabecita tuya y empezar a ser más amable con tu marido, que yo no te he criado para que seas una desagradecida y maleducada.

Lo que me hacía falta ahora, un broncazo de mi madre. En parte tiene razón y Martín no se merece el trato que le estoy dando, intentaré ser más amable y portarme mejor, aunque eso me convierta en una hipócrita.

—Tienes razón, seré más amable.

Nos volvemos a reunir con el grupo y quedamos con ellos en casa de mis padres, me monto en el coche de Martín y me doy cuenta de que no viene nadie más con nosotros, me agobia en un primer momento, pero tengo que acostumbrarme a estar a solas con él.

—Lucía, lo siento mucho.

—Martín, tú no tienes la culpa.

—Ya, pero me duele todo lo que te pase. Te quiero y encontraremos una solución, ya lo verás.

—Déjalo estar, Martín muchas gracias, pero no me ha dado tiempo a asimilarlo aún y no quiero hablar de ello.

—Pero es que quiero que sepas que por esto no te voy a abandonar.

¡Pues me haría un favor!

—Te he dicho que no quiero hablar del tema.

Si sigue por este camino voy a gritarle y me he propuesto tratarlo bien.

—Como quieras.

Sigue con la mirada fija en la carretera, pero sé que está dolido. Al fin y al cabo esto también le afecta a él y soy muy egoísta al no quererlo ni mencionar. Respiro hondo y lo vuelvo a intentar.

—Por cierto, muchas gracias por todo, todo el mundo dice que has estado a mi lado este tiempo y me has cuidado mejor que los médicos.

—No tienes que darme las gracias, eres mi vida, es algo natural.

Mi estómago se encoge por la culpabilidad. Él no era mi vida antes del accidente y tampoco lo es ahora pero, como dice mi madre, no soy ninguna desagradecida, así que hago de tripas corazón

y pongo mi mano sobre la suya, que descansa sobre la palanca de cambios.

Me mira con ternura y me dedica una sonrisa que yo acompaño, aunque sean lágrimas lo que me corre por dentro.

Martín:

Es el primer gesto cariñoso que tiene conmigo desde hace tiempo, echaba de menos su tacto. Estos meses en el hospital la he tocado y acariciado, pero sin obtener respuesta por su parte, aun estando ya despierta eran muestras de afecto unidireccionales, como si acariciara a una imagen virtual de mi mujer. Me lo tengo merecido por cabrón y no puedo reprochárselo, aunque ella no lo sepa, yo sí.

A veces pienso que tiene un sexto sentido y que me lo nota, que ve la culpabilidad en mi cara, que sabe que si no me despecué de ella en estos 6 meses no fue sólo por amor, sino también por culpa. Además está lo de su maternidad ha sido un palo para los dos, pero aún recuerdo cuando le propuse ser madre antes del viaje y la mirada que me echó ¿está muy mal que me alegre porque esté tan afectada? Es que es un alivio que reaccione así, cuando nos lo han dicho pensé que se alegraría porque su deseo se había hecho realidad, pero no, se ha puesto triste y por eso aún la quiero más.

Lucía:

Ver la casa de mis padres después de tanto tiempo me resulta reconfortante, aunque a decir verdad yo he estado viviendo en ella estos últimos 6 meses, o al menos una parte de mí lo ha hecho. Es curioso que en mi otra realidad hubiera decidido abandonar la cómoda vida que allí me ofrecía mi familia y que en esta realidad (la cruel, la de verdad, verdad) pagaría por tener una excusa para esconderme bajo su techo.

Mis sobrinos corren hacia mí entre gritos y risas, han crecido muy deprisa y tienen algo diferente. Me abrazan y me dicen cuánto me han echado de menos lo que me hace agarrarme a ellos y llorar de alegría. Me alegro muchísimo de verlos fuera del hospital, ellos y el bebé que viene en camino hacen que me alegre de estar despierta.

Me acompañan, bueno más bien tiran de mí, hacia dentro de la casa y me enseñan todas las cosas que han acaparado durante este tiempo, tesoros que han permanecido intactos porque querían esperar a la tía a para abrirlos. Me entenece sobre manera porque muestra las ganas que tenían de verme, sé perfectamente lo que les cuesta esperar con el envoltorio intacto entre las manos, por eso cuando me enseñan un montón de paquetitos sin abrir me vuelvo a abrazar a ellos y a llorar, pero esta vez solo de alegría por tenerlos en mi vida.

—Pero tía ¿qué te pasa? ¿Te duele algo?

—Qué va mi vida, es que os quiero mucho y os he echado muchísimo de menos.

—Pero ya estás aquí, no tienes por qué llorar. Además, también tú tienes regalos.

Intento recomponerme y seguirles el juego para que no se preocupen.

—¿Ah sí? ¿Y dónde están mis tesoros?

—¡Pues en tu habita! ¿Vienes?

Los sigo hasta mi querida habitación y lo que veo dentro me deja pasmada, cientos de regalos, tarjetas, cajas de bombones, peluches...

No puedo ni entrar, estoy estupefacta en el umbral de la habitación. Siento a alguien abrazarme por detrás y me tenso pensando que es Martín, pero cuando me doy cuenta de que es Ruth me relajo y me dejo abrazar.

—¿Qué es todo esto Ruthi?

—Esto es que tienes mucha gente que te quiere.

—No me puedo creer que todo esto sean regalos.

—¡Buff y la de ramos de flores que habremos tirado del hospital! Entre los que te llevaba Martín día sí y día también, para que si despertabas vieras algo bonito, y los que te mandaban tus amigos y los primos, no dábamos abasto para quitar floreros.

—¿Martín me llevaba también flores?

—Pobrecito, parecía un perro labrador ahí sentado a los pies de tu cama.

—Y cuando desperté...

—Creí que se moría, Lucía, su cara de desconcierto era total. Tuvieron que darle un tranquilizante y todo cuando te vio en ese estado al reconocerle.

Me estaba deshaciendo por dentro, mi marido no se merecía cómo lo había tratado, ni lo fuerte que había deseado que no hubiera sobrevivido.

—¿Tantas cosas le dije?

—Yo no estaba, pero mamá me dijo que le repetías una y otra vez que no tenía derecho a estar

allí, que ya estaba muerto y alguien había ocupado su lugar, que cruzara al otro lado de una puta vez y te dejara vivir la vida junto a Jacobo.

—¿Por qué nadie me lo había contado?

—Porque no es fácil, cariño, los primeros días estabas como ida, sólo repetías que ese no era tu sitio, que tú ya habías pasado por eso y que ahora estabas bien. Que habías dejado a alguien plantado y que se iba a preocupar mucho si no volvías de tu crisis. Poco a poco fuiste volviendo con nosotros, pero no con él, seguías echándole unas miradas que daban miedo. Por momentos pensé que le estampabas el soporte del gotero en la cabeza.

—Ganas tenía, la verdad.—Sonrío, pero entre lágrimas. Recordar la pesadilla de mi despertar es muy difícil para mí y me vengo un poco abajo al hablar con mi hermana—No le quería Ruth, en mi vida ya no estaba y estaba tan feliz sin él. Y de repente le veo de pie y a mi lado y la otra persona a la que he sentido, olido y besado, resulta que no ha existido. Que solo ha sido producto de mi imaginación, una cruel broma de mi cerebro que ha decidido inventarse una vida y que casi me arranca de ésta.

—Pero ahora estás aquí ¿no?

—Sí, por todo esto —señalo a la habitación repleta de regalos— y por vosotros me alegro mucho de estar aquí, pero siendo sincera, la parte en la que tengo que volver a mi vida con Martín es la que sigue sin convencerme para nada.

—Divórciate.

—¿Cómo?

—Lo ibas a hacer antes del accidente, hazlo ahora, rompe con él y sigue tu vida.

—Ahora no puedo, hermana, le debo demasiado para hacerle eso.

—Pero no lo quieres.

—Aprenderé a hacerlo, antes me temblaba el cuerpo sólo con oír su tono de llamada, así que debe quedar algo escondido en algún lugar de mi corazón y me esforzaré por encontrarlo.

—Como tú quieras, pero ya sabes que me tienes aquí y que mi casa sigue siendo la tuya.

—Eso no lo dudo, y no tardaré en volver a ella, en cuanto pueda conducir.

—En tren no ¿no?

—¡Ni de coña! Dame un tiempo para volver a amar esos putos cacharros.

Le he dicho a mi hermana que volveré a querer a Martín, pero mi corazón lo ocupa un ser imaginario. En el fondo no es tan grave ¿no? Hay muchas parejas que no se quieren y viven juntas, el truco puede estar en que el resto de tu vida te llene por completo, así aunque una parte falle sólo será eso, una parte... Además ¿qué clase de persona no quiere a alguien que se ha sacrificado tanto como él por mí?

Martín:

Lucía vuelve de su dormitorio con mi cuñada, se acerca a mí y me da un beso en la mejilla y me dice gracias al oído. No creo que haya pasado de verdad, mi familia política también está perpleja, pero ella actúa como si tal cosa, como si fuera la misma de antes. Pero no de antes del accidente, de mucho antes, se sienta a mi lado y entrelaza su mano con la mía. Mi cuñada la mira con recelo, pero ella la ignora, no sé si deliberadamente o sin darse cuenta, y aunque me intriga saber qué conversación habrán tenido en mi ausencia, no pienso preguntar por si acaso. Voy a aprovechar el cambio y a hacerla mía de nuevo.

Jacobo:

Desde mi conversación con Sergio he intentado centrarme más en mi vida real y reconozco que me ha ayudado a sobrellevar el peso de la ausencia. Sigo intentando recordar y me voy a la cama con la esperanza de que vuelva a aparecer, pero no lo hace, se ha ido para siempre.

Por lo demás el trabajo va bastante bien y he vuelto a salir con Juan sin acosar a Alina. Ella me ha repetido mil veces que no me dé por vencido y que en mi cerebro está la respuesta, pero no quiero hacerlo más, no quiero dar de lado a las personas existentes en mi vida por la que nada más que ha existido durante un tiempo en mis sueños.

El tema de las grabaciones que comentó mi hermano me sigue intrigando, sé que los impedimentos que le pone la compañía no son el único motivo para que yo no pueda verlos. Le he pillado discutiendo con Santi alguna vez porque me guarda algún secreto, pero conozco a mi hermano y sé que hasta que no lo considere oportuno no va a soltar prenda. Está acostumbrado a manejar información confidencial y solo me queda esperar a que se encuentre preparado para contármelo, si lo presiono lo único que conseguiré que se cierre más. Además ahora está que trina con la aseguradora, la compañía ferroviaria y el abogado del conductor. Se está implicando mucho y ha convocado una reunión con los afectados y sus abogados para decidir una estrategia y exigir una resolución cuanto antes.

Lucía:

La reunión familiar de bienvenida llega a su fin, empezamos con las despedidas, pero me apetece volver a mi cuarto y tomarme unos minutos a solas, la idea de volver al mi piso con Martín hace que se me ponga un nudo en el estómago y me impide respirar bien.

—Esperad un momento que voy al baño.

—Lucía y su pis de antes de salir, en eso no has cambiado ¿verdad, hermanita?

—¿y por qué iba a cambiar? Sigo siendo la misma ¿o no?

Se instaure un incómodo silencio por la pregunta que he lanzado al aire, yo misma sé la respuesta, pero me hace gracia ver sus caras de circunstancia.

—¡No contestéis todos a la vez, no!

Empiezan a balbucear frases de cortesía, algún “has cambiado para bien” y decido liberarlos con una carcajada.

—Bueno, voy al baño, aprovechad para ponerme verde en este ratito y comentar lo rara y lo llorona que estoy.

Guiño un ojo y enfilo el pasillo que va hacia mi cuarto. En las paredes hay colgadas miles de fotos de cuando éramos pequeñas y no tan pequeñas. Cada una de las puertas de los diferentes dormitorios está rodeada por fotos de su dueña (o dueños en el caso de mis padres), son prácticamente una cronología puesto que hay desde el nacimiento hasta épocas más actuales.

Poso mi mirada en una foto de mi boda con Martín, parece mentira lo feliz que estaba a su lado y lo que le quería. En ese momento habría hecho cualquier cosa por él, pero hoy me cuesta mucho aceptar que está vivo y que tengo que seguir siendo su esposa ¿podré volver a quererle como cuando nos hicieron esa foto? Lo dudo, pero después de lo que ha dado por mí debo hacerlo.

Sin querer sigo recorriendo foto a foto y veo algunas de cuando era una niña, salgo junto a mis hermanas en la mayoría y no puedo evitar fijarme en lo que se parecen mis sobrinos a Ruth, eso me hace caer en la cuenta de lo que me ha dicho el doctor esta mañana y se abre un agujero en mi interior al pensar en que nunca habrá un bebé parecido a mí, que la ilusión de poder ver mis rasgos en un ser que haya salido de mi interior se desvanece al recordar que una de las secuelas del accidente es que conseguir quedarme embarazada sólo será posible gracias a un milagro.

Lloro, y lo hago desconsoladamente pero en silencio para que no puedan oírme, lo necesito, llevo mucho tiempo ocultando lo que siento para que no me dieran más medicación en el hospital, pero ahora estoy en casa y lo único que quiero es entrar en la habitación que ha sido mi cobijo en mi adolescencia y más recientemente en mi imaginación, y desahogarme sin que nadie me moleste.

Sé que van a venir a ver qué me pasa, pero me da igual, ya me desharé de ellos, al bajar la barrera que había construido he abierto una compuerta que ha permitido que lo que ha pasado este tiempo se represente en mi cabeza en forma de fotogramas: Unos ojos de un color verde intenso pidiéndome que no me dejara ir, rehabilitación, dolor, confusión, reencuentro con esos adorados ojos, complicidad, cariño, amor incondicional y sosegado y pasión que al descubrir esa cruda realidad, se cambiaron por miedo, más bien pavor, locura, impotencia, rabia y aceptación. Aunque siendo realmente sincera creo que esto último aún no ha pasado, debería cambiarlo por interpretación, porque lo que estoy haciendo desde que he abierto los ojos hace cosa de un mes es fingir.

Unos golpes suenan en la puerta, no sé cuánto tiempo llevo aquí sentada en el suelo, pero me

imagino que más de lo que se considera normal que se tarde en orinar. Oigo a Martín preguntarme si estoy bien y tengo la tentación de correr a esconderme debajo de mi cama como cuando discutía con mi hermana y quería que nadie me molestara, pero me levanto y limpio mis mejillas.

Abro la puerta y lo veo con una cara de preocupación que me entenece y a la vez me hace sentir culpable por no alegrarme de que sobreviviera, no se lo merece ¡Es tan bueno!

—Sí, estoy bien. No te preocupes —sonríó tristemente—. Me apetecía estar un momento a solas con mis recuerdos, ya sabes.

—Sí, estaba preocupado porque tardabas mucho, pero entiendo que necesites tu espacio, todo lo que ha pasado es muy fuerte y vamos a necesitar tiempo para asimilarlo, pero lo haremos pequeña, volveremos a ser los mismos, lo prometo.

Sé que su promesa es imposible, una parte de mi cordura se perdió al golpear mi cabeza contra el suelo en el tren además ¿Eso es lo que quiero yo en realidad? Me guardo mis reflexiones en ese cajón de mi mente que últimamente está bastante lleno y le sigo la corriente.

—Gracias por tu paciencia, eres un cielo. Vuelve con mis padres y diles que voy enseguida, que me he entretenido leyendo las tarjetas, me lavo la cara y nos vamos.

Me da un beso en la mejilla y se va convencido de que estoy mejor.

Nos despedimos de todos y mis padres insisten en que pasemos allí la noche, pero postergar la vuelta no la va a hacer menos dura. Llegamos enseguida porque no vivimos lejos y tras dejar el coche en el garaje mi estómago comienza a sentir los nervios como si un enjambre habitara en su interior.

El ascensor tiene ese olor familiar que me recuerda que estoy en casa, pero cuando abrimos la puerta de entrada hay algo que no encaja del todo, el piso está como cuando nos fuimos de viaje. Por supuesto no hay nada reformado ni cambiado, eso tampoco sucedió.

—Cariño ¿no entras?

—Sí, sí, es que estoy disfrutando de la sensación de estar por fin en casa.

Miento como una bellaca, pero me he propuesto no hacerle sentir mal, ya bastante lo he hecho.

Se acerca, tira de mi suavemente para que pase del umbral, me abraza y me besa en los labios. Es un beso cálido, introduce la lengua en mi boca y yo cierro los ojos y viajo hacia otro lugar, es otra persona la que me besa en mi cabeza, lo que me permite devolverle el beso y perderme en él.

—¡Huau! ¡No sabes las ganas que tenía de hacer esto! —susurra y vuelve a acercarse.

¡Joder! He podido imaginar que era Jacobo quien me besaba y me ha gustado, lo prefiero mil veces a entablar una conversación con Martín, así que sin decirle nada vuelvo a lanzarme a su boca y la devoro, no abro los ojos ni un momento mientras recorro su cuerpo y siento que es la lengua de mi amante imaginario la que hace lo mismo con el mío. Llegamos hasta el dormitorio entrelazados y le impido que encienda la luz, estamos ya medio desnudos, permito que se deshaga del resto de mi ropa con prisa, con el ansia de llevar sin tener mi cuerpo entre sus manos toda una eternidad y yo lo beso con la pasión de haber encontrado la forma de evadirme de una realidad junto a él.

Martín rebaja el ritmo, dice que quiere saborear cada centímetro de mí lentamente, pero su voz me molesta porque me desconcentra de mi propósito, así que vuelvo a tirar de su boca hacia la mía con el fin de callarlo, lo que él entiende como un acto de necesidad por sentirlo y lo enciende más hasta que llegamos al clímax y nos quedamos dormidos.

Martín:

¡Joder! ¡Qué subidón!

No me esperaba para nada hacer el amor con Lucía la primera noche de nuestra vuelta, pensaba que necesitaría un tiempo para adaptarse a casa y a mí, pero me ha atacado con una voracidad desconocida. A lo mejor nos ha venido bien este tiempo separados...

Lucía:

El sol me acaricia los párpados y me avisa de que hemos estrenado un nuevo día, no puedo borrar la sonrisa de mi cara, estoy feliz. Siento su respiración en mi nuca y me doy la vuelta para abrazarlo.

¡Oh Dios mío es Martín!

¡No me puedo creer que me esté pasando esto otra vez!

Me dormí pensando en Jacobo y he despertado creyendo que era él quien descansaba a mi lado, pero no.

Me doy la vuelta despacio para que no se despierte, pero soy incapaz de reprimir mis sollozos.

—Lucía, cariño ¿estás llorando?

—Es que he tenido una pesadilla.

Digo lo primero que me viene a la cabeza que pueda explicar mi estado, cuando en realidad lo que he tenido ha sido un sueño maravilloso en el que estaba implícita su muerte.

—Venga cálmate, ya ha pasado.

Me abraza y eso acrecienta el llanto, siento su cuerpo junto al mío y lo rechazo, pero a la vez la culpabilidad inunda cada rincón de mí.

—¿Te traigo una tila?

—Sí por favor.

No me apetece la tila en absoluto, pero lo perderé de vista unos instantes.

—Me avisaron de que podría pasarme esto al llegar a casa —vuelvo a mentir—, a mi cerebro le cuesta habituarse a la vida después del accidente.

—Tranquila, mi vida, estaré a tu lado. No pasarás por esto sola.

Oigo cómo sale del dormitorio y habla con alguien del trabajo, le explica que seguirá trabajando desde casa un poco más, pero que tendrá el trabajo a tiempo.

Es lo último que quiero, que se pegue a mí como una lapa es la peor de las soluciones, así que tengo que fingir que se me pasa pronto y llenar mi día de tareas, es la única manera de que me deje tranquila.

—Ya no hace falta la tila, Martín, muchas gracias.

—¿Seguro?

—Sí, voy a darme una ducha y a organizar mi ropa, tengo que ver lo que me vale y lo que no.

—Ok, luego nos ponemos a ello.

¡Coño! ¿no entiendes que he dicho que voy a organizar mi ropa? ¿qué tiene él que hacer conmigo ese rato?

Respiro hondo y me calmo, pero esa respiración hace que me percate de que tengo su olor pegado a mi cuerpo y no lo soporto, así que sin decir más corro a la ducha y rescato mis champús y geles que tenía para eventos y que están ultra perfumados.

Es bajo la ducha cuando vuelvo a hundirme ¿es normal sentir que le eres infiel a alguien imaginario por acostarte con tu marido?

Jacobo:

Una antigua sensación me acompaña al despertarme ¡ha vuelto!, no es como hace un mes, es más suave, menos vívido, pero ahí está de nuevo su presencia.

Me recreo unos minutos en el placer de haberla sentido cerca y me levanto para llamar a Alina, es la única que puede entender lo contento que me siento, el resto me tomaría por el loco que me tomo yo.

Martín:

Es estrés postraumático, lo sé, pero no sé muy bien cómo manejarlo. Anoche parecía ser su Dios, en cambio esta mañana no soportaba mirarme a la cara, no sé qué hacer o qué no hacer para no molestarla, además debo encontrar el momento para contarle lo que pasó con Laura, fue un error, pero si vamos a empezar de nuevo debo ser sincero con ella y aunque temo su reacción, temo más que mi conciencia me juegue una mala pasada y se entere de la peor manera.

Lucía:

Los meses pasan volando, hace ya dos que he despertado y uno que he vuelto a convivir con Martín. Decir que me he adaptado es mucho, pero he encontrado una manera de sobrellevarlo.

Después de hacer el amor la noche de mi llegada yo estuve rara, bueno, él también, parecía que estábamos sobre un campo lleno de minas que iban a explotar en algún momento, pero entonces mi hermana dio a luz y me sirvió de excusa para no permanecer bajo su techo.

Estaba sacando ropa de los armarios como una posesa cuando llamó mi padre para decirme que Carmen estaba en el hospital, lo dejé todo revuelto y le pregunté a Martín si quería venir conmigo. Por supuesto que dijo que sí y nos fuimos en metro porque yo no soportaba la idea de meterme en un espacio tan reducido como el coche a solas con él. El metro era mucho más adecuado y útil para evitar sus manos, su roce y sus caricias. Mi piel ya no le pertenecía, solamente lo había soportado las anteriores noches gracias a mi imaginación y a los recuerdos de los sueños tenidos en el hospital. La luz del día no me dejaba abstraerme de la realidad, además, hacerlo conseguiría que me perdiera las cosas que sí quería sentir de mi mundo de estar despierta (que es como yo lo llamaba), como por ejemplo la alegría al saber que la nena ya había nacido y que estaba todo bien.

La vi tan pequeña y preciosa y a mi hermana tan guapa después del esfuerzo hecho al traer una vida al mundo que las piernas me flaquearon. No era la primera vez que tenía esa sensación, ya que con mis dos sobrinos también me pasó, pero era la primera vez que era consciente de que yo no viviría esa experiencia y la certeza me entristeció un poco. Martín también debió sentir algo parecido, pero siendo realista, no me importaba mucho lo que a él le pasara en ese momento, cosa que me hace sentir culpable porque no se merece como le he tratado y le sigo tratando...

Mi hermana se fue unos días con mis padres para que les ayudaran y se les hiciera menos duro, yo aproveché para casi mudarme allí también. Así Martín pudo volver a trabajar en la sede y yo pude disfrutar de expresar la profunda pena que siento cada mañana al despertarme y comprobar

que con quien tengo sexo cada noche no es con mi amor, sino con mi marido.

Cuando Carmen y su familia volvieron a instalarse en su piso aproveché para empezar a familiarizarme con el trabajo otra vez. Poco a poco y revisando lo que mi magnífica ayudante había hecho por salvar la empresa. No dejé de ir a visitarlos porque viven a dos minutos de mi casa. Ayudaba en lo que podía con la niña y les ofrecía la posibilidad de dormirse unas más que necesarias siestas, pero al volver a mi hogar la realidad me golpeaba y me golpea de nuevo, y lo único que puedo hacer para sobrellevarla es cerrar los ojos y fingir que a quien abrazo, beso y deseo es a Jacobo.

Sé que no debería continuar con esta rutina malsana, estoy haciendo mucho daño a mi pareja y en el fondo también a mí, pero durante ese rato y las 8 horas que duermo soy plenamente feliz, lo que hace que mi día a día sea soportable.

Hoy hay un cambio significativo en nuestro día a día, mi hermana y abogada nos ha comunicado que hay una reunión con otras víctimas del accidente para tomar una determinación. Nos han estado mareando desde que ocurrió y aún por unas cosas u otras no se han depurado responsabilidades, el abogado de otro afectado o afectada nos ha convocado para plantarles cara e ir a por ellos, no tengo sed de venganza, pero sí opino que alguien debe pagar por la cantidad de vidas destrozadas o modificadas, entre ellas la mía.

Martín:

Piensa que no la oigo, pero sé que todas las mañana llora en cuanto salgo de la habitación, no entiendo muy bien cómo aguanta el día a la perfección e incluso por la noche está tan activa sexualmente como cuando nos conocimos y por la mañana, según abre los ojos, éstos se convierten en cascadas de agua salada. Me siento impotente, quiero saber qué pasa por esa cabecita mientras duerme para levantarse henchida de tristeza, pienso que las imágenes del accidente la atormentan igual que hicieron conmigo las primeras noches y aún de vez en cuando hacen, aunque en su cabeza no haya una Laura con la que haya mantenido relaciones 3 minutos antes de morir, debe ser duro también.

Hemos evitado el tema del suceso sorprendentemente bien durante los dos meses que lleva despierta, cuando lo saco se apresura a cambiar a otro, lo que me ha hecho imposible confesarle mi infidelidad, de momento creo que no debo decirle nada, solo conseguiría provocar más lágrimas y no nos traería nada bueno salvo el descanso de mi conciencia.

Hoy tenemos una reunión importante y no sé si voy a poder asistir por culpa del trabajo, tanto tiempo currando a medio gas tiene sus consecuencias y todo el mundo está harto de que use mi tragedia como argumento para un trato de favor por parte del jefe, así que marco el teléfono de Lucía y le pido que vaya ella con su hermana.

—Sí, Martín, no te preocupes que pensaba ir de todas formas.

—¿Vas a poder soportarlo?

—¡Por supuesto! Tengo a Ruth a mi lado y no creo que vayan a entrar en detalles personales.

—Siento muchísimo no poder estar a tu lado, pero ya sabes que debo muchas en el trabajo y no me parece bien dejarlos colgados otra vez.

—Despreocúpate, ya te lo contaré todo esta noche.

—Vale cariño, te quiero.

—Sí, hasta luego.

Jacobo:

Estoy extrañamente nervioso, como un niño el primer día de colegio, no entiendo la sensación puesto que he asistido a un montón de reuniones antes que la de hoy.

—¿Estás nervioso, Jacobo?

—Sí tío, es una reunión más, pero estoy atacado.

—Bueno, no es sólo una reunión, en esta de hoy propondremos la estrategia a seguir para denunciar a la compañía ferroviaria y eso no es moco de pavo.

—Ya, pero ese es tu trabajo, a mí no me debería afectar tanto.

—Pues no sé chico, yo sí estoy nervioso por eso, así que vámonos que vamos a hacer un surco en el suelo.

Subo en el coche de mi hermano y de camino a la reunión le entra una llamada en el manos libres, nunca le he visto actuar de forma tan rara, primero no lo quería coger, pero cuando le dije que me estaba atacando el sonidito se confundió y en lugar de colgarlo descolgó sin querer. Era alguien de su despacho diciéndole que qué quería que hiciera con las grabaciones del tren a lo que él contestó de muy malas maneras que las dejaran en su despacho como ya había dejado dicho antes de salir.

—Sergio ¿has conseguido las grabaciones?

—Sí, pero aún no las he visto completas, por eso no te he dicho nada.

—Pero si me dijiste que ya te las habían enseñado.

—Ya, pero no todas, no seas pesado, que cuando encuentre la de tu vagón te la enseñaré, no te preocupes.

Me ha dejado mudo ¿qué coño habrá en esas imágenes para que mi calmado y cariñoso hermano me haya contestado de esa forma?

Lucía:

Nos han reunido en el salón de conferencias de un hotel cerca de Méndez Álvaro, al no haber problemas de aparcamiento hemos venido en coche. Mi hermana y yo somos unas fanáticas del pop español o indi, como algunos lo llaman, pero nos sentimos incomprendidas por todos los demás, así que aprovechamos los trayectos, por cortos que sean, para poner alguna de nuestras canciones favoritas y cantarla a voz en grito. Me ha descubierto un grupo nuevo que nos encanta y como no podemos dejarnos una canción a medias estamos como dos delincuentes escondidas en el parking mientras éste se va llenando. Somos muchos los asistentes a la reunión y una punzada de nervios me mueve el estómago.

—¿Escuchamos la siguiente?

—Vamos a llegar tarde y no me parece bien.

—Somos muchos ¿no?

—Sí, demasiados, aunque los más afectados sois los del primer vagón.

—Yo y mi puta manía de elegir ese sitio ¿sabes que me volví un día después porque en el anterior no había hueco?

—No lo sabía, cariño, pero sólo ha sido mala suerte, no te tortures.

—Ya, intento no hacerlo, pero habéis sufrido tanto estos meses por mi dichosa superstición...

—Nunca sabremos qué hubiera pasado en otro caso, el destino está escrito ¿no?

—Me alegro de que no haya venido Martín, es tan condescendiente conmigo.

—Pobre, entiéndelo, es el que peor lo ha pasado de todos.

—Ya, pero me pone nerviosísima y ahora es lo que menos necesito.

—Es tu primera reunión con las personas con las que compartiste esa horrible experiencia, es normal que estés nerviosa, pero simplemente tienes que hablar de lo que tú quieras. Si alguien se pone pesado finge un mareo y yo te cubro ¿vale?

—¿Cómo hacías tú en el instituto?

—Siempre nos funcionó ¿no? —me enseña su meñique y lo engancho con el mío—. ¡Las temibles hermanas Valdelagua!

—¡Yo por mi hermana mato, MA-TO!

—No me lo recuerdes, que aunque era la pura verdad ahora me da vergüenza de aquella chabacanería.

Reírnos de aquella vez que mi hermana me salvó de una matona del cole me hace sentirme mejor, mientras ella estuviera conmigo no me pasaría nada.

Por fin me atrevo a bajar del coche y subimos a la sala donde se celebra la reunión, las sillas están puestas en círculo y los miembros del bufete que nos ha convocado se distingue por lo trajeados que van y porque no llevan la pena grabada en la cara. Curiosamente el que parece dirigir el cotarro va menos formal, me suena de algo, pero no sé de qué.

Nos acomodamos y toma la palabra para saludarnos y exponer los puntos que vamos a tratar.

—Hola a todos y todas, muchas gracias por venir a esta reunión. Aunque muchos de vosotros ya lo sabéis, soy Sergio Sanz y no estoy aquí solo en calidad de abogado, sino también como familiar de una de las víctimas. Mi hermano Jacobo iba en el primer vagón y mi cuñada falleció durante el siniestro.

Continúa hablando, pero no oigo nada más de lo que dice, en mis oídos parece que hay un helicóptero y noto cómo me empieza a faltar el aire, al lado de la silla vacía, que pertenece a nuestro interlocutor, está él.

Reconocería su silueta en cualquier parte, está muy atento al discurso de su hermano y no puedo verle bien la cara, pero no hay duda de que es él ¡Es real!

—Lucía ¿estás bien? —mi hermana parece haberse dado cuenta de que algo me pasa—. Estás pálida.

—Sí, sí, no te preocupes. Es que hace mucho calor aquí.

—Toma niña, un abanico, yo ya me vengo preparada para estos casos —una señora que está a mi otro lado también se ha percatado y me ofrece ayuda—. No serías la primera que se cae redonda en una cosa de estas, nos hemos quedado todos un poco tocados...

Acepto el abanico para que no siga hablando y se forme más revuelo, pero ya es tarde, nuestro murmullo hace que Jacobo vuelva la cara hacia donde estamos. Me mira directamente a mí y se queda atónito, ya no existen ni su hermano ni el resto de la sala, únicamente nosotros.

El verde de sus ojos brilla como lo hace en mis sueños y como lo hizo la última vez que lo vi pidiéndome por favor que no me marchara, porque Jacobo no ha existido exclusivamente en mi imaginación, ahora lo recuerdo todo.

Igual que si de una película se tratara a mi cabeza han acudido las imágenes que había sepultado bajo falsos recuerdos durante todos estos meses, el tren y los asientos confrontados, un chico encantador que estaba sentado con su mujer y al que le hice confidencias que no me había atrevido a expresar nunca en voz alta, la persona que me sostuvo la mano y me tranquilizó con su mirada cuando se me escapaba la energía y sentía más miedo que en toda mi vida junto.

Ahora sí que me estoy mareando, tengo hasta ganas de vomitar.

—Ruth, voy un momento al baño, necesito que me dé el aire.

—Espera, voy contigo.

—No, no, quédate y me cuentas cuando vuelva. Estoy bien, te lo prometo.

Me mira con cierta desconfianza pero me deja ir. Salgo lo más deprisa que puedo, pero aun así la oigo disculparse en mi nombre.

—Les pido disculpas, mi hermana ha estado en coma 6 meses y ésta es su primera reunión, aún hay cosas que le cuesta escuchar, ya saben...

Jacobo:

¡La gente es una maleducada! Si no quieren escuchar que se hubieran quedado en casa, pero si vienen a la reunión deberían respetar a quien está hablando, sea mi hermano o Perico el de los palotes. Sergio no parece molesto, eso o es todo un profesional, pero como yo no lo soy no puedo evitar mirar mal al grupo de cotorras que está al final de la sala.

Son tres, pero vaya la que están liando, la alta me suena de otras reuniones, a la que se está abanicando no la conozco tanto y eso que me resulta muy familiar.

¿Me está mirando descaradamente?

¡Vaya un sitio para ligar!

Espera un momento ¿no la conozco también de algo?

Se levanta turbada y muy pálida, parece que de un momento a otro se va a desmayar.

Su hermana se disculpa por ella y nos dice que es la chica que ha despertado del coma recientemente. Sergio le quita importancia al incidente.

—No se preocupe, todos los que estamos aquí lo hemos pasado mal de una manera u otra y lo entendemos perfectamente, si quiere acompañarla la esperaremos.

—No queremos parar la reunión y me ha dicho que está bien, siga hablando y si tarda me levanto.

De repente mi voz ha salido por voluntad propia.

—Yo iré a ver que cómo está. Tanto tiempo sentado hace que me duela la pierna y además, estoy harto de oír a mi querido hermano.

—¿No le importa? Me da mucho apuro...

—Para nada, ahora me la traigo de vuelta cuando se encuentre mejor.

Me sonrío y me cae bien al instante. Me recuerda mucho a alguien, pero no caigo en este momento.

No sé por qué me he levantado como un resorte para ir a ver potar a una desconocida, pero una parte de mí sabe que tiene que ser así.

Lucía:

No he llegado a vomitar, pero sí he necesitado lavarme la cara tres veces antes de sentarme en el suelo para no caerme redonda. Quizá sí que debería haberle pedido a Ruth que me acompañara, pero es una reunión tan importante que no quiero que nos lo perdamos las dos.

La puerta del baño se abre un poquito y veo una cabeza masculina mirar por el hueco.

—El baño de caballeros está en frente.

—Ya, ya, es que te estaba buscando.

Entonces me doy cuenta de que es Jacobo, o más bien su cabeza.

—¿A mí?

—Has salido un poco tambaleante de la sala y me he preocupado por ti.

No tiene ni idea de quién soy, simplemente es un chico muy amable.

—Estoy bien.

—Ya te veo, tirada en el suelo y empapada, tienes una pinta de estar bien...

¿Tan mal estoy? ¡Qué vergüenza!

—Es que he revivido algunas cosas que tenía olvidadas de aquél día y me ha dado este pequeño chungo.

—¿Puedo pasar?

—Sí claro, a lo mejor viene alguna señora a hacer sus necesidades y te arrea un bolsazo, pero por mí no hay problema.

Localiza un cartel de “fuera de servicio” que está muy convenientemente colgado detrás de la puerta y lo coloca en el pomo.

—Así estaremos a prueba de Margaritas Seis Dedos.

Me hace mucha gracia la alusión a ese personaje que llevaba un ladrillo en el bolso para atizar a los periodistas y se me escapa una risita.

Se sienta frente a mí en el suelo con mucho esfuerzo y me mira enigmático.

—Perdóname, pero creo que nos conocemos y no sé de qué.

Me da un vuelco el corazón, a punto está de salir de mi boca que yo lo conozco de soñar con él cada día y cada noche desde hace 8 meses, pero por miedo a sonar como una loca peligrosa retengo mis palabras y las cambio por algo más normal.

—¿No me has reconocido?

—Me suenas muchísimo, pero si llevas tanto tiempo en coma, dudo mucho que nos conozcamos.

—Iba sentada en frente de ti cuando nos chocamos.

Se ha quedado estupefacto y no me dice nada, según está sentado se deja caer hacia atrás hasta que su espalda y cabeza quedan apoyados en el pie de uno de los lavabos y cierra los ojos.

Me quedo callada porque sé cómo se está sintiendo y no hay nada que le pueda decir para ayudarlo.

Tras un par de minutos por fin reacciona.

—Perdóname, había borrado todo lo referente a ese viaje y gracias a tus palabras lo he recordado. Bueno, mejor dicho, los recuerdos me han invadido por completo.

—Lo siento mucho.

—¿Qué lo sientes?

—Sí, es una putada desencapsular esos recuerdos, duelen mucho.

—Sí que duelen, pero has conseguido lo que yo no he podido hacer en meses.

—¿Querías recordarlo?

—Lo necesitaba, había muchas lagunas por llenar.

—Ya, pero si estaba oculto por nuestro subconsciente por algo sería ¿no?

—¿Tú también lo habías olvidado?

—Más o menos, recordaba partes, pero no con tanta nitidez como lo hago ahora.

En algún momento nos hemos dado la mano, como cuando todos saltamos por los aires y él fue el cabo al que agarrarme. Es una mano conocida, el tacto es el mismo que he añorado durante estos dos meses en el mundo real, el que me ha producido escalofríos en mis fantasías y el que ahora me hace sentir que he vuelto a casa.

—Te había olvidado a ti, Lucía, te habías borrado de mi mente a pesar de que salvarte a ti fue lo que me mantuvo despierto hasta que llegaron los sanitarios.

—Es normal, éramos dos desconocidos, bueno, aún lo somos.

—Ya, pero yo siento como si te conociera mejor que a nadie.

—El trauma nos ha trastornado ¿te das cuenta?

—Totalmente.

En ese momento aparece mi hermana como una loca gritando.

—¡Lucía ¿Para qué coño quieres el móvil si se puede saber? Te llevo media hora buscando preocupada y tú aquí, encerrada en un baño que está fuera de servicio!

—Perdona, he perdido la noción del tiempo.

—¡Ya! Pues te necesito para decidir una cosa importante.

—¿Ya se ha terminado la reunión?

—Sí, y si te levantas y me sigues te lo cuento todo.

—Vale, pero deja que me despida ¿no?

—Si lo vas a ver ahora, tenemos que volver a hablar con su hermano.

—Jacobó, perdona, te veo ahora ¿vale? ¿o necesitas ayuda para levantarte?

—No te preocupes que me apaño, vete tranquila.

Mi hermana sigue mirándonos como si fuéramos bichos raros.

Según salimos me pregunta que ha pasado allí.

—Nada, Ruth, que he recordado que Jacobo era mi compañero de asiento el día del accidente.

—¿Has dicho Jacobo?

Ruth es bastante insensible a veces, pero lo de ahora se lleva la palma. Le acabo de contar que he recordado un momento traumático y ella es capaz de seleccionar solo la información que le interesa, paso de montarle el pollo, si le sigo la corriente a lo mejor se calla pronto.

—Sí, Jacobo Sanz.

—¿Ese no es el nombre que repetías al despertar?

—Puede ser...

—¿Cómo que puede ser? ¿Es o no es?

—¡Sí, es! es él ¿vale?

—¡Joder! ¡Entonces tiene todo sentido! Nena, si ya lo conocías de antes lo que te ha pasado es que has soñado con él y nada más.

¿Nada más? ¿Nada más? ¡Ahora si me dan ganas de abofetear a mi hermana! No entiende la gravedad de la situación, no tiene nada de normal lo que he sentido por Jacobo durante el tiempo que he estado en coma, pero aún lo tiene menos lo que siento por él ahora.

—Sí, es todo tan simple como que mi imaginación me ha jugado una mala pasada.

—¿Pero por qué estabais dados de la mano?

Veó que no ha pillado mi sarcasmo y sigue con lo suyo, le está picando la cara y como siga así se la voy a rascar como cuando éramos niñas...

Respiro hondo y me tranquilizo, pero sigue mirándome con ese gesto de estar ávida por una respuesta y no puedo más.

—¡Joder Ruth pareces la Gestapo! Él también ha recordado cosas que tenía olvidadas y estaba en shock, así que instintivamente le he cogido la mano, como él hizo conmigo cuando agonizaba. Fue él y solo él quien me rogaba que siguiera viviendo mientras nos desangrábamos ¿es tan raro que nos sintamos unidos?

Es eso y nada más que eso lo que nos une. En sí mismo es mucho, creamos un vínculo irrompible, pero no es nada comparado con lo que pesan mis recuerdos, sean reales o no.

—Perdona, Lu, tienes razón. No puedo imaginarme lo horrible que fue y no tengo derecho a juzgarte ni sermonearte. Pero me he asustado al verte de la mano con un hombre que no es tu marido y que a penas conoces.

¡Por fin ha caído del guindo y empatiza un poco conmigo! Es mejor dejar el tema si no quiero discutir con ella, así que a ver qué me cuenta de lo que han hablado ahí dentro.

—Bueno, cuéntame qué ha pasado en la reunión.

—¡Ah sí! El equipo de Sergio se va a hacer cargo de la representación legal de quien esté interesado en ir a por la compañía y a por la aseguradora. Yo creo que están muy bien preparados, mucho mejor que yo, así que mi consejo es que te representen a ti también.

—Pero has sido tú quien lo ha llevado todo el tiempo.

—Ya, pero me ofrecen mucha confianza y este proceso va a ser distinto a lo que hemos hecho hasta ahora. Sergio ha prometido mantenerme informada.

—Vale, lo que tú quieras. ¿Necesitamos a Martín para decidir?

—Le preguntaré luego, ahora estamos hablando de ti ¿les decimos que sí?

—Sí, sí.

Si Sergio va a ser mi nuevo abogado, tendré más contacto con Jacobo ¡Bien! ¿o no tan bien? Se me olvida que él no ha vivido lo mismo que yo y que además, estoy casada.

Jacobo:

Cuando he visto a la chica ahí sentada en el suelo con esa cara de angustia no sabía ni lo que hacer, tenía una pinta horrible y una vez que me había visto era tarde para huir. Menos mal que no lo he hecho, porque me habría perdido lo de después.

Nunca había bloqueado un baño de señoras para estar con una desconocida y nunca pensé que si lo hacía sería únicamente para sentarme a hablar, pero esa sonrisa me ha atraído como un imán y un extraño instinto protector me ha obligado a interesarme por su estado desde que la he visto levantarse en la sala, lo que no me esperaba para nada es que fuera ella.

Resulta que la conocía, que existe de verdad, que tiene cara y nombre y que hace 8 meses le sostuve la mano y sentí que me moría cuando no pude evitar que cerrara los ojos.

Tengo que llamar a Alina y contarle lo que ha pasado, que he recordado todo lo que pasó y que la sensación que he tenido todo este tiempo se puede deber a la fuerte conexión que existió entre nosotros desde el momento en el que se levantó las gafas de sol para decirme que pensaba dejar a su marido en cuanto llegara a Madrid ¿lo habrá hecho?

A mi hermano no le voy a decir nada de cómo he reconocido su piel y su contacto, y de cómo la sensación de soledad que tenía ha desaparecido en cuanto me ha sonreído. Pensaría que estoy loco y me diría que no se me ocurra decírselo a ella si no quiero que salga despavorida. En eso tendría razón, debo encontrar la manera de acercarme a ella sin quedar como un psicópata.

Bueno, voy a levantarme de aquí antes de que vengan los de mantenimiento y me tomen por un pervertido. Además, como su hermana se haya ido de la lengua mi hermano no tardará en llegar.

Es más fácil pensarlo que hacerlo, esta puñetera pierna sigue tocada y me levanto igual que si tuviera 80 años, pero al final me he puesto en pie y lo he hecho justo a tiempo para evitar que me pillen. En la sala no queda casi nadie, se han ido ya muchos de los asistentes, el resto charla con el equipo de mi hermano sobre temas que yo no controlo, Lucía y su hermana están con éste último y me reúno con ellos.

—Jacobo ya conoces a Lucía y a su hermana Ruth ¿no?

—Sí, Lucía y yo nos conocimos en el tren y acabo de conocer a Ruth.

Mi hermano me mira extrañado, se supone que no me acuerdo de nada de lo que pasó desde que abandonamos el hotel.

—He recordado algunas cosas, luego te explico.

Lo digo restándole importancia, está hablando de trabajo y no es el momento de montar un drama ni nada parecido.

—Vale, vale. Ya me cuentas luego, ahora estamos ultimando los detalles para hacernos cargo de la representación de la señora Valdelagua y de su marido.

Ha dicho marido, así que no se divorció, ya tengo mi respuesta, pero ¿Por qué me ha sentado tan mal?

Lucía me mira como si supiera que la mención de su marido me ha molestado, pero al darse cuenta de que mis ojos están fijos en ella se avergüenza y disimula hablando con mi hermano de temas profesionales.

—Martín tendrá que decidir cuando le contemos, pero yo sí que quiero que me representen.

—Por supuesto, no se hará nada sin su consentimiento.

—Pues le diré que les llame cuando mi hermana hable con él.

—Lucía ¿podemos tutearnos? Vamos a pasar mucho tiempo juntos de ahora en adelante, y usar este tono formal para hablar con una persona de mi edad me mata.

—¡Sí claro! Yo también estaré mucho más cómoda.

—Perfecto, pues como te iba diciendo, mantendré informada a tu hermana periódicamente. Además, mientras no consigamos las indemnizaciones pertinentes no cobraremos nada, si te digo la verdad, hago esto fundamentalmente por mi hermano y mis sobrinas. Perdieron a su madre y todos estamos pasando un calvario.

Lucía da un respingo e interrumpe la conversación, se la ve realmente apurada y se acerca a mí de nuevo para cogerme de la mano. Es un gesto de consuelo y no tendría nada de raro si para mí no fuera como si una corriente eléctrica me atravesara de principio a fin.

—¡Lo siento mucho Jacobo! no sabía que tu mujer había fallecido, no he relacionado las palabras de la presentación de tu hermano con tu mujer hasta ahora mismo. ¡Qué torpe e insensible!

—No te preocupes, no pasa nada.

Su cara es de verdadera consternación, hemos hablado durante media hora y ninguno ha preguntado por su pareja, si hubiera sido al revés yo me sentiría igual, pero no tiene por qué disculparse, Laura me la pela, solo lo siento por mis hijas, pero decirlo en voz alta y no parecer un monstruo es incompatible, así que me callo.

—Poco a poco nos vamos acostumbrando a la nueva situación.

—Te entiendo, esto nos ha puesto la vida patas arriba a todos.

Se la ve cómoda agarrada a mí, de hecho no hace ninguna intención de separarse hasta que mi hermano y su hermana nos miran raro y ella se retira.

Mi hermano vuelve a tomar el timón y dirige la conversación a lo que a él le atañe, me conoce muy bien y es la segunda vez en la tarde que su mirada significa un “compórtate, ya hablaremos luego”.

—Sí, por eso como abogado y familiar de uno de los afectados pienso que hay que luchar y conseguir que os compensen de alguna manera.

—Sergio, confío plenamente en tu criterio y en el de mi hermana, la indemnización no es lo que más me preocupa porque, por suerte, tengo una ayudante que ha sacado mi negocio a flote estos meses, pero voy a colaborar en todo lo que pueda para que las familias que lo necesiten reciban lo

que merecen y para que alguien se haga responsable de esta tragedia de la que no tenemos ninguna culpa los afectados. Martín me imagino que pensará igual que yo, pero seguro que querrá hablar él mismo contigo luego, así que si me dejas una tarjeta para que se la dé te llamará cuanto antes.

—Aquí tienes, el teléfono del despacho y el móvil de empresa, lo suelo apagar sobre las 21h, pero hoy haré una excepción por si me llama.

—¡Ah, no! Apágalo a tu hora y que te llame mañana, es un plasta y seguro que te da mil vueltas a lo mismo sin decir nada, si no quieres irte a dormir con su voz metida en la cabeza te aconsejo que no sea lo último que escuches antes de acostarte. Te lo digo por experiencia.

¡La madre que la parió! Menudo comentario ha soltado de su maridito, me parece a mí que las cosas no han mejorado en este tiempo.

Su hermana le lanza una mirada de reprobación y yo reprimo una carcajada.

—No te preocupes Lucía, que me llame cuando quiera.

—Yo te he avisado, luego no me vengas pidiendo explicaciones por una sordera crónica, que los abogados os aprovecháis de cualquier cosa para demandar. Tu hermano está de testigo de que advertido quedas.

Me mira sonriendo y pidiendo mi apoyo, que no tardo ni un segundo en darle.

—¡Y que nadie diga lo contrario, los civiles contra los leguleyos!

Sergio y Ruth están un poco alucinados, pero es imposible no seguirle el juego a Lucía.

—Bueno Sergio, me llevo a esta revolucionaria a casa antes de que levante un motín contra nosotros.

—Sí, yo haré lo mismo con mi hermanito, debe ser cosa del golpe en la cabeza, ya sabes... —el cabrón bromea con nuestro traumatismo, pero nos lo hemos ganado a pulso y ni Lucía ni yo nos lo tomamos a mal—. Encantado de conoceros y buen viaje de vuelta Ruth. Lucía, nos vemos pronto.

Me quedo con ganas de pedirle el teléfono, pero aprovecharé que mi hermano es su abogado y encontraré la manera de que volvamos a coincidir sin que piense que soy un acosador. Al fin y al cabo para ella sólo soy el chico con el que vivió la experiencia más aterradora de su vida, ella para mí sin embargo ha sido una tabla salvavidas que no sólo me ha permitido dormir todas las noches sin darle vueltas a la muerte de Laura, sino que además se convirtió en el motor que me daba fuerza para soportar los días hasta la hora de volver a conciliar el sueño y me hacía sonreír cada noche.

Lucía:

Estoy flotando, es imposible describir lo que siento ahora mismo, sólo sé que mi hermana no ha parado de hablar y no he escuchado ni una sola de sus palabras, no puedo evitar recordar cada segundo de nuestro encuentro y para ello necesito aislarme. Su voz, su olor y su sonrisa son tal y como los recordaba, pero sus ojos son más hipnotizadores, y su tacto... ¡Ay su tacto!

—¡¡¡¡¡LUCÍA!!!!

—¡Joder Ruth, no me ha matado la hostia del tren y lo vas a hacer tú de un infarto!

—¡Es que llevo media hora hablándote y tú pasando!

—Ya, hombre, pero no es para que me pegues ese grito que casi se me sale el corazón del pecho.

—¿Por mi grito? ¡si no se te ha salido en la sala de reuniones es que lo tienes bien anclado!

—No sé a qué te refieres

Miento.

—No ¿verdad? Los de mantenimiento le van a pasar una factura tremenda a Sergio por limpiar el charco de baba que habéis dejado su hermanito y tú ahí arriba.

—¡Qué exagerada eres cuando quieres!

—Lo que tú digas, pero da igual ¿Me haces caso ya?

—Síiii, pesada.

—¡Encima pesada! Te tendré que contar lo que ha pasado en la reunión ¿o le vas a decir a Martín que te la has fumado para encerrarte en el baño con un tío que, obviamente, no es él?

—¡No, no! No se te ocurra decirle que me he ausentado o no me dejará volver a más reuniones.

—Y por nada del mundo quieres eso ¿verdad?

—Es un tema que me incumbe mucho, a partir de ahora voy a ser yo quien asista siempre.

Las negociaciones me interesan lo justito, pero son la excusa perfecta para volver a verlo.

—Si no te conociera sister... Bueno, pues pon atención para que no nos pillen.

—Ok, modo aprendizaje activado.

Se sonrío y se arma de paciencia para contarme todos y cada uno de los puntos tratados con Sanz Abogados y yo trato de concentrarme tanto como puedo.

Aparcamos junto al portal y veo con alivio que se prepara para bajar conmigo.

—¿Cenas con nosotros?

—No debería porque mañana tengo que madrugar, pero me parece a mí que si no subo tu marido se va a oler que no has estado presente mientras nos informaban.

—¡Gracias hermanita! ¡Te invito a sushi para compensar!

—¡Tienes un morro!

Menos mal que va a ser ella quien le cuente todo, seguro que Martín hace mil preguntas y le da otras tantas vueltas a todo antes de decidirse ¡Es tan plasta!

—¡Como una casa, lo sé, pero me quieres!

—¡Anda, llama al japo antes de que me arrepienta!

Tengo el teléfono del restaurante en la marcación rápida y varios menús que pido frecuentemente, así que mientras subimos voy dando las instrucciones a la persona que me ha cogido el teléfono.

Al abrir la puerta noto que nada más que está dada una vuelta a la cerradura, por lo que deduzco que Martín ya está dentro. Me da tanta pereza hablar con él que le digo al pobrecillo que tengo al teléfono que lo borre todo y vuelva a empezar, hago una señal a mi hermana para que salude ella y me escabullo a la cocina para, al final, pedir lo mismo que ya había decidido al principio. Me va a costar una buena propina para compensar mi fingida torpeza, pero me da algo de tiempo para esta a solas, beber agua y prepararme para mi papel de esposa encantadora.

—Hola Cariño, ya me está contando tu hermana todo lo de la reunión.

—Hola —le doy un esquivo beso entre la mejilla y los labios que parece saberle a poco y a mí a demasiado—, ¿os importa que me vaya dando una ducha mientras traen la cena?

—¿No puedes ducharte luego? Tu hermana se va ya mañana, lo lógico es que pases un rato con ella.

—Si no voy a tardar nada, además paso de escuchar otra vez lo mismo.

Me giro y guiño un ojo a mi hermana que mueve de un lado a otro la cabeza en señal de reproche, le digo que le debo una gesticulando con los labios y me encierro en el baño hasta que escucho el timbre de la puerta y salgo a pagar al repartidor.

—¡Chicos ya está la cena!

Pongo la mesa en la cocina y voy sacando las cosas de los envases, como había previsto mi señor marido le discute todo a mi santa hermana, así que no tengo más remedio que intervenir.

—Martín, no seas pesado, por favor. Ruth no va a estar yendo y viniendo cada dos semanas para este tema, Sergio es un gran abogado y yo no tengo ninguna duda de que quiero que me represente.

—¿Es que acaso lo conoces?

—Tiene muy buenas referencias y Ruth ha trabajado con él un par de veces ¿verdad?

Sé que la aludida me quiere matar, pero miente por mí y un poco por ella, para que Martín le deje en paz.

—Sí, un gran bufete cuñado, siempre consiguen lo que se proponen.

—Bueno, pero no voy a tomar ninguna decisión sin hablar con el tal Sergio ese primero.

—Ya lo habíamos supuesto, puedes llamarle cuando quieras, aquí está su tarjeta. Ahora vamos a cenar que estoy muerta y mi hermana mañana madruga.

—Id cenando, voy a hablar con él ahora, cuanto antes lo aclare antes descansamos.

Lo siento por el pobre Sergio, pero como preveía me he librado de Martín también durante la cena.

—¡Eres malísima!

—A la fuerza ahorcan ¿no lo notas aún más intenso que de costumbre?

—Sigues como antes del viaje ¿verdad?

—A ratos, lo bien que se ha portado conmigo en el hospital hace que quiera quererle, pero no sé...

—Mientras no te lo quieras cargar como en el hospital...

—No seas cabrona, que esa no era yo. Los médicos lo dijeron.

—¿Y los creíste?

—Mientras lo hicieran los demás...

—Vuelvo a decirlo: “Eres mala Muriel”

Nos reímos a carcajada limpia, desde que vimos esa película hicimos nuestra la frase y la usamos siempre que tenemos ocasión.

—No quiero que te vayas...

En un gesto muy impropio de mí me acerco y abrazo a mi hermana.

—Me estás asustando con tanto cariño, pero voy a aprovechar el momento Koala —me aprieta fuerte—. Yo tampoco quiero dejarte aquí según estás, pero tienes a Carmen y a papá y mamá a un paso, habla con ellos y no te lo guardes todo dentro o se te hará bola.

—La Bola ya está hecha, tengo que encontrar la manera de tragar. Le debo muchísimo, no puedo actuar como una egoísta.

La reentrada de Martín deja a mi hermana con la palabra en la boca.

—Lucía ¿Por qué no me has dicho que te has mareado?

¡Mierda, Sergio!

—Porque no tiene importancia.

—Sí que la tiene porque significa que aún no estás preparada para ir a determinadas cosas, el próximo día te acompaño yo.

—De eso nada, puedo hacerme cargo solita de esto, ha sido una tontería porque hacía mucho calor, pero estoy perfectamente. Tú ya has faltado demasiado al trabajo y no puedo permitir que lo hagas más, si es necesario que vengas vendrás, pero si no me basto y me sobro.

—¡He dicho que no!

—¿Y desde cuando decides por mí? Que yo sepa no me han declarado incapacitada para tomar mis propias decisiones, así que hasta que lo hagan haré lo que me de la santa gana ¿te queda claro? —lo siento por mi hermana, pero esa sobreprotección me pone de los nervios—. ¡Me va a

venir a decir este ahora lo que puedo y no puedo hacer!

—Venga, que lo hace porque le importas, tranquilízate.

—Ruth, no me digas que me tranquilice cuando sabes cómo me ponen estas cosas, he tenido un accidente, pero soy adulta.

Mi hermana se levanta y empieza a recoger sus cosas.

—Bueno, yo me voy y os dejo aquí para que lo resolváis vosotros.

—No hay nada que resolver, te acompaño a la puerta y me despido de ti. Martín, me voy directa a la cama, cuando termines déjalo todo recogido que mañana por la mañana trabajo.

En el pasillo de entrada y habiendo dejado a Martín en la cocina mi hermana aprovecha para hacerme entrar en razón, sé que he actuado mal, pero es superior a mis fuerzas.

—Lucía ¿no crees que te has pasado un poco?

—¡Ains! Es que se pone muy pesado, creo que disfruta ejerciendo el papel de salvador del universo conmigo y ya sabes lo que me gusta a mí hacer de víctima...

—Bueno, intenta hacer las paces con él, anda, el pobre no sabe ni cómo actuar, si tenía una carita de cordero...

—Ya veré, debe dejar de actuar como si fuera de cristal, pero un poco reconozco que sí me he pasado. Mañana hablo con él y te cuento ¿conforme? —me hace una señal afirmativa con la cabeza y me da otro fuerte abrazo—. Llámame cuando llegues a casa y dale un beso enorme a los niños y a Agus.

—De tu parte.

Otro abrazo más y cierro la puerta tras ella. Como le he dicho a mi marido, me voy directa a la cama, es verdad que mañana me voy a pasar un rato por la agencia y después he quedado para organizar un cumpleaños, aún no estoy preparada para volver a hacerme cargo de los eventos nocturnos, sin embargo, voy a ir probando con algunas cosas pequeñas como cumpleaños o fiestas infantiles. Pero ese no es el único motivo de querer refugiarme entre mis sábanas, aquí puedo recordar cada minuto de lo vivido esta tarde y evocar de nuevo el recuerdo del roce de nuestras manos.

La tranquilidad dura poco, Martín entra en el dormitorio y se acuesta a mi lado, me pide perdón por la discusión de antes y me dice que solamente se preocupa por mí.

—Lo entiendo, Martín, pero debes confiar en mi criterio, poco a poco voy a ir haciendo más cosas, pero soy mayorcita para parar cuando algo exceda mis capacidades. De todas formas yo también me he pasado un poco y lo siento.

Debe haberse tomado mi disculpa como una señal de que todo está bien y pega su cuerpo al mío, está claro que busca lo que cada noche le he reclamado yo desde que volví a vivir aquí, pero hoy es diferente. Hoy no tengo que imaginarme a Jacobo, ahora sé que es una persona real y que existe también en este mundo. Hoy la piel de Martín y sus labios serían solo eso, piel y labios de Martín, no mi pasaporte a una noche más con Jacobo, porque lo he tocado de verdad y no tiene nada que ver con lo que experimento cuando es el contacto de mi marido lo que siento.

Le digo que estoy muy cansada, que hoy no me apetece y él, obediente, me da un beso en la cabeza y me dice que descanse. Me siento una persona horrible por haberle utilizado de semejante manera y una aún peor por querer cerrar los ojos y que cuando los abra él no esté aquí.

Jacobo:

¿Cómo puedo engañar a mi hermano para que me diga algo sobre Lucía sin levantar sospechas?

He estado pensando en ello toda la noche, de hecho, apenas he dormido. A las tres de la mañana la busqué en Facebook y le mandé una solicitud de amistad, pero aún no he recibido respuesta. Si doy otro paso y no es efectivo puedo espantarla en lugar de atraerla. En Sergio está la clave, voy a ir a verlo y a ver si saco algo en claro.

Hago un par de bocetos así por encima de la casa que me han encargado que les diseñe a él y a Santi. Hace como un mes que compraron la parcela colindante con la mía y quieren un casoplón para cuando se decidan a adoptar. Hasta ahora no le he hecho ni caso al proyecto, pero todo vale si la dicha es buena, así que planteo un par de opciones de exteriores que les pueden gustar y me voy al despacho para ver si lo pillo y tiene un hueco. Me va a decir que Santi también lo tiene que ver, pero no creo que se resista a echar un vistazo a mis dibujos.

Trajeado y elegante veo a mi hermano dando instrucciones a sus empleados, tiene mano firme, pero es justo y casi todos lo adoran. La recepcionista le dice que estoy aquí y me hace pasar al despacho para que lo espere. Lo tiene todo colocado al milímetro, la misma pulcritud al vestir la tiene ordenando papeles y archivadores, pero se ha dejado encima de la mesa un dossier. Por un momento pienso que puede ser el de Lucía y que consiga la información que estoy buscando.

Tengo la tentación de abrirlo y salir de dudas, pero me parece mal comprometer a mi hermano de esa manera, si me descubre no me lo va a perdonar en la vida y sin saber lo que va a tardar en volver prefiero no jugármela.

Por fin, tras diez minutos de una espera que se me ha hecho eterna debatiéndome entre el bien y el mal, entra Sergio sonriente.

—¡Pero bueno, mira quién se ha dignado a poner los pies en este horrible lugar! ¿A qué se debe tu visita?

La verdad es que no piso mucho por el bufete últimamente...

—¡Qué exagerado! Sabes que he estado muy liado estos meses.

—Y muy raro.

—Sí, y muy raro. Pero ya estoy mejor...

—¿Ah sí? ¿y se puede saber el motivo?

—¿Acaso importa? Lo importante es que estoy mejor ¿no?

—¡Sí, claro! ¿y has venido por...?

—¿Es que no puedo venir solamente a invitarte a comer?

—Por poder si puedes, pero no has venido a eso ¿o me equivoco? ¿no tendrá algo que ver con cierta clienta a la que ayer le hacías ojitos no?

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—Ni idea ¿verdad? —sonríe y disfruta del mal rato que me está haciendo pasar—, por eso no mirabas la carpeta de mi escritorio como si fueras un niño con una tarta prohibida ¿verdad?

—Déjate de tonterías Sergio, he venido a enseñarte unos bocetos con un par de ideas para vuestra casa.

—Mira, eso sí que es una sorpresa. Déjame verlos.

Le extiende la carpeta con las 4 láminas y las mira de corrido.

—No están mal.

—¿No están mal? ¡Son muy chulas!

—Lo son, pero esto lo has dibujado en tres minutos cabrón, tú has venido aquí a por una información que yo no puedo darte y hacer esos garabatos ha sido la única excusa que has encontrado.

¿Cómo puede conocerme tan bien este mamón?

—¡Eres un capullo y un desagradecido, encima de que vengo hasta aquí para enseñártelos!

—Déjate ya de rollos Jacobo, desembucha lo que sea y déjame trabajar que estoy con vuestro asunto y me juego mucho.

—¿Estás con lo del accidente?

—Sí, la mayoría de los que asistieron a la reunión se han unido a nosotros, algunos aportan su propio abogado y los demás nos dan plenos poderes, así que estamos a tope.

—¿Al final la chica esta...Lucía.... quería que la representaras no?

Me mira desafiante y se piensa si contestarme, pero al final lo hace.

—Sí, ella y SU MARIDO.

Recalca esas últimas palabras que se me agarran al estómago y me ponen de una mala hostia inexplicable, pero consigo que no se me note.

—Al final te llamo anoche ¿o qué?

—Sí y tenía razón su mujer ¡Qué pesado! Es el típico listillo que no tiene ni idea de nada y le da vueltas y vueltas a lo mismo creyendo que queda bien y lo que hace es quedar como un ignorante...

—¿Te dio mucho la chapa?

—Pues un rato, y por cierto, creo que metí la pata al contarle que su mujer se había mareado en la reunión.

—¿No le dirías lo que tardó en volver?

—Pues no, lumbreras, ni que mi hermano se levantó como un resorte para sujetarle el pelo mientras vomitaba...

—¡No hice eso!

—Pues ya me explicarás lo que hicisteis más de media hora en el baño de señoras, porque ayer no soltaste prenda.

—Ya te lo dije, nos dimos cuenta de que nos conocíamos y eso nos hizo recordar lo que había pasado.

—¿Todo?

—Sí, desde que entré en el vagón con Laura hasta que todo empezó a volar a nuestro alrededor incluidos nosotros. Fue horrible.

—Vaya hermano, lo siento.

—Estaba muy triste ese día ¿sabes? Se sentó enfrente de mí con unas gafas de sol puestas que le cubrían casi toda la cara y lloraba. Yo me puse a leer para no tener que hablar con Laura y ella fingió que dormía para no hacer lo mismo con su marido. Éste y Laura comenzaron a tontear descaradamente delante de nosotros, tenían que haberlos visto, era una cosa exagerada. El tipo de vez en cuando miraba a su mujer para comprobar que seguía durmiendo y así continuar comiéndose con los ojos a la mía, pero no se daba cuenta de que ella estaba despierta y por momentos me hacía gestos mostrándome que estaba flipando con el tema. Poco antes de estrellarnos los dos impresentables de nuestros cónyuges se hartan de ser observados y deciden irse a tomar un café, o eso dicen, entonces ella se quita las gafas y me sonrío abiertamente. Te juro que aparte del nacimiento de mis hijas, esa expresión es lo más bonito que he visto en mi vida, tenía los ojos hinchado de haber llorado mucho, pero se notaba que se reía sin falsedad, francamente se estaba riendo de cómo su marido y mi mujer se desnudaban con los ojos delante de nuestras propias narices. Entonces nos confesamos mutuamente que nos íbamos a divorciar en cuanto llegáramos pero que era algo que no habíamos dicho nunca en voz alta y me sentí tan unido a ella... en escasos 20 minutos hablamos de literatura y de las niñas, de sus sobrinos... En fin, que son cosas que no se pueden explicar pero que pasan.

—¿Y no te acordaste de nada en todo este tiempo?

—¡Qué va! Ayer cuando me sonrió al verme aparecer en el baño de señoras algo en mi cabeza hizo clic y todas las imágenes pasaron a cámara rápida por mi mente, recordé a la perfección su cara de pánico cuando conseguí llegar hasta ella y sujetarle la mano. En ningún momento me preocupé por Laura, mi máxima prioridad era que Lucía se quedara conmigo y no cerrara los ojos, pero los cerró y ayer volví a sentir el dolor que experimenté al no retenerla conmigo, la diferencia fue que esta vez fue ella la que agarró mi mano y me ayudó a volver a la tierra.

—¡Joder hermano! ¡Qué historia! Creo que hasta he llorado de emoción al escucharte.

—¿Entiendes mi ansiedad por volver a verla?

—Sí, aunque tenemos que ser muy cuidadosos si no queremos buscarnos un problema. Te recuerdo que sigue casada y que tanto ella como su marido son mis clientes ahora, pero algo se nos ocurrirá.

—¡Gracias Sergio, eres el mejor!

—No me las des aún que no he hecho nada, antes quiero enseñarte una cosa que tiene mucho que ver con tu historia. Es una información muy valiosa y deberás manejarla con cautela porque es un arma de doble filo, actúa sosegadamente y medítalo muy bien antes de usarla en tu beneficio ¿de acuerdo?

—Me estás asustando.

—A ver, tampoco es para eso, pero no es plato de buen gusto. Son las imágenes del tren.

—Ya lo he recordado todo, no necesito verlas ¿por qué has esperado hasta ahora para enseñármelas?

—Porque has recordado lo que te pasó a ti, no sabes lo que pasó en otros vagones y hay algo que os atañe tanto a Lucía como a ti.

—Ah, vale, pues enseñámelo ¿a qué esperas?

—Con esa actitud no vamos bien...

—¡Jajaja! te estoy tomando el pelo, pero sí que tengo curiosidad, no te lo voy a negar.

Mi hermano se levanta y coge un CD en el que pone vagón 3, no sé qué puede haber ocurrido en ese coche en concreto que me interese a mí, pero le dejo hacer.

—Esta grabación es del coche inmediatamente anterior al de la cafetería, bueno, más bien del pasillo entre un coche y otro. Tengo que pasarlo un poco, espera. Ya está.

En la grabación efectivamente aparece el espacio que hay entre un coche y otro y desde el ángulo de la cámara se ven la puerta de salida del vagón 3 y la de un aseo. Al abrirse la puerta reconozco la cara de mi esposa sonriente y la del marido de Lucía que la sigue detrás. Debe ser de cuando se fueron a tomar café juntos, pero en lugar de continuar hacia el siguiente vagón como sería lógico, se paran delante de la puerta del baño y Laura lo empuja contra la misma y empieza a besarlo como una posesa, Martín no se queda atrás, le agarra el culo con las dos manos y a duras penas les da tiempo a abrir el aseo, por un momento pienso que se lo van a montar en el mismo pasillo, pero consiguen entrar a trompicones y deduzco que echan un polvo rápido, porque salen 10 minutos después.

Estoy estupefacto, no me puedo creer lo que acabo de ver. Sé lo zorra que era mi mujer, pero que el cabrón con pintas ese le haya sido infiel a Lucía me revuelve las tripas.

—¡Qué hijos de Puta!

—Te dije que era fuerte.

—¡Coño! ¡No me esperaba esto para nada!

—Imagínate mi cara cuando estaba repasándolo todo con los de seguridad y empezaron a hacer comentarios obscenos sobre mi cuñada muerta...

Que se joda la muy asquerosa, se merece todo tipo de comentarios por muy muerta que esté.

—Lo de Laura no tenía nombre, pero el otro parecía una mosquita muerta y mira, a 200 metros de su mujer y con una desconocida en un servicio.

—Es muy, muy fuerte, la verdad ¿Te quieres quedar la copia?

—¡Claro! ¡Tengo que enseñárselo!

—Te he dicho que te lo tomes con calma y pienses bien antes de actuar, si se lo enseñas de buenas a primeras serás el culpable de descubrirle la verdad sobre su marido y puede que no sea tan buena la reacción como esperas. Apenas la conoces, tantéala y ya se lo enseñarás cuando te venga bien.

—¡Pero tiene derecho a saberlo!

—Y lo sabrá, aunque mejor a su debido tiempo ¿no crees?

—Mi sabio consejero puede que acierte y en lugar de empujarla hacia mis brazos, esas imágenes la alejen para siempre.

—De acuerdo, tienes razón ¿Y qué hago ahora?

—Ayer se quedaron por firmar unos papeles, la voy a llamar y decirle que no puedo ir a llevárselos, que si le importa que se los acerques tú. Le daré tu número y que te llame para quedar ¿vale?

—¡Eres un fenómeno!

De un salto me levanto y abrazo a mi hermano.

—Anda, ten cuidado con esto que te puede explotar en las manos. Le enseñaré a tu cuñado los bocetos a ver qué opina, para estar hechos en cinco minutos no están mal, me muero por ver qué se te ocurre cuando te esfuerces un poquito más.

—¡Te voy a hacer un palacio en vez de una casa!

—Menos lobos... Te llamo con lo que me diga Lucía, guarda bien los papeles no los vayas a perder y quedemos como el culo.

—¿Por quién me tomas? Los guardaré como oro en paño.

Saca del dossier de encima de la mesa unos folios y los mete en un sobre para dármelos, tenía sus datos al alcance de mi mano, pero me alegro de no haberlos cogido furtivamente, me he desahogado con mi hermano y además me ha enseñado las grabaciones, cada vez que me acuerdo... ¡Vaya par!

Lucía:

—Mi despertar hoy es diferente, los rayos de sol que entran por la ventana traen consigo algo de esperanza porque sé que Jacobo existe, pero cuando me doy la vuelta en la cama una losa de culpabilidad me inmoviliza, mi marido también existe y no me alegro por ello.

—Cuando alguien descubre que un ser querido que creía muerto en realidad está vivo, lo normal es dar saltos de alegría y querer recuperar el tiempo perdido, sin embargo, en mi caso no fue así y eso me convierte en una persona horrible. A ver, en realidad yo no quería que Martín muriera, ni siquiera en mi fantasía idílica en la que estaba saliendo con Jacobo quería ese destino para mi marido, claro, que en ese sueño su desaparición resultaba muy conveniente porque, a pesar de sentir una profunda pena por su familia y su futuro truncado prematuramente, una vez pasado el duelo, a mí me venía de maravilla para poder empezar una relación con quien creo que es mi persona.

—Las ganas de matarlo al despertarme del coma y el odio que le tenía por estar vivo sólo fueron producto del shock de descubrir que llevaba 6 meses viviendo una vida irreal. De hecho aún me

lo sigo reprochando cuando lo veo con su carita de cordero degollado deambulando por la casa, pero no pude evitarlo, fue como si hubiera sido un fantasma que me arrancaba de mi recién adquirida felicidad después de lo mal que lo había pasado en el proceso de mi recuperación imaginaria. Lo que siento ahora por él es muy confuso, pensaba que podría volver a amarlo como cuando lo conocí, aunque lo que recuerdo de esa época no tiene nada que ver con lo que siento al mirar a Jacobo. Lo quise mucho, pero hoy tengo la certeza de que existiendo alguien más me va a ser imposible enamorarme de nuevo de él, es la culpabilidad por desear su muerte y lo agradecida que le estoy por no haberse separado de mí en todo este tiempo, entremezclado con el cariño de todos estos años compartidos, lo que me impide abandonarlo para descubrir mis sentimientos reales por Jacobo.

Tampoco puedo quedarme sin hacer nada y olvidarme del objeto de mi obsesión, al menos me debo a mí misma averiguar qué es lo que realmente me pasa con él. No puedo basar ninguna de mis decisiones en las fantasías vividas dentro de mi cabeza, ni en el hecho de que antes de que ocurriera todo hubiera sentido una conexión especial con él que se intensificó cuando se convirtió en mi ancla con la vida. Debo saber lo que sentimos estando juntos en la realidad, en este mundo concreto y tangible. Pero ¿cómo hacerlo sin serle infiel a mi marido? Y algo aún más importante ¿cómo hacerlo? sin más.

En este remolino que tengo por cabeza han pasado cientos de posibilidades desde que he abierto el ojo esta mañana, pero todo me parece imposible o demasiado evidente, y la de contarle toda la verdad es la peor idea de todas, pero no sé por qué se me antoja la más efectiva. Ni que decir tiene que no va a ser la que lleve a cabo por mucha confianza que me inspire el chico, no puedo olvidar que su hermano es abogado, lo podría usar como argucia para declararme loca e incapacitada. Cualquier juez que escuchara la historia firmaría sin pensárselo, yo misma lo haría si alguno de mis pacientes me hubiera contado esto cuando ejercía. Así que esa queda absolutamente descartada, veremos a ver lo que me depara el día y cuántas tonterías más se me ocurren antes de que acabe...

—Lucía ¿no te levantas? Ayer me dijiste que hoy trabajabas.

¡Coño, es verdad!

—Ehh sí, Martín, menos mal que me has avisado, se me había ido el santo al cielo.

—Si no te encuentras bien no vayas, llamo y lo cancelo en tu nombre.

¡Otra vez esa dichosa sobreprotección! Sé que no lo hace con mala intención, pero ¿tiene que ser tan pesadito?

—No, no, estoy perfectamente, de hecho me muerdo por hacer algo. Tanta inactividad me está matando.

—Vale, pero no cojas aún el coche. Después del mareo de ayer no quiero que te la juegues.

En esto tiene razón, aún no he conducido distancias muy largas yo sola y le tengo respeto.

—Iré en metro, no te apures.

Veo que sale de la habitación no muy convencido, pero sale, que es lo importante. Me meto en la ducha y disfruto de los múltiples chorros que caen sobre mi cuerpo, cuando abro los ojos veo a mi marido en la puerta observándome y me hace sentir tan violenta que tengo el reflejo de taparme.

—¿Ahora te da vergüenza estar desnuda delante de mí?

Me doy cuenta de lo ridícula que parezco cubriéndome los pechos ante una persona que conoce cada lunar de mi piel.

—Esto.... Es por las cicatrices, tengo un millón de costurones y no me gustan nada, no quiero que me veas así.

Es verdad que las señales que han quedado en mi cuerpo son horrorosas y me recuerdan lo mucho que me queda para recuperarme del todo, pero otra vez estoy usando mis heridas para encubrir la realidad a mi marido.

—Lucía, me gustas con cicatrices o sin ellas, tu cuerpo es precioso. Además, solo son marcas de que a pesar del calvario por el que has pasado estás viva, así que te pido por favor que no vuelvas a cubrirte delante de mí por eso, y no vuelvas a apagar la luz por esa causa cuando hacemos el amor. Te querría aunque te hubieran puesto la cara de Nicolas Cage.

Su declaración de amor me pilla por sorpresa y me doy cuenta de que estoy llorando, el último comentario y la manía que le tenemos a ese actor me hace sonreír entre lágrimas. Él se acerca y me pide que saque un poco la cabeza de la ducha para darme un beso al que no puedo negarme, se lo merece, ese y muchos más.

—Sólo venía a despedirme, pero verte cantando bajo el agua desnuda me ha hecho pensar en dar una excusa y retrasarme en llegar al trabajo.

¿Estaba cantando? No era consciente de ello.

—Noo, tu y yo nos vamos a ir a trabajar hoy, ya llevamos demasiado retraso en general ¿no crees?

—Tienes razón, te veo a la noche.

Me limpia las lágrimas, me besa y se va. Hoy mismo compro un pestillo para el baño, me he quedado hecha una mierda por utilizar mi drama para despistar a mi marido y luego peor al comprobar una vez más lo comprensivo y cariñoso que es. Cojo la esponja de crin y froto hasta hacerme casi sangre, me siento sucia, pero creo que por mucho que frote no voy a limpiar la mierda que llevo dentro.

Jacobo:

¿A qué hora será mejor llamarla? No quiero pillarla mal y que me salte el contestador, me quedaría en blanco hablando con una máquina con lo nervioso que estoy. Por otro lado, no ha contestado a mi solicitud de amistad y eso es una malísima señal ¡Qué vergüenza como le haya dado a ignorar! Aunque solo se lo he mandado hace un rato, a lo mejor no la ha visto...

¡Joder parezco un adolescente!

Si Sergio me ha puesto la excusa en bandeja, al final me ha dejado que llame yo sin avisarla pero no entiendo por qué titubeo tanto, es por un asunto del despacho, así que si me salta el buzón le digo que me devuelva la llamada y punto.

¡Allá voy!

Un tono...

—¿Si?

¡Pero si sólo ha dado un tono!

—¿Lucía?

—Sí, soy yo ¿quién eres?

—Lucía soy Jacobo.

Se queda callada ¿no se acuerda de mí?

—Esto...Jacobo Sanz.

—Sí, sí, ya sé quién eres, es que no sabía que tenías mi número.

—Me lo ha dado Sergio, espero que no te importe.

—¡No, no para nada! ¿ha pasado algo?

¿Ese "no, no" ha sido tan efusivo como me ha parecido? ¿o me estoy haciendo falsas ilusiones?

—No tranquila, solo es que se le olvidó que le firmarás unos papeles y me ha pedido que te los acerque yo que voy mejor de tiempo hoy ¿Podemos vernos?

—Ah, muy amable por tu parte, muchas gracias. Ahora mismo voy en metro camino del centro, he quedado con una clienta en media hora. Después soy toda tuya.

¡Joder como repita eso me lo voy a tomar de forma literal!

—¿Quedamos a la hora de comer entonces?

—Perfecto ¿en el kilómetro 0 a las dos?

—Allí estaré.

Quedan dos horas para verla y se me van a hacer interminables, la conversación ha sido bastante fluida, aunque me ha parecido que ella también estaba un poco nerviosa ¿será buena señal?

Lucía:

—Oye Siri, ponme música.

—Reproduciendo todas las canciones mezcladas.

¡Me encanta Siri! Jimena (una de mis mejores amigas) me ha grabado en el teléfono un montón de música que me encanta, entre ellos está el CD que escucho con mi hermana y aprovechamos para cantar a voz en grito cuando estamos en el coche. Como nunca sé por cual decidirme, le pido a Siri que lo haga por mí, con una mezcla de todos siempre acierta y esta vez el primero que suena es Izal, lo que me hace pensar que va a ser un buen día.

Conteniéndome estoy para no dejarme llevar por la música y ponerme a cantar en alto cuando una llamada entrante me interrumpe, justo a tiempo. Me pongo nerviosa y contesto a la primera, no me gusta nada contestar a través de los auriculares, por lo que me los quito a toda prisa y oigo su voz.

Desde un principio me parece él, pero no me lo creo, no tiene mi número.

—¿Jacobó?

—Esto... Jacobo Sanz.

¿Acaso existe algún Jacobo más en el mundo por el que me tiemble todo el cuerpo al oír su voz?

—Sí, sí, ya sé quién eres, es que no sabía que tenías mi número.

—Me lo ha dado Sergio, espero que no te importe.

¿Importarme?

—¡No, no para nada! —¡Joder exceso de entusiasmo! ¡Disimula!—. ¿ha pasado algo?

—No, tranquila, sólo es que se le olvidó que le firmarás unos papeles y me ha pedido que te los acerque yo que voy mejor de tiempo hoy ¿Podemos vernos?

¿Cuándo? ¿dónde? ¿a qué hora? ¿Qué quieres que lleve puesto...?

¡Un poquito de por favor, hombre!

—Ah, muy amable por tu parte, muchas gracias —suena un poco indiferente ¿no? ¿contrarrestará lo del principio?—. Ahora mismo voy en metro camino del centro, he quedado con una clienta en media hora —y como no me puedo quedar calladita...—. Después soy toda tuya.

Sí, le he soltado esa fresca así sin más, juraría que lo estoy oyendo tragar...

Un segundo, dos, tres... ¿Qué estará pensando por su cabeza que ni me contesta... cuatro...

—¿Quedamos a la hora de comer entonces?

¿Y ese agudo? Le he asustado al pobre, parezco una loba, pero ya está hecho, ahora seguridad por mi parte:

—Perfecto ¿en el kilómetro 0 a las dos?

A la clienta la espabilo yo en un pis pas, una cita con Jacobo bien lo vale. Aunque en realidad no es una cita, es un favor a su hermano... Bueno, que yo me voy a comprar un hato antes de verlo, con estas pintas no me ve una segunda vez.

—Allí estaré.

Ahora sí que me no me reprimo y canto a gritos lo de “ y a los locos nos verán bailando...”

Me bajo en mi estación con las miradas de los otros viajeros pegadas por mi muestra de júbilo en público y me da igual lo que piensen ¡hoy va a ser un gran día!

Lucía:

Como había previsto, el encuentro con Belén Ugarte no ha sido muy largo, una fiesta de cumpleaños para su marido, unas 100 personas y algo fino y elegante. Tras prometerle que está en buenas manos y hablarle de tres posibles ubicaciones adecuadas nos despedimos.

—Me alegro de que te hayas recuperado, Paloma es genial, pero ya sabes que siempre he preferido tratar contigo directamente.

—Muchas gracias, he pasado una mala racha, pero ya estoy de vuelta. Voy a visitar personalmente los sitios que te he dicho y pido presupuestos ¿quieres prueba de catering o me lo confías también?

—¡Ocúpate de todo! Ya sabes el límite que he puesto.

—Muchas gracias por el voto de confianza. El próximo día que te llame te tendré las tres propuestas completas para que me des el sí a la que más te guste.

—Pero si puedes hacerlo tú... Sólo dime la dirección y la hora.

—Bueno, si lo tengo muy claro no te daré la lata, pero si dudo tendrás que darme tú la última palabra ¿vale?

—Vaale, llámame en cuanto lo sepas ¡Estoy impaciente!

Es una mujer muy decidida y no me hace perder el tiempo, luego tampoco pone muchas pegas con lo que le elijo, así que me voy contenta con mi trabajo de hoy. Voy llamar a los locales que he pensado para concertar cita y ya dejo esto hecho para irme a comprar algo más favorecedor que este traje de trabajar.

La primera llamada se me da bastante bien, pregunto si tienen disponibilidad para la fecha elegida y me dicen que sí, programo una cita para la mañana siguiente con el encargado y me apunto todos los datos. La segunda también se cuadra, día libre y posibilidad de verlo en persona mañana también, así que espero que la tercera llamada vaya igual de bien y mañana dedicarme a ir de un sitio a otro, pero, cómo no, el sitio que más me gusta para el evento y que tengo ya preelegido me hace andar de cabeza. Es una casa que está en Pozuelo de Alarcón, dos plantas dedicadas exclusivamente a eventos y un jardín con posibilidad de cubrir si la meteorología no nos es favorable. He realizado ya varias cosas con ellos y la cocina es excelente, puedes llevar catering, pero su personal es magnífico y muy resolutivo. La zona infantil también está muy preparada y disponen de animadores previa reserva. Lo mejor de todo es que en la planta superior hay cuatro dormitorios fabulosos por si alguien tiene alguna necesidad especial o por si los anfitriones deciden quedarse a dormir allí. El caso es que cuando he hablado con Raquel (la encargada) me ha dicho que está pendiente de una pareja para esa fecha, pero que no se han

decidido aún, así que si me interesa tengo que hacer la reserva urgente. Lo hace como un favor porque ya hemos trabajado con ellos muchas veces, así que le digo que la vuelvo a llamar en un momento y me planteo una nueva estrategia.

Llamo al primer y el segundo sitio y adelanto la cita a las 17.30 y 18.30 de esa misma tarde, así que con Raquel quedo en ir en cuanto termine. El imprevisto desbarata mis planes porque primero: ya voy tarde para comprarme ropa y tengo que aparecer en plan secretaria delante de Jacobo. Segundo: nuestra comida tiene que ser breve porque tengo que ir a casa a por el coche, aunque no están muy lejos entre sí no puedo ir en transporte público, lo que me lleva al tercer problema derivado, que es que no me atrevo a conducir sola todavía.

Llego por los pelos al punto donde he quedado con Jacobo, no lo veo por allí, me parece que aún no ha llegado y maldigo el no fumar por lo útil que resulta en estos casos. Avanzo hasta el punto exacto y saco mi móvil para entretenerme mirando Facebook cuando veo una sugerencia de amistad de la misma persona con la que he quedado, sonrío como una tonta y muero de vergüenza cuando noto que hay alguien tan cerca de mí que puede ver exactamente lo que me ha hecho sonreír de tal manera.

Jacobo:

Estoy esperando puntual como un reloj en el Km 0 cuando la veo acercarse y buscarme con la mirada, por suerte no me ve, lo que me permite observarla desde una posición privilegiada. Está guapísima, se la ve algo azorada y mira el reloj como temiendo llegar tarde, comprueba que no y disimula mirando el móvil como hacemos todos desde que se han inventado esos cacharros. Lleva un traje con falda y chaqueta y unos tacones no muy altos, pero que le realzan el culo de maravilla. El pelo recogido en un moño improvisado me deja ver su cuello despejado, a lo que no me resisto y me acerco como si de un imán se tratase y yo fuera un trozo de metal.

Es muy atrevido por mi parte, pero la curiosidad me puede, necesito ver qué es eso que atrae su atención en el teléfono, me sitúo detrás y gracias a mi altura no tengo ningún problema para ver que lo que la está haciendo sonreír ahora mismo, es mi nombre en la página de Facebook, eso a su vez, me hace sonreír a mí y me da ganas de girarla y comerme esa sonrisa directamente de sus labios, pero no me atrevo, carraspeo y ella se sobresalta.

—Perdona, no quería asustarte.

Guarda el móvil y pone cara de disimulo, esa cara que se pone cuando te han pillado haciendo algo que te da vergüenza reconocer...

—¡Ay! No te preocupes, estaba haciendo tiempo porque no te veía.

—Llevo aquí un rato, de hecho llevo un par de minutos pegado a ti, podría haber sido un ladrón y desvalijarte sin problema.

—No te diría que no, estoy un poco despistada hoy, eso sí, el móvil no lo habrías tocado ¡Antes mi vida!

Hace un gesto como de apretar contra ella el móvil como si fuera una adicta y luego se ríe.

—Llevo aquí toda la agenda de trabajo, me ha costado un montón ponerla al día después de.... ya sabes.... estos ocho meses, pero ahora ya está todo y me muero si me lo roban.

—Para eso están las copias de seguridad ¿no las haces?

—Sí, pero no me fio. De todas formas ¿tan cerca estabas?

—Hasta he podido ver cómo le dabas a ignorar a cierta petición de amistad...

—¡No le he dado a ignorar! —se ríe de nuevo—. Aún, tendré que sopesarlo tras nuestra cita

¡Digo encuentro de trabajo!

No voy a hacer sangre con su desliz, al menos de momento, me limito a reírme, Lucía me hace muchísima gracia. Mete la pata casi tanto como yo, pero también se lo toma con humor, es tan natural...

—Bueno ¿te apetece ir a algún sitio en concreto? Yo empiezo a tener hambre y mi hermano ha dicho que nos paga la comida el bufete, así que aprovecha.

—Ummm ¿nos acercamos a Huertas? Me gusta mucho un sitio, bueno no sé si seguirá abierto, antes iba mucho cuando estaba por aquí.

Asiento y me guía hasta un local bastante grande decorado en tonos blancos y negros. Efectivamente conoce a todo el personal y la van saludando y felicitando por su recuperación, me mira como disculpándose, pero no tiene de qué hacerlo, yo soy el primero que se alegra de que esté tan bien.

El metre nos asigna una especie de reservado por ser ella, me encanta la idea de tenerla para mí solo sin nadie observando.

—¿Te gusta el sitio?

—Me encanta, además, por lo que veo tenemos enchufe.

—Sí, cuando estaba en activo organicé unos cuantos eventos aquí con gente de mucha pasta y me están bastante agradecidos.

—Pero ahora estás trabajando ¿no?

—Sí, he empezado con pequeños eventos, de hecho luego tengo que ir a solucionar unos temas, no puedo irme muy tarde.

Eso me desilusiona un poco, pero no puedo pretender raptarla toda la tarde.

—No te preocupes, no te entretendré mucho.

—Ok, pues vamos a ir pidiendo para que no se nos adelante una mesa grande que entraba justo detrás de nosotros ¿Miras la carta o pido por los dos?

—Me fio cien por cien de ti.

Llama al camarero y le pide varias cosas para compartir, todas con una pinta estupenda. Nos decidimos por un vino blanco con poca graduación alcohólica porque me asegura que ya no toma ninguna medicación que pueda hacerla caer KO, pero me advierte que no ha bebido desde hace tiempo para que no me asuste si con una copa se pone tonta.

—Prometo intentar no aprovecharme.

—Sería muy poco profesional ¿no crees?

Pone cara de traviesa y mi cuerpo reacciona sin que yo quiera.

Trago saliva y contesto como puedo.

—Sergio me mataría si hiciera algo así...

—Sergio nunca se enteraría.

Su respuesta me deja paralizado, le ha salido sin más, sin ningún atisbo de ser una broma, algo así tan descarado y directo que me ha noqueado y dejado sin capacidad de reacción.

—Pero bueno, confío en su profesionalidad señor Sanz, así que puedo beberme un par de copas sin peligro ¿verdad?

—¡Por supuesto! Puedes confiar en mí en todos los sentidos.

De repente suena su móvil y rompe la atmósfera por completo.

—Tengo que contestar, perdona.

—Para nada, contesta.

Descuelga con mala cara y su voz se vuelve gélida.

—Sí, estoy bien, no te preocupes, sí, en una comida de trabajo. Te lo dije ayer, que estaría

fuera todo el día, luego voy a ver a Carmen pero no sé a qué hora. No, no necesito que vengas a buscarme. Bueno, llámame luego si quieres, pero si estoy ocupada no te lo voy a coger así que no entres en pánico. Vaaale, yo también.

Se me había olvidado que tiene un marido que es real y que no murió cuando mi mujer. Se me había hasta olvidado que el cabronazo le puso los cuernos a Lucía con tal descaro que hay grabaciones que lo demuestran, y verla hablar con él y darle explicaciones de lo que hace y deja de hacer me pone enfermo.

—Perdona, como habrás supuesto era mi marido, si lo ignoraba se pasaría el rato llamando.

—No tienes que darme explicaciones, es tu marido, normal que le respondas al teléfono.

—Ya, pero es de mala educación...

Agarro su mano que juguetea nerviosa con los cubiertos y vuelvo a notar esa corriente que viaja por toda mi espina dorsal.

—No te apures, de verdad, no tienes que disculparte... —intento cambiar de tema y saco algo agradable para que no piense que me ha sentado mal ni nada parecido, pero divago porque sólo puedo pensar en sus dedos recorriendo la palma de mi mano con una sensualidad que cualquiera diría que está acariciándome alguna otra parte del cuerpo ¿dos manos pueden hacer el amor? ¡Dios, que moñas me he vuelto!, menos mal que viene la comida, que si no...—. Venga, vamos a comer que esto se enfría.

Lucía:

¿No debería sentirme mal por mentirle a mi marido sobre mi compañía en lugar de por hablar con mi marido delante de Jacobo?

Mi cerebro sigue pensando que Jacobo es mi pareja y Martín el impostor, si no, no hay otra explicación para mis comentarios fuera de tono y mi predisposición al tonto. Nunca me he comportado así desde que estoy casada, tontear he tonteadado con algún cliente, no voy a negarlo, pero con unos límites muy claros y las ideas más aún. Pero con Jacobo los límites se difuminan y las ideas van de indecentes a tremendamente indecentes.

He notado cómo se le endurecían las facciones durante la llamada, sabe que estoy casada y entre nosotros no hay nada, pero el tema de Martín es algo delicado y no me apetece nada sacarlo entre nuestros temas de conversación. Por lo que veo a él tampoco, me corta la disculpa y pone su mano sobre la mía. Es tan real que ni me lo creo, a diferencia de en el sueño, ahora noto su calor y su piel, es difícil de explicar, pero pasa del leve hormigueo que sentía cuando me tocaba durante mi fantasía, esto es contacto de verdad, cada uno de los poros de su palma están tocando la parte superior de mi mano, inconscientemente mis dedos buscan los suyos y se entrelazan lo que provoca que mientras intentamos hablar en un tono neutro nuestras manos se recorran mutuamente y jugueteen al margen de nuestra propia voluntad.

La comida nos salva de que nuestras traicioneras manos extiendan su radio de acción a cualquier otra zona que se les ocurra, creo que por mucho empeño que le pusiéramos no seríamos capaces de controlarlas, de hecho es cuando nos traen la comida y nos tenemos que soltar para comer cuando nos percatamos del rato que llevamos con ellas unidas.

Entre plato y plato la cosa discurre algo más distendida, me río de sus bromas y fiel a mis tradiciones meto la pata una y otra vez por no pensar antes de hablar, pero no parece molestarle, al contrario, se ríe y lo usa en mi contra para mofarse. Realmente pienso que nos hemos debido conocer en otra vida, porque no es normal el grado de entendimiento sin abrir la boca, cómo se

anticipa a lo que estoy pensando y cómo me siento cuando estoy con él si realmente somos completos desconocidos.

Jacobo:

Me encanta ver esa tranquilidad en su cara, el vino parece haberla relajado y habla sin parar, pero no de una manera pesada, sino graciosa y ocurrente, como he mencionado antes, con una espontaneidad que me tiene loco. De repente se le escapa algún comentario que deja claro que se siente atraída por mí y se avergüenza al instante, eso me descoloca, no debo olvidar que está casada, con un gilipollas, pero lo está y ella parece que se acuerda de ello sólo a veces. Entonces mira el teléfono y lo da la vuelta como con asco.

El camarero se acerca a nosotros y le dice que hay una balinesa libre por si queremos tomarnos allí el café y ella le da las gracias muy contenta. Me mira esperando mi aprobación y soy incapaz de negárselo aunque no tenga ni idea de qué narices hace una balinesa en un restaurante en el centro de Madrid.

En una amplia estancia hay varias colchonetas separadas por doseles que preservan la intimidad, me resulta un ambiente muy sugerente y me muero por estar tumbado en una de ellas con Lucía. Sé que no será así, pero no puedo evitar que en mi cabeza aparezcan unas imágenes que yo no he pedido y que me ponen muy, muy nervioso.

—¿Te gusta el sitio?

—Mucho, nunca he estado en un restaurante con camas.

—Bueno, camas, camas no son. Aunque alguna que otra noche se usan como tal en alguna que otra fiesta temática.

—¿y tú como sabes eso...?

—Soy organizadora de eventos ¿recuerdas? —estoy seguro de que nunca dejará de sorprenderme—. Pero no me quedo, no me mires así. Los chicos me cuentan los cotilleos más jugosos al día siguiente. Si te soy sincera he aceptado tomarme el café aquí para poder descalzarme ¡me muero de dolor de pies!

—Haberte descalzado mientras comíamos, estábamos solos.

—¿Cómo me iba a descalzar mientras comíamos?

—Pues como ahora, mira —me agacho y acaricio su pierna desde la rodilla hasta el tobillo, levanto su pie y le quito lentamente el zapato, puedo ver alguna de sus cicatrices y la imagen de su cuerpo prácticamente inerte viene a mí de nuevo. Por un momento dejo de respirar, pero notar su piel bajo mis dedos me hace volver al presente y repito la operación con la otra pierna— no es tan difícil ¿no?

—Visto así parece muy fácil, ahora lo que no sé es cómo me las voy a apañar con esta horrible falda para sentarme ahí, no había pensado en ese pequeño detalle cuando se me ha ocurrido esta brillante idea...

Tentado estoy de decirle que se la quite, pero me corto y la ayudo a tumbarse. La falda de tubo que tanto me ha gustado cuando la he visto aparecer esta mañana ahora me encanta, se recoge dejándome ver más piel de Lucía y me divierte verla luchar contra ello.

—Anda, olvídate de la falda y descansa un rato ¿te duelen mucho los pies?

—Son las piernas más bien, desde el accidente aún se me cargan cuando paso muchas horas levantada.

Lucía:

No me puedo creer que me haya descalzado, pero ahora ¡me está dando un masaje en los pies!

Sus manos los recorren delicadamente y suben hasta las rodillas, por un lado pienso que debería salir corriendo de allí, pero por otro rezo para que no se detenga y siga subiendo.

El camarero sonríe cuando nos ve a través del dosel y nos separamos instintivamente, de repente caigo en la cuenta de que he quedado en menos de veinte minutos en Pozuelo y no tengo el coche.

—¡Joder! ¡Qué cagada más grande!

—Perdona, no quería molestarte Lucía, no sé qué me ha pasado...

—No, no es por eso, es que me acabo de acordar de que tengo una cita dentro de un rato y necesito mi coche para ir. Así que no llego a tiempo ni de coña ¡Vaya forma de reincorporarme al trabajo!

—Tranquila, yo te llevo.

—¿cómo?

—Sí, que tengo el coche en un parking de aquí al lado y te puedo llevar a donde quieras, si nos vamos ahora llegamos sin problema.

—Pero tendrás trabajo, no puedo retenerte toda la tarde.

—Lo que tengo que hacer puede esperar a mañana y las niñas están con mis padres, así que no se me ocurre un plan mejor que pasar la tarde contigo. Además, aún no me has firmado los papeles.

—¡Andá! ¡Los papeles!

—Sí, los tengo en el coche. Venga que te llevo donde me digas.

Su cojera me crea un poco de inseguridad, pero recuerdo cómo empezó a conducir a los pocos días de terminar la rehabilitación, puede que no sea un recuerdo real, pero confío en Jacobo y es mi única opción si quiero llegar a tiempo a mi cita de trabajo.

—¡Venga! No te quedas ahí que no somos los más rápidos del mundo andando, por si no te habías dado cuenta.

Sí, vaya dos que nos hemos juntado, él medio cojo y yo con las piernas aún algo débiles, pero en realidad no vamos tan mal, al no parar de hablar parece que no nos acordamos de nuestras dolencias. La verborrea continúa durante todo el trayecto hasta el primer local, en cuanto lo vemos descarto la idea de inmediato. Le digo que espere en el coche porque no voy a tardar y cumplo mi palabra, en cinco minutos le digo al metre que no me interesa el sitio y me disculpo con él por haberle hecho perder el tiempo. No sirve de nada andarse con rodeos o poner excusas, el local no está a la altura de mi agencia y deben saberlo.

—¿Ya? Has sido rápida.

—Para decirles que no me gusta nada no necesitaba mucho tiempo.

—¿No me digas que se lo has dicho así a bocajarro?

—¡Anda! ¿y qué querías que les dijera?

—No sé, algo más delicado como que tienes otro sitio ya...

—No, me he ahorrado el decirles que es casposo y hortera, deberían estar contentos.

—Eres un poco cruel ¿no crees?

—Si tanto te gusta te organizo una fiesta aquí para ti...

—¡Ni de coña! ¡Es casposo y hortera!

—Pues eso ¡a por el siguiente!

—¿Tampoco lo conoces?

—No, sólo conozco el que he dejado para el final, en realidad es el que me gusta, pero se va un poco de presupuesto.

—Bueno, pues vayamos al próximo a ver si hay más suerte...

El segundo lugar está algo mejor, aunque no puede competir con Casa D'Artco, es amplio y con posibilidades, pero para mi retorno a la vida laboral quiero que salga todo perfecto. Esta vez Jacobo sí que me ha acompañado y lo observa todo con ojo crítico. Al final nos vamos de allí con la sensación de que la señora que nos ha atendido nos iba a echar a patadas.

—¡Luego dices que yo soy la cruel! ¿te has dado cuenta de las barbaridades que le has dicho?

—¡Es que estructuralmente es una pena! ¡Esos baños son ridículos y esas tarimas un peligro como se suba alguien! ¡Tiene suerte de que no la denuncie!

No puedo parar de reírme, le ha sacado punta a todo y parecía una inspección del ayuntamiento.

—Apostaría a que tenía el teléfono de su abogado en marcación rápida, vaya cara que te ha puesto cuando has mencionado la escalera de caracol.

—¿Tanto me he pasado?

—Ha estado bien, pero ya me pueden hacer un buen precio ahora porque es la última bala que nos queda, no tiene nada que ver con lo anterior, pero si se va mucho de precio no creo que mis clientes lo acepten.

—Prometo portarme bien esta vez.

—Estoy por dejarte en el coche castigado...

—Castígame luego que esto es muy divertido.

La verdad es que nunca me lo he pasado tan bien en esta parte del trabajo, lo de elegir local es lo más tedioso.

Casa D'Artco nos recibe tan imponente como la recordaba, dejamos el coche cerca de la entrada y llamamos a la puerta. Patricia (la dueña) nos atiende personalmente.

—Lucía, cariño, en cuanto me he enterado de que venías en persona me he empeñado en atenderte yo ¡Me alegro tanto de tu recuperación!

—¡Muchas gracias, pero no tenías que haberte molestado!

—Tonterías ¡no es ninguna molestia! Pasad, por favor.

Me mira de arriba abajo como cerciorándose de que estoy en perfecto estado y luego centra la atención en mi acompañante y me susurra:

—¿Y este chico quién? porque a tu marido lo conozco y perdóname, pero éste no se le parece...

—Oh, no ¡Perdona! Es...mi nuevo socio.

—¿Ya no está Paloma contigo?

—Sí, sí, pero él es asesor de seguridad, es arquitecto y me viene muy bien su ojo experto para evitar problemas, ya sabes... Es Jacobo.

Es lo primero que se me ha ocurrido y a él parece hacerle mucha gracia porque está intentando no reírse.

—Encantada Jacobo, a ver qué nos dicen esos ojazos...

Yo me habría ruborizado sin lugar a duda si me sueltan una fresca semejante, pero él ahí tan profesional interpretando su papel, ni se ha inmutado.

—Igualmente. Reconozco que aún soy un novato en el tema de los eventos, pero en los trabajos que he realizado con Lucía he disfrutado como un enano. Formamos un buen equipo ¿verdad Lu?

Patricia nos mira divertida, es una mujer muy perspicaz y enseguida se ha dado cuenta de la confianza que hay entre nosotros.

—Sí, ya veo que formáis un buen equipo, eso no hace falta que lo jures.

Regaño a nuestra anfitriona con la mirada y me entiende a la perfección, se le escapa una risita que dice todo lo que está pensando.

—Oye Lucía, como ya conoces la casa ve enseñándosela a tu “socio”—lo dice de tal manera que solo le ha faltado hacer el símbolo de las comillas con la mano para que tenga claro que no se ha creído nuestra interpretación—, yo voy a terminar con unos clientes que tengo viendo el jardín trasero y ahora os atiendo.

—Perfecto, sabes que somos de confianza, así que no te apures y tómate el tiempo que necesites con esos clientes.

Me aparta de Jacobo y me dice en voz muy baja:

—Tómate tu tiempo tú, la sala de los espejos está limpia y no se va a usar esta noche, así que es toda vuestra. Me mandas un mensaje al móvil y doy instrucciones al personal.

—¡Patricia por favor! No sé qué idea te has hecho sobre nosotros, pero no es lo que te imaginas. Sólo me ha acompañado porque yo no puedo conducir aún y me daba pena dejarlo en el coche.

—Cariño, recuerda en el sector que me muevo y que te he visto interactuar con tu marido muchas veces —con Patricia además de una relación profesional tengo una personal y antes del accidente solíamos quedar cuando tenía una nueva relación para darle el visto bueno. Martín nunca entendió muy bien aquellas cenas, pero a mí me encantaban y tengo intención de retomarlas en breve— y nunca he percibido lo que noto entre este chico y tú.

Miro a Jacobo que deambula observándolo todo y según parece tomando nota mental de cada detalle, y me aseguro de que no me oye.

—La verdad es que me gusta muchísimo, pero Patricia, sigo casada con Martín y eso no va a cambiar. No se ha separado de mí durante el tiempo que he permanecido en coma y me ha prestado una atención que ha impedido que mis músculos se agarrotaran para siempre, así que puedo disfrutar de la compañía de Jacobo, pero siempre con una barrera de por medio que no voy a traspasar.

—Respeto tus convicciones, pero con lo que has sufrido este último año te mereces ser feliz, date una alegría con este macizorro en la habitación de los espejos, tu marido nunca lo sabrá así que no le dolerá.

—Si abro esa puerta no seré capaz de cerrarla nunca, me conformo con tener una amistad con él. En realidad acabamos de conocernos, no puede ser tan difícil mantenernos a raya.

—¿Has oído hablar del amor a primera vista?

—¡Venga Pat no me vengas con chorradas ahora! ¡vete con tus clientes y prometo quedar contigo pronto y contarte todos los pormenores de nuestra relación DE AMISTAD.

—Bueno, me quedan 45 minutos con estos tú sabrás cómo los aprovechas. Yo no lo dudaría ni un minuto.

Sólo de pensar en la sala de los espejos y Jacobo en ella me pongo en tensión y comienzo a salivar, hasta el ligero cojeo le sienta bien, de repente mira hacia donde estoy pero no se mueve, me imita y me observa desde la distancia al igual que ha hecho con cada uno de los rincones del salón en el que estamos. Por fin comienza a acercarse lentamente y empiezo a sentir cómo mi cuerpo me pide a gritos que avance hasta él y sienta su piel junto a la mía, pero mi cerebro se impone y toma una decisión diferente.

Jacobo:

Tengo que reconocer que es todo un casoplón, hay alguna que otra cosa que mejorar, pero por lo general está bien rematada y la estancia tiene muchas posibilidades para celebrar fiestas, ahora entiendo por qué Lucía tiene tanto empeño en que sea aquí. La dueña es encantadora, se nota que tiene sus años, pero está tremenda y además es de las que te calan enseguida, tiene un algo especial que hace que te relajes y entres en su particular juego de seducción sin proponértelo. Sin duda no se ha creído que sea el socio de Lucía, se deben llevar bastante bien fuera de aquí y la ha apartado para sacarle toda la información de lo que nos traemos entre manos. Soy el primero al que le gustaría saberlo, porque la palabra confundido se queda corta para describir mi estado, completamente perdido se acerca algo más a cómo me siento.

Hay una fuerte atracción y eso se palpa desde el momento en el que se levantó las gafas de sol la primera vez que la vi en el tren, pero además es que es como si nos conociéramos de toda la vida, con ella soy natural y no me da miedo tocarla o pasarme de confianza aunque nos hayamos visto nada más que tres veces. Por fin me siento completamente acompañado, como si la chica que me visitaba en sueños hubiera vuelto para quedarse conmigo a tiempo completo, sé que es una locura, pero nunca antes me había sentido así. Lo que pasa por su cabecita no lo tengo tan claro, su expresión corporal y sus miradas me dicen que es completamente mía, que está a mi merced y que es feliz sólo con que la mire a los ojos, pero cuando es consciente de ello se tensa y pone distancia. Mira el móvil sin cesar y lo guarda como si ardiera, su puto marido está presente y ella no es como él o como Laura, creo que por muy hastiada que esté de esa relación la respeta lo suficiente como para no dejarse llevar completamente a donde yo la llevaría si me lo permitiera.

He dejado de oír el murmullo de Patricia y Lucía hace unos segundos, así que debe haber concluido su charla y ya me puedo girar. Al hacerlo descubro la mirada intensa de Lucía evaluándome, su gesto tiene algo que me excita. No me dice nada, simplemente está ahí mirándome como si fuera un caramelo, así que camino lentamente hacia ella pero ni yo mismo sé con qué intención lo hago. Sé lo que mi imaginación y mi cuerpo piden a gritos, pero la parte racional que me queda me hace ser cauteloso y frenar mis impulsos más elementales, le daré lo que me vaya pidiendo, ella es la que tiene el compromiso y la que tiene que dar los pasos en la dirección que quiera darlos.

Así pues, llego hasta donde está sin que ninguno pronuncie una sola palabra, frente a frente y bastante cerca, no sé cuánto pasa, un par de minutos o dos y por fin se decide a continuar enseñándome la casa.

—Ven, que te enseñe la parte de arriba, para la cocina y los jardines esperamos a Patricia, pero los dormitorios ha insistido en que te los enseñe yo sola.

Me cae bien Patricia, sí señor.

—Como tú digas, pero no hace falta, al fin y al cabo lo de que soy tu socio es mentira.

—Ya, pero creo que es una buena idea contar con un asesor para los decorados y reformas y ¿Quién mejor que un arquitecto? ¡Siempre que estés interesado claro!

—¡Por supuesto! No sé mucho de fiestas, pero hoy me lo estoy pasando muy bien trabajando contigo y si te puedo ser de ayuda ¡yo encantado!

—Te pagaré por tus servicios, no te creas que tengo tanta cara como para abusar de tus conocimientos así por las buenas.

—Anda, no digas tonterías.

—Entonces nos vamos, ya vendré en otro momento.

—¡Vale, vale, vale! Pero ¿podemos hablar de mis honorarios en otro momento? Tengo que pensarme lo que te voy a pedir...

—Bueno, pero no me mires con esa cara que son temas profesionales...

—¿Con qué cara?

—Pues con esa que estás poniendo.... —no puedo evitar ser transparente para ella—. ¡Venga vamos a ver las habitaciones y te cuento un par de cosas interesantes!

La sigo por la escalera, cada vez cojeo menos, pero debo ir despacio de todas formas, eso me da ventaja para ir mirando sus maravillosas formas delante de mí, es increíble porque cada segundo que pasa descubro algo en ella que me gusta más que lo anterior, creo que se ha dado cuenta de mi estrategia, porque me ha mirado y ha disimulado una risita.

—¿Te cojo en brazos?

—¡Ni se te ocurra! ¡Desde aquí hay unas vistas inmejorables!!

—Ya te veo...

No se ha molestado por mi descaro ¡esta tía es increíble!

Llegamos a un pasillo con varias puertas y me va enseñando las diferentes habitaciones y sus baños, están decoradas de forma minimalista pero elegante, no les vendría mal una reforma, eso es cierto, pero en general están bien.

—Bueno, detrás de esta puerta hay algo especial, en esta sala radica el gran éxito de esta casa, alquilarla cuesta un pastón, pero en determinados ambientes eso no es un problema...

Me está asustando, no me quiero ni imaginar lo que puede haber tras la puerta.

—Cuánto misterio ¿no?

—Espera y verás.

Abre con una llave diferente y entramos en una sala enorme toda llena de espejos. En el centro hay una gran cama completamente redonda y del tamaño de una plaza de toros, pero no es la única que hay, a su alrededor a unos tres metros hay diferentes estancias con sofás o camas, divanes, sillas y en algunas puedo ver artilugios que se escapan a mi conocimiento.

Lucía me mira divertida, ha cerrado la puerta tras ella y se ha quedado justo en la entrada observándome de nuevo, sin darme cuenta he empezado a recorrer toda la sala como si fuera un zombi y cuando he llegado a la zona de los artilugios es cuando ya no he podido más y la he mirado.

—¿Tú has usado esta sala en tus eventos?

—Sí y no.

¿Pero qué cojones de respuesta es esa?

No me sale ni la voz.

—¿Cómo que sí y no? ¿Puedes explicarte?

Se acerca hacia mí y pone una cara que, como tantas en ella, es nueva para mí, pero que me da ganas de agarrarle a unas esposas que he visto colgadas y dar rienda suelta a lo que me lleva viniendo a la cabeza desde que he rozado sus pies en el restaurante.

—¿Y si hubiera estado usando esta sala como tú crees... qué pensarías de mí?

¡Joder que me tendrías aún más loco!

—Que sabes divertirte. Nada más.

—Pues siento decepcionarte, yo sólo he traído a algunos clientes a esta casa y les he enseñado la sala. He declinado todas las invitaciones de participar en lo que aquí ocurre cuando se cierra la puerta. Pero sí que he oído bastantes historias de lo que pasa en determinadas fiestas. Esta casa

está muy solicitada entre swingers y gente a quienes les va el intercambio de parejas, creo que también se dan otro tipo de reuniones, pero siempre y cuando todo sea legal. Patricia se toma muy en serio el tema de la prostitución y no quiere ni oír hablar de algunos empresarios que agasajan a otros con mujeres y drogas, lo lleva a rajatabla. Aquí solo son relaciones entre adultos consentidas y gratuitas, lo que hagan luego aquí queda entre ellos.

Es un mundo absolutamente desconocido para mí, pero ella parece controlarlo. Me hace sentirme excitado y a la vez algo celoso por pensar que ha vivido cosas que yo ni siquiera sabía que existían.

—¿Y nunca te has quedado a una fiesta?

—Te recuerdo que soy una mujer casada y con un marido bastante soso en ese aspecto. El tema de los swingers me pica un poco la curiosidad, pero de momento no me planteo entrar en ese tipo de relaciones.

Nota mental, buscar el palabro en Google para ver lo que significa.

—¿Y la fiesta que preparas es de este tipo?

—¡Noo! Son personas muy tradicionales, aunque nunca puedes fiarte, Patricia suele dejar caer a algún invitado que la sala existe y más de una vez cuando el alcohol fluye por las venas de casi todo el personal el rumor se extiende y acaban liándola parda.

—¡Jooder!

Viendo la disposición del lugar me puedo hacer una idea de las orgías que se deben montar aquí.

—Sí, de eso mucho.

Cuando pillo el chiste rompo a reír como lo está haciendo ella.

—Bueno, dejémonos de tonterías, ya te he enseñado todo. Bueno, faltan los baños de la sala.

Me esperaba un par de lavabos y cubículos como en cualquier local, pero allí había duchas y una bañera gigante. Los inodoros me los muestra Lucía separados por un pasillo, como si nada tuvieran que ver con el resto.

—Deduzco que la fiesta también sigue por aquí de vez en cuando...

—Me imagino, está todo bien pensado para ese propósito...

Me estoy poniendo malísimo de pensar en la carga sexual que hay entre esas paredes.

—No, si bien pensado está...

—Ya sí que podemos ir en busca de Patricia, no vaya a pensar que he aceptado su oferta y te tengo en la cruz esposado.

—¿Cómo???

Se ríe la cabrona, después de lo que me ha dicho.

—Cosas de Patricia, insiste en que estás más bueno que mi marido y que no debería dejar pasar la oportunidad de estrenarme en esta sala contigo. Dice que nos la deja para toda la noche y no sé cuántas tonterías más...

Como el título de aquella película, esta tía suavemente me mata. ¿Acaso no es consciente del efecto que sus palabras tienen en mí?

—Tonterías ¿no?

—A ver, lo de que estás más bueno que mi marido es cierto, no voy a negártelo. Pero lo de quedarme contigo en esta sala toda la noche es imposible, no puedo hacerle eso a Martín, no se lo merece —en ningún caso ha dicho que ella no quiera, solo nos lo impide el asqueroso ese y lo de que no se lo merece...—. Lo que me recuerda que tenemos que volver ya o le va a dar un ataque de nervios. He pasado de él todo el día y no suelo hacerlo.

—Como tú quieras Lucía, aquí llevas tú las riendas.

Me mira extrañada ¿de verdad aún no sabe que estoy a sus pies?

Bajamos algo tristes y nos topamos con Patricia de frente.

—¿No os habéis querido quedar...?

—¡Qué va Patricia, esta chica es muy formal!

—Eso ya lo sé yo, pero hay por quien merece la pena desmelenarse un poco de vez en cuando.

No le hace ninguna gracia el comentario de la dueña, se ha quedado taciturna después de nuestra breve conversación.

—Nos vamos ya, Patricia ¿Te llamo mañana y hablamos de precios? Me quedo con el día para mi fiesta, mañana mismo ingresamos la señal.

—Sabes que tú no necesitas ninguna señal conmigo, me fío de tu palabra.

—Gracias, Pat, da gusto trabajar contigo.

—Contigo también, mi niña — deben tener una relación muy estrecha por cómo se tratan, enseguida se ha percatado de que no es la misma Lucía de cuando hemos llegado y aprovecha que va a recoger su bolso para preguntarle si está bien—. ¿De verdad que estás bien?

—Sí, de verdad... Es que hoy han sido muchas horas de trabajo y llevo poco reincorporada, necesito algo de entrenamiento nada más.

—Bueno, pues tómatelo con calma ¿vale? Antes de iros quería comentar una cosa con tu arquitecto ¿os importa?

—No, no, por un ratito más no pasa nada.

—Fíjate qué cosas, es que me viene de perlas que lo hayas traído, porque quiero hacer una reforma en la sala de espejos y en las otras. —señala con el dedo la planta de arriba y me mira con picardía—Ya te habrá contado Lucía que a veces tenemos unos clientes bastante especiales y aunque hasta ahora no he tenido queja, quiero darle otro aire. Mucha clase, en los dormitorios individuales que haya más intimidad, pero que a la vez todo se pueda convertir en sala “multiusos” ¿me entiendes?

A la perfección, nunca he hecho un trabajo parecido, pero sé lo que me gustaría a mí si asistiera a una fiesta de ese tipo, me entusiasma la idea y es todo un reto. No puedo ocultar lo contento que estoy, nunca pensé que fuera a conseguir una clienta cuando me ofrecí de acompañante. Quería pasar algo más de tiempo con ella y no sólo lo he pasado, además me voy con un proyecto. La busco con la mirada para darle las gracias, pero Lucía está para pocas, se la ve realmente cansada de repente, así que me despido de Patricia.

—Patricia, sé exactamente qué es lo que quieres. Vengo esta semana y te presento un proyecto, hacemos intercambio de ideas y si te gusta algo valoramos su viabilidad.

—Perfecto Jacobo, un placer. Espero verte acompañar alguna vez más a mi amiga, al margen de los negocios que nos traigamos tú y yo entre manos me gustaría veros juntos como equipo en alguna ocasión más...

—Yo encantado, pero es la jefa quién manda.

Lucía finge una sonrisa, pero parece que ya se ha cansado del doble sentido que lleva utilizando Patricia desde que hemos llegado y la respuesta que le da lo deja bastante claro.

—Que sí, Patricia, que volveremos otro día de verdad o si quieres comemos los tres esta semana, pero ahora nos vamos que se me ha puesto un dolor de cabeza horrible de repente y lo único que quiero es meterme en la cama.

Se ha quedado un poco sorprendida de su reacción, pero se ve que la conoce bien y le da un cariñoso abrazo a modo de disculpa.

—Venga mi nena, pues recupérate y hablamos mañana de tu evento.

Sé que es una excusa y que algo más le pasa, la conozco desde hace muy poco, pero puedo

leerla como si fuera un libro y sé que su “dolor de cabeza” tiene algo que ver con el hecho de haber estado encerrada conmigo en esa sugerente habitación. Dejaré que sea ella la que hable si es que quiere hacerlo, creo que presionarla o intentar sacarle información solo puede empeorar las cosas.

Salimos de la casa y en un gesto instintivo rodeo a Lucía con mi brazo para escoltarla hasta el coche, no protesta ni se aparta, por lo que lamento sobremanera haber aparcado tan cerca de la puerta y renunciar al calor de su cuerpo tan pronto.

Lucía y Jacobo:

Sé que va a pensar que estoy loca y con Patricia tengo que disculparme mañana sin falta. Mi comportamiento no tiene nombre, es verdad que estoy agotada, pero eso no es motivo para haberme mostrado tan taciturna a la hora de marcharnos. No es justo que Jacobo pague porque yo esté casada, pero estoy tan bien con él que me dejo llevar y se me olvida que lo que pasó en mi sueño no era real y que lo que sí lo es, es mi marido esperándome preocupado porque le he cortado la llamada tres veces esta tarde.

Cuando estábamos en la habitación solos me han dado ganas de seguir el consejo de Patricia y olvidarme de que Martín existe de verdad, en mi cabeza han aparecido cientos de combinaciones perfectas para utilizar cada una de las instalaciones de ese lugar y él parecía tan receptivo... sólo esperando que le abriera la veda para acercarse a mí y tocarme con esas maravillosas manos que ahora rodean el volante y me hacen desear ser parte del mismo. Pero yo no soy así, debo demasiado a mi marido como para engañarle teniendo una aventura con otro hombre, mi familia nunca me lo perdonaría y creo que yo tampoco.

No soporto verla así ¡Me odio por ser el causante!

La voz de Jacobo me saca de mis pensamientos.

—Lucía, si te he ofendido en algo perdóname.

¡Encima me pide perdón! ¿Pero qué le voy a perdonar? ¿Ser un caballero? ¿acompañarme al trabajo? ¿Soportar cómo tonto descaradamente con él y luego se me va la olla y me enfado...?

—No tengo nada que perdonarte, eres tú quien debe disculpar mi comportamiento. No tengo excusa.

¿Qué no tiene nada que perdonarme? ¡Llevo todo el día comiéndomela con la mirada, tocándola a la mínima, insinuándole guarradas e importándome una mierda que esté casada y la que se siente mal es ella!

—Excusa ¿para qué?

—Para explicar cómo me comporto contigo, te doy pie a que pienses cualquier cosa y luego reacciono como lo hago, enfadándome y siendo desagradable.

Esto me supera, reconozco que estoy zumbado y que este drama tendría algo más de sentido si lleváramos liándonos meses, pero aunque ella no lo sepa ha estado presente en mi vida desde que me desperté en el hospital, llevo muchos meses echándola de menos y ahora que la tengo delante la hago sufrir con mi egoísmo.

Jacobo toma la primera salida que ve y para en un lugar seguro. No me he dado cuenta, pero estoy llorando, eso debe haber provocado su reacción, se gira en el asiento y queda frente a mí, me mira iluminado solamente por las luces de la ciudad y de la luna y con una de sus manos coge la mía mientras me limpia las lágrimas con la otra.

—Lucía, conmigo no necesitas excusas. Sé que todo esto es muy extraño porque acabamos de

conocernos, de hecho hasta ayer ninguno de los dos recordaba lo que había pasado entre nosotros en el tren, pero tienes que reconocer que algo nos pasa cuando estamos juntos. Desde que has reaparecido en mi vida solo pienso en ti, no es una atracción como la que he sentido con otras mujeres, e incluso con Laura, contigo parece que la pieza del puzle que me faltaba encaja a la perfección. No sé si es por haber estado tan cerca de la muerte juntos o si ya antes de que todo se precipitara habíamos puesto en marcha algo cuando te levantaste las gafas de sol y me sonreíste. Nunca sabremos si habríamos llegado a Madrid y habríamos cumplido las confesiones que nos hicimos en voz alta para empezar una historia pausada y normal tan solo con la carga de unos divorcios recientes, pero estamos en el punto que estamos y entiendo que tú sigues casada y que yo estoy viudo. Que no te puedes explicar muchas de las cosas que pasan por tu cabeza en estos días y que te gustaría desdoblarte para poder estar conmigo sin herir a tu sacrificado Martín, por eso no te voy a presionar, pero tampoco voy a renunciar a ti.

Sigue llorando y está aún más guapa, estoy haciendo un esfuerzo enorme para no besarla y llevármela lejos de aquí y del cabronazo de su marido.

No me sale ni la voz, pensaba que lo que estábamos viviendo era sólo una paranoia mía propiciada por mis historias mentales, pero oír a Jacobo hablar así me demuestra que aunque haga dos días que nos conocemos él también siente esa conexión que me tiene muerta de miedo desde que me desperté.

Su cálida mano sigue apoyada en mi mejilla y para sentir un contacto mayor la presiono entre mi hombro y mi cara, no sé qué responder a la declaración que acaba de hacerme, así que vuelvo a lanzar la pelota a su tejado y con un hilo de voz le pregunto:

—¿Y qué hacemos?

Atrapa mi mano con su cara y el contacto se intensifica ¿soy un tonto por no aprovechar el momento? Puede ser, pero quiero que tome las decisiones segura de lo que hace, no confundida por una tarde divertida conmigo. Así que me comporto otra vez como un buen chico y me aguanto las ganas.

Me separa el pelo de la cara y me coge de la barbilla, pienso que me va a besar y no voy a poder resistirme, pero en lugar de eso me contesta.

—No lo sé, sinceramente no tengo ni idea de qué hacer contigo.(*miento como un bellaco*) — según lo dice le sale una risita—. Bueno, sé exactamente lo que me gustaría hacer contigo, pero no lo que vamos hacer en realidad.

Mi comentario le hace gracia y pone la misma cara que puso cuando la conocí. Tiene los ojos hinchados de llorar igual que aquella vez, pero su sonrisa descarada gana la partida a las lágrimas y me cautiva por segunda vez en mi vida.

—Yo tampoco lo sé, pero tengo claro que no quiero dejar de verte.

¡Joder que alivio!

—¿Y tu marido? —*me veo obligado a hacer esta pregunta porque sé que cree que le debe algo y no se va a dejar llevar así como así ¿será el momento de contarle lo que sé?*—. Quieres seguir con él ¿no?

—Tengo que hacerlo, de verdad que no puedo tirar lo nuestro por la borda después de los sacrificios que ha hecho por mí.

Sé que no es fácil de entender, en ningún momento he dicho que esté enamorada de Martín, porque ya no lo estoy, pero no sé si lo de Jacobo es una ilusión y soy una persona leal, aunque no lo parezca sentada en un coche con otro hombre en medio de la nada y en plena noche...

—Bueno, pues como está visto que no vamos a ser capaces de dejar de vernos —*entre otras cosas porque no estoy dispuesto a ello*—. Debemos fijar unas reglas de lo que podemos hacer y

lo que no. Piénsate esta noche los límites y mañana los hablamos comiendo.

No sé qué límites voy a ponerme, porque todo me parece pecaminoso si se trata de Jacobo, pero me moriría antes de perderlo otra vez, así que pensaré con qué cosas soy menos infiel a Martín, en teoría si no hay besos ni caricias, ni genitales de por medio no le estaría siendo infiel ¿no?

¿Qué cojones estará pensando ...?

—¡De acuerdo! Mañana te invito yo a comer y negociamos un acuerdo.

—¿Hace falta que llame a mi hermano?

Hablando de mi hermano ¿necesitará los papeles firmados hoy...?

—No, no, mejor deja a nuestro abogado en paz.

Por cierto ¿no tenía que firmarle no sé qué papel? Bueno, así tenemos excusa para otro día...

—Bueno, te llevo ya a casa que si no va a ser tu marido quien me haga necesitar un abogado por secuestrarte.

—Gracias, al final se me ha hecho muy tarde y a ver cómo está cuando llegue...

Pues ya puede estar suave, porque como me entere yo de que le monta un pollo a Lucía se le cae el pelo al soplagaitas ese.

La despedida es como todo entre nosotros un momento ambiguo en el que un inocente beso en la mejilla es de lo más sensual, no sé cómo vamos a salir de todo esto, pero si quiero tenerlos a ambos debo partirme la cabeza en encontrar un acuerdo con el que me sienta bien.

Que salga del coche ya que me la llevo a casa y la encierro en el sótano para tenerla a mi merced...

—Hasta mañana Lucía, te recojo aquí a las dos.

—Vale, si me surge algo te aviso, pero no creo.

Según salgo del coche noto como nervios al pensar que en mi casa está Martín, no sé ni qué explicación darle, pero debo pensar rápido.

Cuando salgo del ascensor lo veo en la puerta, debe haberlo oído llegar.

—¡Lucía por Dios! ¿Estás bien?

—Sí, sí, perdona.

—¿Pero cómo llegas a estas horas y no me avisas?

Está preocupado y enfadado a partes iguales y a mí no me apetece darle explicaciones, aunque se las merece.

—Es que he estado toda la tarde reunida y no he podido. Ya sabes lo snobs que son algunos clientes y lo mal que les sienta que conteste llamadas.

—Joder pues un mensaje.

—Perdóname, tienes toda la razón, la verdad es que no he caído en ello, estaba tan absorta con los preparativos de la fiesta que se me ha ido.

—Bueno, no vuelvas a hacerlo, por favor —se acerca y me abraza—. Creí que te perdía una vez y no podría soportar que pasara de nuevo.

No me gusta su olor, no me gusta su abrazo y lo peor es que según me besa siento que engaño a Jacobo ¡Qué incongruencia!

—No volverá a pasar, prometo avisarte si voy a llegar tarde.

—¿Y qué es eso de los preparativos de la fiesta? Pensaba que no ibas a volver a la noche.

¿De dónde se ha sacado eso?

—Pues pensabas mal, cariño. Es cierto que hablé de tomármelo con calma y comenzar por cosas pequeñas, y de hecho, la fiesta no es muy grande. El problema es que se desarrolla durante la noche y en Casa D'Artco con lo cual solamente puedo ir yo en representación de la empresa,

sabes que Patricia no tolera trabajar con Paloma.

Conoce a Patricia y sabe que lo que digo es cierto, aunque ni siquiera haya planteado esa opción.

—Pues no me parece bien que vuelvas a la vida que llevabas antes, casi no nos veíamos y nos tenía muy distanciados. Con lo que has pasado no debes estresarte y recuerda lo agobiada que estabas siempre.

Está acabando con mi paciencia con tanta recriminación, entiendo que esté enfadado, pero parece que no ha pasado el tiempo desde que nos fuimos a ver a mi hermana porque aquí están las mismas quejas sobre mi trabajo, un tema por el que hemos discutido mil veces en el pasado y que ya tengo muy claro que no le hace gracia. Si por él fuera me quedaría en casa o en una aburrida consulta como cuando me conoció y el problema es que esta noche no estoy para sus tonterías, me ha dado pena verlo tan preocupado, pero no es con él con quién querría estar en este momento y el único motivo por el que lo hago es porque es mi marido y se ha portado genial estos meses, pero si piensa que porque ahora esté físicamente más cansada lo va a tener más fácil para controlarme va listo porque cada vez tengo menos paciencia y a tenor de mi respuesta tengo menos aguante...

—¡Quien me estresa eres tú! ¿no te das cuenta que mi trabajo me hace muy feliz? Sólo he estado un día dedicándome a lo que me gusta y me ha bastado para recargar las pilas —a decir verdad, Jacobo también tiene algo que ver en ello— soy feliz haciendo lo que hago y no tolero que quieras manejar mi vida.

—¡Pero es que también es la mía!

—Pues lo siento mucho, esto es lo que hay, tú decides si te quedas o te vas.

¡Joder! cómo se ha descontrolado esto ¿no?

—¿Pero qué estás diciendo Lucía?

—Digo que puedo aceptar un consejo y yo veré si le hago caso o no, pero que no pretendas imponerme nada porque no lo aceptaré. No vengas ahora a hacerte el sorprendido conmigo porque soy la misma de siempre aunque esté llena de cicatrices.

—Pues yo pienso que el accidente te ha cambiado, aunque no quieras reconocerlo...Estás rara desde que despertaste, pero al menos habías bajado el ritmo y me dedicabas más tiempo, si eso también cambia no sé qué va a ser de nosotros.

—¿Qué había bajado el ritmo? Estaba en reposo obligatorio ¿de verdad pensabas que me iba a quedar en casa esperándote todos los días? Entonces es que me conoces muy poco.

No sé muy bien cómo hemos llegado a este punto, bueno, el hecho de haber rechazado tres de las cuatro llamadas de Martín y no haberle contestado a ningún mensaje puede haber caldeado el ambiente, pero ¿taaanto?

—Pues debe ser eso.

Me mira con cara de enfado y decepción y me duele vernos así, pero ni mucho menos tanto como debería.

—Me voy a la cama, mañana también voy a reunirme con alguien.

—Yo me voy a correr un rato, ahora sería incapaz de dormir.

—Como quieras, hoy duermo en la otra habitación, así que no tengas prisa.

Martín:

¡No soy partidario de pegar a nadie y mucho menos a mi mujer, pero en este momento le pegaba una hostia con la mano abierta!

Me ha hinchado los huevos de tal forma que o salgo de aquí o no respondo de mis actos. Esa soberbia, esa indiferencia al decirme que si no quiero lo que hay me vaya ¿pero esta tía quien se ha creído que es?

Lleva rara de cojones desde que se despertó, estoy aguantando sus tonterías como un pelele, de repente se me tira al cuello y luego no quiere ni mirarme, está triste y deprimida y hoy se quiere dedicar a montar fiestas. Yo creo que se le cambió un tornillo de sitio cuando se dio en la cabeza...

Puedo entender que tras lo que ha vivido esté un poco inestable, tampoco me extraña que tenga las emociones a flor de piel y que le cueste centrarse, pero esta montaña rusa emocional no hay quién la aguante.

Por otro lado, es verdad que antes del viaje la cosa no pintaba muy bien, pensaba que me iba a dar la patada de un momento a otro, pero cuando volvimos a casa parecía que le habían dado Viagra femenina, esa forma de entregarse a mí y devorarme me tenía hipnotizado. Durante el día no se la veía muy contenta, pero era llegar la hora de irnos a dormir y revivía por completo y lo compensaba, ahora lleva dos días que ni eso ¡Y hoy me viene con lo de que se va a dormir a otra habitación! ¡Joder, eso sí que me ha sentado mal!

Tenía la esperanza de que se nos pasara el calentón de la discusión y lo arregláramos follando, pero si se pira del cuarto es que no quiere que la toque ni con un palo, tendré que volver a representar mi papel de arrepentido y preocupado para que se ablande...

Jacobo:

He llegado justo a tiempo de acostar a las niñas y me he sentido fatal al mentirlas diciendo que no he podido llegar antes por culpa del trabajo, es verdad que he hecho un cliente, pero eso ha sido casualidad. Hoy no tenía cabeza para nada más que Lucía, no es que me haya olvidado de mis hijas, pero por primera vez desde que murió su madre las he relegado al segundo lugar. Tengo que encontrar la manera de organizarme y que no vuelva a ocurrir, por muy loco que me tenga esa mujer mis hijas deben ser siempre lo primero y debo pasar más tiempo con ellas.

Mis padres no han dicho nada por llegar tan tarde, también piensan que he estado sacrificado con algún cliente imposible, no me gusta nada esta sensación de ser un mal padre, un mal hijo y un mal hombre por acechar a una mujer casada.

Tal vez acechar no es la palabra más correcta, pero es cierto que la existencia de su marido me da exactamente igual, no creo que sea tan buena persona como Lucía piensa, de hecho lo sé, y me revienta que crea que le debe algo. Sé que no es feliz con él, no lo era antes de conocerme y ahora la pobre lucha contra sus sentimientos por mí porque se siente en deuda con ese cabrón. Tengo que encontrar el momento de decirle que le engañó con Laura, pero pensará que lo hago para que lo deje y se venga conmigo. Cuanto más tiempo pase va a ser peor, pero hoy he tenido varias ocasiones y me he callado por lo que cuando lo haga, no sé cómo va a reaccionar.

Mi tabla de ejercicios pegada en el espejo del baño me recuerda que hoy no he hecho nada, aunque no me apetezca tengo que dedicar media hora por lo menos a ejercitar mi pierna, esa rutina es imprescindible para que disminuya mi cojera y de momento no me la he saltado ni un día, así que por muy cansado que esté me pongo un chándal y bajo al gimnasio. Aprovecho el trayecto hasta el mismo para escribirla, me he quedado preocupado por si su marido se la ha liado por llegar a casa tarde.

“¿Qué tal pequeña? ¿Has tenido problemas por saltarte el toque de queda?”

No tarda ni un segundo en contestarme.

“Sí, Martín estaba un poco nervioso y hemos discutido”

Me lo imaginaba, espero que no se haya pasado mucho porque me lo cargo.

“Lo siento ¿Estás bien? ¿ha sido muy fuerte la discusión? “

“Se nos ha ido un poco de las manos. En el fondo al principio el pobre llevaba razón, pero no se la he dado, luego ha hecho un comentario sobre mi trabajo y se me ha ido la cabeza, ahora que lo pienso... puede que haya exagerado un poco a propósito para dormir en otra habitación ;—)”

Su respuesta me tranquiliza, no he parado de imaginarlos en la misma cama y me dan ganas de vomitar, sé que es su marido y no debería estar celoso, pero lo estoy, y mucho.

“No puedo decir que no me alegre de tu estrategia”

“Yo me siento fatal, esto no está bien”

“Somos amigos, no debes sentirte mal”

No sé a quién intento engañar con esa frase hecha y manida.

“No puedo evitarlo, pero es mi penitencia porque estés en mi vida y la soportaré, mañana te digo los límites... ahora te dejo que ha vuelto y está llamando a mi puerta. Mañana nos vemos”

“ok, descansa”

¿Su penitencia por estar en su vida? Suena muy mal, no me gusta que sienta que debe pagar por mi existencia, mañana intentaré aclararlo, ahora voy a liberar un poco de la energía que me quema por dentro de pensar que está llamando a su puerta...

Lucía:

Creo que ha quedado muy mal esa última frase, pero me he puesto nerviosa al oír a Martín llamar a mi puerta, mañana tendré que aclarárselo a Jacobo.

Martín insiste, sabe que aún no me he dormido y vuelve a llamar.

—¡Pasa!

—He visto luz y he pensado que no podrías dormir.

—Estaba leyendo un rato ¿quieres algo?

La sequedad de mi tono contrasta con el suyo que intenta ser conciliador.

—No puedo irme a la cama sabiendo que estás enfadada conmigo, lo siento mucho.

Entra y se sienta a mi lado en la cama.

—Yo también me he pasado, lo reconozco.

Martín rompe a llorar y me pilla desprevenida.

—Lucía te quiero muchísimo y si alguna vez te recrimino lo de tu trabajo es porque me crea mucha inseguridad pensar que estás en un ambiente tan diferente al que yo te ofrezco, además, desde el accidente no paro de soñar que te pierdo otra vez y me muero de miedo. Necesito saber que estás bien, que no te ha ocurrido nada y que seguimos siendo nosotros.

¡Joder ¡¿y yo qué contesto?

—Martín, por mi trabajo no debes preocuparte y lo sabes.

No he mentado...

—Lo sé, confío en ti, pero ¿estamos bien?

No deberías confiar en mi...

—Sí estamos bien.

Se acerca y me abraza, comienza a besarme y no tengo valor para apartarme después de su declaración de amor, así que sin saber cómo, me encuentro haciendo “el amor” con Martín y

sintiendo que soy infiel a Jacobo ¡Vaya cacao mental!

Martín:

Sabía que se ablandaría, son ya muchos años juntos y sé qué teclas debo tocar, antes no me funcionaba, pero desde que volvió del hospital hay algo en ella flaquea cuando le digo lo mucho que sufrí cuando pensé que la perdía... En realidad lo pasé fatal porque la quiero un montón y aunque no está bien sacarlo a relucir cada dos por tres, he notado que se suaviza cuando se lo recuerdo y no puedo dejar de utilizarlo a mi favor. Cuando se pone en esa actitud tan dura que saca a veces y que creo que va a desembocar en ella mandándome a la mierda, es usar la frase mágica y se viene abajo o en el caso de esta noche se abre como una flor...

Lucía:

No he pegado ojo en toda la noche y estoy agotada, tengo las mismas ganas de llorar que tenía cada mañana cuando me daba cuenta de que había tenido entre mis brazos a Martín porque Jacobo sólo existía en mis sueños, pero hoy es distinto porque sé que existe y que dentro de unas horas tengo que presentarme ante él después de haber mantenido relaciones con otro hombre.

Puede que esté exagerando porque ese otro hombre es mi marido, pero el título a estas alturas me da lo mismo, a quién me siento unida es a Jacobo y he tenido que reprimir las ganas de salir directa a la ducha en medio de la noche para quitarme la sensación de suciedad que me acompaña. Sí, me siento sucia y no es por haber mantenido relaciones con Martín, no me da tanto repelús, es por haberlo hecho por lástima.

No puedo permitirme un encuentro en este estado con nadie, le voy a llamar y anulo la cita, debo empezar a aclararme o la cosa va a acabar muy mal para todos, pero no sé cómo actuar y no puedo hablarlo con nadie. Mis hermanas piensan que me he encaprichado de un tipo al que he visto solo en dos ocasiones y no puedo culparlas, porque la versión de que con ese chico he superado el duelo por la muerte de mi marido, he vuelto a andar y he comenzado una relación estable está solo en mi imaginación. Mi marido está vivo, no me ha pasado nada en las piernas gracias al mismo y mi relación estable es extramatrimonial y de dos días de duración.

Mi teléfono vibra porque hay un mensaje de WhatsApp, es una foto con un reloj que marca las 2 y debajo pone “En mi mundo son las dos ¿puedo pasar ya a recogerte?”

No puedo evitar sonreír, pero entonces recuerdo a Martín gimiendo mi nombre y me doy asco.

“Lo lamento, pero hay cambio de planes, no me encuentro muy bien”

Sería más fácil inventarme una excusa, pero a él no puedo mentirle.

“¿Qué te pasa?”

“No quiero marearte, esta situación es injusta para ti. Me importas demasiado como para permitirte entrar en mi juego”

“¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho algo tu marido? ¿discutisteis de nuevo?”

“No ha pasado nada, es sólo que hoy no estoy para quedar”

No me contesta nada más y me siento muy decepcionada porque no haya insistido un poco más, soy injusta porque simplemente ha respetado mi decisión, pero la demencia no es justa y yo creo que ahora mismo soy una auténtica demente que no es capaz de aclarar sus ideas y que va a destruir a todo el que está a su alrededor.

Mi móvil vuelve a vibrar y el corazón creo que ha subido y bajado dentro de mi pecho, pero es un mensaje de mi hermana Carmen con una foto de mi sobrina y aunque siento un poco de pena porque no es el nombre que esperaba que apareciera en la pantalla, es lo único que ahora mismo podía animarme un poco, así que la llamo para preguntarle si puedo ir en un rato a verlas hasta que tenga que irme a mi sesión de rehabilitación.

—Carmenhu amor ¿cómo estáis?

—Pues muy bien, llenos de caca, de pis y con unas ojeras hasta los pies, pero contentos.

—Ayer no pude ir a veros y me perdí mi sesión de Blanca ¿Hizo alguna monería reseñable?

—Lo de siempre, sister, acabar con mi esencia vital y dormir como una bendita, de todas formas tengo algún documento gráfico para enseñarte ¿vienes hoy?

—Sí, por eso te llamaba, no sé si me va a dar tiempo a verte antes de rehabilitación.

—¿Sigues yendo?

—Sí, estoy mucho mejor y ya no voy todos los días, pero debo seguir fortaleciendo para prevenir lesiones.

—Bueno, pues pásate después si eso, me tienes que contar qué tal tu primer día fuera de la oficina y de casa.

—Sí, te tengo que contar...

—¿Y ese tono?

—¿Cuál?

—¡Pues ese! El que acabas de usar ¿Qué te pasa?

—No sé qué dices, no me pasa nada.

—Lo que quieras ¿Llamo a Ruth?

—¡Nooooo!

—Pues cuéntamelo.

—Luego paso por tu casa y me sonsacas, voy a abrir la puerta que seguro que me traen el bolso que pedí la semana pasada.

—Vaale, una cosa más.

—¿Queeeeé?

—Tráete el bolso y me lo enseñas.

—¡Hecho!

Ya estoy mucho mejor después de hablar con ella, llevo unas pintas tremendas para abrir al repartidor, pero estará acostumbrado a ver a gente en pijama y moño de dormir.

Abro sin preguntar como si fuera una niña pequeña y me encuentro a un Jacobo serio esperando fuera.

Jacobo:

¡Vaya nohecita y ahora encima esto!

Nunca he sido un hombre controlador o celoso y a la vista está, porque Laura me ponía los cuernos hasta con los árboles del parque, pero con Lucía es diferente, no es solo control, es protección. Necesito saber que el flacucho ese no le hizo nada anoche cuando volvió, es muy raro que haya anulado nuestra cita, no la conozco mucho, pero algo me dice que nunca haría eso sin una razón de peso.

Así que aquí estoy, haciendo tiempo como un vulgar acosador a ver si su marido sale por el garaje y puedo subir a verla. Sólo lo hago para cerciorarme de que está bien, si necesita tiempo se

lo doy, pero primero me aseguro de que está bien y de que no tengo que partirle la cara a ese cabrón.

La oigo hablar dentro, pero no escucho a nadie más así que deduzco que habla por teléfono, llamo sin poder esperar a que termine la conversación, estoy impaciente.

Tarda un poco mientras se despide de la otra persona y después abre sin preguntar quién es.

Se asusta al verme y es de lo más gracioso, porque va en pijama y con un moño hecho de cualquier manera que sí que podrían ser causa de infarto para el espectador si éste no fuera un tonto enamorado que se siente aliviado porque no tiene ningún cardenal en la cara y que la vería guapa hasta con un saco.

—¡Jacobó!

—Hola Lucía —sonríó, pero sigue estupefacta, sé que su marido ya no está, pero me hago el tonto—. ¿Estás sola?

—Sí, Martín acaba de irse.

Seguro que piensa que estoy gilipollas por arriesgarme a venir a su casa así por las buenas.

—He traído los papeles de mi hermano para tener una excusa por si estaba tu marido aún en casa.

—Veo que lo tienes todo pensado, pero ¿qué haces aquí?

—¿Tú qué crees? Anoche cuando te dejé estabas nerviosa por cómo iba a reaccionar tu marido, me dices que habéis tenido un broncazo y que has decidido dormir en otro cuarto, pero al momento vuelve tu marido de no sé dónde y me dejas de escribir porque quiere entrar en tu habitación y el remate lo das hoy anulando nuestra cita porque no te encuentras bien ¿tienes idea de las películas que me he montado en la cabeza?

—Lo siento, no era mi intención preocuparte.

Me da la impresión de que está un poco abrumada, pero contenta de verme.

—Lo imagino, pero no soy muy racional en lo que respecta a ti. Necesitaba cerciorarme de que estabas bien, para nada quiero acosarte o confundirte más, si has anulado la cita tendrás tus razones, llámame cuando quieras verme e iré donde quieras.

Se queda callada sopesando mis palabras, me mira y como en otras ocasiones se centra en mis ojos que hoy están agotados por la noche en vela. No puedo moverme de donde estoy, debería marcharme y dejarle mis palabras allí en la puerta, pero me tiene atrapado.

Está muy triste y también tiene ojeras como yo, mi mano se desconecta de mi cerebro y actúa por su cuenta acariciando la fina piel de su cara. No se aparta, al contrario, coloca su mano encima y me acaricia, pero entonces rompe a llorar y se aparta.

—¡Aún huelo a él!

—¿Qué?

He entendido perfectamente lo que ha dicho, pero necesito que me lo diga de nuevo.

—No puedo verte porque me he acostado con él y aún lo siento en mi piel. No puedo permitir que me toques, hoy no soy digna de tus manos.

Se me retuerce el estómago al imaginarlos juntos, pero no puedo olvidar que él es su marido y tiene todo el derecho a hacer lo que le plazca con él.

—¿Te forzó?

Llora más y niega con la cabeza.

—Nunca haría eso, yo lo permití.

No es que quisiera que la hubiera forzado, jamás le desearía eso a nadie y menos a ella, pero saber que lo hizo voluntariamente me quema por dentro.

—Estás en tu derecho, es tu marido y puedes follártelo cuando quieras.

No quiero ser tan duro, pero me ha salido así. Lloro aún más y me siento fatal por lo que acabo de decir. Su semblante cambia por completo y deja de ser la niña desvalida a la que acunaría para consolar, aparece una mujer fuerte que me desafía y me tiene completamente fascinado.

—¡No me lo he follado, he dejado que él me follara a mí porque me sentía culpable por estar contigo ayer, pero si eso es lo que piensas lárgate de aquí ahora mismo que eres tú el que no eres digno de mí!

¡Joder cómo se las gasta! sus ojos me atraviesan como un puñales, nunca había visto esa faceta suya y menos dirigida a mí. Sé que me la merezco al igual que sé que si cierra la puerta la perderé para siempre, así que evito que lo haga y mi boca se lanza a la suya como si fuera comida y yo un lobo hambriento. Me da igual que esos labios no me pertenezcan por derecho o que hayan estado unidos a otra boca solo unas horas antes, ahora son míos y pienso luchar porque lo sean para siempre.

Lucía:

¡No es tanto lo que ha dicho sino cómo lo ha dicho, ese desprecio y rabia contenida se los puede meter donde le quepan este gilipollas! No tiene ningún derecho a cabrearse porque, como bien dice, con mi marido puedo hacer lo que quiera. En ningún momento le he ocultado que estaba casada ni le he prometido nada, por muy obsesionada que esté con él se puede ir a tomar por saco si la opinión que tiene de mí es la que refleja su tono despectivo.

—¡No me lo he follado, he dejado que él me follara a mí porque me sentía culpable por estar contigo ayer, pero si eso es lo que piensas lárgate de aquí ahora mismo que eres tú el que no eres digno de mí!

Me sostiene por un momento la mirada pero no se disculpa, así que ¡qué le den, no pienso complicarme la vida con semejante capullo!

Cierro la puerta con todas mis fuerzas, pero algo la frena, su mano impide que suene el tremendo portazo que estaba esperando, en lugar de eso se abre de nuevo y siento su boca sobre la mía, no tengo capacidad de reacción, le dejo invadirme por completo hasta que tomo consciencia de lo que está pasando y disfruto de las sensaciones que recorren mi cuerpo. Me ha aprisionado contra la pared del recibidor y lo agarro para atraerlo más hacia mí, mi lengua ha cobrado vida también y se enreda con la suya, mis dientes muerden suavemente sus labios y mi fino pijama me permite sentir su erección que amenaza con romperle los vaqueros.

Estoy tan excitada que creo que voy a desmayarme como me pasó cuando desperté, pero esta vez estoy segura de que lo que está ocurriendo es verdad y de que la humedad de su boca y la fuerza de sus manos sobre mi piel no son fruto de mi imaginación. Lleva puesto un polo de sport por fuera de los vaqueros, lo que me permite meter las manos por debajo y disfrutar de su tibia piel y su marcado abdominal, él agarra mi pecho por fuera de la camiseta y me muerde suavemente el cuello. Es en éste momento cuando caigo en que estoy casada y que no debería estar haciendo lo que estoy haciendo por mucho que lo esté disfrutando.

—¡Joder, joder, joder! ¡No podemos hacer esto Jacobo!

Se separa como si le hubiera soltado una descarga eléctrica y me mira con cara de angustia.

—¡Perdóname, por favor, no era mi intención ponerte en esta situación! ¡No sé qué me ha pasado! ¡Se me ha ido la olla, perdona!

—No, si no has hecho nada malo, eres un hombre libre y sin ataduras, soy yo la que no debe cruzar los límites.

—No —me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y me acaricia suavemente la mejilla con la mano para acabar sujetándome la barbilla con dos dedos—. No he actuado bien, primero juzgándote cuando no soy quién para hacerlo. No me puedo imaginar lo mal que lo estarás pasando queriendo ser leal al compromiso que tienes con tu marido y a la vez prestándome atención a mí que me estoy comportando como un egoísta persiguiéndote a pesar de saber que estás casada. Pero me está pasando algo contigo que no me había pasado nunca antes, no soy dueño de mi cuerpo y de mis reacciones, los celos me han invadido al saber que anoche fue tu marido el que disfrutó tu cuerpo, un cuerpo con el que llevo soñando sin saberlo desde que te vi en el tren aquél día.

Su disculpa parece sincera y siento que no es mera atracción física lo que nos empuja al uno contra el otro, en mi caso puedo entenderlo puesto que mi cerebro se ha inventado que he mantenido una relación de 6 meses con este hombre y por más que me empeño en convencerme de que nunca sucedió y de que todo fue fruto del traumatismo que recibí, mi cuerpo sigue actuando como si le perteneciese, como si se moviera al son de su respiración y rechaza cualquier explicación que contradiga lo que ha vivido durante el tiempo que permanecí postrada en la cama del hospital ¿Pero él? ¿por qué se comporta como lo hace? ¿por qué reacciona como si fuera mi pareja si nada más que nos hemos visto dos o tres veces en esta realidad?

—Jacobó, esto es una locura.

—Lo sé, creo que me estoy volviendo loco y te estoy arrastrando a ti conmigo ¿me creerías si te digo que he soñado contigo cada día desde que tuvimos el accidente sin saber que eras tú? ¿Me creerías si te digo que durante ese tiempo he preferido estar dormido a despierto porque era la única manera de sentirte cerca? ¿Que sé cómo reaccionas cuando algo no te sale como tú quieres, o que hoy no ha sido la primera vez que he sentido tus labios sobre los míos?

Estoy flipando ¡él también ha soñado conmigo!

Esta vez soy yo quien coge su cara entre mis manos.

—Creo todo lo que me dices y si dijeras más también lo creería. Nos ha pasado algo muy extraño, más bien lo describiría como paranormal, pero no me parece el momento para hablar de ello. Yo también he vivido cosas contigo que dichas en voz alta harían que me encerrasen, pero te recuerdo que voy en pijama y que estamos en mi casa, si ahora apareciese Martín se haría una idea del todo equivocada de lo que está pasando.

No le ha sentado muy bien lo último que he dicho

—¿Equivocada?

—Sí, porque aunque ahora mismo me iría contigo así en pijama como estoy y sin coger ni siquiera las zapatillas, debo hacer las cosas bien y Martín no se merece que le trate como lo estoy haciendo. Ha estado a mi lado sin moverse de mi cama poniendo en peligro su carrera profesional, no dijo nada cuando lo repudí y le deseé la muerte al despertarme del coma y además está aguantando día tras día mis cambios de humor y mis desplantes. Te aseguro que si para nosotros está siendo difícil, para él no lo está siendo menos.

—Lucía, tu marido no es un santo. Entiendo que te sientas en deuda con él, pero no puedes permanecer a su lado si ya no le quieres.

—¡Pero no se lo merece!

Estoy llorando, otra vez este puto sentimiento de culpa me llena hasta obturar mi garganta e impedirme respirar. Me duele en el alma hacer daño a Jacobo como lo estoy haciendo con mis palabras, no es capaz de ponerse en mi lugar, pero también me duele serle infiel a un hombre tan bueno y paciente como Martín.

—¡No le conoces como para hablar de él!

—¡Joder! ¿Se te ha olvidado el tonto que se trajo con mi mujer?

—¡No compares eso con lo que estamos haciendo nosotros! ¡Eso no fue nada más que un tonto inocente, lo nuestro es infidelidad lo maquillemos como lo maquillemos!

Jacobo:

Es el momento de decírselo, pero no puedo. Es tan horrible soltarlo en medio de una discusión como callármelo y permitir que siga sintiéndose culpable por tener sentimientos hacia mí mientras que sé que él se tiró a Laura encima de un váter.

—Si tú lo ves así lo respeto. No quiero presionarte, necesitas tiempo y aclarar lo que sientes. Me muero de ganas de que me expliques eso que has dicho antes de que algo paranormal nos ha sucedido porque yo también creo que hay algo mágico entre nosotros, pero hoy te voy a dejar tranquila, eso sí, por favor, no hagas nada que no quieras hacer solo porque tengas sentimiento de culpa, ni conmigo ni con él.

Solo de pensar que está usando la lástima para mantener relaciones con Lucía se me revuelve el estómago y me dan ganas de matarlo.

Asiente con la cabeza y me parte verla tan vulnerable.

—No quiero que te vayas y no quiero que me dejes en paz. Tengo muy claro lo que siento por ti, lo que no sé es cómo no haceros polvo a ninguno de los dos.

—Eso va a ser imposible, si tu marido siente algo mínimamente parecido a lo que siento yo por ti le vas a hacer daño si decides estar conmigo, y no te digo nada de lo que me va a pasar a mí si te quedas con él. Pero debes hacer lo que tú quieras.

—¿Podemos seguir viéndonos sin que ocurra nada parecido a lo de antes?

—Lo de seguir viéndonos no podría negártelo nunca, lo otro no te lo puedo prometer, tu magnetismo apaga mi cerebro de vez en cuando...

Lo que me pide es del todo injusto, además, me parece una infidelidad igualmente, incluso más, porque aunque él tenga su cuerpo yo tengo su corazón, pero no me veo capaz de separarme de ella.

—Necesito conocerte más pero sin que la noche nos confunda “ya tú sabes”—Es increíble, estando jodida como está es capaz de poner voz de Dinio en medio de su discurso ¡me vuelve loco!—al igual que el tuyo, mi cerebro deja de funcionar cuando te tengo cerca, y sé que no está bien que sigamos viéndonos aunque no ocurra nada físico, pero yo me siento un poco menos mala persona si disfrazo lo que tenemos de amistad.

—Te recuerdo que hoy habíamos quedado para hablar de los límites que querías poner a nuestro comportamiento para que pudiera seguir viéndote, es algo que he aceptado de antemano, pero saber que has compartido algo más que la cama con tu marido me ha vuelto loco y me he saltado todos mis propósitos a la torera, y más porque no me has dejado...

Vuelve a escudarse en los límites y en el contacto físico, pero creo que se lo repite a sí misma para convencerse de que tiene sentido y no es una gilipollez. De momento estoy dispuesto a intentarlo, pero ella también debe hacer concesiones.

—En cuanto a eso... no volverá a pasar, puedes estar tranquilo.

—¿Cómo? ¿no volverás a dejarme que me salte los límites?

Se ríe socarronamente.

—Eso lo intentaré, pero lo que puedo prometerte es que tampoco tendré relaciones con mi marido hasta que tome una decisión.

¿También sabe leer la mente? ¡Es un alivio, porque no me parecía bien pedírselo, pero tampoco

soporto la idea de ese baboso manoseándola!

Lo que no tengo muy clara es la reacción que el susodicho va a tener...

—¿Y no va a sospechar? No creo que lo acepte así por las buenas.

—Ya me las apañaré, al fin y al cabo ya lo hacía antes de conocerte...

Lucía:

No pienso reconocerle que la decisión la tomé anoche inmediatamente después del acto en sí, tiene más que ver conmigo que con Jacobo, pero en mi malestar también influyó lo que siento por él, así que si encima le atribuyo el mérito aumentaré su ego y le será más fácil aceptar las tonterías que se me ocurren para disminuir mi sentimiento de culpa.

—Ahora lárgate de mi casa, tengo que darme una ducha y marcharme a rehabilitación y por tu culpa voy a pasarme la hora de comer trabajando...

—Vaale, pero tenemos una conversación pendiente sobre la magia y me gustaría que vieras los diseños que he hecho para Casa D'Artco.

—¿Ya tienes diseños?

—Esta noche no podía dormir, así que he avanzado bastante.

—Ok, pues llámame luego y quedamos para mañana o pasado.

—¿Hoy no?

¡Ojalá! Hoy, mañana, pasado... por mí cerraría esa puerta con llave y me quitaría el olor a Martín a base de frotarme contra su cuerpo, pero no puedo permitir que esta historia ocupe toda mi vida, que es lo que ha hecho hasta ahora.

—Nooo, hoy pasarás la tarde con tu familia y yo seré coherente con lo que te he pedido y me tomaré tiempo y espacio. Debemos encontrar la manera de encajar lo que sea que tengamos en nuestras vidas, no al contrario.

—Vale, pero ¿Podemos hablar por teléfono?

—Sí, pero ya sabes, con límites...

—¿Y puedo infringirlos una última vez y darte un beso?

No me ha dado tiempo a responderle cuando ya tengo sus labios pegados a los míos. Como el mal ya está hecho lo disfruto y le devuelvo el beso, cuando se aparta lo hace riéndose.

—Me he acogido al silencio administrativo, como no has contestado...

—¡Pero si no me has dado tiempo!

—¡Eso es un nimio detalle!

Se va y me lanza un beso desde la puerta.

—¡Luego hablamos!

Lucía:

Tengo que reconocer que cuando establecí los límites de nuestro acuerdo no pensé que fuéramos a cumplirlo tan a raja tabla, Jacobo me ha respetado en todos y cada uno de nuestros encuentros, ya hayan sido debidos a las reuniones por la indemnización, para hablar de algún que otro detalle sobre las obras en casa D'Artco, o porque nos haya apetecido tomar un café. Solo ha pasado un mes, pero estar al lado del fruto prohibido sabiendo que está ahí para que lo cojas y no hacerlo hace que ese tiempo se cuente de manera exponencial.

Con Martín ha sido bastante más fácil de lo que me imaginaba, después de la última noche que tuvimos relaciones lo ha intentado un par de veces, pero como estoy trabajando mucho y sigo acudiendo a rehabilitación llego a casa tan exhausta que sabe que tiene el “no” de antemano. Él también está muy ocupado, trabaja todo el día, se ha apuntado otra vez al gimnasio y sale a correr todas las noches, cuando llega yo ya me he acostado con lo que ni siquiera discutimos. Hay algo diferente en él, como si se hubiera cansado de tirar de nuestro matrimonio, pero tampoco tiene los huevos de dejarme. Estamos viviendo en una falsa calma que no sé cuándo se tornará en tempestad.

Con mi familia y mis amigos sí que he vuelto a retomar algo de lo que tenía en mi vida anterior, porque lo del trabajo excesivo sólo es una excusa para no estar en casa, Jimena (mi mejor amiga) no ha parado de insistirme para que quedara con ella desde que supo que estaba en casa, pero no ha sido hasta hace un par de semanas cuando me he sentido con fuerzas para hacerlo por fin, al igual que mis hermanas, esta chica me sabe leer y no puedo ocultarle nada de lo que ha pasado en mi vida y en mi cabeza estos últimos meses. Es íntima amiga también de Ruth, con Carmen no es que se lleve mal, pero el hecho de que a ésta no le gusten los mismos grupos de música que a nosotras la ha dejado fuera de muchas quedadas. El caso es que son las tres únicas personas que están al tanto de todos los pormenores de mi “no relación” con Jacobo. Ruth me insta continuamente a que tome una decisión con respecto a Martín, Carmen se mantiene al margen porque dice que es un conflicto que tengo que resolver yo y que ella estará ahí para apoyarme decida lo que decida, pero que no va a interferir. Y Jimena me suele decir una y otra vez que como no le hincó el diente al tío por el que me hierva la sangre lo va a hacer ella y no va a dejar ni los huesos.

Es la única que apoya mi loca teoría de que lo que pasó mientras estaba en coma también lo vivió Jacobo, le he contado nuestra conversación del día que nos besamos y algunos de los comentarios que se le escapan cuando estamos juntos y coincide conmigo en que no estoy loca, pero aún no me he atrevido a compartir mi versión con el protagonista de la historia. El pobre ha sacado el tema más de una vez, pero como es un santo, sigue esperando a que esté preparada para contarle todo.

No sé de dónde sacará tanta paciencia, yo ya le habría mandado a la mierda si fuera el que me diera largas una y otra vez, pero no me presiona y aunque cuando estamos cerca nos sube la temperatura y buscamos excusas para rozarnos, o usamos dobles sentidos en algunas conversaciones que hacen que también eleven los termómetros, insiste en que no piensa transgredir los límites hasta que yo esté segura de que quiero irme con él a una isla desierta sin ningún tipo de condición.

¡Joder que susto! Estoy arreglándome para irme a un concierto con mi amiga cuando Martín asoma su cabeza por la puerta del baño.

—¿Vas a Salir?

—Sí, ya te dije hace unos días que hay concierto de Izal y que Jimena tiene las entradas desde casi antes de que me despertara.

Me he puesto un poco a la defensiva sin querer.

—Perdona, se me había olvidado, pero no pasa nada, yo también voy a salir con los del curro.

¡Genial, así no me da el coñazo!

—¡Anda! hace tiempo que no sales con ellos, se alegrarán de que vuelvas a unirte al grupo.

—Sí, bueno, últimamente nos vemos más, coincido con algunos en el gimnasio y eso...

—Venga, pues pásatelo muy bien. Dormiré en casa de Jimena, así te preocupas por completo de mí.

—¿Seguro? No me importa ir a buscarte cuando termine el concierto.

—No, tú diviértete que te lo mereces, nosotras tendremos una noche de chicas a la antigua usanza, seguro que flipa cuando se lo ponga.

—Bueno, pero no estés mucho rato de pie y por favor, dime que las entradas son de grada, aunque te parezca que estás a tope aún debes fortalecer la espalda y las piernas bastante.

Lo dice de forma sincera, es una de las primeras conversaciones no hostiles que estamos teniendo en mucho tiempo y reconozco que se preocupa por mí de verdad.

—Bueno, voy a terminar de arreglarme para dejarte el baño libre.

Me da un beso en la mejilla y se va a picar algo a la cocina.

Martín:

El concierto de los perroflautas esos me ha venido que ni pintado, tiene la entrada en el marco de su cuadro favorito desde que se la dio su amiga, pero es mucho mejor que piense que no me acordaba de ello, así parece que mi salida de esta noche es algo casual y no derivado de la suya. Me siento un poco culpable por lo que le estoy haciendo este último mes, pero por mucho que la quiera mis necesidades son las que son, y después de lo que pasó con Laura antes del accidente no he podido olvidarme del subidón adrenalina que provoca y de lo bien que me sienta. Al principio de instalarnos de nuevo aquí creí que habíamos recuperado algo por cómo me asaltaba Lucía cada noche, pero desde que volvió a trabajar la desgana la invadió y la última vez que nos acostamos fue como hacerlo con un maniquí, cosa que paso de volver a repetir. Si no tiene ganas de hacerlo conmigo ya vendrá a suplicarme, no es algo que me preocupe, yo ahora tengo a Bárbara que me espera todas la noches para irnos a hacer “running” desde aquél día que le pregunté qué era lo que andaba buscando y me metió en el baño de la oficina para mostrarme exactamente qué era lo que quería...Me recordó tanto a Laura que estuve sin pegar ojo varias noches, pero yo no tengo la culpa del final de esa pobre chica, ni de lo que le pasó a mi mujer. Me siento mal por ser un cabrón con Lucía, pero dudo bastante que le importe lo más mínimo. Además, técnicamente no he mentido al decirle con quien salía, es alguien del trabajo...

Puede parecer que soy un capullo integral, pero demasiado bien me he portado teniendo en cuenta que Bárbara está buenísima y lleva tirándome los tejos desde que llegué. Nunca había entrado en su juego porque estaba felizmente casado, pero lo de felizmente hace tiempo que no es así y no es sólo por mi culpa. Es Lucía la que parece tolerarme en lugar de quererme, me ignoraba antes del accidente y después me he esforzado día tras día, pero ella no parece verlo...

Jacobo:

Cuando me ha llamado Ruth me he preocupado muchísimo porque pensaba que algo malo le había ocurrido a su hermana, pero resulta que sólo quería pedirme permiso para darle mi teléfono a Jimena, la amiga de Lucía. No sabía muy bien para qué podía querer hablar conmigo esa chica, hemos coincidido un par de veces y Lucía me ha dicho que está al corriente de la situación, vamos, que le ha contado lo que ha pasado entre nosotros con pelos y señales, por lo que no creo que vaya a tirarme los tejos a espaldas de su amiga, me dolería mucho tener que decírselo a Lu.

Me ha mandado un mensaje para quedar en una cafetería del centro y como un imbécil aquí estoy esperándola porque llega diez minutos tarde...

—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Llevo una hora intentando aparcar!

—No te preocupes, he aprovechado para revisar el correo.

—Oye, lo primero es darte las gracias por venir así sin darte ninguna explicación ni nada.

—Eres amiga de Lucía, con eso me basta. Tú dirás para qué querías verme.

—¡Joe qué directo! No te preocupes que no es nada raro, solamente es que desde que te vi la primera vez no pienso en otra cosa que no seas tú...

¡Lo que me temía, vaya mierda!!

¿Se está riendo? ¿Se está descojonando en mi cara?

—¡Lo siento! ¡lo siento! ¡Te veía tan nervioso que no he podido resistirme!

Está hasta llorando de la risa la muy cabrona, siendo amiga de Lucía no sé ni cómo me extraña...

Parece que se va tranquilizando...

—A ver, que eres un bombón no te lo niego, pero eres el bombón de mi amiga, así que eres intocable. Dejando eso claro lo que quería decirte en persona es que te apoyo.

¿Qué me apoya?

—Esto... Muchas gracias por lo de bombón y también por ¿tu apoyo?

—A ver, guaperas, que estoy de tu lado, que no aguanto al pusilánime ese de Martín desde el día en que lo conocí y que quiero que rescates a la princesa de sus garras.

¡Vaya, esto sí que es una sorpresa!

—Pues muchas gracias Jimena, significa mucho para mí, pero ¿tienes algún plan? Porque a mí me da pavor mover ficha y que salga corriendo a los brazos del ogro.

—¡No te pases que no es tan feo! —vuelve a vacilarme—. ¡Tengo un plan!

Se queda callada unos instantes.

—¿Y ...lo vas a compartir conmigo?

—¡Claro payaso, tú eres mi plan!

No hay quien la entienda, está más zumbada de lo que creía, es como el sombrero Loco o un poco Yoda...

—¡A ver...! Te lo explico despacito para que lo entiendas, como la cagues te voy a pegar hasta en el carné de identidad ¿lo entiendes?—Asiento con la cabeza y espero a ver qué se le ha ocurrido a esta grillada—Ante todo te cuento que nunca hemos visto a Lucía así, se casó con Martín muy enamorada, pero no le llega a la altura de los zapatos a lo que está viviendo contigo, y eso que todavía no ha habido carne...

¡Me parto con cómo habla, no tiene ni un pelo en la lengua!

—Me siento muy halagado...

—¡SHHHHH! —me corta—. ¡Déjame continuar que nos perdemos!

—Vale, vale, no digo nada más.

—Reconozco que se le ha ido un poco la cabeza con eso de la magia y no sé qué movidas de sueños y realidades paralelas —¿está al corriente de que tenemos esa conversación pendiente?—pero no te va a contar nada hasta que no esté segura de que no vas a salir por pies cuando oigas su paranoia, así que de ese tema yo ni mú —evidentemente, lo sabe—. De lo que sí puedo hablarte es de que es más buena que el pan y si no lo ha mandado todo al garete para irse a jugar a las casitas contigo es porque es tremendamente leal a su marido y se moriría antes de hacerle daño.

—Hasta ahí lo tengo claro.

Me mira como entrecerrando los ojos con cara amenazante.

—¿Me quieres dejar terminar?

—¡Perdoona!

¡Es que me está atacando!

—Bueno, pues hay que hacer que su amor por ti supere su lealtad ¿entendido?

—¿Puedo preguntarte cómo conseguiremos eso?

—Puedes, puedes, porque tengo que decirte que no soy la única persona que te apoya, también cuentas con las hermanas Valdelagua —eso sí que es una novedad—. Bueno, Carmen no quiere líos, pero Ruth es igual de Maruja que yo y está hasta los cojones de ver sufrir a su hermana. Así que señorito, tendrás que fiarte de nosotras y hacer todo lo que esté en tu mano para aprovecharte de las perlas de conocimiento y de las oportunidades que te vamos a brindar para que arrases con Martínín.

Me entrega un sobre y un pendrive.

—¿Qué es esto?

—La primera fase —dentro de lo loca que está no me extraña que Lucía la quiera tanto ¡me lo estoy pasando genial y solo llevo media hora con ella—. Es una entrada para un concierto al que teníamos muchísimas ganas de ir. Ruth me habló del grupo y supo que a su hermana le gustaría, de hecho me contó que se lo ponía en la habitación cuando estaba en coma y aseguraba que notaba algo diferente en ella mientras sonaba. Así que en cuento nos enteramos de que había concierto compramos tres entradas con la esperanza de poder llevarla... —le cuesta no llorar y a mí también—. Bueno, pues el concierto es pasado mañana, así que tienes dos días para aprenderte las canciones y hacer de esa noche la más especial de su vida...

—No sé qué decirte ¡muchísimas gracias!

—Por cierto, tu hermano está avisado para que se lleve a las niñas, así que tienes hasta tu casa vacía.

—¿Ruth?

—La mismísima, habla con Sergio casi todas las semanas y, por cierto, él también te apoya.

Con el *apoyo* de mi hermano ya contaba, me hace gracia como dice la palabra enfatizándola y dándole una entonación diferente al resto del discurso. Me tiene anonadado con el plan ¡Me encanta!

—¿Y tú te quedas sin concierto?

—¡Qué va! He revendido la entrada de grada y me bajo a pista con otros amigos, pero intenta que no me vea que se os jode la noche...

—¿Pero por qué?

—¿Tú crees que eres tan guapo como para que si mi amiga me ve no se quiera venir conmigo de juerga? ¡Lo llevas claro!

—¡JAJAJAJAJA! ¡Ingenuo de mí!

Le vuelvo a dar las gracias y me voy corriendo a escuchar el pincho, creo que sé de qué grupo se trata porque el otro día le quité uno de los auriculares a Lucía y me habló de él, he escuchado un par de canciones, pero no sabía que actuaran en Madrid.

—¡No la cagues!

—¡No lo haré, lo juro!

—¡Ahora largo que me espantas a los ligues!

Intento pagar la cuenta pero se niega, dice que así le debo dos. Por lo que me ha dicho, voy a deberle algo más, a ella y a sus compinches...

Lucía:

Termino de arreglarme y me despido de Martín hasta el día siguiente, nos deseamos mutuamente una buena noche y bajo a esperar a que llegue Jimena, le he preguntado si podía quedarme en su casa y me ha dicho que estará encantada de darme cobijo. Me apetece mucho ir a este concierto, me da pena que Ruth se lo vaya a perder, pero eso le pasa por vivir tan lejos, grabaré las canciones más emblemáticas para que sepa que me acuerdo de ella.

Jimena y su mini aparecen en mi campo de visión y, como siempre, para de cualquier manera sin importarle que los otros conductores se caguen en nuestros muertos, me da un abrazo y me pregunta si ya me he aprendido todas las canciones.

—¡Uff! Casi, casi, son cuatro discos y no he tenido mucho tiempo, me sé las que Ruth me ha puesto una y otra vez y alguna que otra que se debió quedar en mi corteza cerebral mientras interpretaba el papel de bella durmiente...

—Bueno, lo vamos a disfrutar mucho, ya lo verás.

—Me da pena por Ruth...

—¿Qué pena ni qué leche? ¡Ha sido ella la que nos ha dejado tiradas por ese acto tan aburrido!

—Tenía una boda ¡Mala lengua!

—¡Pero una boda aburrida!

La boda de la hija de un cliente, una boda aburrida sin duda.

—Es abogada matrimonial, una boda en el presente es un trabajo en el futuro, mi hermana es “mu” lista...

—Es como una espía de las bodas.

—¡Síí, estudiaba los puntos débiles para luego atacar!

—¡He oído que Donald Trump la va a reclutar para su ejército de espías...!

—Eso es imposible, le echaría una peta por salir en la tele con ese pelo, son incompatibles.

Nos partimos de risa, auguro una noche genial. Hasta estoy dispuesta a irme a tomar una copa luego, aunque mañana no pueda moverme si no me dopo.

Llegamos al antiguo palacio de los deportes hoy llamado con un nombre impronunciable, y mi amiga me obliga a bajarme del coche casi en marcha.

—¿Pero dónde vas tú?

—¡Ve entrando que tengo que ir al baño!

—Jimena ¿Ahora?

—¡Sí, tía! ¡Y ya sabes que no puedo ir a un baño público!

—¿Y qué vas a hacer? ¡Voy contigo!

—¡Nooo! Pasa y ve a nuestro asiento, yo pillo una habitación de hotel y subo, como cuando me pasó en tu despedida...

Es verdad, en mi despedida se pasó durante la cena y luego tuvimos que alquilar una habitación del hotel porque se puso malísima. Al final nos vino hasta bien porque la casa que teníamos alquilada estaba un poco alejada y no íbamos en condiciones de coger un taxi...

—¡Pero que voy contigo!

—¡Al final me lo hago encima! ¡Que no puedo si hay alguien en la habitación, tengo culo fino!

—Bueeno, te espero dentro, si no te encuentras bien dime dónde estás y me voy contigo.

Veo cómo se marcha y me quedo un poco preocupada, se me hace raro acabar sola en el concierto, pero espero que se ponga bien y no se lo pierda entero...

El control de seguridad lo paso enseguida, hay varios accesos y unos chicos muy amables me indican por qué escalera he de subir, llego a mi zona y veo que la butaca de al lado a la mía está ocupada ¡La gente no se entera de donde narices se tiene que sentar! ¡Pero si nos lo dan mascado!

Cuando estoy ya casi encima y dispuesta a pegarle la bronca al despistado de la gorra se gira y

lo reconozco.

—¿Jacobó?

—¿Sorprendida o contrariada?

—Sorprendida, por supuesto ¿Qué haces aquí?

—Te lo contaré algún día, pero hoy no...

Está sonriendo feliz.

—Por cierto esto es para tí.

Me entrega la gorra, una camiseta, una chapa y un banderín en los que pone “IZAL”

—¿No quedaba más merchandising?

—La taza pesaba mucho...

—Luego la compramos ¿no?

—Claro.

—Oye, voy a llamar a Jimena, que se me hace que tarda mucho.

—Lucía, Jimena está pegando botes ahí abajo, mírala.

Me enseña su móvil y veo una foto de mi amiga en la pista ¡cómo me han engañado!

—¿Has preparado tú todo esto?

—¡Ojalá! ¡Es todo obra del aquelarre!

Mis hermanas y Jimena son las mejores, saben que compartir ese concierto con Jacobo es algo que nunca olvidaré, lo miro y veo cómo sonrío, me dan ganas de besarlo, pero mis putos límites me lo impiden...

Jacóbo:

Se le ilumina la cara con cada canción, agradezco muchísimo a mis aliadas que me hayan permitido pasar este momento con Lucía porque es algo digno de ver, canta grita y sonrío, no para de sonreír ni un minuto. El grupo está bastante bien, lo reconozco, no he podido escuchar mucho pero me he aprendido algunas canciones y las canto con ella, lo que parece sorprenderle gratamente, he ganado algún puntito por el esfuerzo seguro. Creo que puedo anotarme otro si voy a por unas cervezas, por lo que aunque me duele un poco la pierna me ofrezco a ello.

—Voy yo si quieres, la pierna te va a dar la lata luego.

—¿Qué va! Ni me he acordado de ella, además, así luego me das un masaje curativo ¿no?

Le guiño un ojo y me dirijo a la salida más cercana.

—¡Ya veremos! ¡Te lo tienes que seguir ganando!

¡Está tan guapa que me duele separarme de ella dos minutos!

Vuelvo con el mini de cerveza y se lo enseño desde lejos y ella en respuesta se lleva ambas manos a la boca y me tira un beso. Me hace gracia cómo se entusiasma con tan poca cosa, me gustaría ver esa expresión todos los días de mi vida.

Le tiendo la bebida y al cogerla roza mis manos intencionadamente y sonrío de manera picarona, bebe y se mancha con la espuma el labio superior, no puedo más, mi mano viaja hasta su cara y con el dedo gordo sigo el rastro de burbujas hasta que lo hago desaparecer. Ella me mira fijamente y no mueve un músculo esperando mi próxima jugada, así que muevo la mano y la coloco detrás de su nuca para tenerla sujeta y así poder besarla a mis anchas.

No se aparta, no se asusta, abre los labios y me recibe, al principio algo tímida y luego de manera más atrevida. Pasa por detrás de mí la mano que tiene sujetando el vaso y yo la atraigo de la cintura pegando nuestros cuerpos.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, y la verdad es que me importa poco, estaría persiguiendo su lengua con la mía semanas enteras, pero empieza a sonar una canción que le encanta y no puede aguantarse las ganas de cantar.

Lucía:

¡A la mierda los límites, nunca he sido buena en matemáticas!

Sus labios saben bien, muy bien, respirar su aliento me vuelve loca, tiene ese aroma que te indica que se muere por desnudarte allí mismo y que consigue que tu propósito en la vida sea que lo haga. Necesito más de Jacobo, mi cuerpo reacciona al suyo sin pedirme permiso me pego tanto a él que pienso que lo voy a atravesar. No lo quiero soltar ni para dejar el incómodo vaso que llevo en la mano, pero están tocando una de mis canciones favoritas que además es la que indica que el concierto llega a su fin, por lo que la música me posee y venciendo la vergüenza que me da cantar delante de nadie separo mi boca de la suya los milímetros necesarios para cantársela a voz en grito. La letra habla de un hipotético fin del mundo en el que algunos de los que van a morir en el apocalipsis en vez de llorar y pasar sus últimos momentos lamentándose se despiden haciendo una gran fiesta y sin parar de bailar. Decido que ese es el final al que querría apuntarme y que si tuviera que elegir, sería con la persona que tengo al lado con la que lo pasaría bailando o haciendo lo que fuera.

Jacobo

Esta vez no se ha apartado, casi no me lo creo, solamente separa su boca de la mía para gritar partes de la canción que está sonando, pero vuelve a unirlos de una manera que me indica que ha tomado una decisión, cosa que me queda más que clara cuando en el momento en el que la canción dice *“No me imagino algo mejor a que sean tus labios aquellos que me digan adiós Y que nos queden pequeños los cuerpos y gastar lo que nos queda de tiempo...”* Ella lo repite y sé que lo hace sintiéndolo de manera literal, porque ya hemos vivido lo que creíamos que era nuestro último baile mirándonos a los ojos y sintiendo el calor de nuestras manos en un frío vagón lleno de muerte y desolación, creo que por fin se ha dado cuenta de lo que yo entendí el día que lo recordé todo, de que ese día cambiamos y nos convertimos en alguien que depende del otro para seguir viviendo.

Lucía:

Me sobra hasta el suelo que piso, el concierto ha terminado y la gente a nuestro alrededor ha ido desapareciendo, únicamente quedan los últimos rezagados entre los que estamos nosotros, fundidos en un larguísimo beso que por mí no terminaría nunca...

De repente oímos un carraspeo detrás de nosotros.

—Esto... Señores, por favor ¿Pueden seguir en otro sitio? —el guardia de seguridad no sabe ni dónde meterse—. Es que... ya no queda nadie más que ustedes ... y entiendo que les estoy rompiendo el momento, pero si quieren les recomiendo un hotelito...

No puedo más y me entra la risa, una risa nerviosa y contagiosa que impide que articulemos las palabras como es debido. Así que como podemos le damos las gracias y le decimos que no es necesario. Al salir vemos a todo el elenco de acomodadores y dispensadores de bebidas mirándonos descaradamente y riéndose de la situación, pero nos da igual. En ese momento sólo me preocupa salir de allí e irme a algún sitio en el que la sensación de estar a solas con Jacobo sea real...

Jacobo

No pone objeción alguna a que la arrastre hasta la parada de taxis y la pare cada dos pasos para robarle un beso, no protesta ni se extraña cuando le doy la dirección de mi casa al taxista y paso los 15 minutos que tardamos en llegar en silencio recorriendo cada milímetro de su mano con la mía. No me habla de los límites ni parece acordarse de ellos cuando la desnudo en mi recibidor y recorro su cuerpo con mi boca mientras usamos como apoyo la mesita de las llaves. Al contrario, sus ojos me piden más, sus labios me exigen que continúe y su boca suplica que no pare cuando tengo la mía entre sus piernas.

Debería tomármelo con más calma, es el regalo que he estado anhelando cada uno de los minutos desde que la vi en la primera reunión en la que apareció, pero es como si me supiera su cuerpo de memoria, como si lengua ya conociera el sabor de su piel y tuviera síndrome de abstinencia. Me la quiero beber entera, saborearla y disfrutarla como si fuera la primera mujer a la que tengo entre mis brazos y con la certeza de que después de ella ya no podré tener a ninguna más...

Lucía:

Me conoce a la perfección, sabe cómo mover mi cuerpo para darme el máximo placer. Encajamos como dos piezas de un engranaje que están construidas para funcionar juntas y que por fin se han reunido.

En mi vida he sentido algo como lo que está recorriendo mi cuerpo en este momento aunque se parece bastante a lo que sentí durante mi sueño, esto es real. Su cuerpo está ahí para mí, sus manos investigan todos y cada uno de mis rincones y les sacan el mejor de los partidos.

El fuego en sus ojos me indica que acabamos de empezar y mi excitación sigue aumentando a pesar de que pensaba que ya había llegado a lo más alto. Me ha hecho temblar de placer sin darme tiempo a pasar del hall de entrada, pero ahora me conduce hasta la cocina y me pide que me siente desnuda como estoy en uno de los taburetes acolchados que rodean una preciosa isla.

Lo hago y observo cómo se mueve de un lado a otro de la cocina con el pantalón desabrochado y una maravillosa erección asomando por encima. Me pone a mil, pero me mantengo inmóvil esperando el siguiente paso. Está tan seguro de sí mismo que me hace sentir un poco pequeña. Saca diferentes alimentos pero no deja de mirarme...

—¿Se puede saber qué haces?

Se acerca y me besa en los labios

—Estoy cogiendo provisiones.

—¿Provisiones?

—Sí cariño, cuando subamos ya no vamos a bajar... y no quiero que me acuses de que te mato

de hambre...

Me río y finjo escandalizarme. Viene hacia mí y me insta a que me levante del taburete, deduzco que ya tiene todo el avituallamiento necesario para llevar a cabo sus planes y que me va a guiar a otra estancia, pero cuando me tiene de pie junto a él, así desnuda como estoy cambia de planes...

Jacobo:

Intento ser paciente y seductor, pero está tan guapa desnuda en mi cocina y con los labios hinchados de besarme que no me aguanto y vuelvo a devorarla, la subo a la isla apenas sin esfuerzo (en este momento podría enfrentarme hasta a Hulk si se me pusiera por delante) y se me antoja el plato más suculento que ha habido en esa mesa desde que se instaló. Ella se ríe con mis comentarios, pero su cara no pierde un ápice de lascivia y me suplica que me acerque para poder tocarme, pero le digo que no con la cabeza y me mantengo en el extremo que me da acceso a su vulva. La altura es perfecta para poder explorar a mis anchas, me humedezco uno de los dedos con la lengua y lo introduzco en su palpitante vagina. Aún está mojada por lo acontecido minutos antes y me encanta la sensación...

Lucía

No me permite que le corresponda, dice que tiene un trauma porque nunca le han dejado comer con las manos y hoy se va a resarcir conmigo, se chupa el dedo pulgar y lo introduce dentro de mí mientras que con el índice traza suaves círculos sobre mi clítoris. Me encanta como lo hace y le pido más, pero entonces se acerca a uno de los recipientes que había dejado junto a la nevera y coge algo que yo no puedo ver. Estoy intrigada pero no le pregunto, cierro los ojos y me limito a sentir cómo juega con ello dentro y fuera de mí hasta que explota de nuevo, me incorporo como puedo y busco su boca que tiene aún restos de la fresa causante de ese delirio, ya no tiene escapatoria, le rodeo con mis piernas y aprovechando que el sitio donde estamos nos proporciona la altura perfecta me encajo en él y el engranaje por fin funciona como lo tiene que hacer...

Jacobo:

¿He muerto y estoy en el cielo?

Cuando sus piernas han rodeado mi cuerpo y me han arrastrado hasta ella he sabido que no habría vuelta a atrás, ni el mejor caballero del mundo se resistiría a lo que me estaba pidiendo, pero ahora me siento un poco mal porque después de tanto tiempo esperando y guardando las formas he sucumbido a mis impulsos y no la he llevado hasta la cama repleta de rosas que he preparado para ella...

Lucía:

Estoy como flotando, nunca he estado mejor que en este momento, por lo que cuando Jacobo rompe el silencio para pedirme que le perdona casi se me salen los ojos de las órbitas.

—¿Que te qué??????

—Que me perdones.

—¿Y por qué se supone que tengo que perdonarte???

—Por esto.

Dice señalando el desastre de cocina que hemos dejado.

—¿Por el desorden?

Me tiene absolutamente descolocada.

—En parte sí, por todo, por no haber sido un caballero.

—¿Y desde cuando soy yo la reina de Inglaterra?

—Es que yo quería que nuestra primera vez fuera especial y lo he estropeado por ansioso.

Vuelvo a atraerlo hacia mí con las piernas y levanto su cara sujetándolo por la barbilla de forma que nuestros ojos conectan.

—Jacobo, nuestra primera vez fue en el tren que nos unió para siempre, fue la primera vez que nos miramos a los ojos y supimos que algo no volvería a ser igual nunca. Nuestra primera vez fue en el baño de aquel hotel donde tu hermano hizo la reunión, cuando nos recordamos y supimos que algo había funcionado mal en nuestra vida por el simple hecho de estar separados. Mi primera vez ha sido en el concierto de hace un rato cuando he tomado la decisión de que es contigo con quien quiero vivir el resto de los días aprovechándolo como si fuera el último. Lo que ha pasado al cruzar el umbral de tu casa ha sido una de las muchas veces que espero que disfrutemos de nuestros cuerpos y de la grandísima conexión que tenemos y ha sido especial por el mero hecho de ser nosotros, pero además, me has hecho cosas con objetos que no me habían hecho nunca ni siquiera en mi imaginación y mira que tú has estado en ella muchas veces...

Jacobo:

Lo dice de verdad, siento que no está intentando ser amable, sino que ha disfrutado mucho y que, al igual que me ocurre a mí, no es ni por asomo lo que le parece más importante de lo que hemos vivido esta noche. El plano físico es necesario, lo reconozco, pero saber que ha tomado una decisión y que me ha elegido a mí pese a todo, es lo que en este momento me hace sentir que levito.

La beso y me acurruco en su cuello.

—Oye...¿Podríamos hacer esto en otro sitio más blandito? Tengo el culo un poco dormido de tanta piedra, además, pasado ya el momento de pasión cegadora tengo que decirte que somos un poco cochinos y que voy a comprar acciones de *Sanytol* porque me parece que vamos a gastar una tonelada si queremos que alguien pueda volver a utilizar esto como mesa sin sentirnos culpables...

Sólo podría salir un comentario así de su boca en un momento como este...

—¡Qué va! Así cuando desayune todas las mañanas me pondré cachondo al acordarme de lo que estoy tocando...

—¡Eres un cerdo!

—Tú me has convertido en ello, antes era un santurrón...

—Permíteme que lo dude, pero en honor a la verdad tengo que decirte que ahora me da un poco de vergüenza...

¡Joder! Mi intención no era hacer que se sintiera mal, sino todo lo contrario.

—Yo también es la primera vez que uso un sitio así como “campo de juego”... De hecho no era el plan para nada, me he pasado parte de la tarde preparando la habitación para ti —¿ha sonado muy presuntuoso no?—, es decir, no es que diera por hecho que ibas a caer rendida en mis brazos, pero si pasaba quería que fuera especial y romántico. Y en lugar de eso me he portado como un obsceno y te he hecho sentir incómoda.

Lucía:

Está tan mono intentando explicarse... la que parece que no lo ha hecho bien he sido yo, porque durante el momento me he sentido de todo menos incómoda, es ahora cuando me siento un poco así, y no porque me de corte lo que acabamos de hacer, sino que la primera vez con él pensé que sería más tradicional, pero he sucumbido a mis instintos más primarios...

—¿Incómoda? Esa no es la palabra que lo describe, ha sido genial, divertido, excitante y muy especial... pero me importa mucho lo que pienses de mí y me preocupa que no me tomes en serio después de liarnos así.

—Pienso que eres la mujer de mi vida, pero eso ya lo pensaba antes... —me ayuda a bajar de la encimera y recomponerme y sostiene mi cabeza entre sus manos obligándome a que lo mire a los ojos en lugar de agacharla por vergüenza—. Lo que ha pasado aquí esta noche no tiene nada de malo, y espero que se repita muchas veces y en todos los rincones de la casa, cuando esté deshabitada, claro... —su pequeña broma me hace sonreír—. No he podido aguantarme más, en el taxi he estado a punto de pagarle al conductor para que hiciera la vista gorda y nos dejara aparcados un ratito en una zona oscura, así que en cuanto te he tenido para mí solo he perdido la cabeza por completo. Luego quería coger un par de cosas para completar el escenario que tengo montado en mi cuarto, pero te he visto aquí apoyada y tan sexi que...

Comienza a besarme de nuevo y ejerce tal poder sobre mí que si seguimos, repetimos la jugada anterior, así que le pongo freno.

—Bueno, pues enséñame en qué has empleado tu valioso tiempo esta tarde que como sigamos por este camino mañana nos encuentran aquí deshidratados...

—Cariño, estamos en la cocina, tenemos acceso a todo.

Me acerco a su boca y le muerdo el labio inferior.

—¿Acaso crees que te voy a dejar apartarte de mí un solo segundo?

No se lo piensa dos veces, coge solamente la una botella de agua y tira de mí para que lo siga escaleras arriba, pero de repente escuchamos un ruido procedente de la puerta que da al jardín.

—¿Qué ha sido eso?

—Deben ser los perros, no hagas caso.

—¿Cómo que no haga caso? ¿los tienes fuera solitos?

—Sí, solo los dejo entrar cuando están las niñas, bueno, no los dejo, más bien no puedo impedir que entren.

—¿Podemos comprobar que están bien?

—¡GRRRR! Tenía otros planes ahora mismo...

—¡Venga...! Es que sabiendo que están aquí no voy a poder relajarme...

Le guiño un ojo y sabe a lo que me refiero. La verdad es que los perros me suelen dar bastante igual, pero no sé por qué tengo tanta curiosidad por ver los de Jacobo.

—¡Anda ven!

Me guía hasta donde están y abre la puerta. Dos bolitas de pelo entran en tropel en la cocina y comienzan a dar vueltas entre nosotros, es entonces cuando los reconozco.

—¡Canela y Tizón!

Canela viene hacia mí como si también supiera quién soy, lame mis pies descalzos y agita la cola como señal de que está contenta. Miro a Jacobo y me doy cuenta de que está alucinando.

—¿Sabes quiénes son?

No hay una explicación racional que justifique que conozca el nombre de sus perros.

—¿No me has hablado de ellos?

—Lo dudo mucho, además, Canela es bastante arisca con todos menos con su dueña, incluso cuando se acerca mi otra hija le gruñe y en cambio a ti parece adorarte...

—Esto... No lo sé, a ver, sé cómo sé los nombres, pero no tiene ningún sentido y me vas a tomar por loca si te lo cuento.

—¿Por qué no pruebas? A lo mejor te sorprende lo loco que estoy yo también...

—Vale, pero nos va a llevar rato... —saco de la nevera una botella de cava que he visto cuando la ha abierto para coger el agua y cojo de la mesa un par de bolsas de snacks que había sacado para nuestra maratón.—Encárgate de los niños y dime dónde está tu cuarto. Ha llegado el momento de contarte lo que me pasó en realidad después del accidente.

Jacobo:

Lucía lo está vomitando todo y los pétalos de rosa extendidos sobre la cama, las lamparitas imitando velas y todos los esfuerzos invertidos en hacer la estancia perfecta ahora se me hacen poco para ella. Su mayor miedo al contarme lo que ha vivido era que no la creyera y pensara que está loca de atar, pero tendrían que atarnos juntos. De hecho creo que ya lo han hecho porque por fin he encontrado el lugar al que viajaba cada vez que me dormía y aunque de alguna manera sabía que era ella a quien anhelé cuando los sueños desaparecieron ahora lo sé con certeza. Sé que fue real, que Alina tenía razón y que cada vez que sentí su presencia a mi lado durante aquellos meses fue porque estaba allí.

Me ha pedido que no la interrumpa durante el relato, le está resultando bastante difícil revivir algunos momentos, sobre todo la parte en la que despierta y descubre que su marido sigue vivo y que todo por lo que ha creído pasar durante ese tiempo ha estado sólo en su imaginación. Me duele verla así, pero estoy respetando su deseo de no intervenir hasta que acabe de hablar y me limito a ver caer las lágrimas de sus ojos y a encajar las piezas en mi cabeza. Todo cobra mucho más sentido y por fin entiendo lo que siento por esta increíble mujer, así que estoy impaciente porque me dé permiso para hablar.

—Bueno, ahora es cuando me dices que te ha encantado conocerme pero que no te quieres complicar la vida...

No abro la boca, me limito a negar con la cabeza y sonreír.

—¿Entonces? ¿Es cuando llamas a 112 y dices que hay una loca en tu cama y que no sabes qué hacer con ella?

Repito el gesto y noto como se va poniendo nerviosa, me gusta chincharla, pero en realidad lo que estoy buscando son las palabras más adecuadas para quitarle tensión al momento y poder hablarle de lo que siento.

—¿Te has quedado mudo? Me he bebido casi toda la botella así que estoy un poco anestesiada, suéltalo sin más, estoy preparada.

—¡Matemos a Martín!

—¿Cómo?

Intento aguantarme la risa.

—Si es lo único que nos impide estar juntos matémosle, no puede ser tan difícil...

—¿Me estás vacilando? ¿Te cuento lo que te acabo de contar y lo único que se te ocurre es vacilarme??

—¿A que para eso no estabas preparada?

Me acerco y cojo sus manos entre las mías, pero las aparta furiosa.

—¡Me ha costado mucho contarte todo esto para que te lo tomes a broma!

Vuelvo a agarrar sus manos, pero esta vez con algo más de fuerza para que no las aparte, cuando noto que se relaja lo hago yo también y nos quedamos agarrados frente a frente y muy cerca.

—Vale, tienes razón, no ha sido el comentario más adecuado, pero necesitaba que liberásemos algo de tensión. ¿Puedo hablar ahora yo?

—Sí claro, pero si me vas a mandar a la mierda hazlo sin rodeos, por favor, no soporto las medias tintas.

—No te voy a mandar a ningún sitio, Lucía, lo que me has contado sólo corrobora que eres el amor de mi vida y que, como mencionaste ya una vez, entre nosotros pasó algo mágico.

—¿Entonces me crees?

—No sólo te creo, te digo que lo que viviste fue real, porque no sé cómo, pero yo también lo viví.

—¿En serio?

—Mira, después del choque por lo visto entré consciente en el hospital, pero me desmayé nada más entrar y estuve varios días sin conocimiento. Luego no me acordaba de nada y mis padres me dijeron que Laura había muerto y que mis hijas no sabían nada del asunto, por lo que me centré en la forma de contárselo y después lo pasé fatal por su sufrimiento. No te voy a decir que me alegrara de que Laura muriera, pero tampoco lo sentía en exceso, era una relación terminada con una persona que me engañaba y utilizaba, pero era la madre de mis hijas y ellas la querían con locura. El caso es que tenía el ánimo por los suelos, pero una noche algo cambió y empecé a tener unos sueños maravillosos, no los recordaba al despertar, pero me quedaba una sensación que me hacía sentirme feliz. Esperaba con ansia el momento en el que se me permitiera cerrar los ojos para poder reunirme con la chica misteriosa que me hacía compañía durante esas horas. A medida que pasaban los días no sólo no desaparecían los sueños, sino que notaba su presencia en momentos de mi vida cotidiana. Me planteé si sería el espíritu de Laura, pero no era precisamente la vibración que me transmitía. Busqué explicación en todas partes y me obsesioné tanto por el tema que cada vez me iba a la cama más temprano, incluso mi hermano tuvo que intervenir y ponerme los pies en el suelo porque estaba abandonando a mis hijas por un estado de ensoñación constante. Fui a visitar a algún que otro terapeuta en busca de una solución, pero se centraban en que era estrés post traumático y que lo que necesitaba era tiempo y ocupar mi mente en otras cosas, pero sus consejos me sirvieron de poca ayuda. Entonces una madrugada de repente te perdí, estabas en mis brazos y desapareciste como por arte de magia, me desperté gritando y llorando, con una tremenda sensación de soledad. Sabía que no volverías y dejé de notarte a mi lado, de encontrarme acompañado en todo momento y de querer dormir —Lucía sigue llorando, en realidad lo estamos haciendo los dos, es un alivio poder hablar esto con alguien que ha pasado por lo mismo, pero lo es más aún saber que de aquel suceso tan horrible haya salido algo positivo. No me interrumpes, respeta mi relato al igual que lo he hecho yo antes—. Conseguí pasar página más o

menos y me ayudó centrarme en lo que había dejado abandonado, mi familia y mi trabajo, pero entonces empezaron los sueños de nuevo. Eran breves, pero de una carga erótica impresionante, no sé cuántas veces pasó, pero te sentí igual que lo he hecho esta noche, excepto por el pequeño detalle de que no recordaba tu cara al despertar. Sólo la sensación de haber estado dentro de ti y el correspondiente efecto en mi cuerpo... —sonríe por mi comentario y yo también lo hago—. Y entonces un día se me ocurrió acompañar a mi hermano a una reunión y supe que tenía que ir a ayudarte cuando te levantaste mareada. Al tocarte todo se aceleró y las lagunas de mi memoria se llenaron de recuerdos de tu cara en todas y cada una de las escenas en las que me acompañaba aquella mujer sin rostro. Ahora vienes tú y me cuentas que crees que estás loca porque has estado seis meses viviendo otra realidad y yo solo puedo contestarte que bendita locura que nos ha regalado seis meses de estar juntos y luego nos ha permitido volver a encontrarnos para no separarnos jamás.

No me dice nada, no le salen las palabras, pero hace algo mejor, me besa y se sube encima de mí, esta vez hacemos el amor de una manera muy diferente, lentamente y mirándonos a los ojos y confirmando una unión que sólo nosotros podemos entender por lo que hemos vivido.

Lucía:

Me despierto con miedo de darme la vuelta y encontrarme a Martín a mi lado, pero en cuanto oigo su voz preguntarme si he dormido bien y noto su mano apartándome el pelo de la cara, sé que no lo he soñado y que por primera vez puedo abrir los ojos sin miedo.

—Hola —digo con voz somnolienta—. ¡Qué alegría de verte!

—Sí, parece mentira ¿verdad? Despertarnos y que lo de anoche haya pasado ... y que pueda volver a pasar otra vez...

Se tumba encima de mí y tengo que hacer un gran acopio de fuerza de voluntad para no sucumbir a sus intenciones.

—Cariño, me encantaría que volviera a pasar mil veces, pero ha salido el sol y por desgracia acabo de recordar que tengo un asuntillo que resolver en casa para poder dedicarme a ti por completo el resto de mi vida.

Se aparta de mala gana.

—¿Entonces vas a volver a tu casa?

—Jacobó, tenemos que hacer las cosas bien, puede que el cosmos nos haya unido y todo lo que quieras, pero Martín no se merece lo que le hemos hecho, te recuerdo que lo de su muerte, gracias a Dios, sólo pasó en nuestra cabeza. Además ¿te imaginas la cara de tus hijas si vienen y me encuentran de esta guisa? No creo que les cause buena impresión y sabes que es importante que me acepten si voy a formar parte de sus vidas.

—Tienes razón, no creo que lo lleven muy bien cuando se lo diga, y si quiero que mi madre me vuelva a hablar y no llame a servicios sociales voy a bajar cagando leches a recoger el desastre que dejamos anoche en la cocina, porque creo que hay algo de lencería en la nevera y no van a creerse que ha crecido allí.

—Venga, pues baja tú mientras me doy una ducha y pienso cómo le digo a Martín que le dejo y dónde puedo quedarme hasta que busque un nuevo hogar...

—Lucía, tu hogar es este, sé que es muy pronto y que sería precipitarnos, pero no te encariñes mucho del sitio al que te vayas, porque no puedo pasar mucho más tiempo separado de ti.

¡Jooder que rápido! ¿A quién quiero engañar? yo quiero lo mismo.

—Bueno, ya lo hablaremos despacio. Vamos paso a paso y el primero es que yo hable con Martín y no sé el tiempo que me va a llevar, necesito que me prometas que vas a tener un poco de paciencia y me vas a dejar ir a mi ritmo.

Lucía:

Y eso pensaba yo en ese momento, que iría a mi ritmo y convencería a Martín de que nuestra relación no estaba bien y de que nos hacíamos infelices el uno al otro. Llegado el momento y si me lo preguntaba le confesaría que había conocido a alguien y le pediría perdón tragándome toda la mierda que me soltara, pero cuando he llegado a casa y he visto su ropa desperdigada por el suelo y a él haciéndole de todo a una tía en mi salón la cosa se ha descontrolado.

—¡Hijo de puta no has tenido la vergüenza ni de llevártela a otro sitio!

—¡Joder Lucía! ¿No estabas con tu amiga?

—¡Pero si son las doce de la mañana! ¿De qué vas puesto?

La chica me mira divertida, se nota que no es la primera vez que la sorprenden en estas condiciones.

—¡Va puesto de mí! ¿Quieres un poco?

Martín no sabe dónde meterse y yo estoy contando mentalmente para no partirle la cara a esa zorra, pero no por lo que están haciendo, sino por cómo está disfrutando de la situación.

—Martín, dile a esta que se calle o no respondo.

—Si solo te estaba invitando a unirme a la fiesta, pero tiene razón tu marido, eres una frígida estirada.

—¡Bárbara no la líes más, por favor!

—No, si más no se puede liar. Me voy, terminad lo que estabais haciendo si queréis, Martín, ya tendrás noticias de mi abogado y vendré a por mis cosas cuando no estés.

—¡Lucía no te vayas por favor!

Sale llorando detrás de mí y yo maldigo para mí que el ascensor hoy tarde siglos en subir.

—Martín, te están esperando, vete con tu novia que se va a cansar y te vas a quedar a medias.

—¡Que le den a esa zorra! ¡No podemos terminar así, no después de lo que hemos vivido!

—¡No me hables de lo que hemos vivido, porque tú no tienes ni idea de lo que ha supuesto para mí permanecer a tu lado desde que desperté del coma! ¡No he parado de llorar ni un solo día porque me atenazaba la culpa por ser una mala esposa, por no soportar tu presencia y creer que tú eras una bellísima persona que lo había dado todo por mí, y en realidad no era más que una farsa, un papel que has interpretado a la perfección y que ha impedido que te dejara el mismo día que descubrí que no habías muerto en aquel vagón de tren!

Se derrumba a mis pies y yo me siento una auténtica zorra echándole toda esa mierda encima por hacer lo mismo que yo vengo de hacer de casa de Jacobo, pero me duelen los meses perdidos de estar con quien quería realmente.

Martín:

Bárbara está especialmente cariñosa esta noche, le he hecho creer que me he librado de mi mujer para poder dedicarle más tiempo a ella y ha funcionado. Preferiría no dejarme ver mucho por Madrid, no puedo olvidarme de que soy un hombre casado y de que debo guardar las

apariencias, pero con Lucía en el concierto y sabiendo los sitios que les gustan a los raros esos con los que sale, no creo que me la encuentre aquí ni por asomo. Por si las moscas he pedido que nos pongan en el reservado y además de evitar ser vistos desde la entrada a mi acompañante le ha dado la suficiente intimidación para hacerme alguna que otra cosa de esas que sabe que me vuelven loco.

Después de la cena me ha pedido que nos fuéramos de copas, no es que me mole mucho salir a estas alturas, pero no puedo negar que me apetece presumir de acompañante porque está buenísima y no se corta un pelo en demostrarme lo mucho que le pongo, así que he accedido y aquí estamos, son casi las seis de la mañana y vamos hasta arriba de copas, y bueno, de alguna cosa más que también me ha convencido para que pruebe... Es que ésta es una ocasión especial, no todos los días estoy de "Rodríguez" y tengo que reconocer que el polvito blanco este no está nada mal, porque llevamos mil copas y no voy nada pedo, podría aguantar otras tantas. Estoy como un toro...

—Vamos a tu casa...

Tiene la mano metida dentro de mi pantalón y su lengua juega con mi pabellón auditivo, no puedo pensar con claridad, pero lo que propone no me parece muy buena idea.

—Pero princesa, sabes que no podemos ir, es muy arriesgado... Además la tuya está genial y el colchón ya nos conoce...

—Martín, te dije que hoy estaba mi hermano de visita. Así que mi casa no es una opción.

—Pues te llevo a un hotel, seguro que hay alguno aquí cerquita que nos sirve para jugar un ratito...

Noto como se tensa y saca la mano bruscamente.

—¿Eso soy para ti? ¿Una puta de hotel? ¿Un juguete?

—¡No cariño! ¡Para nada! Pero sabes que estoy casado y que hay ciertas cosas...

Vuelve a arrimarse melosa y con suaves movimientos frota su pubis contra mí poniéndome a mil de nuevo.

—Pero tu mujer no vuelve hasta tarde y me da tanto morbo que te dejaré hacerme TODO lo que quieras...

Dicho y hecho, salimos de la discoteca y pido un taxi, a esta tía le va lo de hacerlo en público, porque tampoco se ha cortado con las caricias en el trayecto hasta mi casa y tengo que reconocer que desde el episodio del tren a mí también me mola este rollo exhibicionista, tanto que casi me la tiro en el portal, pero ha entrado un vecino y he tenido que taparme para que no me reconociera. No puedo arriesgarme a que nos vean aquí, así que subo yo primero y me aseguro de que no hay nadie, le doy el ok y mi sorpresa es que Bárbara sale ya desnuda del ascensor ¡Me va a volver loco!

El pasillo, la cocina, la alfombra del salón y el sofá, de momento es donde hemos acabado, pero no parece contentarse con lo que hemos hecho, porque vuelve a la carga sin dejarme resuello, lo curioso es que mi cuerpo responde a sus demandas y le doy lo que me pide ...

—¡Hijo de puta no has tenido la vergüenza ni de llevártela a otro sitio!

¡Joder Lucía!

Estamos en una posición bastante explícita, no puedo decirle que no es lo que parece porque sería ridículo cuando tengo a una tía en pelotas en el salón de mi casa, pero algo tengo que decirle a mi mujer, que me mira con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Joder Lucía! ¿No estabas con tu amiga?

—¡Pero si son las doce de la mañana! ¿De qué vas puesto?

¿Las doce de la mañana? ¿Pero cómo se me ha podido ir la olla de esta manera? ¿y a Bárbara?

Lo cojonudo es que a ella parece divertirse lo que está pasando, encima tiene las narices de enfrentarse a mi mujer y contestarle por mí.

—¡Va puesto de mí! ¿Quieres un poco?

¡La madre que la parió! No sé cómo se está controlando Lucía.

—Martín, dile a esta que se calle o no respondo.

—Si sólo te estaba invitando a unirme a la fiesta, pero tiene razón tu marido, eres una frígida estirada.

¿Pero cómo puede seguir hablando todavía? Tengo que intervenir porque le va a arrancar la cabeza y yo desde luego no voy a ser quien la pare.

—¡Bárbara no la líes más, por favor!

Se hace la ofendida y me mira desafiante, Lucía en cambio se ríe con condescendencia y me duele más que sí me hubiera abofeteado.

—No, si más no se puede liar. Me voy, terminad lo que estabais haciendo si queréis, Martín, ya tendrás noticias de mi abogado y vendré a por mis cosas cuando no estés.

¿Cómo ha podido pasarme esto? ¿Cómo la he cagado tantísimo?

—¡Lucía no te vayas por favor!

Corro detrás de ella y aprovecho que aún no ha llegado el ascensor para suplicarle que me escuche.

—Martín, te están esperando, vete con tu novia que se va a cansar y te vas a quedar a medias.

Odio ese cinismo, la conozco lo suficiente como para saber que no hay vuelta atrás y no estoy preparado para ello aunque me lo merezca.

—¡Que le den a esa zorra! ¡No podemos terminar así, no después de lo que hemos vivido!

—¡No me hables de lo que hemos vivido, porque tú no tienes ni idea de lo que ha supuesto para mí permanecer a tu lado desde que desperté del coma! ¡No he parado de llorar ni un solo día porque me atenazaba la culpa por ser una mala esposa, por no soportar tu presencia y creer que tú eras una bellísima persona que lo había dado todo por mí, y en realidad no era más que una farsa, un papel que has interpretado a la perfección y que ha impedido que te dejara el mismo día que descubrí que no habías muerto en aquel vagón de tren!

Me falta el aire, sus palabras son como cuchillos afilados que me atraviesan el pecho, el corazón y los pulmones. Sé que no está exagerando para herirme, es lo que siente en realidad, se lo he notado y me he auto convencido para creer que su actitud de estos meses se debía a lo mal que lo estaba pasando por el accidente, pero ahora que me lo espeta así sé que cuando me dijo que debía haber muerto en ese tren lo deseaba de verdad y en este momento yo también.

Me quedo postrado en el suelo hasta que Bárbara viene a “animarme”.

—¡Pero Cari si es una petarda! Yo te voy a hacer la vida mucho más divertida, ya lo verás...

—¡Bárbara lárgate!

—¿Pero qué dices?

—¡Que te largues que no quiero volver a verte en mi vida!

—¡Uy! Si llego a saber que te ibas a poner así habíamos ido a mi casa...

No respondo de mis actos, he sido un ingenuo y me he dejado manipular a su antojo y por su culpa he destrozado a la persona que más he querido en mi vida.

—¡FUEEEERAAA!

Lucía:

Me cuesta respirar, sigo apoyada en la pared del edificio cuando veo salir a la mujer que estaba desnuda en mi sofá hace unos minutos, menos mal que ella no se ha percatado de mi presencia, porque si me hubiera dicho una sola palabra la salto al cuello y no me apetece dar un espectáculo en la calle.

No se me va la imagen de la cabeza, Martín y ella montándose en mi salón y puestos de coca hasta las trancas es algo que me supera. No soy quién para juzgar la infidelidad y también es cierto que venía para decirle que nuestra relación había terminado, pero el hecho de que la haya traído a mi casa y de verlo con mis propios ojos me ha dejado tan en shock que no sé ni lo que hacer.

Jacobo:

Lucía me llama llorando, no entiendo lo que me dice, sólo consigo saber que está en el portal de su casa.

—No te muevas Lucía voy ahora mismo.

Llamo a mi hermano y le digo que se encargue de las niñas un rato más, al decirle que Lucía está en apuros no tarda en ofrecerme su ayuda.

—Luego te cuento porque ahora no sé nada, pero algo ha pasado porque estaba llorando desconsoladamente.

—Vale hermano, luego me cuentas. Un abrazo.

No quiero volverme loco pensando qué ha podido suceder para semejante sofoco, suponía que muy contenta no iba a estar después de decirle a su marido que no le quería, pero ¿qué cojones le habrá hecho ese desgraciado? ¡Sólo de pensarlo me pongo malo, como le haya puesto una mano encima lo mato!

La veo desde lejos sentada en el suelo abrazada a las rodillas, tiro el coche donde puedo y me acerco lo más rápido que mis malditas piernas me permiten.

—¡Lucía por Dios! ¿Qué ha pasado?

Se abraza a mi cuello y rompe a llorar.

La separo y examino su cara a ver si está bien. A simple vista no tiene nada, así que la levanto y me la llevo al coche, una vez dentro vuelvo a preguntarle.

—¿Estás mejor? ¿Quieres hablar ahora?

Respira hondo un par de veces y por fin me contesta.

—Es Martín, estaba arriba con una chica y los he pillado haciéndolo en mi sofá.

Saber que lo que la ha doblado de dolor es que su marido la haya traicionado me produce una punzada de celos, pero disimulo y le animo a que me cuente más.

—¿Cómo?

—¡Pues eso! ¡Que el santo de Martín no era tan santo y cuando he abierto la puerta hace un rato me lo he encontrado con una tía en pleno polvo! ¿Puedes llevarme a algún sitio? No quiero estar más aquí y no me apetece hablar con mis hermanas aún.

—¿Quieres que vayamos a mi casa?

—No creo que sea una buena idea, si vuelven tus hijas no creo que se lleven una buena primera impresión, vamos a mi despacho, allí no creo que nos moleste nadie.

Tiene razón, así que voy hacia la dirección que me indica. Va callada y yo respeto su silencio.

—¡Mierda! ¡No tengo aquí las llaves, están en casa, y no pienso volver mientras esté ese asqueroso allí!

Paro el coche en un vado y la miro, tiene los ojos hinchados pero ha parado de llorar. Me acerco y la doy un beso.

—Cariño ¿Estás bien? Dime qué puedo hacer por ti.

—Llévame a algún sitio donde estemos solos, por favor. No me apetece nada más.

—Vale, tengo las llaves de casa D'Artco aquí y está cerrado por las reformas. Seguro que a Patricia no le importa que vayamos allí ¿te parece?

Asiente con la cabeza y retomamos la marcha, me tiene preocupado que se sienta así por Martín, eso significa que siente por él más de lo que me había dicho, aunque por otro lado es normal, por poco que sintiera por Laura nunca me sentó bien ser un cornudo.

Aparco donde no se pueda ver el coche desde el exterior de la finca para evitar que le llegue algo a Patricia antes de que le escriba y nos bajamos. Recuerdo la primera vez que recorrimos ese camino juntos y el día de la fiesta de su clienta y me parece que ha pasado un siglo de ambas cosas, pero en realidad hace muy poco. Ambos días salimos de aquí con la certeza de que aunque nos queríamos solo podríamos aspirar a una amistad, pero hoy estoy con ella aquí otra vez después de haber pasado la mejor noche de mi vida y con la sensación de que nos ha arrollado un tren o de que está a punto de hacerlo.

Dirijo a Lucía a la zona que no está afectada por la reforma y mando un mensaje a Patricia avisándole de que vamos a usar un rato su propiedad, le digo que es por su amiga. Me dice que nos quedemos el tiempo necesario y que nos sintamos como en nuestra casa, así que, como creo que nos vendrán bien pese a las horas que son, me dispongo a servirnos una copa pero los gritos de Lucía me sobresaltan.

—¡Hijo de Puta no me vuelvas a llamar más! ¡Ya tendrás noticia de mi abogado!

Tira el móvil y rompe a llorar de nuevo. La abrazo como con miedo porque está muy vulnerable y no sé lo que le apetece en este momento, me siento aliviado porque no me aparta, al contrario, se aferra a mí y sigue llorando.

—Venga Lucía, cálmate, vamos a sentarnos.

Me hace caso y me sigue hasta el sofá de la sala donde nos encontramos. Se sienta a mi lado un poco girada de forma que nos quedamos frente a frente cogidos de la mano.

—Ya sé que no debería ponerme así, y mucho menos en nuestra —levanta las manos que tenemos entrelazadas— situación, pero lo que me jode no es que me haya engañado. No te voy a mentir, eso no me ha sentado bien, sobre todo porque al llevársela a mi casa me demuestra que no me tiene ni un ápice de respeto. Lo peor es que pensaba que era un buen tío y he aguantado con él por lástima, he mantenido relaciones con él por sentirme mal por quererte, y cada minuto que he compartido contigo ha estado ensombrecido por la culpa de engañar a mi maravilloso y leal marido, mientras que él no sé ni con cuántas habrá estado...

Me alivia oírle decir que no está dolida porque le quiera, sino por lo que le ha robado de mí, pero siento una tremenda rabia por dentro al darme cuenta de que podría haberle evitado este dolor hace tiempo. Si le hubiera contado lo que vi en las imágenes del tren habríamos pasado por esto mucho antes y habríamos podido empezar de otra manera, pero no lo hice y ahora no me puedo callar también. No puedo seguir guardándome ese secreto que tarde o temprano saldrá a la luz.

—Lucía cariño, tengo que contarte una cosa que no te va a gustar. Antes quiero que sepas que te la he ocultado porque te quiero muchísimo y porque cuando me enteré no quise utilizarlo en mi beneficio.

—Jacobó ¿qué pasa?

Está seria y me ha soltado la mano. Vuelvo a cogérsela.

—Entiende que pensaba que el accidente lo habría hecho reaccionar y que necesitaba saber que estabas conmigo porque me querías y no como alternativa.

—¡Suéltalo de una vez! ¿Qué sabes?

—Uno de los primeros días después de reconocernos yo estaba muy dudoso de cómo actuar. Me sentía muy mal por meterme en medio de una relación de pareja. Aunque tú parecías sentirte atraída por mí, no podía olvidarme de que estabas casada y de que tu marido no se merecía que lo engañáramos, entonces le conté a Sergio lo que me pasaba y éste me enseñó algo para eliminar mi sentimiento de culpa.

—¿Qué fue lo que te enseñó?

—A eso voy, lo que te voy a contar es muy fuerte y quiero que sepas que me arrepiento de no habértelo dicho en cuanto lo supe, pero de verdad que no quería hacerte daño.

—Me estás atacando Jacobo, no le des más vueltas.

—Pues me enseñó las cámaras de seguridad del tren minutos antes del accidente, una cámara en concreto. En ella se veía perfectamente cómo mientras nosotros hablábamos de que en cuanto llegáramos a Madrid íbamos a dejar a nuestras respectivas parejas, ellos dos echaban un polvo en el aseo —estoy sudando, la cara de Lucía no deja dudas de que está flipando con lo que le cuento, pero no dice nada y yo sigo intentando explicarme lo mejor que puedo...—. Bueno, se veía cómo se besaban y ella le desabrochaba a él y entraban en el baño. Luego lo demás pasa a puerta cerrada, salen a los diez minutos como si nada y regresan al vagón en el que estábamos nosotros. Instantes después todo vuela por los aires.

Pasa lo peor que podía pasar y lo que más me temía, me suelta de la mano y fría como un témpano me dice que la lleve a casa de su hermana Carmen.

—Pero vamos a hablarlo, por favor.

—Llévame a casa de mi hermana o me pido un taxi.

Recojo nuestras cosas y lo dejo todo en orden mientras ella me espera junto al coche llorando en silencio. Se esfuerza por no hacerlo, pero las lágrimas caen por debajo de sus gafas de sol. Me acerco a ella y le intento limpiar la cara, pero me aparta la mano de un manotazo.

Lucía:

Quiero gritar y abofetearle, me duele dentro, tan profundo que me cuesta mantenerme de pie, pero consigo dar un paso tras otro y llegar hasta el coche. Lo veo acercarse serio, hasta diría que ha estado llorando, me gustaría abrazarme a él y decirle que no pasa nada, pero no puedo. En este momento me duele tanto que me haya ocultado esa información que no soporto el roce de su piel.

Cuando desperté y entendí que todo lo que había estado viviendo había sido un sueño pensé que me había vuelto loca, que tenía una lesión cerebral y que nunca volvería a ser la misma. Poco a poco fui aceptando que Martín estaba vivo y que eso era un motivo de alegría, aunque a mí no me lo pareciera. Mis hermanas y mis padres me convencieron de lo maravilloso que era y de lo muchísimo que se había esforzado todos esos meses. Me pedían una y otra vez, por favor, que le diera otra oportunidad y que me olvidara de fantasías, así que lo intenté. Y lo hice con todas mis

fuerzas, me olvidé de lo que no sentía por él y me concentré en lo que debería sentir con el fin de volver a quererlo.

Como es evidente, no funcionó, pero bueno, me resigné y aprendí a sobrellevarlo a mi manera hasta que apareció Jacobo. Sin embargo, si hubo algo que me hizo pasarlo mal durante todo el tiempo y hasta esta misma mañana fue la culpa. Me he sentido una mala persona durante cada minuto del día desde el momento en que desperté. Primero por desear que mi marido estuviera muerto, luego por no alegrarme de que no lo estuviera, después por querer más a un hombre imaginario que a él, más tarde por utilizar su cuerpo para llegar de nuevo hasta el hombre de mis pensamientos. Además desde que supe que Jacobo era real aún ha sido peor, porque ya fuera en cuerpo o mente estaba traicionando al maravilloso hombre que había pasado seis meses de su vida pegado a una cama de hospital sólo por amor a su mujer. Ahora tras saber lo que me ha contado Jacobo, puedo entender que no estaba a mi lado sólo por amor, la poderosa culpa también lo atenazaba a él. Había estado a punto de perderme y lo último que había hecho antes del impacto fue engañarme con otra mujer. Sus labios tenían aún el calor de unos labios que no eran los míos mientras se me escapaba la vida poco a poco, por lo tanto no estaba a mi lado por amor, sino como penitencia para expiar el daño de la traición.

¿Que por qué siento rechazo hacia Jacobo en este momento?

Porque le culpo. Es cómplice del delito de haberme robado este tiempo con él. Es cómplice de hacerme sentir una mierda por algo tan puro como es amar, es culpable sin remedio de ocultarme una información que podría habernos hecho felices a ambos y aunque sé que lo hizo por una causa noble y que luego no supo cómo confesar, debo tomarme un tiempo para perdonarlo.

Sumida en mis pensamientos no me he dado cuenta de que estamos ya junto a la casa de Carmen y que hemos parado. Miro a Jacobo y sus lágrimas me derriten un poco.

—Lucía, por favor, perdóname. No te cierres a mí por esto...

Pongo mi dedo índice sobre sus labios e impido que siga hablando.

—Jacobo, te quiero y eso no va a cambiar, pero necesito tiempo para asimilar todo lo que ha pasado. No te puedo decir cuánto, ni siquiera tengo una estimación aproximada, pero ten un poco de paciencia.

—¿Podremos hablar al menos?

—No lo sé, ahora mismo te culpo de muchas más cosas de las que debería. Tengo que reconciliarme primero conmigo misma por actuar como lo he hecho y no sé el tiempo que me llevará. No te puedo pedir que me esperes y sé que me arriesgo a perderte para siempre, pero por favor, no dudes de que te quiero y hago esto para poder empezar de cero, sin cargas ni maletas.

Se abraza a mi llorando, me besa, nos besamos como si fuera una despedida y me siento tentada a decirle que me lleve al fin del mundo para empezar a su lado, pero me separo y me bajo del coche.

No miro hacia atrás porque sé que ha salido y no sé si tendré valor para cruzar la puerta si veo sus ojos de nuevo.

Jacobo:

Llego a casa abatido y todo me recuerda a ella. La repisa de la entrada aún conserva la huella de sus dedos al aferrarse allí para no caer cuando hice que gritara de placer, la mesa de la cocina en mi cabeza ya nunca será el mismo espacio que fue antes de verla tumbada para mí sobre ella, el dormitorio aún tiene pétalos que me recuerdan las confesiones que nos hemos hecho el uno al otro

sin molestarnos si quiera en apartarlos de la cama porque sólo nos sobraba la ropa y el espacio entre nuestros cuerpos, y que ahora no me molesto tampoco en retirarlos porque lo único que quiero es tumbarme y llorar por lo gilipollas que he sido y por no saber usar las armas que podrían haberme hecho ganar la guerra y que me han servido para perderla.

Llamo a Sergio y le digo que ya estoy en casa para que traiga a las niñas cuando quiera, pero mi hermano nota algo en mi voz y se presenta cinco minutos más tarde solo y con una botella de Whisky en la mano.

—¿Me lo cuentas o lo tengo que adivinar?

Me abrazo a él.

—¡La he cagado del todo!

—A ver, empieza por el principio y vamos a ver si encontramos una solución. Siempre se nos ha dado mejor pensar en conjunto.

—Ya te advierto que no la tiene, pero me vendrá bien soltarlo todo. Antes de nada ¿dónde están las niñas?

—¿Dónde van a estar? Con su tío Santi de compras. Creo que ha improvisado un plan de esos suyos que incluyen manicura, les he preguntado si preferían volver aquí o irse con él y ya sabes la buena mano que tiene con ellas. Así que desahógate tranquilo que su tío favorito las va a tener consentidas más tiempo del necesario.

Mientras lo veo servir dos buenas copas de la botella que traía doy gracias mentalmente por tener un hermano y un cuñado tan maravillosos, desde que murió Laura han sido un grandísimo apoyo y las niñas están como locas por irse con ellos cada vez que pueden. Acepto el vaso con el líquido ambarino y el primer sorbo me quema la garganta, carraspeo y comienzo a contarle a mi hermano y confesor todo lo que ocurrió desde que la sorprendí en el concierto y hasta hace un rato.

—Hermano, la has cagado del todo.

—Pues vaya ánimos, eso ya lo sabía yo.

—Bueno, lo importante es que te ha dicho que te quiere y que la paranoia esa de los sueños la habéis tenido los dos, por lo que aunque necesite un tiempo para estar sola, volverá a ti cuando menos te lo esperes.

—¿Pero cómo voy a soportar no hablar con ella durante ese tiempo?

—Pues con fuerza de voluntad, ocupándote de tus hijas y volviendo a ver a tus amigos ¿Cuánto hace que no ves a Alina y a Juan?

—Mucho.

—¿Y cuánto hace que no te vas con tus hijas de fin de semana?

—¿Más?

—Pues ordena tu vida y prepárala para recibir a Lucía cuando esté lista. Esta vez vendrá para quedarse y será real.

Como siempre, mi hermano el sensato me da un barrido de sentido común.

—¡Qué razón tiene mi Sergio! —me acerco a él y le pellizco el moflete como hacía nuestra abuela—. ¡Si es que además de guapo es un hombre sabio!

Se retira riéndose y haciendo aspavientos con las manos.

—Pues haz caso a este guapo y sabio hermano y una cosa más, te aconsejo que vayas hablándoles de Lucía a las niñas, poco a poco ve contándoles lo que te parezca, pero que sepan que puede aparecer en sus vidas y que no es una amenaza, creo que si no te lo pondrán difícil con ella y lo pasarán las tres mal.

Asiento y le doy otro abrazo y las gracias.

—Ah, y recoge este desastre, se ve a la legua lo que ha pasado esta noche aquí.

Guiña un ojo y sale a jugar con los perros mientras yo me doy una ducha y elimino las pruebas de mi maravillosa hazaña. Voy a empezar a ordenarme y para eso una comida familiar viene de perlas, aunque lo único que en realidad me apetezca sea asaltar la casa de mi cuñada, si sí, he dicho mi cuñada porque aunque estemos separados yo soy de Lucía y Lucía es mía. Eso no lo va a cambiar nada.

Lucía:

Carmen abre la puerta con la niña en brazos y no puede ocultar su sorpresa al verme y más en el estado en el que me encuentro.

—¿Pero qué te ha pasado? ¡Luis ven y coge a la niña!

Mi cuñado viene corriendo asustado

—¿Qué pasa? ¿qué pasa?

—Lucía, que está aquí y no sé qué le pasa.

—Pero Lucía entra, no te quedes ahí ¿estás bien?

—Pues a la vista está que no ¿no la ves?

Me siento mal por preocuparles de esa manera.

—Chicos estoy bien, no os preocupéis.

—¿Pero tú te has visto la cara? ¡Esa cara es de no estar bien!

—Vaya... gracias.

—Es la verdad, chica ¿qué quieres?

—No sé, me espero algo así de Ruth, no de ti...

—Son las hormonas cuñada, la tienen trastornada, no te lo tomes a mal. Venga, pero cuéntanos qué te pasa que lo que menos nos esperábamos esta mañana es verte así de triste después del mensaje que le has mandado a Jimena...

—¡Pero serás bocazas! ¡Se supone que no lo hemos oído!

Me hace gracia el juego que se traen mis hermanas y Jimena, se supone que ellas se quieren mantener al margen de lo que pase con Jacobo, pero luego están deseando saber detalles, yo ya lo sé y por eso le he mandado a mi amiga un mensaje contándole la maravillosa noche que había pasado y lo contenta que estaba de haber dado el paso, pero fue antes de encontrarme con el pastel en mi casa y de saber lo que me ocultaba Jacobo.

—No me importa, sé que estáis COM pinchadas, pero ahora ya da igual ¡Se ha ido todo a la mierda!

—¿El qué se ha ido a la mierda lo de Jacobo?

—¡Todo! Lo de Jacobo no lo sé, es que no sé si voy a poder perdonarle por lo que ha hecho ¿para qué me habrá dicho nada a estas alturas?

—¿Pero nos quieres contar que ha pasado? Siéntate, bebe un poco de agua y empieza por el principio, que así no hay quien se aclare.

Me siento y cojo el vaso que me tiende, mientras mi cuñado deja a mi sobrina en el Moisés y se sienta en el salón con nosotras.

—A ver... ya sabéis que he pasado la noche con Jacobo y que ha ido todo genial ¿no? —ambos afirman con la cabeza—. Pues he vuelto a casa decidida a decirle a Martín que lo nuestro se había acabado. No le pensaba dar muchos más detalles si no preguntaba, pero nuestra relación no iba bien al margen de Jacobo, así que no creía que fuera a preguntar, el caso es que cuando he entrado por la puerta me lo he encontrado liándose con una chica en la sala de estar.

—¿QUÉ? —sus caras son un poema—. ¿Pero liándose, liándose?

—Sí, sí, lo he visto perfectamente, en plan peli de canal plus pero sin las rayas....

—¿Y qué has hecho?

—Pues lo he puesto de vuelta y media ¿qué iba a hacer? Encima iba puesto de coca o de algo

así, porque tenía la nariz enrojecida y gesticulaba mucho, no sé, no era el Martín que yo creía conocer y no os digo nada de la muy puta que estaba con él, que encima me increpaba y me decía unas cosas que casi la parto le cara allí mismo.

—¡Soy yo y los arranco los ojos a los dos!

—Pero cari, te olvidas de que ella ha hecho lo mismo....

—¿Pero tú con quién vas?

Mi hermana mira a su marido con cara de pocos amigos, mi cuñado tiene razón y ese es el motivo de que no haya hecho lo que dice mi hermana.

—Tiene razón, Carmen, yo no le puedo echar en cara que me haya engañado, lo único que le reprocho es que lo haya hecho en mi propia casa y que nos haya hecho creer a todos que era tan bueno que no se merecía que lo dejara por otro....

—Ya....¿Pero qué tiene que ver eso con Jacobo? ¿ya tenéis vía libre no?

—Pues es que no acaba ahí la cosa....

Le cuento lo del secreto que me ocultaba y lo de Martín y su mujer y es ella la que necesita el vaso de agua para tranquilizarse.

—¡Lo mato! ¡Yo lo mato! En tus propias narices y luego haciéndose el marido compungido y preocupado digno de lástima. Ganándose el favor de médicos y enfermeras y permitiendo que tu familia, los que en realidad te queremos y respetamos le consoláramos a él por el horrible trance por el que estaba pasando..... ¡Nos ha engañado a todos!

Mi cuñado casi no se atreve a hablar después de lo de antes, pero alguien tiene que hacer de abogado del diablo ¿no?

—Lucía, yo no quiero enredar más las cosas, pero ¿Por qué has roto con Jacobo?

—¡Joder Luis, que pareces nuevo, por no contarle que lo sabía desde hace un montón y permitir que siguiera con ese pelagaitas!

—Ya, si ocultárselo ha estado muy mal, pero ella ha hecho lo que ha hecho con Martín por decisión propia, Jacobo ha respetado sus decisiones y no ha usado lo que sabía para confundirla más, yo creo que el chico está pagando por los platos que ha roto el otro....

—¡Tú siempre de parte de los tíos! ¿Cómo no?

No me lo había planteado así, me ha sentado tan mal que me ocultara cosas que sólo he sido capaz de ver en rojo desde que me lo ha confesado. A lo mejor no debería estar siendo tan dura con él, pero todo esto me supera.

—No Carmen, puede que Luis tenga razón y yo me he pasado mil pueblos con quien no debía, pero ahora mismo soy incapaz de gestionar todo lo que me está pasando y necesito un periodo de reflexión.

—¿Quieres quedarte unos días con nosotros? Con la peque tenemos un poco de caos, pero te hacemos un hueco encantados.

—En un principio sí que me había planteado pedirlos asilo, pero mañana le cojo las llaves del estudio a Paloma y me hago una copia. Allí hay una pequeña habitación, baño y cocina, así que para unos días me vale, y aunque Paloma ahora es mi socia, el local es mío y no creo que le importe.

—Y si le importa que baile ¡qué el piso es tuyo!

Miro a mi cuñado que parece resignado a los cambios de humor de mi hermana.

—¿De verdad que no la ha poseído Ruth?

—Prefiero no contestarte porque luego las consecuencias las pago yo....

—¡Qué exagerados! Bueno hermana, entonces quédate esta noche con nosotros y mañana ya decides ¿les vas a contar algo a papá y mamá?

—¡Buf, qué pereza! Algo tendré que decirles, más que nada por si le da por presentarse por allí, que estén prevenidos. Pero de Jacobo ni mú y de lo de la guarrona tampoco les diré nada no vaya a ser que papá saque la escopeta de caza y le pegue un tiro a su querido ex yerno, ya sabemos todos el amor que le profesa....

Nos reímos porque mi padre nunca se ha cortado un pelo en expresar lo mal que le caía mi marido, cuando lo del hospital se ganó su respeto, pero como se entere de esto lo va a buscar hasta debajo de las piedras.

—¿Te importa contárselo tú a Ruth? Me gustaría darme una ducha y meterme en la cama. Vosotros olvidaos de mi presencia y haced vuestra vida, hoy no estoy para nadie.

—Tranquila, ahora llamo y le pongo al corriente, al fin y al cabo es tu abogada matrimonial, que se vaya preparando para dejar a ese hijo de su madre sin un euro.

—Anda, dile lo que quieras, pero que no venga, por favor no puedo ahora mismo con el tren Ruth y sus consecuencias.

Mi hermana levanta un pulgar y va en busca de su móvil, mi cuñado me desea ánimos y me dice que coja todo lo que necesite y se lo diga si no encuentro algo, les doy las gracias y me voy a la habitación de invitados donde apago la luz y recapacito sobre lo que me ha dicho Luis. Cada vez estoy más convencida de que puedo estar siendo injusta con el hombre al que quiero.

Lucía:

Ha pasado algo más de una semana y aún no he tenido el valor suficiente para enfrentarme a mi vida sentimental, a Jacobo le he mandado algún mensaje diciéndole que estoy bien y que pienso mucho en él pero que aún necesito tiempo. A Martín sigo con ganas de matarlo, así que le recomendé que saliera de casa si no quería encontrarse con mis hermanas y conmigo el día que fui a recoger mis cosas. Por suerte me hizo caso y huyó.

Por lo demás sigo en modo pausa, trabajo mucho y duermo más, he tenido que recurrir a la medicación que me recetaron al salir del hospital porque no dejo de tener sueños raros sobre Martín y la mujer con la que lo vi, en ellos se mezclan imágenes del día del accidente y de Laura... En fin, que muy a mi pesar he necesitado una ayudita para descansar por las noches, pero eso se ha acabado ya. Hoy necesito estar espejada del todo porque estoy arreglándome para la fiesta de inauguración del nuevo casa D'Arco y creo que va a ser un punto de inflexión en mi vida. No sé si aún estoy preparada y pensé en inventarme alguna excusa para no ir, pero en realidad no puedo faltar bajo ningún concepto, Patricia además de una amiga es una clienta importante y faltar sería cavar mi propia tumba laboral. Así que aunque por un lado estoy impaciente, por el otro me aterra la idea de encontrarme allí a Jacobo y no saber cómo reaccionar, sigo enfadada con él por haberme ocultado lo de las cámaras, pero tengo muchísimas ganas de verlo.

Cuando recibí la invitación de Patricia se detuvo el tiempo por un momento, se nos convocaba a la fiesta de una nueva y renovada Casa D'Arco obra del afamado arquitecto Jacobo Sanz y su equipo de colaboradores. Patricia había añadido una nota personal diciéndome que yo estaba incluida dentro de ese grupo y que sabía que había tenido mucho que ver en el diseño de la habitación mágica, así que no podía faltar de ninguna manera, lo que me dio un poco de vergüenza. Me imaginé que Jacobo no le había contado todo lo que le había servido de inspiración, pero conociéndola lo habrá sabido con muy pocas pistas.

Ver su nombre en el papel me hizo estar muy orgullosa de él, pero lo que me trastornó fueron las palabras de la anfitriona, éstas me hicieron volar hasta una tarde en la que quedé con Jacobo

para tomar un café y que me enseñara algunas ideas que se le habían ocurrido para la reforma. Apareció guapísimo como siempre y cargado de planos que comenzamos a extender por varias mesas de la cafetería. Tuvimos que juntar un par y aun así se doblaban, así que viendo lo complicado del asunto y que yo en un plano sólo veo rayas, decidimos irnos a hablarlo todo sobre el terreno. Llegamos a la casa y me fue diciendo lo que pensaba quitar o dejar como estaba, los diferentes espacios que quería convertir en otros y los que le gustaban pero necesitaban su toque. En general lo tenía todo muy claro por lo que yo no entendía el motivo de mi visita, pero entonces subimos a la planta de los dormitorios y vi donde se había bloqueado. El pobre había investigado sobre fiestas de parejas y no sé cuántas cosas más y lo único que había conseguido era un calentón y un lío tremendo en la cabeza. Yo no es que fuera una experta en esa clase de eventos, pero por lo que me habían contado algunas clientas y la propia Patricia podía hacerme una idea más clara de por dónde empezar. Le propuse que se imaginara la situación y pensara qué es lo que a él le apetecería encontrarse si fuera un invitado a una fiesta de ese tipo. Le avisé de que en ese momento no había límites, que la imaginación está para usarla y que aunque no se pudiera llevar a cabo lo que se le ocurriera alguna idea nos daría. El caso es que empezamos a imaginar y a expresar en voz alta lo que nos gustaría hacer o ver. Lo que necesitaríamos para darle un toque de elegancia y distinción a los diferentes juegos que nos gustaría probar si no existiera impedimento alguno, si ambos fuéramos libres y nos decidiéramos a adentrarnos juntos en ese intrigante mundo de la sexualidad poco tradicional al margen de los patrones establecidos, y la cosa se nos fue de las manos. Describimos escenas que pertenecían a la parte más íntima de nuestra mente, verbalizarlas en compañía de la persona objeto de deseo las hacía plausibles todas, fáciles y realizables. Saber que estábamos en la misma sintonía sólo hizo crecer la necesidad de poseernos mutuamente, pero cuando estaba a punto de pasar, cuando sus labios casi rozaban los míos y podía sentir cada centímetro de su piel receptiva a conectar con la mía, salí corriendo. Hui de mí misma y hui de su efecto sobre mí. Aún hoy me arrepiento de no haber aprovechado cada segundo del día, y de todos los días, besando a ese maravilloso hombre por guardarle un mínimo respeto al que creía que era un pobre desgraciado por haber tenido la mala suerte de casarse con una desagradecida como yo. A la vez no puedo evitar culparle por no haberme contado lo que sabía y robarme la posibilidad de elegir por mí misma qué decisión tomar, porque al hacerlo me privó también de esos besos y momentos que no habría dudado en aprovechar si no hubiera tenido la losa de la culpa pesando sobre mi cabeza.

En resumen, que aquí estoy poniéndome mona y tratando de no atacarme demasiado. Jimena viene a buscarme porque Paloma ha declinado la invitación, no sé qué rollo raro se trae con Patricia, pero no le insistí mucho cuando me dijo que no la apetecía mucho venir. Para pasar este trance prefiero tener a mi amiga del alma al lado, aunque me fío poco de que no nos organice una encerrona, después de lo del concierto está claro que es Jacobita, y si se le mete una cosa en la cabeza no para hasta que sale como ella quiere.

Me acaba de mandar un mensaje para que baje, intentaré hacerlo sin partirme la crisma, he elegido unos tacones más altos de los que suelo llevar últimamente, antes del accidente no tenía problema en usarlos, pero desde entonces no he vuelto a caminar de la misma manera. Si me mato, al menos será por ser elegante, como dice la frase “antes muerta que sencilla” ¿no?

—¡Amiga estás que rompes!

—¡Muchas gracias! Tú tampoco te has puesto un trapo ¿eh?

—Había que estar a la altura, ya sé en los ambientes que te mueves y como es el día de tu reencuentro con Jacobo sabía que vendrías espectacular, no podía parecer un adefesio a tu lado ¿no crees?

—Tú nunca pareces un adefesio, anda. Lo que tienes que procurar es que no acabe desparramada por el suelo por culpa de estos zapatos.

—Tranquila, yo seré tu bastón hasta que encuentres uno mejor al que agarrarte...

Nos subimos en el taxi y no le suelto la mano hasta que entramos en la fiesta. La verdad es que está todo genial, lo poco que he podido ver está bastante cambiado, y a Patricia la vemos desde lejos entusiasmada y radiante. Tomamos sendas copas de vino blanco y nos acercamos para saludarla, pero no es hasta que estamos casi encima cuando vemos que a quien tiene agarrado de la mano no es otro que a Jacobo.

—¡Jimena Vámonos!

—¿Qué dices? Vamos a acercarnos.

—¡Me va a dar algo, está con ella!

—Tranquilízate que no sabes qué ocurre, respira, sonríe y continúa andando que nos están mirando.

Jacobo:

No me siento muy cómodo de la mano de Patricia, parece que quiere presentarme a todos los asistentes como si fuera algo suyo y yo no quiero ser desagradable con ella, pero no me gusta que puedan pensar que entre ella y yo existe algún tipo de relación más allá de la profesional, por no hablar de que si aparece Lucía va a alucinar.

Lucía:

Quiero llorar, no quiero acercarme a saludarlos, lo que quiero es salir corriendo de allí y que no me encuentren jamás.

Jacobo:

¡Mierda! Si antes lo pienso antes aparece. Está en shock, la conozco lo suficiente para saber lo que está pensando, y no puedo culparla, porque la rubia esta no hace más que manosearme e insinuar lo que no es. Menos mal que tiene a Jimena, fijo que me da un par de ostias en cuanto tenga ocasión, pero por lo menos sé que está de mi lado y que sabe que no es lo que parece.

Lucía:

Jimena me dice que tengo que avanzar.

—Mira Lu, estás guapísima y Jacobo te quiere, marca tu territorio y no dejes que Patricia se haga líos mentales, ya sabes que aunque tenga pareja le gusta ser el centro de atención y hoy le ha tocado a tu chico ser el mono de feria, vamos a acercarnos y a hacer como si nada. Pero que sepa que estás aquí y tenga claro que la cara de bobo que tiene el arquitecto se debe al largo de tu vestido, no a la profundidad de su escote.

—Venga vale, pero no me sueltes porfa.

—No pienso hacerlo, tranquila, un paso tras otro con seguridad y ya sabes dientes, dientes.... Hago lo que me dice y llegamos hasta donde están.

Jacobo:

Lucía se está acercando y yo intento soltar la mano que me tiene agarrada Patricia, pero ésta está a lo suyo y se las apaña para que no ocurra, no sé lo que pretende con ese gesto, de hecho pensaba que era su amiga por lo que no entiendo este exceso de amabilidad conmigo. Decido avisarle por si no se ha dado cuenta de que ha llegado y se dirige hacia nosotros.

—Patricia, mira, Lucía viene a saludarnos.

Al contrario de lo que pensaba que haría, que sería soltarme la mano como si quemara, se acerca más a mí y me da instrucciones al oído.

—Sígueme el juego. Conozco a Lucía y sé que necesita un empujoncito para reaccionar. Es lo que quieres ¿no? Si es así riéte de lo que he dicho y dame un beso en la mejilla.

Hace un par de días cometí el error de contarle a Patricia lo que me pasaba con Lucía, sé que no tenía derecho a ello, pero después de usar su casa como refugio me preguntó y le tuve que dar una explicación. En principio le dije que solo quería enseñarle la reforma, pero me recordó que le

había dicho que Lucía tenía un problema y que necesitaba un sitio tranquilo donde estar, así que probé a decirle que era cosa de ella y que no tenía derecho a contárselo. Me convenció diciendo que sólo quería ayudarnos y que estaba claro que yo necesitaba alguien con quien hablar porque parecía un león enjaulado y no hacía nada más que mirar el móvil a cada segundo. La verdad es que sí que necesitaba alguien con quien hablar, mi hermano ya me había aconsejado seguir con mi vida y darle tiempo a Lucía por lo que no podía volver a acudir a él y decirle que aunque lo estaba intentando no se me iba un solo minuto de la cabeza, así que confié en Patricia. Le conté que por fin habíamos dado el paso de estar juntos y como en cuestión de horas se había ido todo a la mierda por mi culpa. Ella me dijo que había sido un poco tonto por encubrir a Martín, pero que había visto cómo me miraba Lucía y que sabía que me perdonaría tarde o temprano, aunque si quería que fuera temprano, tendríamos que actuar juntos y hacer lo que ella me dijera sin objetar. Así que aquí estoy, haciendo como que no he visto llegar a la mujer de mis sueños cuando la longitud, o más bien la falta de tela, de su vestido casi hace que se me pare el corazón.

Lucía:

¡La madre que los parió! Los dejo solos una semana ¿y se enrollan?

Ella, mi gran amiga. Él, mi caballero andante. ¡Ya les pueden dar mucho por saco a los dos! voy a saludarles y me pierdo a ver si hago un par de clientes, luego me piro y no vuelvo a pisar por este lugar por muy bonito que lo haya dejado el afamado arquitecto.

—Respira Lucía, saludamos y nos vamos, pero que no se te hinche la vena del cuello que se te nota mucho que estás celosa.

Jimena intenta tranquilizarme sonriendo y haciendo que parezca que dice algo muy gracioso, por lo que yo hago lo mismo y le digo que se invente cualquier excusa para irnos a la barra cuanto antes.

—Hecho, ahora ¡valor y al toro!

Y dicho eso me sitúo detrás de los tortolitos e interrumpo lo que parece ser su momento de intimidad.

—¡Patricia, Jacobo! ¡Mi más sincera enhorabuena por el resultado!

Parece que él va a decir algo, pero la anfitriona se adelanta.

—¡Lucía! ¡Qué sorpresa! No sabía si vendrías por fin, tenía entendido que estabas algo indispuesta, pero por lo que veo estás mejor, porque estás preciosa.

—¡Muchas gracias! Tú también estás radiante, bueno, siempre lo estás. Y sí, estoy mucho mejor, parece que el problemilla que me tenía alterada se acaba de resolver, tenía que tomar una decisión y la han tomado por mí, así que a pasar página —no sé qué narices está saliendo de mi boca, las palabras han cobrado vida propia y no puedo parar de hablar—. Lo que me lleva a decirte que tenemos que quedar más tranquilas para despedirnos, me mudo a casa de mi hermana Ruth una temporada. Mis asuntos de Madrid los gestionará Paloma y yo trabajaré junto al mar, que me ofrece cientos de oportunidades.

Ambos me miran perplejos, por no hablar de Jimena que está anonadada, cosa que no me extraña, yo misma soy la primera sorprendida.

—Bueno, os dejo con lo que estabais, vamos a tomar una copa y a seguir viendo las instalaciones. Mi amiga se muere por ver el resto, yo ya lo tengo todo muy visto aquí y sé que no hay para tanto, pero entiendo que a ella le impresione. Luego nos vemos.

Me agarro a Jimena

—Te tengo, sigue caminando.

—Vamos fuera, necesito respirar.

Disimulando que me estoy rompiendo por dentro salimos a la terraza más cercana, Jimena fuma, así que es la excusa perfecta para estar allí.

—¿Estás bien?

—¡Qué va!

—¿De qué van esos dos? ¿Esa es la tía tan maja que te consigue clientes y que quería liarte con Jacobo a toda costa?

—Sí, pero también es la tía a la que le va el poliamor o como lo quiera llamar a tener pareja y liarse con las de las demás.

—¡Joder! ¿Ibas en serio con lo de mudarte?

—No lo sé, me ha salido sin pensarlo, quería que Jacobo supiera que me ha facilitado la

decisión de no estar con él y empezar de cero en otro sitio.

—Pero habías decidido estar con él ¿no?

—¡Claro! Pero ¿no los has visto? ¡Joder! ¡Él es el que ha decidido no estar conmigo!

—Bueno, cálmate. Vamos a tomarnos una copa y a hacer relaciones laborales, ya que estamos aquí, que Paloma no nos eche la bronca por no ser productivas. Y lo de mudarte olvídalo, hace nada que te he recuperado y no pienso dejar que te vayas.

Acepto el abrazo que me da mi amiga y nos acercamos a la barra donde hay una pareja que conozco. Pongo mi mejor sonrisa y les presento a mi amiga fotógrafa mientras yo le doy vueltas a que eso de mudarme en el fondo no es tan mala idea...

Jacobo:

Aún no me creo no haber sido capaz de decir ni una sola palabra cuando ha llegado Lucía. La he dejado pensar que Patricia y yo estamos juntos a pesar de que la veía aguantar el tipo como podía. Con lo cabezota que es seguro que se le ha ocurrido lo de mudarse por culpa de esta charada, pero ahora no va a haber quien la haga cambiar de opinión.

—Lo siento Jacobo, no pensé que fuera a reaccionar así.

—Nos hemos lucido, no he podido ni saludarla, me he quedado como un imbécil escuchando lo que te decía sabiendo que el mensaje iba dirigido a mí.

—Pensé que si se ponía celosa lucharía.

—Sí, pero lo que piensa es que la he traicionado otra vez, no creo que sean celos lo que he visto reflejado en su cara.

—No, la hemos hecho daño y debo arreglarlo.

Me parece a mí que ésta ya ha hecho bastante.

—No Patricia, no hagas nada más, por favor. Yo hablo con ella, sigue con tu fiesta que voy a ver si la encuentro.

Me ha parecido ver que iban a una de las terrazas, así que me dirijo hacia allí, pero una mano me agarra del brazo y tira de mí hacia un rincón.

—¿Tu eres gilipollas o tienes algún trastorno que desconozca?

—¡Jimena, qué susto!

—¿Susto? ¡Susto el mío cuando te he visto con esa zorra!

—No la insultes que no es lo que crees.

—¿Qué no es lo que creo? ¡Jacobo, sabía que íbamos a venir! ¿cómo se te ocurre cagarla así?

—Es que Patricia ha pensado que si la poníamos celosa reaccionaría de una vez.

—¿Celosa? ¡Está claro que ninguno de los dos la conocéis! ¿Crees que le habéis dado celos? Pues te voy a decir lo que en realidad ha pasado, porque mi amiga no ha visto a alguien a quien le pueden quitar y se ha puesto celosa, no. Lo que ha visto ha sido a un tío que le prometió que era el hombre de su vida pero que la traicionó ocultándole información crucial que les habría permitido estar juntos mucho antes y que no sólo no ha tenido paciencia para esperar su decisión, sino que se ha tirado a los brazos de cualquiera, perdón, de la que creía que era su amiga a la primera de cambio.

Jimena está fuera de sí, me ha apoyado desde el principio y fue la que facilitó que pasáramos la noche juntos gracias al concierto y me ha estado dando información de cómo lo estaba llevando todo esto Lucía, así que entiendo que quiera matarme en este momento. La verdad es que yo también querría hacer lo mismo por lo imbécil que he sido.

—¿Y qué hago ahora? —ha sonado desesperado, porque lo estoy, se me ha quebrado la voz al suplicarle que me ayude de nuevo—. Ayúdame una vez más, haré todo lo que me digas.

Se lo está pensando, y no la culparía si se fuera dejándome allí tirado ahora mismo.

—Mira, es la última vez que intervengo. No me la juego más por ti, así que aprovecha la oportunidad porque como la cagues me paso al otro bando y si es preciso me mudo con ella a la China. Voy a mandarle un mensaje diciéndole que me he perdido en algún sitio y que vaya a buscarme ¿hay alguna habitación donde podáis hablar solos?

—Sí, arriba hay un sitio especial que Patricia sólo enseña a los de mucha confianza, ahora le digo que esté un rato sin subir con nadie y voy para allá. Dile a Lucía que te has perdido escaleras arriba en una habitación muy chula, que suba a verla que va a alucinar —abrazo a mi salvadora—. ¡Mil gracias de nuevo!

—Tú ocúpate de no cagarla porque te juro que te mato.

Lucía:

¡Lo que tarda Jimena! No estoy yo para charlas insustanciales con ricachones, tendría que haberla acompañado. Voy a mandarle un mensaje a ver dónde está.

¡Anda, si tengo un WhatsApp de hace tres minutos! Lo imaginaba, se ha perdido la muy petarda y ha ido a parar a la habitación mágica ¡vaya tino! No me apetece mucho subir allí porque me trae muchos recuerdos, pero reconozco que tengo curiosidad por saber cómo ha quedado y no creo que tenga otra oportunidad si le hago la cruz a este sitio. Además, la sala tiene peligro, así que será mejor que suba si no quiero encontrármela en una situación embarazosa...

Le respondo que no se mueva de allí y voy lo más deprisa que puedo, que es bastante despacio por culpa de los tacones de vértigo con los que no estoy acostumbrada a caminar. Al final he subido por la escalera trasera para que no me viera nadie descalzarme y no eternizarme, lo que me extraña es lo vacío que está esto, pensé que se lo enseñarían a todo el mundo, al fin y al cabo es la joya de la corona, pero no me he cruzado ni con un camarero.

—¿Jimena? ¿Jiii, dónde estás?

Me la ha vuelto a liar, Jimena no es quien está en sentado en el sofá en el centro de la gran habitación.

Jacobo

Aparece con los zapatos en la mano buscando a su amiga cuando me ve.

—Perdón, no quería molestar, estaba buscando a Jimena, pero se habrá bajado. Pídele perdón a Patricia por la interrupción.

Me levanto como un resorte.

—¡Lucía no te vayas! —hace ademán de irse y un grito desesperado sale de mis entrañas—. ¡Estoy esperándote a ti!

Se da la vuelta lentamente y en su cara se dibuja un gran interrogante.

—¿Y Jimena?

Su cabreo parece ir en aumento, por lo que intento explicarme sin mucha esperanza de que sirva de algo.

—Esto... no está, te ha mandado el mensaje para que vinieras a verme porque sabíamos que a

mí no me harías caso. —Pese a su tez morena puedo ver cómo va enrojeciendo por el enfado—Le he suplicado y me ha vuelto a ayudar...

Mi cara de arrepentimiento no parece que funcione y ahora no sólo está molesta conmigo, sino también con mi aliada.

—Pues ya le vale a mi “amiga”, parece que hoy jugamos a engañar a Lucía que es imbécil...

Echa humo y con razón, lo ha entendido todo al revés, es una cabezota cuando quiere, pero en este caso no me extraña que esté reaccionando así. Debo encontrar las palabras adecuadas o habré perdido mi última oportunidad.

—No Lucía, nadie está jugando a nada. Jimena y Patricia sólo intentan ayudar, cada una a su manera.

—¡Pues menos mal que no intentan matarme, porque si no, no sé de lo que serían capaces!

Con las mismas prosigue su camino hacia la salida y yo vuelvo a perder los nervios.

—¡Lucía Joder!

El grito parece que ha surtido efecto porque se da la vuelta y viene hacia mí, el problema es que no ha sido el deseado.

Lucía

Lo empujo

Se me ha ido la cabeza cuando he oído ese grito exigente y me he ido hacia él para empujarlo. Se tambalea, pero no se mueve y vuelvo a hacerlo, esta vez más fuerte.

—¿Lucía joder? ¿Lucía Joder? —cada una de mis frases es un empujón—. ¡Me cago en todo! ¿Te crees con derecho a esperarme aquí y exigirme nada?

Estoy llorando de rabia, en este momento lo abofetearía, pero me conformo con empujarlo tan fuerte como puedo. Él aguanta mis embistes sin decir nada, parece arrepentido, pero me da igual he entrado en una espiral y no puedo parar. Me duelen los brazos y el alma, aun así sigo arremetiendo contra él hasta que me agarra por las muñecas y me mira con esos ojos suyos que me paralizan.

Jacobo:

No sé qué hacer para tranquilizarla, así que la dejo que se desahogue. Me merezco lo que me haga por jugar con ella como lo he hecho esta noche y, aunque me duele el pecho por los golpes, me duele más verla tan afectada. Por fin parece que su fuerza disminuye, no sé si es que se va calmando o simplemente está exhausta, pero aprovecho la cojo por las muñecas y la obligo a mirarme. Quiero que me vea como la primera vez que lo hizo, que confíe en mí y vea que yo también lo estoy pasando mal.

Ambos estamos llorando, pero aún hecha un mar de lágrimas está guapísima. La abrazo a riesgo de que me dé una merecida torta, pero no lo hace, se cobija en mí y se deja abrazar.

Lucía

Me besa y no me resisto, no tengo fuerzas para oponerme, le deseo tanto que me da igual que hace un momento me haya jurado no volver a verlo jamás. He pasado tanto miedo cuando he pensado que lo había perdido para siempre que no me importa que los labios de Patricia hayan estado sobre los suyos minutos antes.

Jacobo

Me da miedo parar por si sale corriendo y no la vuelvo a ver, además, mi cerebro tiene que luchar una gran guerra contra mis labios y mi cuerpo que me piden más de ella, más calor, más sabor a Lucía. Me vuelve loco, pero tenemos que hablar antes de que todo se enturbie aún más.

—Lucía para, tenemos que hablar.

Me mira extrañada como si de un extraterrestre me tratara.

—Ahora no quiero hablar.

Vuelve a pegar sus labios a los míos y yo hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para no sucumbir a la tentación y hacer las cosas bien por una vez.

—Lo sé cariño, pero tengo que pedirte perdón por lo de esta noche.

—Vale, te perdono.

Lo dice sin separar apenas su boca de la mía y continúa mordéndome y haciéndome imposible pensar. Si no la quisiera tanto me olvidaría de todo y sería yo el que la sujetaría para que no se apartase de mí, pero no puedo dejarlo estar, no porque lo que siento por ella supera a todo lo demás, así que entre beso y beso consigo decir algo que por fin le hace reaccionar.

—Perdóname por hacerte creer que hay algo entre Patricia y yo.

Lucía

¿He oído bien? ¿no era verdad?

Esta vez soy yo la que frena en seco y lo mira estupefacta.

—¿Cómo?

—Pues eso, que lo de Patricia era un montaje para darte celos ¡Por favor perdóname por ser tan imbécil!—Mi cara debe indicarle la poca gracia que me está haciendo su confesión y él está tan nervioso que continúa hablando atropelladamente.—Era todo mentira, ella sólo quería ayudar y yo estaba tan desesperado por hacer algo, que cuando me dijo que esto funcionaría, le hice caso y tú te lo has creído...

Dudo si darle un beso o una torta, me ha hecho pasarlo fatal, la explicación me parece creíble, pero aunque me permite por fin respirar tranquila no puedo flaquear ahora y tirarme de nuevo a sus brazos como si nada.

—Sois un poco gilipollas lo sabéis ¿no?

—¡Los más gilipollas del mundo! pero estaba bloqueado y ella ya sabes.... Va por otro lado.

En el fondo me da lástima el pobre y por fin me río acabando con la tensión del momento.

—¡La madre que os parió a los dos! —mi risa nerviosa se le contagia y tardamos unos segundos en calmarnos para seguir hablando—. No me ha gustado nada sentirme traicionada por vosotros, pero en realidad no puedo culparte de buscar una salida. El problema es que le pediste ayuda a Patricia, con la que, por cierto, ya hablaré luego... Y de las personas que conozco es a la que más le gustan los juegucitos, como demuestra la habitación donde estamos —digo señalando con la mano todo lo que nos rodea—. Tú, pobrecito mío, has caído como un niño de tres años. Pero como ya he dicho, no puedo recriminarte nada, te he tenido pendiendo de un hilo desde que discutimos y yo en tu lugar también habría hecho alguna tontería.

—Entonces ¿me perdonas?

—En realidad eres tú quien debe perdonarme a mí.

—¡Pero si he sido yo quien no ha parado de cagarla!

—Jacobó, ninguno estamos libres de culpa. Me ha costado muchísimo darme cuenta de que las decisiones las he tomado yo, y de que he reaccionado desmesuradamente contigo. Es verdad que me dolió mucho que no me contaras lo que sabías porque me habría facilitado dejar a Martín, pero lo cierto es que hacía mucho que no le quería y no había ninguna justificación para seguir con él. La pena y el agradecimiento no son excusas para seguir al lado de una persona a la que no quieres, debí dejarlo mucho antes de que aparecieras en mi vida, pero siempre encontraba algún motivo para seguir a su lado hasta que apareciste tú. Por otro lado, tengo que reconocer que no sé cómo hubiera reaccionado contigo si me lo hubieras contado, de vez en cuando soy un poco impredecible — Su risilla me indica lo que yo ya sé, que no sólo es de vez en cuando—vale, soy impredecible sin más. El caso es que no me extraña que tuvieras miedo de soltarme semejante bomba, pero espero que NUNCA más vuelvas a ocultarme nada que me afecte directa o indirectamente ¿Entendido? —Se acerca lentamente para besarme, pero una vez más le paro los pies—¡Ah! Y por favor.... no te dejes liar por Patricia ¿no ves que quiere meterte mano desde que te conoció?

—¡Yo no me había dado cuenta de nada, me tenías distraído!

—¡Bueno, pues ya lo sabes! ¡Aunque ya le dejaré yo clarito a esa lagarta que tengo por amiga que lo que es mío no se toca!

Jacóbo:

Nos reímos y nos besamos, no puedo creerme que esta pesadilla haya acabado, aunque hay una cosa que me reconcome.

—Oye Lu ¿En serio te mudas?

Está un poco desconcertada por mi pregunta.

—¡Ah, lo que he dicho antes! Qué va, es lo primero que se me ha ocurrido para no quedarme allí como un pasmarote viéndote hacer manitas con otra mujer... Era eso o mataros a los dos y por una vez he elegido la opción A.

—¡Uf, qué alivio! Primero porque hayas elegido la buena y segundo, pero no menos importante, porque no te mudes. Ya me veía empaquetando hasta a Tizón y Canela para seguirte allá donde fueras... y para tu información, no estaba haciendo manitas con ella, de hecho yo intentaba zafarme y ella se las ha apañado para hacerte creer que era un ritual de apareamiento ¡Es toda una profesional!

Vuelve a reírse y a besarme. Esta vez no tengo que parar, Patricia me ha dado vía libre para

que use las instalaciones por esta noche, así que le voy a enseñar a mi chica lo mucho que me gustaron las ideas que me dio aquella tarde...

Lucía:

Han pasado un par de meses y aún recordamos de vez en cuando el uso que le dimos a la habitación de mi amiga. Sí, tras una conversación interesante en la que le dejé bien claro que no tengo ninguna intención de compartir nada más que el postre con ella, Patricia y yo hemos vuelto a ser las de antes. De hecho estamos aún más unidas, el nuevo aire que le dio Jacobo a su establecimiento lo ha hecho subir como la espuma y la habitación mágica se ha hecho tan famosa que me dedico a ella en exclusiva. No participo en esas fiestas, pero soy un hacha organizándolas y dejan mucho dinero, así que Paloma se encarga del resto y ambas estamos encantadas con el trato.

Con Jacobo las cosas van muy bien, me ha presentado a sus hijas y no parece que me hayan aceptado muy mal, les cuesta ver a su padre con alguien que no es su mamá, pero son listas y han visto lo feliz que está él desde que estamos juntos. De todas formas intento no ser muy pesada y nos las apañamos para estar juntos sin quietarles mucho tiempo a ellas.

Martín sigue dando la lata, se niega a vender el piso y a arreglar los papeles, me he negado a verlo desde entonces, de hecho ni siquiera sabe que sé lo de Laura, pero es un as que me guardo para el momento preciso. Esta tarde tendremos que vernos, después de muchos silencios por fin nos van a decir algo sobre las indemnizaciones por el accidente. Jacobo ha insistido en que me quede en casa, últimamente estoy muy cansada y el desajuste horario del trabajo me tiene hasta revuelta, pero no puedo faltar a algo tan importante. Me tomaré una tila y me prepararé para verle a ese capullo la cara.

Martín:

No habla conmigo, no permite que la vea, sus hermanas me odian, sus padres amenazan con demandarme si les vuelvo a llamar y yo no me puedo creer que la haya perdido por echarle un polvo a Bárbara.

Esta tarde tenemos una reunión y seguro que va, es mi oportunidad para que me escuche, no puede tirar lo que hemos vivido juntos solo por un error, la quiero y ella a mí. A pesar de las cosas tan horribles que me dijo, sé que sigue sintiendo algo por mí.

Jacobo:

Aunque Sergio nos asegura que esta tarde nos van a dar buenas noticias, me preocupa la reunión. Lucía está muy nerviosa y ni come ni duerme bien desde que nos citaron para la misma, sé que le preocupa encontrarse con su ex pero es demasiado terca para quedarse en casa, así que lo único que puedo hacer es prestarle mi apoyo y que sepa que estoy con ella pase lo que pase.

Lucía:

Sergio nos espera en la puerta del bufete para recibirnos, bueno, más bien está ahí para avisarnos de que Martín ha llegado antes que nosotros y está en la sala de reuniones. Intento parecer fuerte, pero solo de pensar que está cerca se me encoge el estómago. Después de hacerme lo que me ha hecho me está poniendo un montón de trabas con lo del divorcio y temo no poder controlarme si se dirige a mí aunque sea solamente para darme las buenas tardes.

Martín:

He llegado un poco antes a la reunión con la esperanza de que hubiera llegado y haber podido hablar con ella a solas, pero no está aquí todavía y la sala se está empezando a llenar.

Por fin la veo a través del cristal, está guapísima como siempre, algo pálida, pero es normal ya que venimos a hablar del accidente y es un tema que siempre la altera. Entra acompañada por el abogado principal y por algunos asistentes más, da las buenas tardes en general y a mí ni siquiera me dedica una mirada ¿cómo puede ser tan fría con lo que yo la quiero?

Jacobo:

Mi hermano me ha cogido a parte y me ha pedido que mantenga las formas con el desgraciado de Martín, no sé si hecho bien en prometerle que lo haría, porque ahora que lo tengo delante sólo puedo pensar en machacarle a puñetazos. Para colmo, una chica que perdió a su hermano en el accidente se ha interpuesto entre Lucía y yo y no hemos podido sentarnos juntos. Al menos tiene su atención, evitando que ésta se fije en que el susodicho se ha cambiado de sitio justo para quedar en frente.

Lucía:

La chica me habla y yo hago como que la escucho, pero sus palabras no son más que sonidos que mi cerebro no es capaz de procesar porque se está ocupando de mantenerme calmada ante la desfachatez de Martín. El tío estaba sentado en una esquina cuando hemos entrado, pero al ver que no ha conseguido que nuestras miradas se crucen se ha puesto justo en el sitio que queda en frente de mí para provocarme. En realidad, no soy yo quien más me preocupa, sé que Jacobo está que muerde. Primero porque no se ha podido sentar a mi lado, y segundo porque entre lo que hizo con su mujer y lo que me ha hecho a mí se muere por partirlle esa cara de gilipollas que no puede ocultar ni siquiera bajo esa ridícula barba con la que se ha presentado.

Por fin Sergio nos pide que guardemos silencio y la chica que está a mi lado deja de hablar. Yo sigo sin enterarme de lo que dicen a mi alrededor, me encuentro fatal y necesito salir a lavarme la cara, así que me levanto para ir al baño y pido perdón.

—Disculpe señor Sanz, tengo que salir un momento, pero por favor, continúe con la explicación.

Sé que alguien sale detrás de mí, pero si me paro a mirar vomitaré en el pasillo, así que sigo

mi camino hasta el aseo sin preocuparme si quiera de cerrar.

Por suerte quien me sujeta la cabeza no es otro que Jacobo, cuando termino me ayuda a levantarme y se asegura de que estoy bien.

—No te preocupes Jacobo, ya se me ha pasado, sólo ha sido la tensión. Estar ahí delante de él me ha superado, y encima la chica esta sin parar de hablar del accidente ha terminado de rematarme, pero ya estoy bien.

—Lucía, nos vamos al médico digas lo que digas. Llevas unos días muy rara y puede que sea algo más que la ansiedad.

—No digas tonterías, ya estoy perfecta. Acércame el cepillo de dientes que tengo en el bolso y estaré lista para enfrentarme a un huracán.

—¿Llevas siempre un cepillo de dientes y pasta en el bolso?

—¡Pues claro! ¿Por quién me tomas?

Termino de asearme y salimos de los aseos, me encuentro mucho mejor y la compañía de Jacobo me hace bien.

—Te tomo por la mujer más maravillosa del mundo.

Me sujeta la cara con ambas manos y me besa.

—Jacobo cariño, debemos ser discretos y más estando quién ya sabes por aquí...

La risa se nos corta de golpe cuando oímos a Martín empezar a gritar.

—¡Así que este era tu plan! ¿no? —Está como un loco—. Has provocado nuestra ruptura para poder estar con él, tenía que haberme dado cuenta desde el principio ¡Vosotros dos ya os conocíais antes de subirnos a ese tren!

Jacobo se ha puesto delante de mí para protegerme, aunque yo dudo que Martín vaya a hacerme nada, por muy cabreado que esté.

—¿Se puede saber qué estás diciendo, gilipollas?

—¿Que qué estoy diciendo? ¡Que es mucha casualidad que la zorra esta se despertara diciendo precisamente tu nombre si nada más que os habíais visto una vez! ¡Qué he sido un imbécil por dedicarme en cuerpo y alma a una tía que ha tenido los cojones de sentarme frente a su amante y disimular como si tal cosa! ¡Que te voy a destrozar! ¿me entiendes? ¡Te voy a dejar sin un puto duro!

No sé qué me pasa, observo la escena como si de una película se tratara, Jacobo se interpone entre ese desequilibrado y yo, me defiende y le dice lo que yo soy incapaz de gritarle porque me he quedado por un momento sin voz.

—¡Piensa lo que quieras, pero aquí el único que se estaba tirando a quien no le correspondía en el tren eras tú! Así que cuidadito con lo que haces, porque tengo pruebas de que te liaste con mi mujer a escasos metros de nosotros ¿A quién crees que beneficiará el juez cuando le enseñe las cámaras del pasillo?

Martín se ve acorralado y arremete contra Jacobo

—¡Hijo de Puta!

El empujón que le da me impulsa también a mí hacia atrás y antes de que pueda darme cuenta noto que la pared desaparece detrás de mí. Lo siguiente de lo que soy consciente es de que me duele todo el cuerpo y de que voy en una ambulancia camino del hospital.

Jacobo:

—¡Como le haya pasado algo te mato!

Martín:

¡Cómo le haya pasado algo me muero!

Lucía:

Me examinan, me hacen pruebas y me sedan para que me tranquilice porque estoy agitada. Cuando me despierto estoy en observación y la enfermera me dice que va a llamar a los médicos para que vengan a explicarme, pero que mi marido ya puede pasar a verme.

Por un momento tengo un ataque de pánico ¡no me puede estar pasando otra vez! ¡No puede ser que lo que he vivido con Jacobo no haya sido real, esta vez no!

Me tranquilizo un poco cuando son mis padres los que atraviesan la puerta.

—¡Papá, Mamá!

Me abrazan llorando y me dicen que les he dado un susto de muerte. No me atrevo a preguntar por si confirman mis sospechas y he vuelto a soñar con una vida que no es real, pero lo hago.

—¿Jacobó?

—Sí cariño, está fuera esperando. Está muy preocupado y se culpa por no haberte protegido mejor de Martín, ahora le dejaremos pasar. Primero queríamos ver que estabas bien.

—Me duele un poco la cabeza nada más.

—Por suerte no tienes ningún hueso roto, pero te tenemos que decir algo y vas a tener que ser fuerte, mi niña.

Mi padre no encuentra las palabras y rompe a llorar, mi madre tampoco está muy bien, pero se sienta a mi lado en la cama y me lo dice sin más.

—Te han tenido que intervenir porque has perdido el bebé, bueno, podría ser que ya estuviera muerto antes de la caída, pero aún no lo saben con seguridad.

¿El bebé? ¿Pero qué dice?

—Mamá, deben haberos informado mal, yo no puedo tener bebés. Tras el accidente no puedo quedarme embarazada.

—Lucía ¿estás segura? Nos acaban de decir que tú estás bien, que estabas embarazada de unas catorce semanas y pero que no saben si estaba vivo antes de la caída.

—¡Que no puede ser! Que me aseguraron que no había ninguna posibilidad. ¿Puedes llamar al doctor Ramos?

—Sí claro, voy a ver si lo pueden avisar.

Por suerte no tardan en aparecer, porque soy capaz de levantarme e ir a pedirle una explicación de esta locura si llegan a tardar un poco más.

—Hola doctor Ramos, perdone que le moleste.

—Lucía, tú nunca molestas, lo que lamento es volver a verte aquí ¿En qué te puedo ayudar?

—Pues como ya sabrá, he sufrido una caída por unas escaleras y sus compañeros le han dicho a mis padres que he perdido un bebé, pero debe explicarles que eso es imposible porque usted me dijo que nunca podría quedarme embarazada.

—Lucía, es verdad que te dijimos eso en un principio, pero inmediatamente después llamamos a tu casa diciendo que nos habíamos confundido de informe y que estaba todo bien. Hablé yo personalmente con tu marido y le dije que os personarais para que os lo pudiéramos explicar todo

mejor e incluso daros algún tipo de indemnización, pero nunca vinisteis a consulta. Di por hecho que estabais tan hartos de hospital que no os merecía la pena venir puesto que estaba todo bien.

—¿Habló con Martín y se aseguró de que era él?

—Sí, por supuesto. Le pregunté por ti y no podías ponerte, así que le hice las preguntas de seguridad pertinentes y le di la información. Deduzco que no le dijo nada ¿verdad?

¡No me lo puedo creer! ¡Es lo que me faltaba ya de este hijo de puta!

—Deduce bien doctor, no tenía ni idea de nada, de hecho la ausencia del periodo la había achacado a los daños de los que me hablaron en su momento. Jamás me habría imaginado que tenía un bebé en mi interior ¿cómo puede ser que no me haya dado cuenta de nada?

—Porque no lo sospechaba, Lucía no eres el primer caso que tenemos de mujeres que no saben que están embarazadas hasta que está muy avanzado el proceso. Los síntomas a veces no son tan evidentes y si hubieras sospechado que había la posibilidad podrías haberlo intuido, pero en tu caso tenías la certeza de que nunca pasaría. Lo que no entiendo es por qué se lo ocultó su marido.

—Cualquiera sabe doctor, ha resultado ser un farsante y este ha debido ser otro de sus engaños en los que me he visto involucrada. Eso ya me da igual, pero por favor ¿Podría decirme si algo que haya hecho o tomado han podido ser la causa del aborto? Me tomé unas pastillas porque no podía dormir y he bebido alcohol...

El doctor no me deja continuar con la lista de cosas que se me viene a la cabeza que puedo haber hecho para causar la muerte de mi bebé.

—Lucía, no te tortures, ahora mismo no podemos saber nada y aun así no sería culpa tuya en ningún caso. Tú preocúpate de descansar y de recuperarte. Cualquier cosa que necesites no dudes en decírmela, mañana me pasaré a ver cómo estás, ahora supongo que te apetecerá estar sola ¿no?

La mirada que dirige a mis padres no deja lugar a dudas de que les está invitando a salir de la habitación. Los pobres han permanecido en silencio durante toda la explicación, mi padre apretando los puños y mi madre pidiéndole calma con la mirada y estoy segura de que no quieren dejar a su niña, pero yo sólo quiero descansar y llorar abrazada a Jacobo.

—Hija ¿de verdad no quieres que nos quedemos?

—No, necesito un momento para asimilarlo todo. Eso sí, decidle a Jacobo que pase dentro de un rato, conociéndolo estará a punto de explotar.

Vale hija, estaremos fuera para cualquier cosa.

Según salen por la puerta me intento levantar, necesito comprobar que lo que me dicen es verdad, algún vestigio debe quedar de la presencia de mi pequeño o pequeña, algo que denote que ha estado dentro de mí. Pero no puedo porque nada más incorporarme me mareo, así que no llevo a levantarme, me limito a tocarme el vientre, el estúpido vientre que no me ha avisado de lo que contenía y que no he podido proteger.

Jacobo:

Llamo despacio a la puerta pero no obtengo respuesta, solo he podido aguantar quince minutos sin entrar a verla, sus padres me han dicho que necesitaba tiempo para pensar, pero soy un egoísta en lo que a Lucía se refiere y si no sé qué está bien me falta el aire para respirar.

Abro muy despacio y la oigo llorar, lo hace desconsoladamente y de una manera que me parte el alma.

—¡Lucía cariño! ¿Estás bien? ¿Qué tienes mi amor?

Se abraza a mí y la siento temblar, por fin el sollozo va disminuyendo y reúne las fuerzas para

contarme lo que le aflige.

—Jacobó ¡Estaba embarazada y lo he perdido!

Es como si una maza enorme hubiera caído sobre mí en ese momento.

—Cariño ¡Lo siento muchísimo!

Me abrazo de nuevo a ella y yo también rompo a llorar.

—¡No lo entiendes! ¡Pensaba que no podía tener hijos y resulta que estaba embarazada! ¡Joderrr! ¡Lo he matado! ¡Lo he matado!

—¡Mi vida, tú no has matado a nadie, no pienses eso por favor!

Lucía:

El olor de su cuerpo y el calor de su piel es lo único que me reconforta un poco, es un leve calmante para el dolor que me causa saber que he tenido una criatura en mi interior y mi falta de cuidados ha podido ser la causa de su muerte, por eso no puedo ni quiero parar de llorar.

Jacobó:

—Llora mi amor, desahógate.

No sé ni el rato que permanecemos abrazados, por fin la noto relajarse y compruebo que se ha quedado dormida. Cuando salgo veo que han llegado también sus hermanas, Carmen está hablando con sus padres y Ruth lo hace con mi hermano, hasta que me ven aparecer y centran la atención en mí.

—¿Cómo está?

—Se ha dormido. Está muy afectada. Si no os importa me quedaré con ella esta noche —sus padres parecen algo reticentes, así que me dirijo directamente a ellos—. Sé que no soy de la familia ni nada, pero Lucía es mi vida y les agradecería mucho que me permitieran quedarme aquí.

Por suerte Ruth interviene.

—Papá, mamá, dejadle que se quede. Es con quien Lucía querrá estar cuando se despierte. Ahora nosotros nos vamos a descansar y mañana volvemos, al fin y al cabo está fuera de peligro ¿no?

—De acuerdo, pero cualquier cosa nos llamas Jacobó, por favor.

—Descuide.

Mi hermano se despide también de ellos y me dice que me siente con él.

—¿Cómo estás?

—Hecho una mierda, Lucía está destrozada.

—Ya, es que menudo palo. Ese hijo de puta se merece acabar entre rejas.

—Es allí donde estará más seguro, como lo vuelva a ver lo mato.

—No me extraña, ocultarle a Lucía esa información es de no tener corazón.

—Sergio ¿De qué me estás hablando?

—¿No lo sabes?

—¿Qué es lo que tengo que saber?

—¿Qué es lo que te ha dicho Lucía exactamente?

—Pues poca cosa, no me he atrevido a preguntarle nada porque está destrozada, ni siquiera sé si era mío.

—Vale, te lo cuento, pero si me prometes que no vas a hacer ninguna locura.

Asiento con la cabeza pero sin mucha convicción, si está tan preocupado por mi reacción es por algo gordo.

—En primer lugar Lucía estaba embarazada de 14 semanas, así que no, no era tuyo.

Por raro que parezca esa información me da igual, era hijo de Lucía, una parte de ella así que quien fuera el padre ahora mismo me da igual.

—Eso es lo que menos me importa, me duele como si lo fuera, sigue hablando.

—Vale, pues resulta que a Lucía le diagnosticaron mal o le dieron mal la información o lo que sea, el caso es que le dijeron que por una complicación del accidente nunca podría quedarse embarazada. —Con un gesto de cabeza le hago entender que lo voy pillando—El caso es que ese mismo día o al día siguiente el hospital se dio cuenta de que había habido un error y llamaron para contarle que lo que le habían dicho no era correcto, que sí que podía tener hijos, que se pasara por el hospital para explicarle lo que habían hecho mal e intentar compensarles, pero, como ella no estaba, la información la recibió su querido por entonces marido y por alguna razón que desconocemos se la ocultó a Lucía.

Noto como me sube la sangre a la cabeza, mi hermano sigue hablando pero no lo oigo, solamente puedo pensar en ir a buscar a ese cabrón y matarlo a palos, me da lo mismo que aún esté en la comisaría, lo voy a ir a buscar hasta los confines de la tierra si es preciso.

Pero mira por donde no me va a hacer falta ni moverme de donde estoy, ha tenido los santos cojones de presentarse aquí, no sé cómo habrá salido de la comisaría, pero me da igual. Éste no sabe lo que ha hecho viniendo...

Sergio reacciona tarde y cuando lo hace yo ya estoy caminando hacia él con un solo propósito en mi cabeza, la adrenalina hace que no sienta nada, que no escuche las voces de mi hermano aconsejándome que lo deje estar. No le doy tiempo a decir nada, lo cojo de la camisa y lo levanto dos palmos del suelo para empotrarlo con un sonoro golpe contra la pared más cercana.

—¡Maldito hijo de Puta! ¡Vas a pagar por lo que has hecho pedazo de cabrón!

No se defiende, parece tremendamente asustado y es como un muñeco de trapo en mis manos. Dice cosas, que no entiendo en un principio, sólo quiero seguir golpeándolo hasta que sangre, pero hay algo en él que me da pena, además, mi hermano actúa como pepito grillo diciéndome que me calme y que no haga nada que vaya a lamentar.

—¡Joder Jacobo, piensa en tus hijas!

¡No quiero dejarlo estar! ¡No quiero parar! Pero esas palabras son la clave, por mis hijas no me la puedo jugar, así que suelto al enclenque de Martín que cae al suelo resbalando por la pared como si no le sujetaran las piernas.

Es patético, se queda en cuclillas llorando y me vuelve a repetir lo que me decía cuando lo tenía acorralado, pero esta vez lo hace en un grito de dolor al que es imposible no atender.

—¡POR DIOS! ¡DIME QUE NO LA HE MATADO!

Martín:

Me merezco todo lo que este energúmeno quiera hacerme, lo odio con todas mis fuerzas, pero me odio aún más a mí mismo. Desde que pasó lo de Laura en el tren no he vuelto a ser el mismo, he ido degenerando día a día y ahora mismo importa poco si este hombre tenía una aventura con mi mujer antes de ese momento o no. El que la engañó en el aseo del mismo vagón en el que ella viajaba fui yo, el que la engañó al ocultarle información fui yo, y el que puso fin a nuestra relación

con otro engaño más en su propio salón fui yo, no tengo justificación para nada y no me puedo creer que después de todo esto haya enloquecido de celos al verla con otro hombre, pero lo que no seré capaz de soportar es haberla matado. Por eso rezo para que este saco de ira que tengo delante de mí se apiade de mi dolor y me conteste que Lucía está bien y luego si quiere que me mate. No me defenderé, lo tengo absolutamente merecido.

Jacobo:

En la posición en la que nos encontramos me parece un ser minúsculo, me mira con unos ojos anegados en lágrimas y suplica que le diga que no ha matado a su mujer, así que como un gran acto de caridad lo haré, le diré lo que quiere oír.

—No Martín, no la has matado ¡PERO HAS MATADO A TU HIJO Y A ELLA LE HAS DESTROZADO LA VIDA! ¿ESTÁS CONTENTO?

Me mira alucinado, en shock, sin saber o poder reaccionar, y yo no soy tan bueno como creía porque elijo ese preciso momento para agacharme hasta donde él está y ensañarme. Me quedo casi pegado a su cara y elijo un tono de voz más relajado, pero no por ello menos duro, para soltarle toda la mierda que llevo dentro.

—Así que dame una razón, una sola razón para no matarte a golpes aquí mismo. Una sola razón que explique por qué le has ocultado a una mujer deliberadamente que podía ser madre, cuando estaba claro que ella pensaba que no, poniendo en peligro tanto su vida como la de la criatura que llevaba dentro. Porque si a estas alturas no te he matado es porque sé que la caída ha sido un accidente no intencionado, pero haberle arrebatado a Lucía la vida de tu hijo no ha sido fortuito y vas a tener que vivir con ello el resto de tus días.

Martín:

—¡No puede ser! ¡Si hubiera estado embarazada me lo habría dicho, la conozco!

—¡Pero gilipollas! ¿No ves que no lo sabía?

No me lo puedo creer, esperaba un hijo y por mi culpa ya no va a nacer. Mi gran sueño se había hecho realidad, todo había salido como lo tenía planeado. Si no me hubiera precipitado ese hijo nos habría vuelto a unir como era mi plan, pero ahora ya no está.

—¡Lo siento! ¡Dejadme decirle que lo siento!

Jacobo:

¡Bufff al final lo mato literalmente! el simple hecho de que insinúe que quiere verla hace que mi vena del cuello se vuelve a hinchar, pero antes de que me dé tiempo a hacer nada es mi hermano el que actúa de una manera inesperada y lo vuelve a acorralar.

—Mira trozo de mierda, por todo lo que has hecho te podemos empapelar y conseguir que vayas a la cárcel. Tenemos pruebas de tus infidelidades y de que has ocultado información a tu mujer que le ha podido costar la vida, por no hablar del accidente de las escaleras en el trascurso de una agresión. Así que con poquito que haga, cualquier juez te mandaría allí una temporada. No te acerques a Lucía absolutamente para nada y no le presionaré para que te denuncie, pero como me entere de que has estado a menos de un kilómetro de donde ella esté, voy a hablar con mi colega y tu excuñada para que la convenza de ir a por ti con todo ¿te queda claro?

Mi hermano el pacífico ha usado toda su influencia legal para amedrentar a este imbécil sin tan

siquiera despeinarse, con razón es mi ídolo. El pobre capullo que tenemos delante se va relatando que sólo quería que permaneciera a su lado, que era su vida y que le ha salido todo mal. Me daría pena si no fuera porque quien está postrada en una cama por su culpa es Lucía.

Lucía:

No puedo hablar, no me apetece decir ni una palabra en voz alta. Sé que esta actitud alarma mucho más a las personas que me quieren, pero ahora mismo no tengo fuerzas para nada. Al darme el alta, Jacobo me ofreció que me instalara en su casa, pero me he venido a casa de mis padres. Este es el lugar que eligió mi mente como refugio durante el tiempo que permanecí dormida y es porque aquí me siento mucho mejor.

Sólo me han tenido un par de días ingresada, no me han recomendado reposo, pero sí ayuda psicológica. Un aborto es un trauma para casi todas las mujeres, pero a mí no sólo me mortifica el hecho de haber perdido un bebé, es el no haber percibido su existencia lo que me tiene sumida en este estado, así que sí que me planteo hacer caso a ese consejo, pero ahora no. Ahora me da miedo hablar y sacar todo el dolor que tengo dentro, porque cargaré contra Martín, pero también culparé a Jacobo por omitir la información que sabía e indirectamente haber permitido que esto pasara.

Oigo unos golpes en la puerta y abro el pestillo con desgana. Es mi padre, parece más preocupado de lo normal.

—Lucía, esto es grave, necesitamos tu ayuda.

Ver a mi padre así me hace reaccionar.

—¿Qué pasa?

—Es Martín, Cariño, amenaza con suicidarse si no vas a hablar con él. Está en el voladizo de vuestro antiguo piso y dice que no hablará con nadie más que contigo.

Me echo a reír de una forma tan siniestra que no solo se asusta mi padre, yo también lo hago.

—¡Que se tire!

—¿Cómo?

Parece que no lo ha oído bien, así que se lo grito.

—¡Lo que has oído, que se tire, que se muera!

—¡Pero Lucía ¡¿cómo dices algo así?

—¡Porque es lo que siento! ¡Él me ha matado a mí! ¡Es un ser despreciable que ha matado una parte de mí, así que el mundo estará mucho mejor sin él!

Mi padre que está tan atónito como la parte compasiva de mi cerebro, a la que tengo prohibido pronunciarse, me coge de la mano y me acompaña a la cama.

—Siéntate Lucía, vamos a hablar —le sigo a regañadientes porque lo último que me apetece ahora es un sermón de mi padre—. Sabemos que lo estás pasando muy mal hija, y por eso hemos estado respetando tu silencio de estos días, pero aunque tú no lo sepas también hemos respetado tu forma extraña de actuar desde antes del accidente. Somos tus padres y te conocemos, por eso no nos ha pasado inadvertido que llevabas ya un tiempo distanciada de Martín.

—¿De dónde te sacas eso?

—Cariño, como ya te he dicho somos tus padres y te conocemos. Intuíamos que algo iba mal, pero ni tu madre ni yo nos vimos con derecho a intervenir. A Martín no le hablabas igual, lo rehuías y no te mostrabas tan cariñosa con él como antes, pero lo de después del accidente fue brutal. En el mismo hospital nada más despertar lo insultabas y no permitías que se acercara ni a tu habitación, le deseaste la muerte tantas veces que el pobre ya no sabía ni cómo actuar —mi

parte compasiva acallada comienza a pronunciarse muy a mi pesar....—. Sabes que nunca fue santo de mi devoción, pero nos partía el alma verlo así. Lo que quiero decir con esto es que yo no sé lo que habrá hecho o dejado de hacer y no le disculpo en absoluto, pero parece que te estoy viendo entrar por la puerta con él de la mano y una sonrisa de oreja a oreja convencida de que ese chico alto y desgarbado era una persona muy especial. Así que algo verías en él para ponerte el mundo por montera y enfrentarte a nosotros como lo hiciste porque querías casarte con él. Aunque parte de ese algo haya desaparecido por completo, no creo que lo haya hecho todo. Así que si no quieres arrepentirte el resto de tu vida, vístete y busca en tu interior algo que le puedas decir a ese chico desesperado para que no se quite la vida.

En el fondo tiene razón, algo vi en él y algo sentí y por muy enfadada que esté ahora no quiero sentir otra vez la maldita culpa que parece que se resiste a abandonarme, así que haciendo de tripas corazón accedo a ir a verlo.

—Vale, pero ¿me acompañas?

—¡Por supuesto! Vístete que te espero abajo.

Me pongo lo primero que pillo, me lavo la cara y me hago una coleta. No debo entretenerme mucho más, porque si de verdad Martín está pensando hacer esa tontería, no creo que tengamos mucho tiempo.

Cuando llegamos hay mucho revuelo, policía, ambulancia y bomberos alrededor del edificio. Mi padre habla con uno de los policías y nos escolta hasta el piso, donde está Carmen muy asustada y no para de llorar. Ha sido ella la que ha llamado a mi casa. Al ver que pasaba algo se acercó a mirar y cuando se dio cuenta de que era Martín fue a por su copia de llaves para ayudar a la policía a entrar en la casa e intentar convencerlo, pero él les dijo que sólo hablaría conmigo.

El piso está hecho un desastre, hay botellas vacías por todas partes por lo que deduzco lo que ha estado haciendo mi ex desde que yo ingresé en el hospital.

—¿Dónde está?

—En el voladizo de vuestro cuarto.

—Vale, voy a entrar, dejadme sola.

—¡Pero Lucía, eso es una locura!

—Conozco a Martín y voy a hablar con él a solas.

Dentro del cuarto hay un médico y un policía que intentan hablar con él sin mucho éxito y que se resisten a dejarnos a solas para hablar.

—Bueno, pues aléjense de la ventana, que no les vea. Yo voy a salir.

—Es peligroso señora.

—¡Ya, pero más peligroso es que no haga nada!, ¿no creen?

Me da un poco de miedo lo de salir del todo, así que saco las piernas y me quedo sentada en el alféizar de la ventana.

—Hola Martín.

Me mira y su cara refleja el sufrimiento que lleva por dentro.

—¡Has venido!

—¿Cómo iba a perderme semejante espectáculo? —sonríó para recuperar la confianza con él—. Eres mi marido y estás en un apuro ¿cómo no iba a venir?

—¡Porque no me lo merezco!

—Bueno, eso lo tengo que decidir yo ¿no crees? —me mira de forma interrogante—. ¿Por qué no vienes hasta aquí y nos sentamos juntos como al principio de comprar el piso?

Cuando nos instalamos allí nos cautivó el enorme ventanal y de vez en cuando nos gustaba pasarnos horas sentados donde yo estoy ahora, charlábamos con una copa de vino y hacíamos

planes de futuro, por lo que apelo a esos recuerdos para convencerlo y alejarlo del peligro.

—¿Quieres hablar?

—¡Claro que quiero hablar! O más bien quiero escuchar ¿Me cuentas por qué estás haciendo esto?

Sigue sin acercarse y me mira desde donde está con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Porque soy un mierda! ¡Porque teníamos una relación perfecta y la jodí con mis infidelidades! ¡Porque maté a nuestro hijo! ¿Te parece poco?

Está gritando y tengo que encontrar la manera de volverlo a calmar.

—¡Martín ya está bien! ¡Si son esas tus razones yo también debería saltar! ¿Quieres que lo haga?

Me pongo de pie sin separarme de donde estoy porque en realidad estoy muerta de miedo.

—¡No! ¡Tú no has hecho nada!

—Por favor Martín, ven aquí y vamos a hablar tranquilos. Tengo mucho miedo de que nos caigamos y todo se puede arreglar.

—¿Crees que lo nuestro se puede arreglar?

No quiero exacerbarlo más, pero no quiero mentirle tampoco.

—No, cariño, nuestra relación de pareja no, pero sí la de amistad.

Me mira y vuelve a llorar.

—¡Pero yo te quiero!

—Y yo a ti, pero nos han pasado demasiadas cosas ¿no crees? Ven por favor, te necesito cerca para hablar.

Por fin muy despacio viene hacia mí, hago un gesto con la mano para que todo el mundo abandone la habitación y nos dejen intimidad.

Limpio sus lágrimas con la mano, le rodeo los hombros con mi brazo y le doy un beso en la mejilla y me apoyo en su hombro.

—¡Lucía, lo siento tanto!

—Lo sé, te conozco y lo sé, pero no toda la culpa es tuya.

—¿Cómo qué no? ¿De quién va a ser?

—De los dos Martín. Esto que nos ha pasado lleva mucho tiempo fraguándose, pero hemos ignorado las señales pensando que se pasaría y mira en lo que ha desembocado.

—No lo quería ver.

—Ni yo. Me negaba a pensar que algo que habíamos empezado con tanta ilusión se había acabado tan pronto.

—Estaba enfadado contigo por cambiarte de trabajo y hacerme menos caso.

—Lo entiendo, cambié y te abandoné. Y no supe entender que estaba llevando nuestra relación a un punto de no retorno, lo pagué contigo por no adaptarte a mi nueva yo, pero no tuve los huevos de parar la situación. Pensé que podrías aguantarlo y que si no, serías tú quien me dejaría.

—¡Pero estaba muy enamorado de ti! Y noté tu cambio e intenté adaptarme, pero me acostumbré y me acomodé, estaba a gusto en mi papel de víctima. Tus padres estaban de mi parte, incluso tus hermanas me apoyaban porque veían lo que estaba pasando, pero lo que no veían es que yo también podría haber parado la situación. Que te veía sufrir y dudar, que forzaba la máquina para crear discusiones y que en vez de hablarlo me tiré a otra en un tren.

—Eso fue muy fuerte Mar...

—Se me fue la cabeza, lo reconozco. Pero ahora en serio ¿tú ya estabas con Jacobo?

—No, te lo prometo. Cuando tú te fuiste con Laura nos pusimos a hablar y congeniamos. Si no hubiéramos tenido el accidente posiblemente sí habríamos vuelto a quedar, pero no lo conocía de

nada.

—Te despertaste gritando su nombre.

—Lo sé y aunque te suene a locura debes confiar en mí, pasé los seis meses soñando con él, cuando me desperté creí que ese había sido mi mundo de verdad y que tú me lo habías arrebatado, por eso te traté tan mal.

—El otro día enloquecí pensando que ya estabas con él cuando todo pasó, que llevaba meses torturándome por Laura cuando tú eras la pareja de su marido.

—Pues no, en ese momento no. Pero luego sí que te fui infiel con él.

Me mira otra vez con la pregunta dibujada en su cara.

—¿Cuánto tiempo?

—Pues realmente hasta la noche del concierto no pasó nada físico, pero llevo queriéndolo desde que me desperté y cuando lo encontré en la vida real intenté apartarme por ti, pero no lo conseguí. El día que te pillé con la chica esa aquí, venía a decirte que te dejaba por él, pero me llevé la sorpresa.

—Eso nunca debió pasar. Volví a faltarte al respeto sin sentir nada por la otra persona, sólo era una forma de sentirme más hombre, tú ya ni me mirabas y no me estoy justificando, pero caí en la trampa como el más tonto.

—Bueno, no fue muy agradable de ver, pero yo tampoco puedo hablar de respeto en ese sentido. Lo que necesito saber es por qué me ocultaste la llamada del hospital.

—Por amor, Lucía, porque soy un egoísta que te quería retener a mi lado a cualquier precio. Porque cuando te propuse tener un hijo me tildaste de loco y sabía que si te lo decía pondrías los medios para evitarlo, así que en mi cabeza todo salió a la perfección. Si te lo ocultaba y te quedabas embarazada estaríamos juntos para siempre...

—Te equivocaste.

—¡Lo sé y lo siento!

—Te perdono Martín, yo también me equivoqué e hice cosas que no debería haber hecho. Y nunca sabremos si lo que hicimos fue la causa de que ese niño no naciera y nos quedará la duda como penitencia, pero es hora de perdonarnos y seguir adelante ¿no crees?

Volvemos a llorar y yo vuelvo a limpiarle ambas mejillas con la manos, acerco mis labios a los suyos y lo beso por última vez. Por fin se cierra ese capítulo de mi vida y llega el momento de replantearme como quiero empezar el siguiente.

Entramos en la habitación juntos, nos damos un fuerte abrazo y le pregunto qué piensa hacer ahora.

—Volveré una temporada con mis padres, necesito desconectar y volver a empezar.

—Me parece buena idea ¿me avisarás cuando vuelvas por aquí?

—Sí claro. Muchas gracias por venir, sabes que me has salvado ¿verdad?

—Martín, lo que tú no sabes es que hoy también me has salvado a mí.

Le doy otro beso en la mejilla y salgo por la puerta.

—Por cierto, haremos lo que tú quieras con el piso. Llévate lo que te apetezca o úsalo cuando vengas por aquí, para mí guarda demasiados recuerdos.

—Vale, ya te iré informando.

Me voy tranquila porque por primera vez en mucho tiempo sé que he hecho las cosas bien.

Lucía:

Los meses pasan volando, gracias a la millonaria indemnización por el accidente no he tenido que volver a trabajar todavía. Lo haré cuando me apetezca, porque disfruto con ellos, pero hemos contratado más personal y yo me he tomado unas largas vacaciones en Santander, en casa de mi hermana. Jacobo no entiende muy bien esta toma de distancia, pero necesitaba encontrarme a mí misma antes de volver a conectar con él. No hemos dejado de hablar ni un solo día y vino a verme un fin de semana que lo pasamos de ensueño, pero él necesitaba tiempo con sus hijas y yo conmigo misma, así que, aunque protestó, terminó aceptándolo y al final ha reconocido que le vino bien. Creo que ya estoy preparada para volver, aunque mi hermana ha insistido en que me espere al lunes, nos cuesta mucho separarnos siempre, pero después de tanto tiempo juntas esta vez aún va a costarnos más, así que le he concedido la prórroga y me quedo un poco más.

Jacobo:

—¡Venga niñas que se nos va a hacer tarde y tenemos muchas horas de coche por delante!
—¡Ya vamos papi, nos estábamos despidiendo de Canela y Tizón! ¿no nos los podemos llevar?
—Ya lo hemos hablado, sólo vamos a estar cuatro días fuera, no os va a dar tiempo ni a enteraros.
—Vaale, pero entonces voy a darles un último besito ¿vale?
—¡Venga, vuela o nos vamos sin ti!
Mi hija pequeña sale corriendo hasta donde están los dos simpáticos animalitos y me enterece ver cómo se despide de ellos. Desde que nos marchamos de viaje y solo volvió uno de sus padres se toman muy en serio las despedidas, y no las culpo por ello.

Me alegra ver lo bien que están las dos, gracias a la terapia y a toda la gente que tienen alrededor han recuperado la sonrisa. Además, este tiempo que se ha tomado Lucía para ella nos ha venido bien a todos porque he pasado mucho tiempo con mis niñas y les he hablado de lo importante que es ella para mí. De momento están muy dispuestas a ayudarme con la sorpresa y emocionadas con los cambios que se avecinan, espero que continúen así pasado un tiempo...

Lucía:

—Ruth, me tenías que haber dejado marcharme el viernes. Si tienes invitados vas a estar a tope y yo te quito espacio.
—Hermana, te necesito aquí para ayudarme con todo, tu cuñadito me la ha liado invitando a esta gente y aunque sabes que es muy apañado en la cocina, el marrón gordo me lo como yo.
—Bueno, si es por eso vale ¿pero de verdad nos tenemos que arreglar?
—Es que son una familia muy pija, no hace falta que nos pongamos como de boda, pero un poco mona sí que deberías ponerte, mujer.
—¡Pues ya me puedes dejar algo!
—Contaba con ello, he visto tus trapos estos días y parecía la maleta de Dora la Exploradora.
—Es que no pensaba asistir a un fiestón.
—Ya, pero siempre hay que estar preparadas.
—Para eso está tu armario ¿O no?
—Sí, eso es verdad. Toma, este vestido creo que te va a quedar bien y no me lo he llegado a poner, me lo compré por si adelgazaba y ya sabes...

—Suele pasar, yo tengo un par también con la etiqueta puesta —cojo el vestido que me tiende mi hermana—. ¡Hala! ¡Es muy mono!

—Pues todo tuyo, chata. Y ahora vístete que deben estar a punto de llegar los del Catering.

—¿Pero no me he quedado para ayudarte en la cocina?

—A organizar, hermana, a organizar.

Lo que ella diga, mi cuñado no sabe lo que ha hecho invitando a gente sin el consentimiento total de mi hermanita, creo que se lo va a estar cobrando años....

Jacobo:

Llegamos corriendo al hotel con el tiempo justo para cambiarnos de ropa, a las niñas les encanta la suite que nos han reservado, y no me extraña, es un ático con vistas al mar. Estoy tan atacado que no puedo ni disfrutar del maravilloso paisaje que tenemos en frente, llevo planeando esto varios días, pero hasta que Lucía no me dijo que estaba lista para volver a empezar no lo empecé a preparar en serio. Menos mal que su hermana me ha echado una mano y lo ha coordinado todo, le debo una muy grande a mi (espero) futura cuñada.

Lucía:

—¡Ruth! ¡Agus! —¿dónde están todos?—. ¡Niños! ¿Dónde estáis?

No me contesta nadie ¿estarán fuera ya?

Salgo al jardín, pero no veo a nadie tampoco, no sé dónde se habrán metido, si no he tardado tanto en arreglarme...

Rodeo la casa y me encuentro con una carpa ¿Pero cuándo han montado todo esto?

Entro y empiezo a atar cabos, están mis padres, mi hermana Carmen con Luis y la niña, mis sobrinos vestidos de punta en blanco y por supuesto el que intuyo artífice de todo esto, Jacobo con las niñas y su familia también están.

—¿Me explica alguien qué es todo esto?

Jacobo se acerca a mí y me coge de la mano.

—Esto es una fiesta.

—Eso ya lo veo ¿Pero me puedes dar algún dato más?

—Es que me puse muy contento porque me diste permiso para verte y lo estoy celebrando.

—¿No crees que se te ha ido un poquito la mano?

—Depende de lo que me respondas, si es que sí no se me ha ido para nada, si es que no, sí que podría decirse que me he pasado...

¿Qué está diciendo este hombre?

—¡Jacobo! ¿De qué va esto?

—Esto va de que me he hartado de drama y espera, me he hartado de que siempre haya algo que nos estropee nuestra magia y me he hartado de no poderte disfrutar, así que por si dudabas sobre qué contestar, me he traído refuerzos que te van a dar razones más que de sobra para que me digas que tú también estás harta y que nos vamos a casar.

Estoy alucinada, no sé si reír o llorar cuando las hijas de Jacobo se acercan a nosotros con una pancarta en la que pone “Cásate con nosotras”, mis sobrinos vienen detrás con otra “Porque te mereces ser feliz”, mis hermanas les siguen “Porque estamos hartas de oírte lloriquear”, mis

padres también tienen una “Porque este sí que nos cae bien”, mis cuñados “Porque estamos hartos de oírle lloriquear” y los padres de Jacobo como colofón final “Porque te necesitamos”.

Tras el desfile de razones de peso por la que debería decirle que sí sin dudarlo, a mí aún no sé si me parece una buena idea y me pongo a llorar, nos apartamos de todos buscando un poco de intimidad y le digo lo que pienso.

—¿Cómo me haces esto?

—¡Lucía! ¿No te gusta?

—¡Es precioso! ¡Pero no sé si estoy preparada!

—Es una buena forma de volver a empezar ¿no crees?

—¡No lo sé! ¡Pero delante de toda nuestra familia no puedo pensar!

—Una pregunta fácil ¿vale?

—Vale.

—¿Me quieres?

—¡Por supuesto! ¡Eso no tienes que dudarlo!

—Vale, pues vamos a disfrutar de la fiesta y vas a dejarte llevar. Cuando estés preparada me dices lo que quieras, sin presión. Eso sí, yo no te lo voy a volver a preguntar.

—¿Te has enfadado?

—No, cariño, pero no te voy a presionar ¿Me das un beso?

—Eso es lo único que he querido hacer desde que te he visto, pero luego...

Me interrumpe poniendo sus labios sobre los míos y me siento mucho mejor.

—Venga, pues saca a pasear esa sonrisa que tanto me gusta y vamos a disfrutar.

Jacobo:

Una vez leí en una revista de cotilleos una entrevista a un famoso tenista y a su mujer. Me llamó la atención que afirmaban tener una cama gigante para poder dormir con sus tres hijos y me pareció una locura total. Ahora que veo nuestra cama de tres metros me alegro de haberlo leído porque me dio la solución cuando todas mis mujeres se empezaban a desmadrar.

Desde que nació la pequeña Carla sus hermanas no se han querido separar de ella ni para dormir, Lucía que ha congeniado con ellas a la perfección lo veía súper normal, así que para evitar el riesgo de salir nominado en mi propia casa y acabar durmiendo en la casita de los perros, decidí copiar la idea de esa familia famosa y poner una cama de matrimonio más.

¿Estamos locos?

Puede ser. Pero es una habitación llena de risas y después de pasar por lo que hemos pasado creo que no se puede pedir más.

Lucía:

“No sería lo mismo imaginarte que poder estudiarte con detalle, pasaré cada segundo que pase poniendo a prueba nuestras capacidades corporales...”

Sé que soy muy pesada con este grupo de música (Izal), pero sus canciones describen a la perfección muchos de mis estados de ánimo y en este momento, observando desde lejos a mi maravilloso marido, recuerdo mi larguísimo sueño y doy gracias por haber despertado y que la realidad al final haya resultado mucho mejor.

No voy a decir que todos los días sean perfectos, de hecho hay muchos en los que no nos queremos menos, pero nos caemos fatal el uno al otro. Las niñas aunque son un encanto, como niñas de carne y hueso que son, hay veces que las encerraría en una botija y las taparía con pez y en eso incluyo al pequeño terremoto que lo revuelve todo y que nos hace estar todo el día al retortero, pero sin la que ya no podríamos vivir. Lo que sí puedo decir es que no creo que Jacobo sea mi otra mitad o mi media naranja porque la vida tal y como me ha sucedido con sus dramas y alegrías me ha hecho una mujer entera que ha encontrado a otra persona entera con quien compartir el camino que me quede por andar.

Martín por fin decidió que era mejor vender el piso y yo accedí gustosa a deshacernos de él. Para mí nunca volvió a ser el mismo desde la grotesca imagen que vi sin querer en mi salón ¡menudo repelús! Me dijo que con el dinero más la indemnización estaría un tiempo sin trabajar y viajando de mochilero, la verdad es que le pega muchísimo, pero pobre del que se cruce con él y tenga que escuchar sus interminables historias...

Y de momento es todo lo que os puedo contar, porque hoy viene la familia al completo a comer y cuando digo al completo es que nos juntamos: mis padres, hermanas y respectivos, con sus hijos (los tres que conocíais y uno más de Carmen). Suegros, cuñados y sobrina (¡Sí de Santi y Sergio!), nuestra familia de cinco, más el que da patadas desde dentro, y por supuesto Canela y Tizón, que hay que contarlos aunque al oír el alboroto éstos se escondan entre los peluches para pasar desapercibidos. Así que tengo trabajo ya sólo con saludarlos a todos y dejar que me vayan tocando la tripa uno por uno. Todo será que con tanto sobo salga el niño a darles una torta, pero al menos así conseguiríamos que saliera porque estoy de cuarenta semanas y parece que no tiene mucha prisa... En fin que me despido con una sonrisa en la boca, la misma que luzco desde que di mi brazo a torcer y le permití a Paloma organizarme una boda en Casa D'Artco...